

JAVIER MORO

LAS MONTAÑAS DE BUDA

La resistencia, la fe, el alma del Tíbet



Monjas budistas de quince años que se atreven a desafiar a los invasores chinos, niños que son reencarnaciones de dioses, adolescentes heroicos y ancianos de leyenda, torturadores y sabios ermitaños, policías corruptos y guerreros nómadas. *Las montañas de Buda* cuenta lo que se niega a desaparecer al otro lado del Himalaya: el espíritu de resistencia, la fe, el alma del Tíbet.



Javier Moro

Las montañas de Buda

ePub r1.1

Titivillus 01.03.2021

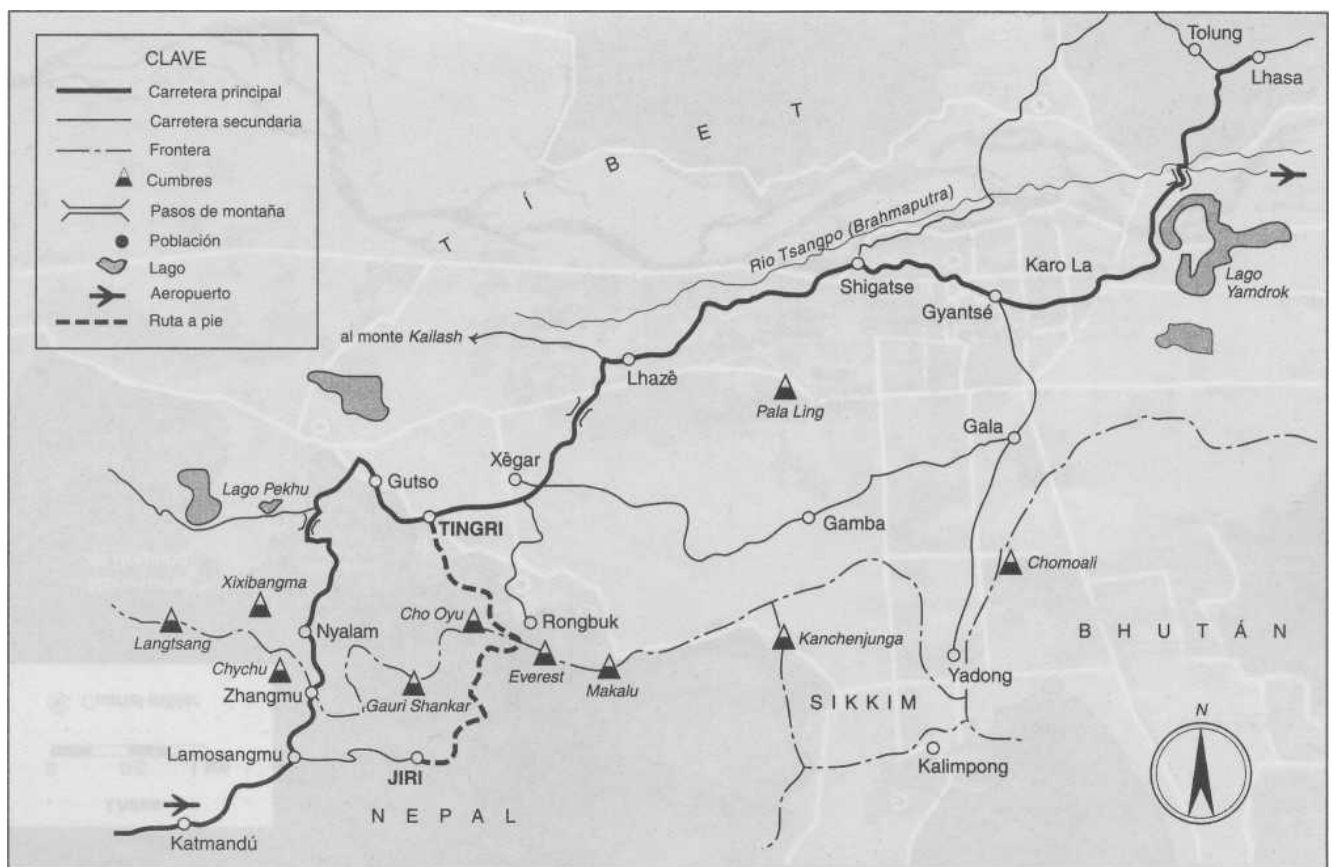
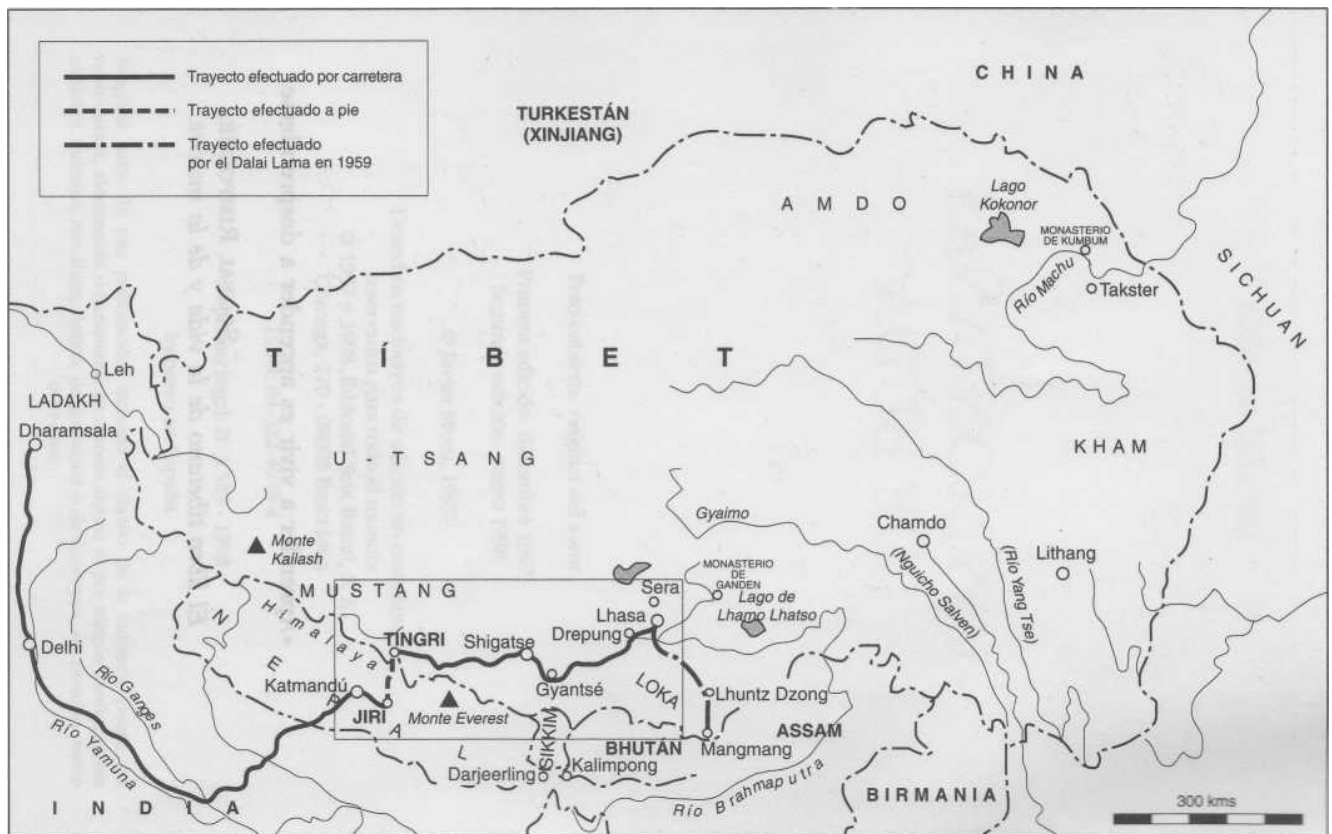
Título original: *Las montañas de Buda*
Javier Moro, 1997

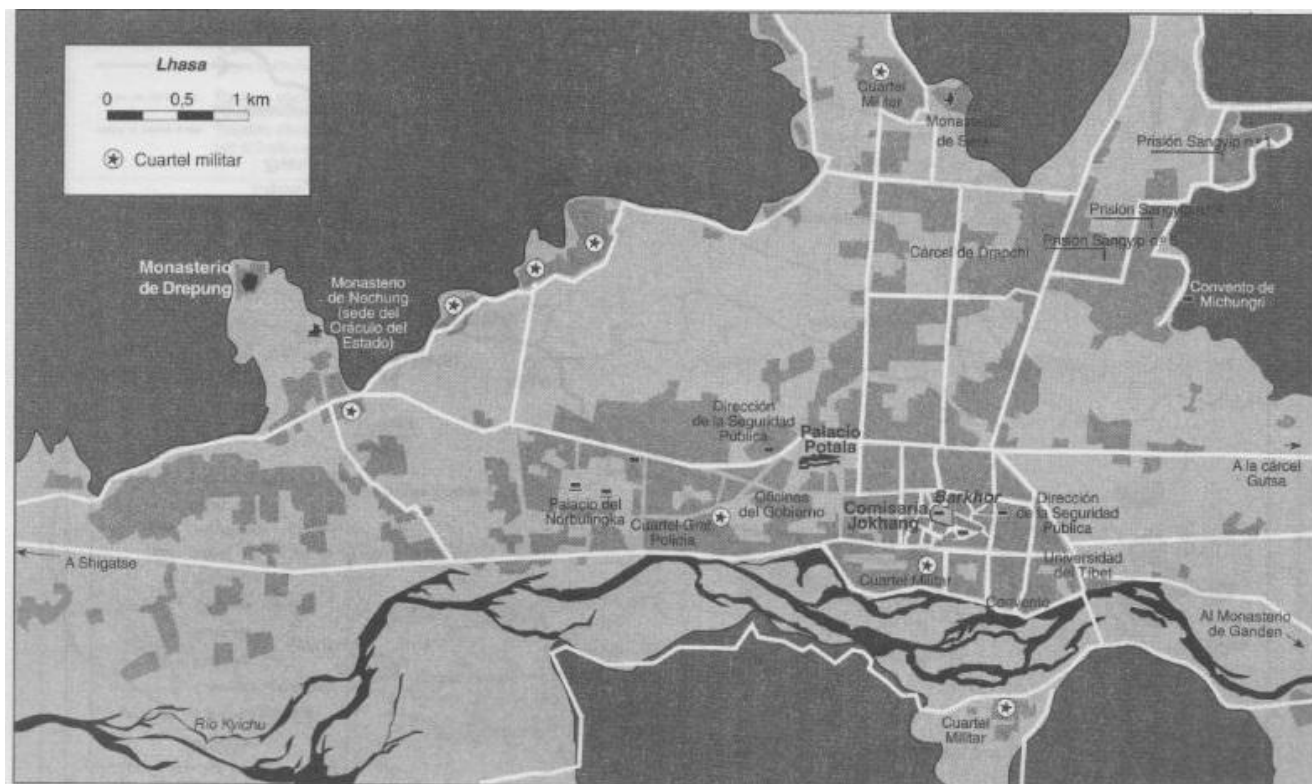
Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1



«Aprender a vivir es aprender a desprenderse»

SOGYAL RIMPOCHÉ,
El libro tibetano de la vida y de la muerte.





I

¡Larga vida al Dalai Lama!

En el techo del mundo, en una inmensa región de nieve y cimas rocosas, en el Tíbet, un país tan alto que roza las nubes, nunca una noticia corrió con tal celeridad y despertó tanto entusiasmo. En las aldeas más perdidas, en los campamentos y en los asentamientos más remotos, campesinos, soldados, monjes y comerciantes fueron de casa en casa, despertaron a sus moradores, abrazaron a los parientes y amigos, y les susurraron el mejor anuncio del que se tenga memoria en el país de las nieves. En Lhasa, la capital antaño fabulosa y prohibida, la nueva se propagó por los templos, los monasterios, los cuarteles, atravesó las calles sin aceras y las avenidas bordeadas de burdos edificios de hormigón, se infiltró en las casas, en los tugurios donde los chinos se emborrachan hasta el alba, en los hospitales vetustos, en las discotecas repletas de turistas y de mujeres dispuestas a vender su cuerpo, en el único hotel de lujo y hasta en las cuevas de los ermitaños de los alrededores... y no dejó a nadie indiferente. Al oírla en la emisión en tibetano de Radio India un fulgor de esperanza transformó el rostro de muchos. Un mohín de reprobación, cuando no de desdén, se dibujó en el semblante de otros. Eran las seis de la mañana del 5 de octubre de 1989.

El eco sordo del gong del monasterio retumbaba todavía por el edificio, pero la joven Kinsom, cubierta por una sola manta a pesar del intenso frío, seguía durmiendo en su litera de madera. Entre sueños sintió un fuerte olor acre y dulzón y luego una mano que la zarandeaba suavemente:

—Despierta, despierta... Vamos a quemar incienso y a hacer ofrendas de *tsampa*...

—¿Qué ha pasado?

—Han dado el premio Nobel a Su Santidad el Dalai Lama. ¡Pronto el Tíbet será libre! —le contestó su amiga, mientras esparcía el humo de las barritas de incienso alrededor de la litera.

Kinsom ignoraba lo que era el premio Nobel, pero el fervor de su compañera la convenció de que debía de ser algo muy importante. «Dice Ani Choki que ya no estamos solos en el mundo, que mucha gente de muchos países va a hacer que Su Santidad vuelva a Lhasa...» Ani Choki, la religiosa de más edad, delgada como un alambre, la cara arrugada como una nuez y los ojillos negros y penetrantes, era considerada una fuente de sabiduría. Había sido ella quien decidió refundar este convento sobre las ruinas del antiguo monasterio arrasado por los chinos durante la Revolución Cultural. Se había encargado de seleccionar a las novicias y de organizar los trabajos de reconstrucción y las sesiones de oración y meditación. Ahora eran más de doscientas jóvenes las que vivían, estudiaban, rezaban y trabajaban en esta comunidad, situada a un día de camino de Lhasa, en lo alto de un cerro, por encima del torbellino del mundo.

La joven Kinsom se puso en pie, se desperezó y se arregló su túnica color púrpura; a través de la ventana sin cristales contempló por unos instantes los nogales y los albaricoqueros del valle. Al fondo, el aura amarilla de los primeros rayos de sol hacía resaltar el perfil azulado de los picos del norte.

Fuerte, espigada, Kinsom rezumaba salud. Tenía las mejillas encamadas por el intenso frío, la nariz chata, unos ojos negros y risueños y el pelo al cero, signo de sus votos. La sonrisa tímida descubría una dentadura blanca y regular. Hija de pastores, había heredado el temperamento nómada, el carácter de los que se crían en la estepa. No le asustaba el trabajo físico; de hecho, era una de las que más se esforzaba en la reconstrucción, piedra a piedra, del monasterio. Como las demás, se quejaba de no disponer de más tiempo para estudiar los textos budistas. A los veinte años, acababa de aprender los rudimentos de la lectura y la escritura, pero era tal su sed de conocimiento que no perdía oportunidad para solicitar ayuda a quien pudiera servirle de maestro. Pero ese día tampoco estudiaba. Era día de fiesta.

En lugar del murmullo de los rezos matutinos, una algarabía inusual reinaba en el edificio. Pese a las llamadas a la prudencia, era imposible reprimir la ola de alegría que la noticia de la concesión del Nobel a la más alta autoridad espiritual del Tíbet había suscitado. Kinsom sacó de debajo de su camastro una foto arrugada del Dalai Lama, la prendió sobre la túnica y, sin siquiera detenerse en la cocina para servirse un tazón de té, se lanzó al patio a sumarse a la espontánea celebración. Unió su voz a las que entonaban consignas independentistas, lanzó al aire puñados de *tsampa*, harina de cebada que constituía la base de la alimentación en el Tíbet, y prendió ramas de enebro que llenaron el patio de un humo azulado y de un aroma intenso. «¡Larga vida al Dalai Lama! ¡Viva el Tíbet libre!», coreaban las más audaces, mientras miraban de reojo a tres policías chinos que se limitaban a observar porque no podían detenerlas a todas. Enfundados en sus zamarras azules, esos representantes del orden formaban parte del contingente que vivía junto al monasterio. Su misión consistía en vigilar las actividades del convento, censar a las internas, asegurarse de que las religiosas no se reunieran diariamente sino solo en los días señalados e impartir las odiadas sesiones de «reeducación». Y ahora asistían impotentes al mayor desafío que aquella comunidad les había planteado jamás.

Más tarde, cuando las religiosas oraban en la sala del altar frente a la estatua dorada de un Buda sereno y distante, el chirrido de las ruedas de varios vehículos que se detuvieron frente a la puerta del convento las hizo sobresaltarse. Todas sabían lo que se les venía encima. Una docena de soldados chinos, vestidos de uniforme verde, armados de metralletas y porras, gritando por sus megáfonos, irrumpieron en la sala, seguidos por los tres policías. Inmediatamente, ordenaron bloquear la salida. Y empezaron a repartir insultos, golpes de porra y culatazos. No salió grito alguno de las gargantas de las aterradas religiosas, ya acostumbradas a ver su intimidad violada

por las autoridades chinas. Kinsom tuvo la presencia de ánimo suficiente para esconder en los pliegues de su túnica la foto del Dalai Lama. Se extrañó de que su pensamiento se detuviera en algo tan anodino como el trabajo que le había costado reconstruir el quicio de la puerta donde, entonces, la silueta del policía ladrando órdenes se recortaba contra la claridad de la mañana. Un reflejo contra el miedo, pensaría más tarde.

El oficial al mando empezó a insultar al Dalai Lama diciendo que era un farsante, un embustero y un lacayo al servicio de los imperialistas. «Siempre la misma letanía —contaría Kinsom—, en las sesiones de reeducación no cesaban de insultarlo. Pero nosotras recordábamos la veneración que nuestros padres sentían por el Dalai Lama, así que sabíamos que no era cierto. Nunca lograron intimidarnos».

Al finalizar su discurso, el oficial acusó formalmente a las dos más ancianas, entre las que se encontraba Ani Choki, la fundadora, de fomentar la rebelión. Inmediatamente después las golpearon, las esposaron y las arrastraron como perros por las escaleras. Las demás empezaron a llorar y alguna hubo que imploró que no se las llevaran. Kinsom dejó escapar un grito. Le unía con Ani Choki un fuerte vínculo. Había sido ella quien la había aceptado en el convento nada más llegar de la aldea. Se había convertido en su maestra, y luego se habían hecho amigas.

Aunque todos los tibetanos se hallaban bajo vigilancia, los monjes y las monjas lo estaban aún más estrechamente porque nunca habían dejado de encabezar la lucha por la independencia a pesar de la sangrienta represión. Desde el primer momento de la ocupación china se sumaron a todas las iniciativas, a todas las reivindicaciones. Los chinos, conscientes de la influencia espiritual y política de los religiosos tibetanos, redoblaban con ellos sus esfuerzos represores, denunciando a los más activos como «contrarrevolucionarios». Aunque la libertad de culto estaba oficialmente garantizada, el acceso a los escasos monasterios y conventos que sobrevivieron a la Revolución Cultural se hizo cada vez más restringido. Los policías salían de entre las sombras a la más mínima alerta, como en aquella mañana de octubre. Por añadidura, los comisarios políticos organizaban las sesiones de reeducación que tanto exasperaban a Kinsom y a sus compañeras. A veces, día tras día, semana a semana, se obligaba a las jóvenes tibetanas a pasar tardes enteras viendo vídeos propagandísticos que ensalzaban las acciones de la «madre patria» en el país de las nieves.

Cuatro días después de irrumpir en el monasterio, regresaron con las fotografías de catorce monjas en las que, por fortuna, no se encontraba la de Kinsom. Las catorce fueron expulsadas. A partir de entonces y durante el resto de sus vidas, les estaría prohibido mostrar signo exterior alguno de sus creencias. Vivirían en arresto domiciliario, bajo la autoridad del comisario chino de sus respectivas aldeas. Les estaría prohibido mezclarse con los demás vecinos, así como participar en

acontecimientos comunitarios. Las tarjetas de racionamiento les serían denegadas, así como los permisos necesarios para ganarse la vida. Convertidas en una carga para sus familias, acabarían aisladas del resto del mundo. Ese era el castigo reservado a las rebeldes.

En cuanto a las demás, les impusieron tres sesiones de «autocrítica» al día, puntuadas de palizas, intimidaciones con armas y amenazas de clausurar el monasterio. «Nos informaron de que íbamos a padecer tantas prohibiciones que “ni siquiera los pájaros podrían cantar” —recordaría Kinsom—. Solo nos permitieron algunas oraciones y celebrar ciertos ritos. Controlaban hasta nuestros movimientos dentro del monasterio y, después de cada sesión de reeducación, registraban nuestras celdas».

La concesión del premio Nobel de la paz al Dalai Lama, presidente del gobierno tibetano en el exilio, máxima autoridad religiosa y política de su pueblo, daba un espaldarazo internacional a los resistentes, que, heroicamente, en los últimos años habían recrudecido su oposición al ejército invasor. De limitarse a algunas confidencias contadas a turistas, a pasquines pegados por la noche, a textos y fotos de Su Santidad pasados de mano en mano, a manifestaciones improvisadas en el interior de los monasterios, la resistencia había tomado un cariz más contundente a raíz de la visita del Dalai Lama al Congreso de los Estados Unidos en septiembre de 1987. En su discurso a los representantes de la nación más poderosa del planeta, el líder de los tibetanos propuso un plan de paz basado en el diálogo con las autoridades chinas. Propuso convertir el Tíbet en una zona desmilitarizada y libre de cementerios nucleares; abogó por que China abandonase su política de transferir su población al país de las nieves; por último, pidió que Pekín se comprometiese a liberar a las decenas de miles de presos de conciencia, religiosos y políticos, tibetanos. A cambio, el Dalai Lama se comprometía a trocar la reivindicación de independencia para su país por un acuerdo que garantizase una amplia autonomía para el pueblo tibetano dentro de la nación china, lo que suponía, más que una concesión, un radical cambio de postura. El éxito sin precedentes que tuvo la propuesta del Dalai Lama en los Estados Unidos enfureció a las autoridades de Pekín, que inmediatamente acusaron al Congreso norteamericano de interferir en los asuntos internos chinos. Para dejar bien sentada su postura con respecto a la propuesta de paz, el gobierno chino, unos días más tarde, organizó un enorme juicio público en la capital del Tíbet. Quince mil tibetanos fueron trasladados al estadio Triyue Trang para ser testigos de la condena de ocho tibetanos a cadena perpetua y de otros dos a la pena capital. Uno de ellos, Kelsang Tashi, viejo luchador por la independencia del Tíbet, fue ejecutado allí mismo de un tiro en la nuca. El otro lo fue una semana más tarde.

Tres días después de esa parodia de juicio ocurrió algo en Lhasa que cogió por sorpresa a las autoridades chinas. En una mañana soleada de domingo, grupos de turistas extranjeros paseaban tranquilamente por el corazón de la ciudad vieja, en los alrededores del templo del Jokhang, un conjunto arquitectónico compuesto por varios templos menores, multitud de capillas y de altares que albergan los objetos de culto más antiguos y sagrados del Himalaya, entre ellos una imagen de Buda del siglo VII. No es un templo hecho para impresionar al devoto, sino cálido e íntimo, que invita al recogimiento y la meditación en sus habitaciones de techos bajos, llenas de misterio, donde brillan débilmente estatuas de budas iluminadas por lamparitas de aceite. Verdadero centro espiritual del Tíbet, el Jokhang fue saqueado y expoliado de sus incontables tesoros artísticos durante la Revolución Cultural; parte del templo fue convertido en una enorme pocilga por los guardias rojos y a las dependencias de los

monjes se las rebautizó como «Pensión n.º 5». Reconstruido apresuradamente con frescos de pintura plástica y estatuas de escayola, algunas pintadas de colores chillones, el Jokhang, a pesar de todo, nunca ha dejado de ser el templo más activo del Tíbet. Centenares de peregrinos de todo el Himalaya, después de un viaje casi interminable en autocar, en camión, a caballo o a pie, acaban congregándose y postrándose frente a su entrada, en cuyo suelo de losas grises brilla una ligera pátina, herencia de siglos y siglos de devoción.

A las diez de la mañana, veintiséis monjes, envueltos en sus largas túnicas granate, empezaron a correr alrededor del templo, haciendo ondear la bandera azul, roja, blanca y amarilla del Tíbet libre. Cuando se detuvieron entre las estatuas de los dos leones rugientes de la plaza, gritaron ante los transeúntes boquiabiertos: «¡Chinos fuera! ¡Independencia para el Tíbet!» Luego dieron cinco vueltas más al templo y desaparecieron. La manifestación apenas duró media hora. Una vez recuperados de la sorpresa inicial, los chinos arrestaron a aquellos audaces hombres de fe. Nada semejante había ocurrido desde los años sesenta. Estos monjes habían tenido que hacer acopio de mucho valor para atreverse a desafiar abiertamente a los invasores de su país. Acabarían conociendo el ejemplar castigo reservado para los que Pekín considera «traidores».

Pero aquello fue solo la punta del iceberg. Menos de una semana más tarde, el primero de octubre de 1987, mientras China entera conmemoraba el trigésimo octavo aniversario de la proclamación de la República Popular, cuarenta monjes volvieron a salir del Jokhang haciendo ondear banderas independentistas y coreando consignas. Esta vez la respuesta de la policía fue inmediata. Los manifestantes fueron detenidos y conducidos a la comisaría, un edificio de tres pisos que domina esa misma plaza. Entonces ocurrió lo inesperado. Los peregrinos, que habían estado caminando alrededor del templo, recitando mantras, y los numerosos mendigos con rostros picados de viruela y cuyas ropas, hechas jirones, exhalaban un fuerte hedor, se colocaron frente a la puerta de la comisaría. En seguida se congregó una multitud que acabó por bloquear la entrada. A los pocos minutos, eran miles los tibetanos que invadieron la plaza y que lanzaron una lluvia de piedras sobre el edificio. Un centenar de policías, armados con fusiles AK-47, hicieron su aparición, pero, ante aquella multitud encolerizada, no se atrevieron a actuar. Aquellos policías se enfrentaban a miles de hombres, mujeres y niños que gritaban su odio por todo lo chino. Un odio exacerbado por los recientes arrestos. Un odio que ya nada podía contener. Un odio alimentado por tres décadas de ocupación, de destrucción, de pillaje, de intentos de exterminar la religión y la cultura tibetanas de la faz de la tierra.

Un muchacho de unos doce años encontró un rifle que un policía, al huir, había dejado caer. No lo utilizó para disparar contra los hombres de uniforme. Agarrándolo

por el cañón, lo golpeó contra el suelo hasta romperlo en pedazos, en una reacción muy indicativa de la mentalidad tibetana, moldeada por siglos de budismo, esencialmente una filosofía de paz: las armas no se usan contra el enemigo, se destruyen. La policía estaba petrificada por la inimaginable escena. Pero sus tensas facciones revelaban el miedo a la rampante rebelión. Para protegerse, ordenaron que una docena de vehículos militares rodearan el edificio.

Los tibetanos les prendieron fuego. En unos segundos, densos nubarrones de humo se elevaron al cielo. El fuego alcanzó el edificio y pronto las llamaradas lamieron las paredes exteriores de la comisaría tiñéndolas de negro. Algunos policías se llevaron sus armas al hombro y el sonido de los rifles automáticos retumbó en la plaza. Uno de ellos, desde la azotea de la comisaría, fue el primero en disparar contra la gente. Luego siguieron las ametralladoras. Varios tibetanos cayeron al suelo. La sangre empezó a correr y a brillar sobre el asfalto cuando un acto de auténtico heroísmo vino a galvanizar las fuerzas de la maltrecha multitud. Lo protagonizó el venerable Jampa Tenzin, cuya audacia y valor le hicieron famoso. Este monje de cuarenta y nueve años desafió las llamas y se adentró en la comisaría para rescatar a sus compatriotas detenidos. Salió de allí con graves quemaduras por todo el cuerpo. La multitud lo aupó en volandas y lo paseó triunfalmente por las calles de Lhasa. Su foto, con el puño alzado en signo de victoria, con largos jirones de carne chamuscada colgando de sus brazos, dio la vuelta al mundo. Su intervención permitió que la mayoría de los detenidos consiguiesen escapar. Los que quedaron en la comisaría fueron ajusticiados en el acto.

Muchos tibetanos se dirigían a los turistas para pedirles que hiciesen fotos y que contasen al mundo lo que estaban viviendo. Tenderos chinos del vecindario fueron hostigados. Todo el barrio se amotinó. Las piedras volaron durante varias horas para que los bomberos no pudiesen acercarse a la comisaría. A la una de la tarde se oyó un estruendo: el techo se desplomó en una nube de polvo y fuego ante la mirada de la multitud, que irrumpió en aplausos. El edificio de la comisaría continuó ardiendo toda la noche, mientras camionetas sin matrícula circulaban por los barrios tibetanos, deteniéndose frente a ciertas casas y llevándose a sus aterrados moradores hacia un destino desconocido. La represión, que duró varios días, fue feroz.

Unos meses después, Pekín quiso aprovechar la oportunidad que le brindaba la celebración anual del mayor festival religioso del Tíbet, el Monlam Chenmo, el Gran Festival de la Oración, para mejorar su imagen mostrando al mundo un Tíbet pacificado y estable. Las autoridades esperaban que el éxito del festival hiciese olvidar los acontecimientos recientes. A mediados de febrero de 1988, Lhasa se vio invadida por miles de peregrinos, así como por un refuerzo de seis mil policías antidisturbios. Ningún vehículo sin permiso fue autorizado a circular. «En los monasterios —contaría Kinsom—, los policías chinos organizaron innumerables reuniones para “educarnos” sobre la historia del Tíbet, sobre nuestros sentimientos patrióticos y sobre los peligros del separatismo. Como muchos monjes de los grandes monasterios, yo me negué a participar en la gran reunión del festival. No teníamos ganas de celebrar nada mientras tantos compañeros estaban encerrados en las cárceles». Al final los chinos trajeron a la fuerza a monjes de todas partes del Tíbet. Las autoridades estaban ya felicitándose por el éxito de la celebración cuando el penúltimo día, el día de la gran reunión, mientras cientos de monjes, formando un océano púrpura y amarillo en la plaza del Jokhang, se disponían a realizar la ceremonia conocida como «la bienvenida al Buda del futuro», un grupo de lamas se separó de la multitud, se acercó al palco de las autoridades y pidió la liberación de sus compañeros presos. Los jerifaltes chinos, con más miedo que indignación, abandonaron rápidamente el palco, entre el clamor y los cantos de centenares de monjes que ya gritaban, puño en alto: «¡Tíbet libre! ¡Tíbet libre!» Algunos de los monjes más jóvenes subieron al palco y agarraron los micrófonos: «¡Queremos la independencia para el Tíbet! ¡Larga vida al Dalai Lama!» Los monjes sabían que las cámaras de vídeo de las fuerzas de seguridad les estaban filmando. Que no tendrían la mínima posibilidad de sustraerse a la cólera de los ocupantes. Que el combate era desesperadamente desigual. Que Lhasa estaba rodeada por seis guarniciones militares que podían ahogar cualquier intento de rebelión, por muy heroico que este fuese.

Los miles de tibetanos que se unieron a esta manifestación espontánea también lo sabían. Mientras entonaban canciones patrióticas, algunos lanzaron piedras contra los vehículos de la policía desde el tejado del Jokhang, mientras centenares de monjes daban vueltas a la plaza. Parecía que no existía fuerza en la tierra capaz de detener esa manifestación. Pero pronto llegaron dos mil policías armados hasta los dientes. Rodearon la plaza y lanzaron granadas lacrimógenas. Detuvieron a un centenar de monjes. Con el ruido de fondo del tableteo de las ametralladoras, los tibetanos se enfrentaron a la policía durante el resto de la tarde. En medio de la multitud, un monjecillo tiró una piedra contra las fuerzas de seguridad, justo antes de desplomarse con un balazo entre los ojos. Tres testigos vieron cómo un policía de paisano apuntaba y disparaba contra el muchacho. Jóvenes y viejos, con la ayuda de mujeres

que amontonaban las piedras, hicieron frente a los policías. A la mañana siguiente, cuando los cuerpos de seguridad entraron en el templo del Jokhang para arrestar a todos sus monjes, la gente colocó escaleras de mano en los muros para ayudarles a escapar. En total, Lhasa vivió dieciséis horas de violentos enfrentamientos. Dos días más tarde, el ulular de las sirenas de los coches de policía seguía oyéndose por toda la ciudad. Las detenciones nocturnas fueron incontables. Centenares de tibetanos fueron llevados a las prisiones de Lhasa para ser sometidos a interrogatorios y torturas. No obstante, a pesar de la atmósfera de terror que se había apoderado de la capital, ocurrió algo extraordinario. Quince religiosas tomaron el relevo. Se cubrieron con capas y capas de ropa para amortiguar los golpes que sabían iban a recibir y volvieron a manifestarse frente al Jokhang. Antes de ser arrestadas, tuvieron tiempo de corear: «¡Larga vida al Dalai Lama! ¡Viva el Tíbet libre!»

Las manifestaciones no cesarían a pesar de la represión, del miedo y de la extrema vigilancia de las fuerzas de seguridad chinas. La solidaridad y el sentimiento de estar a punto de ser exterminados por los ocupantes obligaba a los tibetanos a mostrar al mundo que estaban dispuestos a morir para defenderse. «Por muy brutal y violenta que sea, la represión no podrá acallar la voz de la justicia y la libertad», declaró el Dalai Lama desde su refugio al otro lado de las montañas, en la ciudad india de Dharamsala.

Ante el cariz que tomaron los acontecimientos, los chinos decretaron la ley marcial. De nuevo el Tíbet quedó sumido en un aislamiento casi total. Tras el muro de silencio impuesto por Pekín, las escasas noticias que goteaban procedentes del país hablaban de continuas manifestaciones, de miedo, arrestos y torturas, terror y muerte. Fue en esa atmósfera opresiva, desesperanzada, cuando llegó la noticia de la concesión del premio Nobel de la paz al Dalai Lama. Por eso supuso tal desbordamiento de alegría, la explosión del incontrolable deseo de sacudirse el yugo de los opresores, aunque solo fuese durante el tiempo que tarda una barrita de incienso en quemarse. En aquel momento crucial, el premio servía de estímulo para todos los tibetanos. Servía también de aviso a los que, desesperados de no conseguir nada por la vía pacífica, estaban pensando en recurrir a las armas. En un mundo plagado de conflictos, la no violencia recibía un poderoso aliento.

El premio supuso también un golpe a la soberbia del gobierno de Pekín, una bofetada a un régimen decadente, una humillación para toda la nación china, ya que nunca un ciudadano de la República Popular había sido galardonado con un Nobel, en ninguna de sus disciplinas. Y ahora el mundo entero cubría de honores a un «bárbaro tibetano». En privado, los líderes chinos no tuvieron más remedio que admitir que el prestigio del Dalai Lama no había sufrido desgaste alguno en treinta años de comunismo. Más bien al contrario: su ausencia había magnificado su aura a ojos de su pueblo. Los insultos y las descalificaciones solo habían arañado la

superficie. El monje Tenzin Gyatso, decimocuarto Dalai Lama, encarnación del Buda de la Compasión Infinita, Señor del Loto Blanco, Océano de Sabiduría, había sido y seguía siendo, ya fuese en el interior de su país o en el exilio, el soberano del alto país de las nieves, el Dios Rey de todos los tibetanos.

La joven Kinsom acariciaba el sueño de encontrarse con él algún día. Admiraba a todos aquellos que se atrevían a afrontar los puertos de montaña, la intemperie, la incertidumbre y la dureza de un largo viaje a través del Himalaya, burlando la vigilancia de los guardias fronterizos, con el solo fin de acercársele, de sentir su radiante presencia. Cuántos refugiados de edad avanzada, transidos por la enfermedad y la brutalidad de los cambios acaecidos, habían abandonado esta vida en paz, felices por el solo hecho de haberle visto. Cuántas veces había oído Kinsom que muchos compatriotas suyos debían su supervivencia a la infatigable protección de este monje que, por su sola presencia, les había llevado a ir siempre hacia adelante, a superarse, a dar lo mejor de sí mismos, sin importar el precio. Ella también quería su bendición y aunque era un sueño imposible, se aferraba a él con toda la fuerza de su juventud. «Quizás algún día...», pensaba mientras caminaba con tres compañeras hacia el centro de Lhasa en aquella mañana de enero de 1990. Iban desgranando las ciento ocho cuentas del rosario y recitando al unísono el mantra *Om maní padme Um* (*Saludo a la Joya en el Loto*). Grabada en piedras al borde de las carreteras, en las rocas de las más altas montañas, escrita en banderas multicolores flameando al viento, invocada en el umbral de las moradas o de los monasterios, en las salmodias incansables de los peregrinos y hasta en los primeros balbuceos infantiles, esta letanía milenaria ha acompañado al Tíbet siglo tras siglo, vida tras vida. Representa la aspiración de todo budista porque simboliza el cuerpo, la palabra y el espíritu puro de un buda, calificativo que define el estado espiritual de los que han alcanzado el conocimiento superior, la Iluminación. Los que han suprimido todo sufrimiento y frustración y descubierto una paz y una felicidad inmortales.

Tan ensimismada iba Kinsom que varias veces sus compañeras tuvieron que apartarla del camino para evitar que un ciclista la atropellase. Los rayos de sol que despuntaban por encima de las montañas iluminaban la ciudad que se extendía en la meseta, a 3.700 metros de altura. Los tejados dorados y la imponente fachada del Palacio del Pótala, en otros tiempos residencia oficial del Dalai Lama y sede del gobierno, es la primera visión que ofrece Lhasa a los caminantes. Su peculiar y monumental estructura dominando la ciudad es como un recordatorio de los tiempos en los que el techo del mundo fue el crisol de una civilización única. Aparte de este majestuoso símbolo del Tíbet, poco queda en Lhasa de su pasado esplendor. Las casas tradicionales están desapareciendo y los barrios viejos están siendo derribados para que obreros traídos de China erijan edificios de hormigón. Avenidas rectilíneas con garitos, bares y burdeles destinados a atender a la enorme cantidad de militares y policías acantonados en las afueras, configuran la nueva ciudad. Aun así, Lhasa no se parece todavía a las demás urbes de la China. El centro sigue siendo un enclave medieval frecuentado por monjes sonrientes, campesinos mugrientos, malabaristas y

acróbatas. La pequeñez, la amabilidad, las espectaculares vistas sobre las montañas, el aire puro, el brillo del sol, el sonido de las campanillas, hasta el caos y la suciedad la hacen hospitalaria. El ladrido esporádico de los perros y los gritos de los niños no hacen sino reafirmar la sensación de quietud. Pero Lhasa es también un hervidero de dialectos, un gran mercado de olores penetrantes, con carros repletos de objetos heteróclitos, montañas de verduras y de frutas, carretillas llenas de mantequilla rancia, bolsas de té y puestos callejeros que ofrecen sucios cortes de carne de yak secada al sol.

Antes de hacer las compras, Kinsom quiso pasar por la plaza del Jokhang. Le gustaba aquel sitio porque allí se congregaban joviales monjes y simpáticos peregrinos que daban color y un cierto aire cosmopolita a esta ciudad santa. Al hacer de Lhasa su punto de encuentro, peregrinos de toda la región del Himalaya enriquecen la vida de la ciudad. Verlos postrarse hasta tocar el suelo con la frente y arrastrarse siguiendo la dirección de las agujas del reloj alrededor del Jokhang, o tumbarse en los peldaños de las escalinatas, en las calles, a orillas del río, en las colinas de los alrededores, en todas partes y siempre de buen humor, representa para muchos tibetanos la confirmación secreta de que, si bien la ciudad ha sido violada por los chinos, su espíritu se mantiene incólume.

Al cruzar la plaza, brillante de sol, Kinsom y sus compañeras pasaron delante de tres policías chinos, que estaban de guardia custodiando la bandera roja. Al llegar a la oscuridad de los altares, envueltos en finas nubes de incienso, se unieron a las oraciones de los peregrinos; los muy devotos soplaban en una trompeta hecha con un fémur humano que recordaba una flauta; otros llevaban agua en cuencos formados por la parte superior de un cráneo. Las jóvenes tibetanas rezaron, se postraron y luego salpicaron los santuarios con minúsculos billetes de un *jiao* y con granos de cebada. Antes de abandonar el recinto del templo, vaciaron con parsimonia manteca de yak en las lamparillas.

Caminaban por las calles adyacentes, entre puestos que vendían desde banderines de rezo hasta huesos de yak incrustados de joyas cuando, de pronto, la melodía familiar de una canción tradicional despertó su curiosidad. Siguieron el rastro de aquellas voces hasta toparse con un pequeño grupo de tibetanos, alrededor del cual se estaba formando un corro de campesinos y peregrinos que escuchaban, absortos, a un anciano que cantaba:

*... Nunca olvidaré el rostro de mis padres.
¡Oh, Joya de Sabiduría!
Mi país no lo han vendido, lo han robado...*

Kinsom y sus compañeras se unieron al corro. Las sucesivas canciones que fueron hilvanando ridiculizaban a los chinos hasta lo grotesco. Entre risas y chistes, aquello se convirtió en una pequeña fiesta callejera. La más joven estaba impaciente por abandonar el lugar, pero Kinsom quiso quedarse un rato más. Disfrutaba con aquellos instantes de desahogo, de alegría compartida, de libertad encontrada. El legendario buen humor de los tibetanos, siempre dispuesto a aflorar, es capaz de conseguir en ciertos momentos que las preocupaciones cotidianas y el yugo de la opresión se desvanezcan como por encanto. Solo cuenta el momento presente, joya a la que hay que mimar como un objeto único, irrepetible. Ahí reside la fuerza de un pueblo enraizado en una religión que ha hecho de la destrucción la condición necesaria para el renacimiento; de la compasión, su regla de oro; de lo transitorio de los seres y las cosas, su principal creencia.

La policía no tardó en llegar. La gente empezó a correr en todas direcciones, unos gritando consignas, otros lanzando piedras o adoquines, todos buscando satisfacer así sus agravios. El viejo tibetano permaneció en su sitio, tarareando el estribillo de su canción, como si lo que acontecía alrededor le fuese completamente ajeno. Tenía la piel oscura y curtida, los ojos eran dos rayitas negras que se confundían con las arrugas del rostro, el pelo, gris y sucio, le caía sobre los hombros. Un policía le ordenó callarse, pero el hombre continuó impertérrito, la mirada desafiante. El policía levantó su porra y, a pesar del abucheo y los insultos de la gente, que observaba de lejos, le asestó varios golpes en la cara y el cuerpo. El viejo se tambaleó, pero siguió en pie. Le manaba sangre por la comisura de los labios, por la nariz, por los oídos. Su voz era un hilillo casi inaudible. Lo más extraordinario es que sonreía. Unos gritaban: «Dejadle en paz»; otros insultaban a los chinos, pero ni el viejo callaba ni los esbirros dejaban de ensañarse con él. El hombre estaba doblado hacia delante, luchaba por no caer de rodillas pese a que le estaban moliendo la espalda a palos. Llegó un momento en que Kinsom no pudo soportarlo más. Cogió su bufanda y la hizo ondear como si fuese una bandera. «¡Fuera los chinos! ¡Viva el Tíbet libre!», gritó varias veces. Sus compañeras no intentaron hacerla callar; al contrario, estaban tan alteradas que se sumaron a sus gritos. La atención de los policías se desvió hacia las religiosas, que salieron corriendo. Casi todas se salvaron gracias a la colaboración de la gente, que abrió las puertas de sus casas para que pudiesen esconderse. La más pequeña eludió la persecución porque una campesina que tenía un puesto de verduras la escondió bajo su faldón. Kinsom se metió por una bocacalle para buscar algún escondrijo, pero los policías le pisaban los talones. De pronto sintió un golpe tremendo, como si su cabeza explotase... y cayó rodando.

Cuando Kinsom abrió los ojos, estaba tumbada en el remolque de un camión militar que avanzaba dando bocinazos hacia la salida de Lhasa. Tenía el rostro y el cuello llenos de churretes de sangre medio seca, estaba aturdida, le dolía la cabeza, pero aquello no era nada comparado con el dolor que sentía en los brazos. Al intentar moverse, se dio cuenta de que tenía las manos esposadas a la espalda. Cada bache de la calzada le provocaba una contracción que le desgarraba las muñecas y le desencajaba el hombro. Desde su postura, podía ver el cañón de los fusiles de los soldados, la parte alta de los edificios, las farolas, las copas de algunos árboles, y sobre todo el cielo, tan grande, tan azul, tan límpido. Le hubiera gustado evaporarse, desaparecer en él. El camión siguió su ruta durante veinte minutos y cuando vislumbró una torreta de vigilancia, Kinsom sintió el zarpazo del terror. Aquel lugar provocaba escalofríos en la mayoría de los tibetanos. La sola mención de la cárcel de Gutsa evocaba la suerte de los miles de compatriotas desaparecidos en sus entrañas sin dejar rastro. En aquellos que han tenido la suerte de salir con vida de ese infierno el recuerdo de Gutsa provoca sollozos espontáneos y a menudo ataques de nervios. Ese conjunto de edificios grises y rectangulares plantados en la árida meseta, rodeado de altos muros, es el símbolo más visible de la crueldad con la que el poder chino sojuzga al país de las nieves.

Sin dejar de propinarle puntapiés, los guardias la empujaron hasta la sala de ingresos, donde unas mujeres uniformadas la cachearon minuciosamente, le quitaron lo único que llevaba encima —el dinero para las compras—, le hicieron firmar un recibo y anotaron su nombre en el registro de entrada. Luego la devolvieron a los guardias, quienes la encerraron en una de las salas de interrogatorio. Era una pieza amplia, amueblada con mesas y sillas metálicas.

Kinsom se estremeció al ver las cuerdas, los látigos, los cables eléctricos y los ganchos de hierro colgando del techo. A su mente volvieron las historias de lo que los chinos eran capaces de hacer con sus prisioneros. Las había oído en la aldea, de boca de sus tíos, de sus padres, de sus compañeras en el monasterio. Se transmitían de generación en generación, como un deber de memoria colectiva.

Un oficial chino embutido en su uniforme verde le tomó de nuevo los datos. A sus órdenes estaban tres *gonyi-pa*, palabra que literalmente significa «dos cabezas» y con la que se designa a los tibetanos que colaboran con los chinos. Kinsom sabía que eran los más crueles, siempre dispuestos a hacer méritos para ganarse el favor de sus superiores.

—¿Quiénes estaban contigo? —le preguntó un «dos cabezas».

Kinsom callaba, en parte por voluntad, en parte porque estaba demasiado aturdida para responder.

—¿Los conoces?

—No.

Entonces la arrastraron hasta una silla de hierro y la maniataron, utilizando una técnica elaborada durante años de represión por el Ejército de Liberación del Pueblo, que consistía en cruzar la cuerda alrededor del busto y luego atar los brazos, en alto, por detrás de la cabeza. Después de pasarle la cuerda debajo de la axila, uno de los torturadores tiró de ella bruscamente hacia abajo. Kinsom se contorsionó y profirió un grito gutural: le habían desencajado los hombros. Tan doloroso era este suplicio, llamado el «aeroplano», que muchos prisioneros perdían el control de su vejiga y de sus intestinos.

«¿Quién organizó la manifestación?» Kinsom seguía gritando de dolor y cuando los guardias se dieron cuenta de que estaba a punto de perder el conocimiento, relajaron la presión de la cuerda. Le golpearon en el rostro, en el busto, en las piernas, remachando cada golpe con la misma pregunta. La respuesta de Kinsom era invariable: aquella reunión en la calle había sido improvisada. Como no era el tipo de declaración que sus torturadores querían sonsacarle, uno de ellos cogió el instrumento de tortura predilecto de las cárceles chinas: una porra eléctrica de las que se utilizan para marcar el ganado. La aplicó contra la silla. Kinsom se estremeció, arqueó el tronco, y se desmayó. Cuando recobró el conocimiento, el guardia volvió a empezar. Otra descarga. Se desmayó de nuevo. «¿Quiénes estaban contigo? ¿Quién os dio la orden de manifestaros?» Los chinos no podían concebir que las monjas hubiesen tomado la decisión de protestar por sí mismas. Debían de formar parte de algún complot destinado a socavar «el prestigio de la madre patria». Querían nombres, nombres, nombres... Kinsom no abrió la boca. Entonces se la abrieron a la fuerza y le metieron la porra eléctrica hasta la garganta. Le pareció que le estallaban los huesos de la cara, que la lengua le ardía, que los ojos se le salían de sus órbitas. Cuando se la retiraron, notó en la boca pedazos de muelas rotas que arrojó en un vómito sanguinolento. Pero no habló. Al final, sangrando por todo el cuerpo, la lengua tan hinchada que apenas le cabía en la boca, cubierta de hematomas, Kinsom oyó la voz del oficial dando la sesión por terminada. La desataron, le colocaron de nuevo las esposas en las muñecas, unos grilletes en los tobillos y se la llevaron. Su silencio le valió el aislamiento en una celda de castigo, sin derecho a pasear ni a tener contacto con las demás detenidas.

La celda no era espaciosa. Medía tres metros por dos, en lugar de cama había una losa de hormigón, barrotes en un hueco que hacía de ventana y una trampilla para pasarle la comida. En el suelo, un cubo medio lleno de heces congeladas, recuerdo del prisionero anterior. Más tarde, Kinsom no se acordaría del tiempo que estuvo inmóvil, la mirada perdida, intentando recuperar la respiración. El frío la empujaba a moverse, pero su cuerpo estaba demasiado entumecido, sus articulaciones tan

doloridas que hasta el movimiento provocado por su propio resuello le resultaba insoportable. Despertó de su estupor una mañana, cuando, a través de la trampilla de la celda, le entregaron su pitanza. Se levantó como pudo y, arrastrando los pies aherrojados por los grilletes, agarró con manos temblorosas un cuenco de té negro y una especie de papilla grisácea. A pesar del hambre y la sed, tenía la boca en tal mal estado que no pudo tragar nada. Utilizó el té para limpiarse la cara y el cuello, y con el cuenco se calentó las manos.

En la gélida soledad de la celda, puntuada por el ruido de órdenes lejanas y por el grito de algún prisionero, le vinieron a la memoria recuerdos de la infancia... ¡Con qué ansia bebía su hermanito la leche todavía caliente que ella ordeñaba a los *dzomos*, esos simpáticos bovinos mezcla de vaca y de yak! ¡Con qué alegría recibía la visita de los santones cuando llegaban al campamento transidos de frío, mendigando algo de comer! Iban casi desnudos, a imagen y semejanza del gran yogui Milarepa, el asceta de mayor renombre del budismo, capaz de meditar días enteros en la nieve y los hielos del Himalaya, solamente vestido con un manto de algodón. Rezaban todo el día y a veces durante toda la noche. Rezaban por la prosperidad de la familia, pero también por la liberación de su país y por la salud del Dalai Lama. Lo hacían frente al altar, escondido para evitar una delación, que nunca había faltado en el hogar de sus padres, aun en aquellos años, los peores de la Revolución Cultural. Para Kinsom, que había crecido en ese ambiente, donde se considera la religión como elemento inseparable del resto de la vida, aquellos hombres, además de santos, eran verdaderos héroes. No solo por haber renunciado al mundo y haber emprendido la senda más difícil, sino porque habían desafiado la prohibición de llevar una vida religiosa que los comunistas impusieron en las tres primeras décadas de su dominio sobre el Tíbet. Después de que los ocupantes concedieran unas mínimas libertades, el hogar de sus padres empezó a recibir periódicamente la visita de un monje. Iba a celebrar los días festivos y a hacer ofrendas un par de veces al año. Era también sanador, siempre dispuesto a aliviar los males de aquella población seminómada. De su boca Kinsom escuchó por primera vez un relato que quedó grabado para siempre en su memoria. Era la historia de un príncipe llamado Siddharta que a la edad de veintinueve años, ya casado y padre de familia, abandonó el palacio donde vivía desde su nacimiento para ir a la ciudad, donde se topó con un anciano quebrado por la edad, después con un hombre infectado por la peste y luego con un cadáver que conducían a la hoguera. Esos tres encuentros, decisivos en la historia del mundo —la revelación de la vejez, de la enfermedad y de la muerte, calamidades comunes a todos—, llevaron al príncipe a abandonar su palacio, su familia y las obligaciones reales que le esperaban. Decidió consagrar todas sus fuerzas a la búsqueda de una nueva luz que permitiera a los seres humanos librarse del sufrimiento. El príncipe Siddharta recorrió una parte de la India, interrogó a hombres sabios y vivió seis años en la montaña en un ascetismo extremo. En vano. La respuesta la encontró en sí mismo, sentado a los pies de una higuera. Fue una revelación sobre el misterio de la muerte y del renacimiento y sobre

la supresión del sufrimiento en el mundo. Había alcanzado la Iluminación, que, más que una idea mística, era como caer en la cuenta de la realidad última de todo. Se había convertido en Buda.

Ese es el ideal de todos los tibetanos, y también era el de Kinsom, que ni siquiera había podido aprender a leer y a escribir porque no había una sola escuela en quinientos kilómetros a la redonda. Viajar, aprender, conocer, perfeccionarse... En la soledad de las montañas, poco a poco fue meditando las enseñanzas del monje y forjando su sueño de futuro. «El Despertar —le había dicho el monje amigo— no se puede enseñar. Pero el camino que lleva a esa verdad, sí. Por eso, la enseñanza ocupa un lugar tan importante en la vida de los budistas». Así que Kinsom, cansada de pasar días enteros en las montañas, con la sola compañía de los animales, anunció un día a su familia que pensaba abrazar la vida religiosa.

Su padre, un hombre mayor, curtido por el viento, fuerte pero de aspecto frágil, no pudo ocultar su disgusto. El buen hombre se limitó a decir: «Te necesitamos aquí», pero Kinsom ya no quería esa vida. Y nunca tuvo deseos de casarse, ni de tener hijos. Lo había comentado con sus amigas, hijas de pastores y de campesinos como ella, que también se interrogaban sobre su porvenir en su país invadido. Tener hijos... ¿Para qué? ¿Para apenas poder alimentarlos? ¿Para que vivieran como parias en su propio país, sin posibilidad de instruirse en su idioma y condenados a ser marginados por los chinos? Las aspiraciones de Kinsom, forjadas en el aislamiento de los valles y del bosque, eran otras. Quería aprovechar su paso en la tierra para mejorar su *karma*. Esta noción, de suma importancia para los budistas, significa que el destino individual está moldeado por la suma de actos buenos y malos realizados en esta y en otras vidas.

Como hilos invisibles que enhebran la existencia, las buenas acciones acaban teniendo buenos efectos, las malas constituyen un obstáculo para la realización espiritual. Kinsom sabía que el destino no da nada que no vuelva a recoger, y quizás por eso sintió la necesidad de hacer algo trascendente, algo que la hiciera avanzar por la senda de la Iluminación. Esta vida le ofrecía al menos la oportunidad de acumular un buen *karma*, y eso se podía conseguir ayudando a los demás. ¿Cómo? No lo tenía muy claro, pero intuía que siguiendo la vía del *dharma*, las enseñanzas de Buda, acabaría descubriendo la luz.

De no ser por la ayuda de su madre, que desde la infancia le había repetido que lo único que se llevaría consigo tras la muerte sería el conocimiento religioso, le hubiera costado mucho oponerse a su padre y seguir su vocación. Su madre se encargó de convencer al marido de dejar que la hija decidiese su destino. Como la mayoría de las campesinas del país de las nieves, era una mujer dulce y a la vez con carácter, que no dudó en resignarse a renunciar a su hija por una causa superior. Kinsom la recordaba

el día de la despedida, con su cabello negro como el azabache recogido en una eterna trenza, la sonrisa desvelando una boca donde faltaban dos dientes, los ojos que reían, la mano que no cesaba de agitarse en lo alto del camino, junto a los banderines de rezo flotando al viento y que producían un extraño sonido, como el eco lejano de los truenos que preceden a una violenta tormenta.

Enfrentada a las sombras de aquella mazmorra, Kinsom intentaba imaginar la vida de sus padres en ese preciso instante. ¿Estarían con los animales en las laderas de las montañas cubiertas de coníferas cuya fragancia perfuma el aire? ¿Estarían buscando las sabrosas bayas que crecen en el bosque?... ¿Se habrían enterado de su detención?

La puerta de la celda se abrió entre ruidos de llaves y cerrojos. Allí estaban, dispuestos a llevársela de nuevo. ¿Cuánto tiempo había pasado? Kinsom era incapaz de calcularlo. Solo sabía que se encontraba mejor físicamente, aunque la atenazaban el frío y el hambre. Se había negado a beber la sopa infecta que a mediodía y por la noche le pasaban por la trampilla. Sospechaba que las verduras, cultivadas en una tierra fertilizada con excrementos humanos, apenas se lavaban antes de hervirlas.

La llevaron a la misma sala donde la esperaba el mismo «equipo». El oficial empezó a explicarle en tono amable que necesitaba los nombres de las otras monjas rebeldes de su convento. Kinsom le dijo que se había unido al grupo que cantaba en la calle por curiosidad, por iniciativa propia, y que no daría ningún nombre porque había actuado sola. El oficial le recordó que estaba acusada de ser anticomunista y antichina y, más grave aún, de llevar a cabo actividades secesionistas que le podían acarrear una severa pena de prisión, quizá la pena capital. Kinsom miró hacia abajo, y cuando el oficial se dio cuenta de que sus palabras no habían hecho mella alguna, hizo una seña a uno de los torturadores. Este se acercó a la joven y le ordenó desnudarse. Ella no se movió, lo que le valió una sarta de golpes. Le dijeron que allí no tenía derecho a llevar el hábito, que solo merecía los trapos que le darían para cubrirse el cuerpo y que se le prohibía cortarse el pelo y realizar cualquier actividad religiosa. Luego le arrancaron la túnica. Completamente desnuda, le tocaron los pechos, los muslos, el pubis, mientras los guardias no dejaban de proferir obscenidades, hasta que el oficial les llamó al orden. Aquel profesional del sufrimiento no podía permitir ciertas desviaciones en el proceder de los subordinados, por lo menos en su presencia. Entonces dejaron de toquetearla, la forzaron a doblar el cuerpo hacia adelante y le asestaron golpes en la cabeza hasta que perdió el equilibrio. Tirada en una esquina de aquella habitación, humillada y doliente, sintió por primera vez en su vida ganas de morir. Ni siquiera podía lanzarse por la ventana, que es lo que deseaba en aquel momento. Se acordó del último consejo que le había dado su padre cuando, resignado a que su hija abandonase el hogar familiar y emprendiese su propio camino, le sugirió que no ingresara en un convento en Lhasa. Era mejor ir a las montañas, a un lugar solitario, era mejor para la práctica religiosa. Él sabía que los conventos y monasterios, convertidos en baluartes de la resistencia, podían ser peligrosos. Ella le había hecho caso, se había ido a la montaña, pero su padre ignoraba que el desorden y la violencia del mundo llegaban hasta las sierras más recónditas. No había escapatoria, hubiera querido decirle a su padre, no había salvación en el país de las nieves, solo muerte y destrucción. «Mira, padre, cómo me veo».

El oficial intervino de nuevo y, siempre en tono meloso, le ofreció protección, insinuando que podría volver al convento si colaboraba. Le ofreció hasta dinero, aunque sabía por experiencia que las monjas se mostraban muy reacias a tales presiones. «Antes que denunciar a mis hermanas prefiero que me despedacen y ser pasto de los buitres», pensó Kinsom. Harto de esperar una respuesta, el oficial salió de la habitación con su carpeta bajo el brazo. Entonces Kinsom tuvo un escalofrío, quizá porque supo que le aguardaba lo peor.

«Fue horrible —recordaría Kinsom—. Los *gonyi-pa* se ensañaron con una crueldad inimaginable. Me obligaron a tumbarme sobre la mesa y, mientras uno me abría las piernas, otro me metió la porra eléctrica por la vagina. Usaban aquel aparato como si fuese un juguete, se divertían. Se reían y bromeaban mientras me aplicaban descargas eléctricas, y yo creía que me desgarraba por dentro. Perdí el conocimiento. Lo recobré cuando me lanzaron un cubo de agua fría a la cara. “Ya no eres monja —me dijo uno de ellos—. Solo basura”. En parte tenía razón, era un andrajo, un montón de carne sanguinolenta... al violarme con aquel aparato habían forzado mis votos de castidad y pureza, mi cuerpo no era nada excepto un saco de huesos, una llaga descamada... era un animal en el matadero. Me devolvieron a la celda y durante los nueve días siguientes solo me sacaron para seguir torturándome. Me hicieron de todo, desde tenerme desnuda y colgada por los pies una noche entera hasta tirarme cubos de orina a la cara y obligarme a comer un *momo*, la típica empanadilla tibetana, impregnada de excrementos. No eran seres humanos, no eran animales, eran máquinas».

Kinsom tuvo la tentación de dar nombres en varias ocasiones para acabar con aquel horror, pero siempre encontró las fuerzas necesarias para contenerse. Sabía que de hacerlo perdería la dignidad, el amor propio, hasta la sensación de ser persona. Su silencio era el último refugio que le quedaba para sobrevivir. Por eso, aunque la llevaron hasta el borde de la muerte, sus labios permanecieron sellados. «Podían violar mi cuerpo todos los días —diría Kinsom—, pero mientras no hablase, no conseguirían violar mi alma. Acordándome de las enseñanzas que había recibido, comprendí que eso era lo realmente importante. Cuanto más pura se mantuviese mi mente, más posibilidades de asegurarme una buena reencarnación tendría. Entonces podría seguir el camino del *dharma* hasta la perfección, más allá del nirvana, hasta la Iluminación».

De regreso a la celda, una de las vigilantes, una china de mediana edad con la cara angulosa y dos trenzas de colegiala, le entregó una burda prenda remendada para vestirse y le devolvió sus zapatos. Pero el frío era tan lacerante que, unido al estado de debilidad física en que se encontraba, Kinsom padecía temblores y espasmos, se le

cuarteaba la piel y sentía escozores en varias partes del cuerpo. La vigilante, en un sorprendente acto de conmiseración, le dio una bufanda y una camiseta.

Durante los treinta días que pasó en la celda de castigo, el único alivio de Kinsom era echar un vistazo al trocito de cielo que veía desde la ventana, que le permitía saber si era de día o de noche, y el paseo nocturno para vaciar el cubo de la orina en las letrinas.

En una de esas ocasiones tuvo la osadía de dirigirse a la vigilante: «¿No os da vergüenza tratar así a la gente?», le espetó en voz baja. La mujer la miró fijamente y por un momento Kinsom pensó que iba a pagar caro haber infringido la regla del silencio. Pero ¿qué más podían hacerle? pensó. La mujer uniformada se limitó a acompañarla de vuelta a la celda y cerró la puerta. Cuando por la noche se abrió la trampilla con la comida, Kinsom descubrió con sorpresa que en el cuenco había dos *momos* en vez de uno. Aquello le levantó el ánimo. Era como una velada confirmación de que el espíritu seguía vivo, hasta en el alma correosa de los chinos.

Su situación física llegó a deteriorarse mucho. Las heridas no cicatrizaban porque las continuas torturas las abrían de nuevo y, mucho más preocupante, Kinsom temía haberse quedado incontinente. El calor que de pronto sentía entre las piernas a causa del fluir incontrolado de orina la exasperaba. Era consecuencia de introducirle porras eléctricas en la vagina; Kinsom sabía que algunas prisioneras no recuperan nunca el control de sus esfínteres. En aquella situación, sin ser autorizada a asistir a su propio juicio, sin otro futuro que la perspectiva de más sevicias, su estado de ánimo flaqueó. Cayó en una especie de estupor. Las palabras del oficial amenazándola con la pena capital le resonaban en los oídos. Clavaba la vista en los lamparones de las paredes, con la idea fija de que la iban a ejecutar. Se imaginaba a los otros presos, todos encerrados en las mismas celdas oscuras, esperando la muerte. Por la noche, sus sueños eran una mezcla caótica de recuerdos: imágenes de la infancia, cuando jugaba a las cometas, se superponían con escenas de la detención, de la vida en la cárcel y de las palizas. Al despertar, solo encontraba esperanza en la perspectiva de su propia muerte. Aunque había pensado en suicidarse colgándose con los harapos que le habían entregado para vestirse, terminó por descartar aquella solución. Si bien una monja había conseguido matarse, tirándose por un puente durante un traslado a otro establecimiento penitenciario, había sido una excepción. Como a muchos tibetanos, a Kinsom le espantaba aún más la idea del suicidio que el sufrimiento, por muy grande que fuese. Según las enseñanzas por todos recibidas, el suicida no tiene esperanza de renacer bajo forma humana, por lo tanto no puede continuar su evolución espiritual... ¡durante por lo menos quinientas vidas! Suicidarse, pensó Kinsom, era dar la espalda a la realidad del mundo. ¿No le habían enseñado que el sufrimiento domina la existencia de todos los seres vivos y que su culminación es la muerte? ¿No es esa la suprema ley de vida? Hasta en la naturaleza el drama está por doquier: el pájaro que muere en la boca de un depredador, las plantas que luchan entre ellas por un rayo de

sol... tras todo paisaje idílico hay un combate desenfrenado y sin tregua, un imperio del dolor del cual es imposible concebir ni el origen ni el término. En el discurso de Buda no existe un dios salvador.

Una potencia sobrehumana, una promesa de ayuda sobrenatural. A eso no podía agarrarse Kinsom en la desesperante soledad de su celda. De todas maneras... ¿qué hubieran podido hacer los dioses? Aunque fuesen protectores misericordiosos, no habían eximido al mundo del sufrimiento, ni siquiera ellos mismos se habían librado de él. Solo existe la lucha del hombre contra el dolor, un combate que cada uno debe librar en solitario y del cual solo puede salir vencedor por medios puramente humanos. La religión que le habían enseñado no contiene ninguna verdad absoluta, ningún dogma, simplemente era un método de salvación. Sabía que tenía que luchar para no caer en la estéril desesperanza. Debía seguir el ejemplo de Buda, que con la sola ayuda de su inteligencia buscó el camino para suprimir el dolor, elemento indisolublemente ligado a toda existencia individual. Lo encontró en el ejercicio perseverante y sistemático de la meditación. Gracias a la fuerza del espíritu, uno puede alcanzar, poco a poco, su esencia más íntima, siempre inmune al cambio y a la muerte, y que también es la naturaleza de todo lo demás. Lo que cristianos y judíos llaman Dios, los hindúes Siva, Brahma y Vishnú, los místicos sufíes la Esencia Oculta, los budistas lo llaman «naturaleza de Buda». Al igual que las demás religiones, en la esencia del budismo se halla la certidumbre de que existe una Verdad Fundamental, y de que esta vida es la oportunidad sagrada para evolucionar y conocerla.

Kinsom, que había dejado de meditar desde su ingreso en Gutsa, se esforzó en recitar mantras, en no pensar en las vejaciones, en olvidarse del frío, del hambre, del dolor y de la persistente idea de la muerte. Solamente en la quietud de la noche conseguía sustraerse al torbellino de sus pensamientos y entrar en contacto con su ser profundo, la joya en el fondo del lodo. Buscaba el silencio interior porque sabía que «solo se ve el fondo cuando el estanque está tranquilo». Empezó a pensar en su cuerpo maltrecho como en la vestidura temporal que cubría su espíritu, y en que si iba a abandonarlo sería para nacer de nuevo en otro plano de la existencia. ¿No enseña el budismo lo efímero de todas las cosas, el valor del desapego hacia los demás y hacia uno mismo? ¿No enseña a no tomarse demasiado en serio, a que la verdad última no se halla en el dolor y en la ignorancia, sino en la alegría y en la sabiduría? ¿No es el valor de ser feliz el mayor de todos? Recordando las enseñanzas de su maestra y aprovechando los momentos de silencio, Kinsom consiguió descorrer suavemente los velos de su mente y encontrar el mínimo de serenidad necesaria para sobrevivir, aunque solo fuese un día más. En sus circunstancias, ver más allá del propio sufrimiento exigía toda su fuerza mental. Había que tener un gran coraje para ser inclementemente insensible al propio dolor.

El pequeño rincón de cielo que vislumbraba desde la celda se había convertido en su alimento de vida. De noche erguía el cuello hacia el hueco que hacía de ventana, se aferraba al destello de las estrellas y parecía que entre su mirada y aquel brillo cósmico no hubiera distancia. En esos instantes de contemplación, el cielo y la tierra, el tiempo y la eternidad estaban unidos. El misterio se convertía en una fuerza que iluminaba el espíritu y hacía entrar en calor el cuerpo. De día, mirar ese cuadrado azul turquesa en el que a veces vagaba una pálida luna creciente era como respirar el cielo y rozar lo absoluto. Esa abertura era su único vínculo con la belleza del mundo más allá de los lamentos de los prisioneros, de los gritos de los guardias, más allá de las paredes húmedas y sucias de su celda. Era consciente de que, sin aquel ventanuco defendido por barrotes, hubiera estado enterrada en vida.

¿Y las demás?, se preguntaba, ¿cuántas tendrían derecho a ese privilegio? ¿Cuántos cuerpos estarían ahora en los campos de trabajo y en las cárceles de todo el Tíbet, cayendo bajo los culatazos, las patadas, las porras? ¿Cuántas compañeras estarían muriendo sin haber hablado, como ella o, más atroz aún, habiendo hablado...? ¿Cuánto iba a durar aquella noche constelada de torturas?

A menudo se preguntaba por la suerte de su maestra, la venerable Ani Choki, a quien los policías se habían llevado el día de la celebración del Nobel. ¿Estaría pudriéndose en alguna de las celdas de Gutsa, a escasos metros de distancia? ¿La habrían mandado a un campo de reeducación?

¿Estaría viva todavía? No se atrevía a hacerse la pregunta que, sin embargo, más le angustiaba: ¿Le habrían hecho lo mismo que a ella?

La conoció poco tiempo después de dejar a sus padres, nada más llegar al monasterio, que todavía entonces era un montón de ruinas. Ani Choki estaba con un grupo de ocho religiosas, de edad avanzada, que vivían allí desde antes de su destrucción por los chinos y que seguían aferradas a ese lugar con toda la fuerza de su fe. Vivían en tiendas de campaña mientras rehabilitaban una parte del edificio. Eran excelentes personas, las mejores amigas y ayudantes que Kinsom hubiera soñado encontrar. A pesar de su edad, se habían hecho cargo de la reconstrucción. Salían cotidianamente a pedir ayuda y volvían con materiales y víveres. Primero instalaron una cocina, luego levantaron un mástil y tendieron banderines con oraciones escritas en ellos. Sobrevivían cultivando cebada, criando ovejas y recibiendo ofrendas de los que se atrevían de nuevo a frecuentar el monasterio. Y eran mujeres ilustradas, conocían de memoria los textos. Como los libros sagrados fueron pasto de la ira de los guardias rojos y habían acabado todos en una hoguera, ahora aquellas religiosas

los estaban reescribiendo pacientemente, rescatándolos de los más recónditos pliegues de su memoria.

Ani Choki admitió a Kinsom en seguida, feliz de poder contar con una muchacha joven y fuerte para ayudar a la reconstrucción. Le advirtió que sería duro, pero que le enseñaría a leer y escribir y, de haber tiempo, estudiarían la filosofía budista. ¿Qué más podía pedir Kinsom, hija de la montaña, ignorante y pobre, perdida en la inmensidad de su país? Aquella misma noche se acomodó en una de las grutas de la montaña, con otras novicias, todas encantadas de vivir como los eremitas de las leyendas. De día, aquellas mujeres levantaban el monasterio sirviéndose de piedras y barro. Cargaban la madera, el bambú y demás materiales a cuestras durante un trayecto de dos horas por un sendero empinado. Era una vida esforzada, pero Kinsom la prefería al trabajo de pastoreo.

En total había más de treinta jóvenes, hijas de nómadas, todas viviendo en la más completa indigencia, sin la más pequeña comodidad. En noches de ventisca, Kinsom y sus compañeras tenían que quitar la nieve con sus propias manos. Si llovía, la cueva se inundaba y más de una vez tuvieron que abandonar el refugio y pedir asilo. «Era como mi vida de nómada», recordaría Kinsom. También meditaban y recitaban mantras al aire libre, a veces con temperaturas de hasta diez y quince grados bajo cero. Kinsom no olvidaría nunca la *puja*, la ofrenda con la que celebraron su llegada. Aquellas mujeres se pusieron a cantar unas melodiosas salmodias y Kinsom pensó que nunca había oído nada tan bello. En una región martirizada donde había que luchar contra todo, con un frío glacial, aquellas voces, precedidas de nubecillas de vaho, cantaban la grandeza del espíritu humano, y las mismas montañas, al devolverles el eco, parecían sumarse a la celebración. Era como si la larga letanía de destrucciones de templos, de hombres y de almas, todo el cortejo de sombras que acompañaba la historia reciente del Tíbet se hubieran desvanecido. En ese momento algo escapaba al sufrimiento de los hombres y a la demencia de la historia, algo que se leía en los labios mudos de la estatua del Buda de la vida infinita, alrededor de la cual se habían congregado las novicias.

Más adelante, cuando se hubo familiarizado con los rudimentos del alfabeto, tuvo lugar la ceremonia de la toma de votos. Llegaron dos lamas de un monasterio próximo. Se sentaron en el suelo y empezaron a recitar mantras al son de trompetas y címbalos. La víspera, Kinsom se había cortado el pelo al cero, símbolo del rechazo de la vanidad, símbolo de su paso del plano mundano al nivel espiritual, libre de la tiranía de su sexo. Se comprometió ante los lamas a seguir los preceptos de pureza, castidad y renuncia. De ahora en adelante cultivaría la serenidad y la amabilidad, renunciaría a la cólera y a la codicia, sería ecuánime, trataría a todos los seres vivos con compasión, no se dejaría llevar por la euforia ni por la desesperación, cultivaría la disciplina mental, lucharía cada hora del día y cada día de su vida por seguir la

senda de la Iluminación. Al finalizar la música, Kinsom levantó su cabeza rasurada, entrecerró los ojos para que el sol no la deslumbrase, paseó su mirada por los ламas envueltos en túnicas amarillas superpuestas a las habituales de color granate, les devolvió la sonrisa y desgranó su profesión de *fe budista, la fórmula de los tres refugios*: Tomo refugio en el Buda, la sabiduría; tomo refugio en el *dharma*, la doctrina; tomo refugio en el *sangha*, la comunidad de fieles.

Todos estos recuerdos adquirirían en la cárcel un insospechado valor. Eran los cimientos sobre los que Kinsom luchaba para mantener viva la llama de su existencia. Los ejemplos de Ani Choki y de las demás ancianas la ayudaban a encontrar un sentido a su sufrimiento. A imagen y semejanza de las grandes figuras femeninas del budismo tibetano, también ellas eran mujeres independientes, inteligentes y fuertes que, sin abandonar nunca su fe ni sucumbir a las privaciones físicas y mentales, habían soportado las pruebas más duras. Eran mujeres que no habían tenido en cuenta ni las convenciones sociales, ni la opinión de sus familiares y que habían sido capaces de llevar una vida errante, con el solo fin de realizarse espiritualmente. Mujeres que combatían por sus derechos, por sus tradiciones, por su país y por su religión. Indiferentes al desprecio y al escarnio, habían conquistado la igualdad. Desafiando la represión, se habían ganado el respeto y la veneración de sus compatriotas.

Entre las novicias, los poderes milagrosos de las ancianas eran la comidilla diaria. Más de una muchacha decía haber sanado al contacto de la ropa o de algún objeto de una de las venerables. Corría el rumor de que eran capaces de leer el pasado, el presente y el futuro. Que podían, como las grandes *yoginis* de antaño, sobrevivir solo con agua porque poseían la habilidad mágica de extraer esencias vitales de las plantas, y hasta de las piedras, y que por eso seguían allí, a pesar de la destrucción del monasterio. Que podían prolongar su vida a su voluntad y decidir el momento de su muerte. A las ocho ancianas, las jóvenes les atribuían los mismos poderes que a las grandes religiosas del pasado, capaces de proezas físicas extraordinarias, como atravesar mimos gracias a sus capacidades meditativas o dejar la huella de su propio pie en una roca. Una de las prácticas clásicas de los yoguis consiste en producir calor interior, también llamado calor psíquico. El gran místico Milarepa fue un maestro en este arte. Las ancianas contaban que en ese mismo convento que ahora estaban reconstruyendo, antes de la invasión china, tenía lugar una ceremonia ritual el decimoquinto día del duodécimo mes del calendario tibetano. Las monjas salían al alba, vestidas con faldas cortas y envueltas en finos tejidos de lino blanco, para dar vueltas alrededor del edificio. En cada una de las cuatro esquinas se despojaban de sus túnicas y las mojaban en agua casi helada, e inmediatamente se las volvían a poner. Los ламas y sus discípulos seguían la ceremonia desde la azotea del monasterio mientras se tocaba música ritual. Acudía gente de toda la región para asistir a este ejercicio de calor interior, reforzando así su fe y su devoción.

También Kinsom había soñado con realizar tales prácticas espirituales esotéricas, pero Ani Choki le quitó la idea de la cabeza. Especializarse en poderes ocultos, le aseguró, es un obstáculo para la realización del fin último, la Iluminación. Le contó que Buda había hecho colgar los hábitos a un monje por haber realizado un milagro en público, alegando que el único milagro que valía la pena hacer era la transformación del corazón humano. En otra ocasión, Buda consideró de poca importancia un ejercicio de levitación realizado por un discípulo; más aún, una vez lloró compadeciéndose de un yogui que había malgastado veinte años de su vida aprendiendo a caminar sobre el agua, cuando el barquero podía haberlo llevado hasta la otra orilla por unas pocas monedas.

Ahora los tiempos habían cambiado, siguió diciéndole su maestra, y para la mayoría de las monjas, ni tales prácticas, ni los estudios filosóficos eran prioritarios. Lo imprescindible era mantener la esencia de la actividad cotidiana, es decir, llevar hábito, hacer procesiones alrededor de los lugares sagrados, observar los ritos y recitar oraciones. Pero el objetivo no podía ser otro que luchar contra la opresión. ¿Qué mejor manera de alcanzar la Iluminación que sacrificar la vida por la propia gente? Enarbolar la bandera tibetana o gritar consignas, esos eran los nuevos ritos, y todas sabían que la mayoría de la población las apoyaba. Representaban el esfuerzo de los religiosos del Tíbet por adaptar la tradición a la necesidad de libertad religiosa y política.

Y la figura del Dalai Lama, siempre en el horizonte, era el poderoso símbolo que, como alas de un mismo pájaro, aunaba libertad religiosa e independencia.

El destello de una potente linterna invadió la celda y arrancó a Kinsom de sus ensoñaciones. «Ha llegado la hora», se dijo con la resignación de quien acepta su fatal destino. Los guardias la sacaron con la brusquedad habitual y la llevaron en vilo entre dos hasta otra sección, tal era su estado de debilidad. La joven religiosa, que esperaba un tiro en la nuca en cualquier momento, pensó que la sacaban de la celda para acercarla al depósito de cadáveres y ahorrarse el transporte. Sabía que los chinos eran prácticos. Y también que estaban obnubilados por el dinero. Sabía que entregarían una factura a sus padres, como solían hacer con todos los ajusticiados. El precio de las balas estaría indicado con macabra precisión en una vulgar hoja de papel con el sello de la cárcel. También estaría incluido el precio de la comida y el alquiler de la celda. Sabía que si los familiares no podían pagar, sus despojos mortales no les serían entregados.

Pero aquel día Kinsom se equivocaba. La llevaron a una habitación donde se encontró frente al oficial que había supervisado sus interrogatorios.

—¿Has vuelto a pensar en las preguntas que te hemos hecho? —le espetó el hombre.

Kinsom asintió con la cabeza y luego dijo:

—Sí, y no tengo nada que añadir. Actué sola, después de rezar en el templo del Jokhang. No conocía al que cantaba ni a ninguno de los allí reunidos. No existió conspiración alguna.

—¿Por qué te manifestaste?

—Porque vosotros, los chinos, estáis acabando con nosotros.

Se lo dijo mirándolo a la cara, lo que de por sí era una ofensa más añadida a la insolencia de su respuesta. Ambas cosas, la verdad de la frase y el gesto altivo, eran un pretexto más que suficiente para torturarla de nuevo, y Kinsom se quedó esperando el golpe cuya violencia la tiraría al suelo, la patada que le quebraría las costillas, la descarga eléctrica que la paralizaría, el tiro que la liberaría del dolor de este mundo. Pero no ocurrió nada de eso. El oficial sacó de su carpeta una hoja de papel:

—Por sus actividades contrarrevolucionarias y secesionistas, el Tribunal del Pueblo... —Kinsom se acercó ligeramente hacia la mesa y aguzó el oído. El oficial prosiguió—: la ha condenado a tres años de reclusión.

No había terminado la frase cuando ya los guardias la agarraron por los brazos y se la llevaron de nuevo por los interminables pasillos de la cárcel de Gutsa. Si al principio la joven sintió alivio por no recibir más golpes, si la conciencia de seguir viva le produjo una euforia pasajera, en seguida la perspectiva de tres años más en aquel infierno la sumió en un profundo desconsuelo. ¿Cómo iba a soportar tres años, si apenas llevaba un mes y casi no podía mantenerse en pie? Tres años viendo

aquellas paredes, oliendo aquel olor a sangre, humedad y desinfectante, tres años comiendo aquella sopa infecta, oyendo el ladrido de las órdenes, recibiendo golpes... Tres años eran una eternidad para una veinteañera con temperamento de nómada, criada al aire libre de la meseta. ¿Tan terrible era el acto que había cometido contra los mil trescientos millones de hijos de la República Popular China? ¿Treinta segundos, quizá un minuto, gritando «Viva el Tíbet libre» sin ninguna violencia merecían tres años de tan cruel castigo? Si a los monjes detenidos por manifestarse los condenaban a dos años, ¿por qué a ellas las condenaban a tres? Habían conquistado la igualdad con sus compatriotas, pero no la habían conseguido a los ojos de los chinos.

Cuando Kinsom se dio plenamente cuenta de lo que su condena significaba, todas las defensas psíquicas que había urdido en la soledad de la celda se vinieron abajo. Lo que la esperaba, treinta y seis meses en Gutsa, era peor que la muerte, se dijo. Entonces hizo algo que se había jurado no hacer nunca ante los chinos: llorar. Tan fuertes eran sus sollozos que le entraron convulsiones. Las piernas no la sostenían y se desplomó. Los guardias tuvieron que arrastrarla hasta el pabellón n.º 3. En una celda colectiva la dejaron tirada como un bulto y allí se quedó, deshecha en lágrimas sobre el suelo manchado de orina y sangre, obligada a vivir, deseando olvidar, anhelando la muerte.

«Nunca había visto a nadie llorar tanto —diría Yandol, una de las compañeras de su nueva celda, una muchacha de quince años de carita redonda, mirada tierna y ojos color miel que brillaban maliciosamente. Menuda, graciosa, femenina—. Kinsom no dejaba de sollozar, por mucho que la consolásemos y abrazásemos. Todavía me pregunto cómo pudo ser capaz de verter tal cantidad de lágrimas».

Como todavía tenía la cabeza rapada, Kinsom adivinó que Yandol era religiosa. «Soy del convento de Shugsep», le dijo mientras tomaba la cabeza de Kinsom entre sus brazos. Kinsom esbozó un amago de sonrisa, pero seguía sin poder hablar, las lágrimas corrían por sus mejillas huecas, tenía la boca deformada, la mirada borrosa, apenas distinguía las siluetas de las demás reclusas. «Has pasado lo peor —siguió diciendo Yandol—, ten confianza, saldremos de aquí... todas vamos a salir de aquí». Poco a poco las convulsiones fueron cediendo, la cadencia de la respiración se hizo un poco más regular, las lágrimas se secaron y Kinsom se quedó adormilada en los brazos de Yandol. «¡En qué estado se encontraba! —contaría Yandol—. Tenía llagas en la boca, cardenales y costras por todo el cuerpo, los brazos y las piernas delgadísimos, llenos de sabañones, varios dientes rotos, heridas en la cabeza...»

Las otras mujeres la tendieron en el camastro mugriento que le correspondía, todo un lujo comparado con la losa de hormigón de la celda de castigo. Yandol se aplicó a darle un masaje con sus manos hábiles y delicadas, siguiendo un ritmo tan pausado como inflexible. Moviéndose como un oleaje, partían de sus costados, recorrían la

espalda y volvían a subir hacia los hombros. Una de las mujeres empezó a susurrar una vieja canción infantil que venía de la noche de los tiempos épicos, cuando el Tíbet no se había convertido aún al budismo y todavía creía en mil dioses; lo hacía en voz muy baja para no despertar la suspicacia de los guardias. Yandol seguía masajeando las manos, los brazos, deslizando sus largos dedos por el cuello de Kinsom, como para hacer circular de nuevo la sangre. Las piernas, los talones, las plantas de los pies, la cabeza, la nuca, la cara, la nariz, la espalda fueron objeto de sus sucesivas caricias, sus ágiles dedos parecían transmitir vida. Luego siguieron una serie de ejercicios de yoga con los brazos. Era como un ritual que aportaba a aquel cuerpo destrozado un alimento que no era de este mundo. De pronto, aquella celda fea y mugrienta se había transformado en un lugar habitable, con luz y calor. Entonces Kinsom cerró los ojos y se abandonó a sus sueños, y su mente volvió a las llanuras de la altiplanicie. Vio con extrema nitidez los rostros curtidos de sus padres, de sus hermanos; le parecía estar oliendo la rancia manteca de *dri*, la hembra del yak, el cuero de las zamarras, el humo de las boñigas de yak ardiendo en la cocina; le parecía sentir en la piel la caricia de la lana de oveja, ver alfombradas extensiones de hierbas olorosas, lugares idílicos donde brillan cielos resplandecientes, valles bendecidos por la sonrisa del sol. Por primera vez desde su detención, Kinsom disfrutó del descanso de un sueño profundo.

La peripecia vital de Yandol había sido distinta de la de Kinsom. Hija de una familia acomodada de comerciantes de Tolung, un pueblo cercano a Lhasa, había ido al colegio, donde aprendió chino, pero nada sobre la cultura o la religión tibetanas. Insistió en entrar en un convento, y sus padres, muy religiosos, la apoyaron. No solo estaban contentos de que su hija siguiese esos estudios; como muchos tibetanos, pensaban que el conocimiento religioso era lo más valioso que uno podía llevarse de su paso por la tierra y que era una suerte poder dedicarse a ello. En el convento destacó rápidamente por su facilidad en asimilar las complejas enseñanzas del budismo. Soñaba con una vida monástica auténtica, acompañada de una actividad política intensa, pues se había hecho una idea un poco idílica de la lucha contra el invasor. Quizá por eso, en el otoño de 1991 decidió acudir sola a la capital para efectuar una acción de protesta. Lo había pensado mucho: lo importante no era el número de manifestantes, sino la intensidad de su fe. Pensó que una acción solitaria tendría un valor simbólico, despertaría las conciencias, suscitaría reacciones. En la plaza de Jokhang, un primero de octubre, día de la fiesta nacional china, aquella niña tímida y guapa había alzado el puño gritando: «¡Larga vida al Dalai Lama!» Su heroísmo le valió dos años de condena.

En Gutsa, la obligaron a mantenerse de pie un día entero y la golpearon para sonsacarle el nombre del «organizador» de su manifestación. Una carcajada fue su respuesta. Entonces la amenazaron con una porra eléctrica, pero sus torturadores no

llegaron a aplicársela. «De hecho —contaría Yandol—, el oficial chino encargado del interrogatorio parecía buena persona. Me aconsejó en voz baja que hablara lo menos posible, que sería mejor para mí aferrarme a la historia original. Eso fue lo que hice. Así que no me pegaron demasiado en comparación con las demás, aunque me dieron unos tortazos tan fuertes que desde entonces me zumban los oídos». Todos sus compañeros y compañeras de cárcel habían sido tratados como Kinsom. Yandol lo había podido comprobar por el tamaño de las cicatrices, por el estado de los presos, que parecían muertos vivientes cuando eran devueltos a la celda. Aunque al principio pensó que debido a su corta edad se había librado de las peores torturas, al final se dio cuenta de que había sido únicamente por la rara e increíble suerte de haber dado con un interrogador compasivo. No, la edad no eximía de la tortura en las cárceles del Tíbet. Una de las paredes de cada celda tenía empotradas unáis argollas para encadenar a los reos y una de ellas se encontraba siempre a poca distancia del suelo: la reservada a los niños. En un rincón de su celda estaba encadenada una niña de trece años que, no soportando más la tortura, se tragó siete clavos en un frustrado intento de suicidio.

El único acontecimiento agradable en la vida de los reos de Gutsa era la visita de los familiares, autorizada una vez al mes durante diez minutos. Así Kinsom pudo ver a sus padres ya no en sueños, sino en carne y hueso. Cuando se encontró frente a ellos tuvo que hacer un esfuerzo para contener la emoción. Sus padres también tuvieron que luchar consigo mismos para disimular la desgarradora impresión que el estado físico de su hija les producía. Hasta entonces Kinsom no supo que sus padres habían hecho ese mismo viaje de cinco días el mes anterior; los funcionarios no solo les dijeron que Kinsom estaba incomunicada, sino que encima les echaron una buena reprimenda por haber permitido tanta desviación política en la mente de su hija. Como todo en la vida de la prisión, el reglamento lo fijaba el cambiante humor de los guardias. Era frecuente que a familiares como los padres de Kinsom, que viajaban durante días y días por valles y montañas para estar unos minutos con sus hijos o hermanos, se les prohibiese la visita, no sin antes confiscar los víveres destinados al preso. Y tampoco era raro que los familiares fuesen expulsados a bastonazos de la prisión.

En aquella ocasión, los padres de Kinsom recibieron un sermón del comisario político, que les insistió en que aconsejasen a su hija que se esforzara en su «reforma mental». Pero a ella sus padres le hablaron de sus hermanos, del rebaño, del día a día de la vida en las montañas, de las nieves, los aludes y también de los arrestos de otras hijas de campesinos que habían ingresado en algún monasterio. A Kinsom se le encogió el corazón al pensar que esas amigas de infancia sufrían ahora la misma barbarie. No quiso mostrarse abatida ante sus padres; al contrario, les aseguró que ahora todo iba mejor, que la trataban correctamente, que iba a trabajar en los

invernaderos, que no tenían por qué preocuparse. Pero su madre no se dejó engañar: apenas si reconocía el rostro de su hija, antaño pletórico de salud, ahora de una pálida delgadez, las mejillas hundidas, las encías hinchadas y los dientes rotos por algo que la buena mujer prefería ignorar. Y le entregaron los diez kilos de alimentos que el reglamento autorizaba. Como sus compañeras, padecía constantes retortijones provocados por la falta de higiene en la comida. A pesar de su resistencia inicial, también ella había tenido que acostumbrarse a aquel pútrido caldo donde flotaban insectos y parásitos. Ahora tenía frente a ella un montón de pastelillos, *tigmos*, *petsels*, *momos*, las delicias de la comida tibetana. Y le pareció que en ellos se encerraban todos los placeres de la vida. Pronto llegó la hora de despedirse, un fuerte apretón de manos, un «pronto volveremos», ruido de cadenas y una última mirada mientras se llevaban a la hija esposada. De nuevo, el padre tuvo que presentar a la salida los papeles de identidad entre los gritos de los oficiales chinos, de nuevo cruzaron aquellos interminables pasillos y, una vez fuera, la madre dejó escapar una lágrima que cayó al suelo congelada como un brillante cristalito. Porque intuían que al otro lado de aquellas rejas se quebrantaban los cuerpos y las almas se extraviaban. Para Kinsom, el regreso a la celda fue un violento forcejeo con los guardias para que estos no le robasen toda la comida, y así poder compartir con sus compañeras de infortunio un poco de la felicidad que había recibido de sus padres, felicidad contenida en aquellos víveres que apretaba contra su cuerpo.

Como en los presidios de antaño, Kinsom, Yandol y las demás encarceladas tuvieron que acostumbrarse a soportar la humillación y la vergüenza. Los guardias no las dejaban vaciar a diario el cubo que servía de único sanitario en la celda colectiva. Tuvieron que habituarse a la mugre, al hedor, a las mañanas sin agua, a asearse con té para conservar la ilusión de su dignidad. Tuvieron que acostumbrarse a no exteriorizar sus creencias religiosas. Todo era pretexto para el castigo arbitrario. Las noches en que los guardias bebían más de la cuenta, maltrataban a las prisioneras. Algunos, ahitos de películas de kung-fu, las utilizaban como muñecos de entrenamiento. Otros, inspirados por películas de distinto tipo, utilizaban sus porras eléctricas para desvirgar a «aquellas zorras recalcitrantes».

Gutsa es un eslabón más en la cadena que atenaza al Tíbet, un engranaje indispensable en la política de aniquilamiento de una sociedad y de una cultura. China, que ha dado al mundo la porcelana, las cerillas, los relojes mecánicos, el papel moneda, la pólvora, la ceremonia del té, el reloj de aromas y el primer catálogo de estrellas..., la civilización que ha hecho de la armonía un arte de vivir sin parangón también ha extendido su refinamiento, a la manera del yin y el yang —lo luminoso y lo sombrío—, a la tortura y al genocidio. La organización humanitaria Asia Watch describió el Tíbet en 1990 como un inmenso laboratorio de técnicas de tortura para las fuerzas armadas chinas. Cuarenta años de colonización han servido para que el

país más alto del mundo, con dos mil años de historia a sus espaldas, se encuentre al borde de su aniquilación. Detrás de las cumbres majestuosas que lo aíslan de un mundo indiferente, el país de las nieves sigue soportando un martirio comparable a las persecuciones y purgas de Stalin, al genocidio de los judíos europeos por Hitler o al exterminio llevado a cabo por los jemeres rojos de Pol Pot en Camboya. El holocausto del Tíbet es el resultado de una pugna desigual entre la fuerza bruta de quien detenta el poder político y la protesta pacífica de un pueblo profundamente religioso. Su determinación a sacudirse el yugo de los opresores por medios no violentos hace de su combate algo único en el mundo.

II

La soledad del monarca

Todo ese horror había sido anunciado en una profecía. Corría el año 1933 y el decimotercer Dalai Lama, encerrado en sus habitaciones del Palacio del Pótala y sintiendo su fin próximo, se puso a escribir su testamento político: «Puede que un día aquí, en el corazón del Tíbet, la religión y la administración seglar sean atacadas a la vez desde el interior y desde el exterior. Si no velamos por nuestro país, los dalai y panchen lamas, el padre y el hijo, los depositarios de la fe y las gloriosas reencarnaciones, desaparecerán y sus nombres quedarán relegados al olvido. Los monjes y sus monasterios serán destruidos. Los funcionarios religiosos y laicos serán reducidos a la servidumbre por el enemigo y obligados a errar como vagabundos. Todos los seres vivos serán presa de la miseria y el terror, y la noche caerá lentamente sobre el sufrimiento del mundo».

Al atardecer del decimotercer día del décimo mes del año del Pájaro de Agua, es decir, el 17 de diciembre de 1933, llegó a su término su hasta entonces última reencarnación. Si los que lo habían frecuentado subrayaron su apertura de espíritu, inteligencia y fidelidad en la amistad, la historia recuerda de él su capacidad visionaria, su envergadura política, y, sobre todo, su habilidad para mantener su país lejos de las apetencias anexionistas de China, al declararlo soberano e independiente. Tras tomar conciencia de la evolución exterior, comprendió la imposibilidad para su país de llevar indefinidamente una existencia más o menos apacible en el aislamiento casi total en que había estado sumido desde la noche de los tiempos. Sus reformas permitieron entrever una auténtica voluntad de modernización. Bajo sus auspicios, se abolieron los castigos degradantes; por primera vez circularon en el Tíbet billetes de banco, se organizó un modesto ejército, se tendió una línea telegráfica entre Lhasa y Gyantse, se construyó una pequeña central hidroeléctrica en la capital y un oficial de Sikkim organizó el primer cuerpo de policía. Instauró el pasaporte tibetano, reconocido internacionalmente. A pesar de estas reformas, el Tíbet siguió viviendo unos años más al margen de la evolución mundial, sin contacto alguno con otros pueblos, excepto por breves enfrentamientos con los soldados de Mao, que huían de las tropas nacionalistas.

Por entonces, en la penumbra de los santuarios, la preocupación esencial eran los preparativos de un acontecimiento fundamental para el porvenir del techo del mundo: la minuciosa búsqueda de la decimocuarta encarnación del Buda de la Compasión Infinita, la misma que, de muerte en renacimiento, desde hacía cuatrocientos años, volvía vida tras vida a velar por su pueblo.

Apenas el telón de la historia había caído sobre el Gran XIII cuando varios signos insólitos se manifestaron con una curiosa recurrencia en aquel mes de diciembre de 1933. Primero fueron unas nubes extrañas, con forma de elefante o de dragón,

aureoladas de arco iris, obstinadas en planear sobre el flanco noreste de la santa ciudad de Lhasa. Tan extrañas eran que monjes y laicos, acostumbrados a interpretar los signos, se hacían preguntas, intrigados. Otro hecho insólito aconteció en la capilla ardiente donde reposaban los restos del difunto: una especie de hongo enorme apareció una noche sobre un pilar de carga tallado en un tronco muerto. La seta tenía una forma que recordaba una estrella y, aún más extraño, había crecido en la columna noreste de la habitación. ¿Pura casualidad? Pero aún hubo más. El difunto Dalai Lama pareció querer añadir su granito de arena a aquel hecho sibilino. Según la costumbre, esperaba su sepultura sentado en la posición del loto, en el Palacio del Norbulingka, el rostro hacia el sur, dirección tradicionalmente fausta, mientras los fieles acudían a rendirle un último homenaje. Cuál no sería la sorpresa de los monjes, servidores y dignatarios al descubrir una mañana que su rostro apuntaba ahora... hacia el noreste.

Por desconcertantes que pudiesen parecer a los espíritus más racionales, aquellos signos eran alentadores para los tibetanos, preocupados como estaban por la urgencia de volver a encontrar al Preciado Maestro. El vacío de poder se suplió con un regente designado por la Asamblea Nacional que gobernaría hasta que el Trono del León, símbolo del poder espiritual y temporal supremo, retomase a su legítimo ocupante. De acuerdo con sus atribuciones y con la tradición, el regente dio las instrucciones necesarias para emprender la búsqueda. Mientras en todo el país se sucedían ceremonias y oraciones para asegurarse el pronto regreso del Gran Protector, los principales oráculos fueron consultados y sus predicciones consignadas bajo secreto. El regente en persona, en compañía de algunos grandes lamas, decidió emprender un viaje al lago sagrado de Lhamo Latso, situado a ciento cincuenta kilómetros al sudeste de Lhasa. La creencia popular atribuye a ese lago la propiedad de obrar visiones del futuro. El pequeño grupo estableció en un monasterio próximo su cuartel provisional con el fin de prepararse para la consulta de los poderes superiores.

El relato del viaje, escrito por el secretario de aquella singular misión, cuenta que al cabo de varios días de meditación, el regente, absorto en el espejo azul del lago, tuvo una visión de notable nitidez, de la cual destacaron tres letras del alfabeto tibetano —A, K y M—, mientras que otros dignatarios vieron perfilarse sin ambigüedad alguna los tejados de oro y jade de un monasterio, las casitas de una aldea al fondo de un valle perdido y una modesta granja de tejas color turquesa, con un perro blanco y pardo retozando en un patio. El lago había hablado.

Todas aquellas indicaciones fueron escrupulosamente anotadas. Unos días más tarde, el regente soñó de nuevo con la granja de techumbre turquesa y en su sueño aparecían nítidamente unos canalones de forma extraña. Pero todavía faltaba mucho para dilucidar el enigma. Después de consultar nuevamente con los oráculos, con la mayor discreción, tres misiones fueron enviadas en direcciones diferentes.

Al mando de la pequeña legación que iba hacia el noreste estaba el anciano Ke-Tsang Rimpoché, alto dignatario del monasterio de Sera. Cuando, tres meses más tarde, la caravana vio a lo lejos el monasterio de Kumbum, se confirmó la visión del lago sagrado: los tejados de oro y de jade eran los de aquella famosa lamasería. Si la letra A se refería a la región de Amdo, la K debía de referirse a Kumbum. Como para confirmar sus intuiciones, un majestuoso arco iris desplegó sus fastos sobre el monasterio a modo de bienvenida.

Obrar con la mayor prudencia seguía siendo imprescindible mientras los emisarios buscaban más pistas. De las consultas celebradas a propósito de las predicciones, se despejó pronto el camino a seguir, el cual conducía a la aldea de Takster, cercana a la frontera con China. Monjes de Kumbum guiaron a los enviados, que se habían disfrazado de comerciantes para la ocasión, pues era vital que pudiesen forjarse su propia opinión sin interferencia alguna. Cruzaron fértiles campos sembrados de cebada y centeno entre altas colinas cubiertas de hierba color verde intenso. Al sur de la aldea de Takster se alzaba una montaña que los lugareños consideraban sagrada. En la cumbre reinaba una mancha de nieve eterna. Luego atravesaron bosques de enebros y de álamos, caminaron entre melocotoneros, ciruelos, nogales y vieron infinidad de bayas y flores aromáticas. Aguas cristalinas brotaban en cascada de los manantiales, y las aves y animales salvajes —gamos, monos, algunos leopardos, osos y zorros— circulaban libremente, sin miedo al hombre. En medio del esplendor de esa belleza natural, la silueta del monasterio de Karma Rolpai destacaba sobre el fondo de la montaña: las letras K y M podían referirse al nombre de esta lamasería. Sus tejados dorados, los emblemas de la Rueda de la Religión con sus ciervos de cobre a cada lado imprimían a toda la zona un aura de santidad, realzada por los banderines de rezo que flameaban en las casas del pueblo.

Nada más entrar en la aldea, los notables reconocieron la casa de tejas color turquesa. Orientada hacia la montaña sagrada, estaba hecha de piedra y barro alrededor de un patio donde se erigía un mástil en cuyo extremo una bandera elevaba al cielo innumerables plegarias. Lo único que la distinguía de las demás casas eran sus canalones, hechos de ramas de enebro ahuecadas. Al descubrir esto, comprendieron que el nuevo Dalai Lama debía de encontrarse cerca. Sin revelar el propósito de su visita, solicitaron hospitalidad para pasar la noche. Con el fin de esconder mejor sus propósitos, Ke-Tsang Rimpoché, el responsable de la expedición, se hizo pasar por sirviente, mientras los demás miembros de la misión fingieron ser los jefes de la caravana.

Como es habitual en el Tíbet, los viajeros fueron calurosamente recibidos. El padre de familia, pequeño y fornido, vestido con una capa sujeta por un cinturón y calzando altas botas de cuero, tenía pasión por los caballos y estaba entusiasmado con el que acababa de comprar. En la región decían que poseía el don de curarlos. La madre, que había alumbrado dieciséis hijos, de los cuales siete sobrevivían, era de una gentileza proverbial. Inmediatamente les ofreció *tsampa* y té salado mezclado con manteca de yak, la bebida nacional del Tíbet y, mientras charlaban con los visitantes, autorizaron a su séquito a preparar su té en la cocina. Era la ocasión propicia para que el gran lama disfrazado de sirviente explorase el lugar. La casa era característica de la región, con una cocina que hacía de sala de estar, un oratorio donde la familia se reunía al alba para hacer sus ofrendas, la habitación de los padres, la de los huéspedes, una despensa llena de víveres y un establo para el ganado. Olía a heno, a hierba fresca y al sudor de los animales. Como mobiliario había varios armarios pintados de colores, hechos de madera como el suelo de la casa. El gran lama fue identificando detalles que le hicieron estremecerse de emoción, como el perro blanco con manchas color pardo en el flanco, pero lo disimuló muy bien. Satisfecho con lo visto, se dirigía de nuevo hacia la cocina cuando un chiquillo de unos dos años se abrazó a sus faldones. En cuanto Ke-Tsang Rimpoché se sentó, el niño se subió a sus rodillas y quiso arrancarle un rosario que el monje llevaba al cuello. El rosario, compuesto por ciento ocho perlas de madera oscura, había pertenecido al Gran XIII. «Te lo daré si me dices quién soy», le propuso el lama. La respuesta no tardó en surgir de los labios del niño: «Eres un lama del monasterio de Sera». Y, aún más extraño, a continuación el muchachito dio los nombres correctos de otros dos miembros de la misión.

¿Quién era ese niño que veía la realidad pese al disfraz de las apariencias? La mano del anciano monje temblaba y sus ojos estaban empañados por las lágrimas cuando pasó el rosario alrededor del cuello del niño. Juzgando ese primer contacto, si no concluyente, sí muy interesante, pero sin dejar traslucir el más mínimo interés, el anciano lama decidió regresar a Lhasa a la mañana siguiente para dar a conocer al gobierno el resultado de su búsqueda. En el quicio de la puerta estaba el niño, esperándoles. Les suplicó que le dejaran acompañarles a la capital. No fue tarea fácil convencerle de que todavía no era el momento, y solo la promesa de regresar pronto calmó su impaciencia infantil.

En Lhasa, los descubrimientos de las misiones fueron minuciosamente comparados y solo dos candidatos quedaron en liza, con una marcada preferencia por el sorprendente niño de Takster. Unos meses más tarde, los emisarios regresaron, esta vez de forma oficial. El anciano monje Ke-Tsang Rimpoché, tocado de oro y vestido con una túnica púrpura, fue reconocido inmediatamente por los padres del niño como el humilde sirviente del invierno anterior. A la vista del impresionante cortejo,

comprendieron que su vástago podría ser una de las muchas reencarnaciones que ocurrían en el Tíbet. Sabían que después de la muerte el espíritu abandona el cuerpo como quien se deshace de una ropa usada para tomar prestado otro. También sabían que los más sabios entre los grandes lamas tenían la habilidad de escoger el momento de su muerte y el lugar de su renacimiento. Era corriente, en los años siguientes a la desaparición de un *tulku*, un maestro reencarnado, ver a los discípulos ir en busca de la nueva encarnación. ¿No había sido reconocido su primogénito como reencarnación del abad de Kumbum? ¿Por qué no podía serlo otro de sus hijos? Haciendo memoria, la madre recordó que la víspera de dar a luz había tenido un sueño singular: dos dragones azules la saludaban con gran ceremonia. Los vecinos, honrados de que tan altas reencarnaciones pudiesen producirse en su modesta aldea, no habían olvidado que, al regreso de una peregrinación, el Gran XIII se detuvo a pernoctar en el monasterio cercano y que dejó allí sus viejas botas gastadas, lo que significaba, simple y llanamente, que tarde o temprano volvería. Pero ni a los vecinos ni a los padres se les ocurrió pensar, y los dignatarios tuvieron gran cuidado en no mencionarlo, que el travieso benjamín de aquella familia de campesinos pudiese ser el decimocuarto Dalai Lama en persona.

La delegación que se presentó esta vez ante la modesta familia de Takster venía con el propósito de reunirse a solas con el niño para someterle a más pruebas. Traían consigo dos rosarios negros idénticos, uno de los cuales había pertenecido al Gran XIII. El niño, sin dudar, cogió el del Dalai Lama y se lo puso alrededor del cuello, sin prestar la más mínima atención al otro. Los exámenes relativos a la memoria anterior —fue capaz de reconocer algunos objetos precisos entre otros más bellos pero falsos— y sus escasas vacilaciones se revelaron más probatorios que negativos. Ante dos bastones, el niño dudó. Enmudecidos, disimulando su emoción, los monjes esperaban pacientemente. El niño se hizo con el bastón equivocado, el del pomo de hierro. Pero después de observarlo largamente, lo dejó de lado y empuñó el otro con mano firme para no soltarlo más. Los dignatarios suspiraron aliviados, y el anciano Ke-Tsang Rimpoché no tardó en explicar el motivo de la duda del niño: si el segundo bastón había acompañado al decimotercer Dalai Lama hasta el fin de sus días, el primero también le había pertenecido antes de habérselo ofrecido a un venerable lama. Lo había olvidado, pero el niño se había encargado de recordárselo. Con el corazón en un puño, el anciano fijó luego su mirada en los *damarú*, pequeños tambores rituales con bolitas. El niño agarró el más modesto, el auténtico, y lo tocó a la manera en que se toca ese instrumento cuando se medita. Los hombres a su alrededor no se atrevían a decir palabra. Para terminar, un examen físico puso en evidencia las señales que eran el atributo de la encarnación del Buda de la Compasión Infinita: grandes lóbulos en las orejas, ojos alargados, cejas con una curvatura hacia el final, rayas en las piernas parecidas a las de un tigre y una marca, como de una concha, en la palma de una mano. Despejadas las últimas dudas, uno de los monjes, contemplando a su maestro, el niño Rey perdido y reencontrado, se echó a llorar de alegría: «Estábamos tan emocionados que no podíamos ni respirar, ni quedamos sentados, ni hablar». En seguida enviaron a la capital a un mensajero para informar al regente. La confirmación oficial de que su hijo era tan alta reencarnación tardaría varios meses en llegar al hogar de aquellos campesinos, y aquel tiempo sería el último que vivirían como tales.

La provincia de Amdo, a la que pertenecía la aldea de Takster, estaba bajo tutela china aunque formase parte del Tíbet, y el gobernador había manifestado su intención de participar en la elección de los altos dignatarios. Para proteger al niño de las ambiciones chinas, los lamas pidieron a los padres que lo ingresasen, lo antes posible, en el monasterio de Kumbum. Un día le despertaron de madrugada para llevarlo a caballo al inmenso monasterio; al llegar —recordaría más tarde—, le sentaron en un trono. Los monjes lo recibieron como si hubiera sido un príncipe, un gran maestro, a él, el pequeño campesino que acababa de cumplir tres años de edad. Cuando sus padres se marcharon, se quedó solo, llorando, con la sensación de haber sido

abandonado. Empezaba así su duro aprendizaje de la soledad y la disciplina. ¡Qué lejos parecían los días de juego en la aldea, las locas carreras por las callejuelas, los dulces que su madre preparaba exclusivamente para él! ¡Qué duro resultaba no ser un niño como los demás! Más tarde recordaría aquella primera separación de sus padres como una de las épocas más tristes de su vida.

Mientras tanto, la Asamblea Nacional reunida en Lhasa, después de conocer los resultados de la investigación, confirmó el regreso del Buda de la Compasión entre los tibetanos. Empezaron entonces los preparativos de la entronización. Se enviaron mensajeros al gobierno británico de la India, a Pekín, al rey del Nepal, a los rajás de Sikkim y de Bhután, para que llevaran la buena nueva así como las invitaciones a la ceremonia. Y se ultimaron los preparativos del viaje de la nueva encarnación a Lhasa.

La alegría del niño por dejar el monasterio y viajar junto a su familia contrastaba con la melancolía de sus padres, obligados a abandonar el pueblo, su hogar, sus tierras, sus animales y sus amigos sin saber lo que el porvenir les depararía. Aunque sabían que era una alta reencarnación, nadie les había anunciado que su hijo era el decimocuarto Dalai Lama. Al fin, en el sexto mes del año de la Liebre de Tierra, que correspondía al verano de 1939, llegó el momento para aquel niño rubicundo y juguetón, que acababa de cumplir cuatro años, de emprender el gran viaje de su vida. Lo hizo en compañía de unas cincuenta personas: su familia, los integrantes de la misión que le habían descubierto, funcionarios, una multitud de arrieros y de guías y trescientas mulas y caballos. La caravana avanzaba lentamente por los paisajes más hermosos y salvajes del mundo. Pasó junto al lago Kokonor, enorme zafiro centelleante donde se reflejaban los picos blancos. Como una columna de insectos, la caravana escalaba penosamente cimas malvas y naranjas tocadas de sombreros de nieve. A menudo les salpicaba el agua helada de los torrentes que cruzaban. Cada dos o tres días pasaban cerca de aldeas minúsculas, emplazadas en medio de un verde prado o aferradas a una montaña por garras invisibles. De vez en cuando, divisaban a lo lejos un monasterio encaramado en la cima de una montaña. Pero la mayor parte del tiempo cruzaban parajes desérticos, áridos, sobre los que se desencadenaban tormentas de polvo y terribles tempestades de granizo. Para aquel niño que viajaba en un palanquín sujeto por dos mulas, todo era motivo de sorpresa: los grandes rebaños de yaks, las manadas de burros salvajes y, a orillas de los lagos turquesa entreverados del esmeralda de los pastos, ciervos y antílopes ligeros y veloces como fantasmas. Y si levantaba la cabeza podía admirar el vuelo de las ocas que rasgaban el cielo con sus graznidos. El niño no se lo creía: entre risas compartidas con su hermano, contemplaba aquel infinito sin saber que él era su señor, su maestro.

Cuando estaban a quince días de su destino, entrado ya el otoño, una delegación de altos funcionarios fue a su encuentro para escoltarlos hasta Lhasa. Uno de ellos les

ofreció bufandas de seda, llamadas *katas*, símbolo de bienvenida en el Tíbet. Luego, el anciano Ke-Tsang Rimpoché anunció a los padres que su hijo era la reencarnación del Dalai Lama. Los campesinos se quedaron mudos de emoción, con el tipo de incredulidad que acompaña a veces a las grandes noticias. No podían imaginar el cambio que iban a experimentar sus vidas. El hijo alegre y juguetón que se peleaba con su hermano hasta el punto de caerse del palanquín era el niño Rey en persona. Sintieron primero una gran felicidad, y luego una mezcla de orgullo y de temor reverencial que nunca les abandonaría del todo.

Un poco más lejos, otro grupo, este de unos cien hombres, encabezado por un ministro del gobierno tibetano, llegó hasta la caravana. El dignatario leyó una proclama conjunta del regente y la Asamblea Nacional que oficialmente declaraba al niño de Takster decimocuarto Dalai Lama. Entonces, su madre, conforme a las instrucciones recibidas, fue a quitarle sus ropas de campesino para vestirlo con el hábito monástico, satén amarillo y brocado de oro, y colocarle sobre la cabeza un sombrero puntiagudo cuyas orejeras caían sobre los hombros. Asesores ceremoniales fueron puestos a su servicio y el niño dio su primera audiencia, en la que repartió sus primeras bendiciones con su manita. Se le veía tranquilo, apenas extrañado de que sus padres y hermanos le llamasen ahora Kundun, «la Presencia».

Luego prosiguió el viaje en un palanquín de oro llevado por dieciséis nobles vestidos con largas túnicas de satén verde y tocados con sombreros de terciopelo rojo. El astrólogo del Estado, músicos, monjes y ministros abrían la procesión; detrás seguían el regente, el primer ministro, la familia del Dalai Lama, con ojos alucinados porque apenas se habían repuesto de la sorpresa, y una larga lista de abades y funcionarios. En cada pueblo o ciudad la caravana era recibida por procesiones de lamas y monjes cuyos estandartes ondeaban en el aire cargado de aromas. Cada treinta metros, grandes braseros de incienso, artemisa y enebro elevaban al cielo sus efluvios protectores. La gente tocaba las flautas, los tambores y los címbalos. Todos, clérigos y laicos, vestidos con sus mejores ropas, juntaban las palmas de las manos para dar la bienvenida al prodigioso niño, que era a la vez su líder, su hijo, su padre y su casi Dios. El muchachito contemplaba el espectáculo con ojos muy abiertos y una gran tranquilidad. Toda aquella gente que nunca había visto lloraba por él, reía por él, rezaba por él. Las flores, los perfumes, las músicas, los rostros cubiertos de lágrimas de emoción que se volvían hacia él... ¡Qué asombroso resultaba todo!

A tres kilómetros de las puertas de la ciudad, los abades de los monasterios de Sera, Drepung y Ganden, los tres pilares del budismo en el Tíbet, los representantes de los países extranjeros, toda la elite del techo del mundo esperaban a la comitiva en el centro de un inmenso campamento donde se encontraba un trono de madera tallada reservado al nuevo Dalai Lama. Dos robustos brazos alzaron al niño envuelto en mantas y lo encaramaron en el trono sobre dos metros de cojines. Desde allí,

sonriente, el niño de Takster contempló la ceremonia dirigida por uno de los oráculos del Estado y por la cual le encomendaban la dirección espiritual de su pueblo. Después de que los soldados de todos los regimientos del ejército tibetano presentasen las armas ante el pequeño Dios Rey, la interminable procesión siguió su marcha hacia la ciudad santa. Un alto jerarca iba mostrando a los remisos padres del niño los lugares más característicos de Lhasa, conocidos de oídas por todos los tibetanos. A lo lejos estaba la colina de Chakpori con sus dos célebres escuelas de medicina. Pasaron delante del monasterio de Drepung, el mayor del mundo, una auténtica ciudad hecha de multitud de casas de piedra y de centenares de santuarios cuyos pináculos dorados apuntaban al cielo. Parecía que sus diez mil monjes hubieran bajado hasta la llanura para rendir homenaje a la sagrada columna. A la entrada de la ciudad se encontraba el edificio de la delegación británica, escondido tras un bosque de sauces, y luego la puerta de la ciudad santa, coronada por tres *chortens*, tres santuarios blancos que en su interior albergaban las cenizas de grandes lamas. A la madre del niño se le encogió el corazón cuando alzó la vista hacia el palacio del Pótala. En sus tejados dorados, donde los rayos del sol, al reflejarse, lanzaban intensos destellos de luz, los clérigos soplaban enormes oboes de tres metros de largo para anunciar la llegada de la procesión. La mujer sabía que su hijo pasaría en ese edificio la mayor parte de su vida. Para toda la población de Lhasa, hombres y mujeres, jóvenes y viejos, la continuidad dinástica que la llegada de esa majestuosa procesión simbolizaba solo podía significar la estabilidad y la pervivencia del Tíbet, de su religión y de su peculiar modo de vida. Para todos los tibetanos el futuro era feliz y seguro, y por eso aquel día acudieron tantos. Las posadas estaban llenas, los viajeros dormían hasta en los establos y los patios. Nada podía refrenar la desbordante alegría de la gente, ni siquiera los látigos y los largos bastones de los agentes de policía, que a duras penas disimulaban su nerviosismo.

«El día de nuestra felicidad ha llegado», gritaban algunos tibetanos mientras la mayoría se apretujaban entre empujones para intentar ver durante una fracción de segundo la nueva reencarnación, el niño Rey, a quien no se le escapaban ni los gritos de entusiasmo ni los llantos de la multitud. «Me sentía como en un sueño —contaría más tarde el Dalai Lama—. Había un olor inolvidable a flores silvestres, y notas de libertad y felicidad en el aire». Quizá supiera ya que entre el sueño y la vida solo flota el espesor de un velo, traslúcido y móvil, con el que desde siempre han jugado niños, poetas y sabios.

Cuando por fin llegaron al santuario de los santuarios del budismo tibetano, al templo del Jokhang, en el centro de Lhasa, el niño se inclinó humildemente ante las imágenes sagradas, sorprendiendo a todos los participantes y observadores por su soltura, su vitalidad controlada, su saber innato de las actitudes y gestos rituales. A pesar del extremo rigor del protocolo, el monjecillo reveló tener carisma y poder de

seducción, a la par que un estoicismo a toda prueba, como demostró cuando, por ejemplo, le afeitaron el cráneo en una ceremonia ritual o cuando le dijeron que de ahora en adelante su nombre sería Jetsun Jamphel Ngawang Lobsang Yeshe Tenzin Gyatso —Santo Señor Gloria Gentil Elocuente Compasivo Defensor de la Fe Océano de Sabiduría—. La procesión terminó en el palacio de Norbulingka, la residencia de verano del Dalai Lama, donde Tenzin Gyatso o Kundun, como ahora llamaban al hijo de los modestos campesinos de Takster, fue instalado en los soberbios apartamentos de su predecesor. «Tenía la extraña impresión de haber llegado por fin a casa», diría años más tarde el Dalai Lama.

Mientras su familia era acomodada en una nueva residencia de sesenta habitaciones que daba a un magnífico parque, «espléndida e impresionante, majestuosa», en palabras de la hija mayor, el benjamín de la familia, pocas semanas después de su llegada, pasó a ocupar la habitación que había pertenecido al quinto Dalai Lama, en el séptimo piso del enorme palacio del Pótala. Parecía que no la hubiesen tocado desde hacía siglos. La comida que junto a un altar se colocaba como ofrenda a los budas acababa invariablemente siendo devorada por los ratones. El niño llegó a apreciar a aquellas criaturas que le hacían compañía en las noches solitarias del invierno, cuando el frío era tan intenso que las articulaciones se le agarrotaban.

Con casi medio kilómetro de longitud, trece pisos, mil cuartos y salas, estrechos y oscuros pasillos, empinadas escaleras, antiguas capillas, el Pótala parecía más un museo viviente que el hogar de un niño. Sus habitaciones conservaban miles de valiosos rollos de pergamino, algunos con más de diez siglos de antigüedad. Cámaras enteras rebosaban de objetos que habían pertenecido a los primeros reyes del Tíbet, suntuosos regalos de los emperadores chinos y mongoles, a los que se sumaban los tesoros de los dalai lamas que les habían sucedido. También se guardaban allí el armamento y las armaduras utilizados durante los siglos de la historia del país. En sus bibliotecas reposaban los anales de la cultura y la religión tibetanas, siete mil enormes volúmenes, algunos de los cuales pesaban veinte kilos. Muchos habían sido escritos sobre hojas de palma importada de la India. Dos mil volúmenes de escrituras budistas estaban anotados con tintas de oro y plata, cobre en polvo, y concha, turquesa y coral molidos, cada línea en un color diferente. En los sótanos había infinidad de bodegas que almacenaban manteca, té y tejidos que eran distribuidos por el gobierno entre el ejército, los monasterios y los funcionarios. Pero lo más impresionante se encontraba en el centro del palacio. Allí se alineaban las tumbas de todos los dalai lamas que habían precedido al niño de Takster.

En este imponente decorado, el joven Tenzin Gyatso se crio enteramente con la sola compañía de monjes. Le llamaban Preciado Protector, Gema que Aplaca el Deseo o simplemente Presencia. Pocos estaban autorizados a dirigirse a él directamente. Veía a su familia cada cuatro o seis semanas, y a su padre casi todas las mañanas porque solía asistir a la ceremonia del té. El niño Dios aparecía en público solo para presidir eternas funciones religiosas y de Estado. Excepto en una ocasión, cuando casi se desmayó de angustia por tener que entonar una oración frente a veinte mil monjes en el templo del Jokhang, el jovencísimo Dalai Lama parecía a gusto en su papel. «Disfrutaba con el espectáculo», contaría él mismo más tarde.

A los seis años su educación se hizo más estricta: oraciones matutinas, meditación, lecciones de escritura, de memorización, de dialéctica y reuniones con los representantes del gobierno precedidas de un riguroso protocolo; por las tardes disponía de un tiempo de recreo. De todos los regalos que recibió, los que más le entusiasmaron fueron un mecano ofrecido por el jefe de la misión comercial británica en Lhasa y un telescopio. En cuanto su preceptor le dejaba, el pequeño corría hacia una azotea, y no precisamente para escrutar el firmamento. Desde allí, tenía una vista magnífica sobre toda la ciudad, desde las colinas de Chakpori con sus facultades de medicina hasta la residencia de su familia, donde veía los caballos de su padre y a sus hermanos jugando en el jardín. Los echaba de menos, sobre todo a su madre y a sus hermanas. También recordaba a sus compañeros, a los animales, a todos aquellos que habían hecho tan feliz la existencia en la aldea. No siempre resultaba fácil ser la Presencia. Quizá adivinaba ya que un día viviría un desgarró mucho más cruel: el exilio. Quizá había entendido, tan joven y, sin embargo, con tantas existencias pasadas en su haber, que cuanto más poderoso se era, más y mejor se debía servir. Y que era necesario, para transmitir el aplomo, la dulzura y la rectitud que un pueblo esperaba de su líder, desarrollar la firmeza interior. Porque en el Tíbet y en el resto del mundo no bastaba con la erudición para hacerse sabio. Sus maestros no solo le inculcaban los conocimientos de los libros, también le hacían desarrollar la inteligencia del corazón y la clarividencia. Después de cada lección, Tenzin Gyatso meditaba las enseñanzas de la jornada. Al principio fueron necesarios muchos meses para imponer el silencio a su espíritu. Su mente saltaba en todas las direcciones, como un mono en una jaula, y poco a poco aprendió a contemplar sus pensamientos con cierta distancia. Pronto observó que esos pensamientos también tomaban sus distancias. Nacían, se disolvían, eran como olas en la superficie de un océano que se mantenía incólume. Y Tenzin Gyatso entendió entonces que él era ese océano. Que su espíritu, inmutable bajo los remolinos de la superficie, era ese espacio infinitamente apacible y luminoso del que hablaban las enseñanzas. En las ocasiones en que su ánimo le era más propicio, algunos segundos le bastaban para ensimismarse en la contemplación. Allí, en el silencio de su mente, podía hacer surgir el pensamiento o la imagen del día, saborearlo, penetrarlo, fundirse en él. No se trataba de saber, sino de conocer. Experimentar desde el interior la realidad del mundo.

Gracias al telescopio podía saciar su curiosidad de enclaustrado. Desde aquella azotea del Pótala divisaba a los peregrinos postrándose ante el Jokhang. ¡Cuánta devoción debían de sentir aquellos hombres cubiertos de polvo!, pensaba el niño desde su promontorio. Otras veces, a través de una ventana, vislumbraba el rostro de una mujer de largas trenzas dando el pecho a su recién nacido. Un poco más lejos, un comerciante empujaba sus mulas cargadas de mercancías. Poco a poco, fue haciéndose amigos secretos. Ignoraba sus nombres, pero les conocía. Adivinaba cuándo uno estaba a punto de salir. Sabía cuándo otro acababa de llegar. Conocía sus costumbres, sus horarios. A las cinco de la tarde, los detenidos de la prisión tenían

derecho a salir al patio. Sorprendidos al principio, los reos aprendieron a reconocer la silueta que cada día salía a saludarles. Quizá por solidaridad, estando como estaba él en una prisión dorada, Tenzin Gyatso los consideraba sus amigos. Ellos, cuando le veían allá en la azotea, se prosternaban.

En las fiestas que se celebraban en la ciudad, cuando desde abajo veían aparecer al Dalai Lama, los invitados corrían a esconderse para, decían, no entristecer el corazón del niño Dios, que nunca hubiera podido ni soñar con semejante distracción. «Cuando tenía diez u once años —recordaría el Dalai Lama— me sentaba a leer textos religiosos con mi tutor en una oscura habitación que daba al norte. Por debajo pasaba un camino que usaban los chicos que regresaban con el ganado y a menudo cantaban canciones de ópera tibetana. ¡Cómo deseaba estar con ellos! De haber podido, hubiera sido fantástico». Pero lo suyo era la soledad, la educación espartana, la sólida preparación para un destino excepcional. Gracias al estudio y a la meditación, la meta era, a la larga, dominar los pensamientos, que tenían tendencia a la dispersión, adiestrar su propio espíritu hasta identificarse con él en cada momento de su existencia, sin huidas, sin distracciones. Desarrollar la percepción más profunda.

Al finalizar el invierno, el Dalai Lama abandonaba el Pótala para dirigirse al Norbulingka, en una procesión que marcaba el comienzo oficial del verano. El regente, los ministros y los jefes del ejército saludaban espada en alto el palanquín del niño Dios, rodeado de una multitud enfervorizada mantenida a raya por largos látigos. Para alegría del pueblo, los loros y ruiseñores del niño cantaban y chillaban en sus jaulas mientras los caballos, con fastuosos arneses y engalanados con monturas amarillas y bridas de oro, hacían cabriolas detrás de los palafreneros. Al soplar en sus cuernos, los monjes producían un sonido agudo mientras la banda de un regimiento tocaba la popular canción irlandesa *Es un largo camino a Tipperary* para un público que había olvidado la letra hacía tiempo, pero que había hecho suya la melodía. Como el tibetano carecía de vocabulario militar, el ejército utilizaba las palabras y las marchas marciales que los instructores británicos, llamados por el Gran XIII ante el peligro de una invasión china, les habían enseñado.

Fundado en el siglo XVIII por el octavo Dalai Lama, el Norbulingka, el Parque de la Joya, había pasado de ser el lugar preferido por los habitantes de la ciudad para bañarse y merendar a un parque amurallado de dos kilómetros cuadrados con varios templos y dos palacios. Incluso cuando el gobierno transfería allí sus actividades en los meses de verano, la atmósfera era de paz y tranquilidad. Ciervos, pavos reales y faisanes paseaban entre los pabellones. Los peces de los estanques subían a la superficie en cuanto sentían acercarse al niño Rey. Los jardineros se afanaban en cuidar los macizos de flores y plantas exóticas. En el Parque de la Joya, el Dalai Lama pasó los momentos más felices de su infancia. Influenciado por los números

del *National Geographic* y *Life Magazine*, publicaciones que coleccionaba su predecesor, el niño se apasionó por las invenciones modernas. Según iba creciendo, desmontaba relojes y proyectores de cine y los reconstruía de memoria. Después les tocó el turno a los dos Austin y al Dodge naranja, únicos vehículos motorizados en todo Lhasa, que no circulaban desde la muerte del Gran XIII. Después de repararlos con la ayuda de los dos tibetanos de la capital que sabían conducir, el Dalai Lama se montaba en ellos, a escondidas, y circulaba por las alamedas y los jardines, estrellándose de vez en cuando contra un árbol o una verja, para preocupación de sus tutores y sorpresa de los sirvientes. También en esa época, e influido por aquellas revistas, se adentró solo en el estudio de la historia y el mundo moderno. Hasta que apareció en la ciudad un montañero austríaco, llamado Heinrich Harrer, que había escapado de un campo de internamiento británico en la India.

Nada más conocerlo, el niño Dios acribilló a Harrer a preguntas. Años de reflexiones, de análisis solitarios y de cuestiones sin respuesta se agolpaban en los labios del joven Dalai Lama. ¿Cómo vuela un avión? ¿A qué se parece el mar? ¿Qué es una bomba atómica? Fue Harrer quien empezó a abrirle los ojos al mundo. Curiosamente, en los círculos allegados al Dalai Lama, ni monjes ni laicos tenían el más mínimo conocimiento de la vida allende sus fronteras. Nadie hablaba ni leía inglés o cualquier otro idioma de países que hubieran tenido una prensa libre donde se reflejaran las ideas, opiniones o acontecimientos mundiales. Harrer perfeccionó el inglés que el joven monarca había aprendido en las revistas de su predecesor, le enseñó nociones de matemáticas, geografía y cosas tan interesantes como la estructura del átomo o por qué Lhasa se encuentra a siete horas de diferencia horaria de Viena. Mandó que se habilitara una sala para la proyección de películas; entre todas ellas había un documental que el Dalai Lama nunca se cansaba de ver y que quedaría grabado para siempre en su memoria. Trataba del Mahatma Gandhi, el apóstol de la no violencia, artífice de la independencia de la India. Obedeciendo los deseos del niño, Harrer se lo proyectó decenas de veces. El austríaco quedaría cautivado por el carácter de Tenzin Gyatso. «Era modesto, todo le asombraba y le maravillaba. Cualquier hijo de cualquier comerciante rico era más caprichoso que él», escribiría en sus memorias.

Pero aquella amistad se vio bruscamente truncada por la sombra de la historia. El 7 de octubre de 1950, treinta mil soldados del ejército chino, entonces la mayor y más victoriosa máquina militar del mundo, atacaron simultáneamente el Tíbet desde seis puntos. Dos meses antes, un terremoto había devastado todo el sudeste del país de las nieves, desviando el cauce del río Brahmaputra, inundando cientos de aldeas y provocando la desaparición de miles de campesinos. A esta negra premonición, los tibetanos habían respondido a su manera: leyendo los libros sagrados en público, colocando más banderines de rezo, redoblando las ofrendas, quemando montañas de

incienso. Según Heinrich Harrer, la gente estaba convencida de que el poder de la religión bastaba para protegerlos. De hecho, la vida en Lhasa no cambió sustancialmente con el anuncio de la invasión. Sus habitantes siguieron saboreando los últimos días de buen tiempo y de baños en el río a la sombra de los sauces y álamos que ondulaban lentamente en el aire todavía tibio. Espectáculos de ópera clásica tibetana se ofrecían por doquier. En los parques la gente cantaba, bailaba y bebía. Las esposas de los ministros y las aristócratas, vestidas con trajes y delantales multicolores, sembraban el césped con el brillo de sus joyas. Las muchachas encargadas de la bebida llenaban de *chang* —cerveza tibetana— las copas de plata cincelada; otras disimulaban la risa cubriendo con la mano sus labios pintados de carmín Elizabeth Arden, recién importado de Calcuta, mientras jóvenes aristócratas recitaban sus versos ante los elogios de la multitud. Todavía no se habían percatado de la magnitud del desastre que se avecinaba; ignoraban que a partir de entonces nada sería igual. Al conocer la noticia de la invasión, Harrer pensó que esta vez los tibetanos iban a necesitar algo más que oraciones para salvarse.

Aparte de las escasas nociones que pudo haberle inculcado Heinrich Harrer, el joven Tenzin Gyatso fue educado para gobernar un país grande como toda Europa sin conocimiento alguno sobre los asuntos del mundo. Quizá por ser consciente de su ignorancia, de lo mucho que le faltaba por aprender, le embargó una indecible angustia cuando se enteró, por los monjes barrenderos del Pótala, que las paredes de Lhasa habían amanecido cubiertas de pasquines exigiendo su entronización inmediata, ceremonia que normalmente hubiera correspondido celebrar unos años más tarde. Si bien a los cuatro años se entronizaba a los dalai lamas como guías espirituales, solo a la mayoría de edad se les confería el poder de los asuntos temporales. Gracias a los barrenderos, el niño Rey del Tíbet tomaba el pulso de su pueblo. Gracias a ellos conocía las alegrías y las inquietudes, los rumores, las demandas y las letras de las canciones populares que reclamaban su entronización. ¡Cómo le abrumaba que el pueblo lo viese como su salvador! Pensaba que ni estaba preparado, ni tenía edad para tal desafío. Pero allí estaban los comunistas chinos, en el interior mismo del Tíbet, hablando de revolución... ¿Acaso habían olvidado las palabras de Buda, a saber, que la revolución debía ser interior porque solo entonces conducía a la verdadera libertad, a la libertad del espíritu? Obviamente, el techo del mundo era una tentación demasiado grande, con sus enormes espacios vacíos, sus yacimientos de oro, plata, cobre, cromo, uranio y tantos otros minerales, con mil quinientos lagos, ríos repletos de peces, con millones de hectáreas de bosque virgen; y sobre todo, con una posición estratégica clave, en el corazón de Asia, promontorio único desde donde los chinos podían apuntar sus armas al mundo entero. Al recordar las palabras premonitorias del Gran XIII, Tenzin Gyatso no pudo reprimir un escalofrío. Presentía que para un pueblo desarmado, moldeado por una fe pacífica, aquella prueba sería dramática. Nunca hasta entonces había conocido noches tan agitadas.

Bajo la presión de los acontecimientos, el Oráculo del Estado, tradicional consejero del gobierno, zanjó la cuestión en medio de una extrema tensión. En una reunión de urgencia convocada en el palacio del Pótala, ofreció un espectáculo impresionante al entrar en trance. Su cuerpo se estremeció y contorsionó bajo la influencia del espíritu. De repente saltó de su sitio. Colocó sobre las rodillas del Dalai Lama una *kata*, una bufanda de seda blanca, y dijo unas palabras que transformarían para siempre la vida del joven monarca: «Su tiempo ha llegado. Que reine». Con esas frases, que determinaban su ingreso irremediable en el mundo de los adultos, el Oráculo depositaba en manos de Tenzin Gyatso las riendas de un país en guerra. El niño Rey tenía quince años.

La primera noticia que tuvo del comportamiento de los chinos en la zona ocupada vino del monasterio de Kumbum, donde había pasado dieciocho meses tras ser reconocido como encarnación del Supremo Protector. El emisario de la misma fue su hermano, ahora abad. Los chinos habían impuesto severas restricciones a los monjes y él mismo se había visto reducido a la condición de prisionero en su propio monasterio. No solo habían querido adoctrinarlo, incluso intentaron corromperlo. Había sido autorizado a ir a Lhasa con el solo fin de convencer al Dalai Lama para que se sometiera a las autoridades chinas. De no conseguirlo, debía asesinarlo, acto por el que sería recompensado con largueza.

Tenzin Gyatso estaba horrorizado. Lo poco que sabía de los chinos y del comunismo lo había leído en un ejemplar de la revista *Life*. Le asustó que su hermano afirmase que la única esperanza era obtener ayuda del extranjero y hacer frente a los chinos con las armas. Aunque Buda lo prohibiera, algunas circunstancias justificaban la violencia. Para su hermano, aquella era una de ellas. Estaba decidido a romper sus votos y a viajar al extranjero para conseguir ayuda. Imploró al Dalai Lama que hiciese lo mismo, pero Tenzin Gyatso tenía otras preocupaciones. Faltaban diez días para la ceremonia de la entronización. Para celebrar el acontecimiento, quiso realizar un viejo sueño: conceder una amnistía general. La idea de que a partir de entonces la prisión estaría vacía le entusiasmaba, aunque también le daba pena poner fin al placer de la frágil amistad que le unía a aquellos reos. A través de su viejo telescopio, ya solo vería allí a algunos perros esperando encontrar restos de comida. Una página de su vida había pasado.

La que se abría lo hizo con una fiesta espléndida, a la que asistió el gobierno en pleno, además de los escasos funcionarios extranjeros residentes en Lhasa, todos luciendo sus más resplandecientes vestidos de gala. En una ceremonia eterna, en la que a duras penas consiguió aguantar las ganas de pedir que le trajeran un bacín, le entregaron la Rueda de Oro, símbolo del poder temporal. A partir de ese momento debería hacer frente a una situación límite, y tendría que hacer todo lo que estuviera en su mano para evitar la catástrofe. Siguiendo la tradición, nombró dos primeros ministros, uno monje y otro seglar. La segunda medida consistió en mandar delegaciones a Estados Unidos, Gran Bretaña y Nepal con la esperanza de obtener su apoyo, y otra delegación a China para intentar negociar su retirada. Las respuestas que fueron llegando eran negativas: las puertas se cerraban, las esperanzas decaían. El mundo no quería saber nada de aquel país encerrado en sí mismo desde tiempo inmemorial. Cuando los chinos reforzaron sus posiciones en el este, el gobierno temió por la vida del monarca. A pesar de todo lo que pudiese ocurrirle al techo del mundo, su bien máspreciado, su guía y protector, no debía caer en manos enemigas. Entonces, en el mayor de los sigilos, se organizó la huida de Tenzin Gyatso al sur del

Tíbet, desde donde podría sin dificultad refugiarse en la India si la situación se agravaba. El Oráculo así lo había indicado.

Al anochecer del 18 de diciembre de 1950, los altos dignatarios, reunidos en el Pótala, bebieron en silencio una última taza de té. Luego, en un signo que simbolizaba su deseo de un pronto regreso, llenaron de nuevo las tazas, las dejaron allí y abandonaron el palacio. La caravana salió de noche, bajo un cielo estrellado como solo se ve en el techo del mundo. Un convoy que transportaba más de cincuenta cajas conteniendo oro y plata, antes depositados en los sótanos del Pótala, había salido la víspera. El Dalai Lama, excitado por la emoción del viaje y apesadumbrado por abandonar a su pueblo, viajaba de incógnito, disfrazado de laico por indicación del gobierno que temía que la gente, si lo reconocía, comprendiese lo que estaba ocurriendo y les cortase el paso. Toda suerte de rumores corrían por Lhasa: los comunistas se comían a la gente, decían unos. Tenían tres manos y una boca muy extraña; entre ellos no había ni hombres ni mujeres, todos eran iguales, decían otros. Abandonada a su suerte, la población de la capital quedó sumida en el miedo y la desesperación.

Cubriéndose con una hopalanda y tocado con un gorro de piel que le llegaba hasta las cejas, el adolescente de mirada grave prosiguió viaje a lomos de un caballo gris. A menudo abandonaba su montura para charlar con sus compatriotas. Nunca como en los diez días que duró aquel viaje Tenzin Gyatso estuvo más cerca de su pueblo. Sentía crecer su fuerza bajo aquellas miradas que transmitían veneración e inquietud; quería merecer esa confianza que iluminaba los rostros de la gente. Descubrió parte de su país, y sentía lo mismo que habían experimentado los viajeros que desde el alba de los tiempos se habían aventurado en el Tíbet. Eran imágenes de vastos espacios vacíos hasta de vida vegetal, de rocas fantásticas, de cumbres sobrecogedoras, de horizontes de luz cegadora y de silencios solo rotos por el viento. Aquel país de titanes y dioses, que ocupa una meseta del tamaño de Europa occidental en el corazón de Asia, parecía pertenecer a otro mundo. Con una altitud media de cuatro mil metros sobre el nivel del mar, la densidad del aire es la mitad que en el resto de la atmósfera del planeta y tres cuartas partes de la humedad se quedan en los territorios que se extienden a los pies de los rebordes montañosos de la altiplanicie. Los siete millones de habitantes del Tíbet son descendientes de tribus nómadas emparentadas con los mongoles. Según la leyenda, procedían de un territorio que había sido un mar, el mar de Tetis. Al desaparecer las aguas, un mono y una ogresa hicieron morada de su inmensidad. El mono era una emanación de Chenresi, el Buda de la Compasión Infinita. De su emparejamiento con la ogresa nacieron seis hijos, los primeros tibetanos. Crecieron y se multiplicaron, guerrearon, nombraron reyes y generales. Pero los tibetanos tendrían que esperar el reino del trigésimo tercer monarca, Songtsen Gampo, para unirse y formar un imperio que acabaría siendo el mayor de Asia. Paradójicamente, el que llevó el imperio hasta su cenit, el trigésimo séptimo

monarca, Trisong Detsen, sembraría también las semillas de su decadencia. Si previamente la familia real favoreció la introducción del budismo, una religión extranjera, el nuevo rey impuso los principios de no violencia sobre el chamanismo indígena, conocido como *Bón*. El celo con que los tibetanos se ejercitaban en las artes de la guerra se orientó hacia la prosecución de la paz. Este cambio se explica por la esencia misma del budismo, que preconiza que el sufrimiento es inseparable de cualquier forma de vida y que solo dándose cuenta de la naturaleza ilusoria de la existencia puede uno liberarse del círculo del dolor y acceder a la libertad, al estado de buda. El budismo mahayana, la escuela que llegó al Tíbet, hacía hincapié no solo en alcanzar la Humillación con el fin de liberar del sufrimiento a todos los seres sensibles, sino también en que la búsqueda del nirvana es una tarea colectiva. En consecuencia, la compasión, con su proyección sobre toda la comunidad y su carga de renuncia y sabiduría, imbuyó el alma tibetana. Cazar, pescar y hasta matar un insecto se convirtieron en anatema. Molinillos de rezo acompañaron el susurro de los mantras, y banderines sagrados constelaron el cielo. Pilas de piedras grabadas con la frase *Om mani padme Um* y santuarios en forma de espira, los *chortens*, convirtieron el paisaje en una red viva de lugares sagrados, conectados entre sí por un flujo constante de peregrinos.

En uno de los innumerables senderos de montaña que el Dalai Lama recorrió en su camino hacia la frontera india, ocurrió un incidente que casi da al traste con el viaje. Unos monjes en peregrinación, al reconocerlo, le pidieron que diera marcha atrás. «Fue un momento de extrema tensión —contaría el Dalai Lama—. Las lágrimas que brotaban de sus ojos hablaban del estado de angustia y desamparo en el que se encontraban aquellos monjes. No soportaban la idea de que yo pudiese abandonarlos». El preceptor del monarca tuvo que postrarse en el suelo para suplicarles que les permitieran el paso y los monjes accedieron, no sin antes hacerle prometer que pronto regresaría.

Bajo la luz cegadora de las altas montañas, el joven monarca siguió su camino. Se detenía de vez en cuando ante los torrentes, pensando en que las emociones humanas son parecidas al curso soberbio y tumultuoso de esas aguas desbridadas. La naturaleza parecía recordarle que, a imagen y semejanza de las estaciones, todo pasa y vuelve a pasar, tanto la pena como la alegría, la guerra y la paz. Que de nada sirve retener el instante. Porque solo permanece la inmensidad del espíritu, espejo inmutable que recoge la forma cambiante de las apariencias. Algo en el Dalai Lama cambió con ese viaje. Quizá no fuera más que el sentimiento de libertad que le transmitía la vida, lejos del rígido protocolo que en Lhasa regulaba su existencia. Echaba de menos a sus amigos barrenderos, pero sus nuevas responsabilidades colmaban de sobra el vacío de tal ausencia.

De todas las delegaciones enviadas al extranjero, solo les quedaba por conocer el resultado obtenido por la que había ido a Pekín, que encabezaba el gobernador de la región de Chamdo, Ngabo Ngawang. El Dalai Lama esperaba que su enviado hiciera entender a las autoridades chinas que los tibetanos no querían una «liberación», pero sí mantener buenas relaciones con su vecino. Pretendía, sobre todo, evitar los numerosos muertos que la toma de Lhasa por las tropas del Ejército de Liberación del Pueblo acarrearía. No esperaba ningún milagro, pero tampoco la noticia que el boletín informativo de Radio Pekín transmitió en la noche del 23 de mayo de 1951. En la habitación de un monasterio próximo a la frontera india, el Dalai Lama oyó en las ondas una voz seca y desabrida. Lo que afirmaba era o bien incomprensible, o bien una pesadilla. El gobierno de la República Popular China y el «gobierno local» del Tíbet, decía, acababan de firmar un acuerdo de diecisiete puntos para la «liberación» del techo del mundo. ¿Liberación de qué? Tenzin Gyatso se quedó petrificado. Por desgracia, no era una pesadilla. La delegación tibetana había tenido que firmar, contra su voluntad, un acuerdo que convertía el país de las nieves *de facto* en territorio chino.

Poco tiempo después, un telegrama del jefe de la delegación que había ido a Pekín confirmó la noticia, al tiempo que anunciaba que el nuevo gobernador del Tíbet, el general Chian Chin-Wu, estaba de camino para entrevistarse con el Dalai Lama. Mientras se confirmaba la gravedad de la situación, varias personas, entre ellas su hermano, le aconsejaron refugiarse en la India. «Los Estados Unidos están dispuestos a ayudarnos —le escribió desde Calcuta su hermano—. Si luchan contra el comunismo en Corea, lo harán en el Tíbet también». Desde el otro lado de la frontera india, Heinrich Harrer, que había huido de Lhasa, le escribió en el mismo sentido. Pero también llegaron mensajes de sus dos primeros ministros, suplicándole que regresase rápidamente a la capital. Su pueblo lo necesitaba. ¿Qué decisión tomar?

Día tras día, el adolescente sopesaba la cuestión. El exilio y la ayuda norteamericana significaban la guerra. ¿Durante cuánto tiempo aceptaría el pueblo estadounidense sacrificar a sus hijos por un país que estaba en el fin del mundo? Cuando los norteamericanos se retirasen, el Tíbet se quedaría de nuevo solo frente a China, y además con un gran número de muertos. Toda la educación no violenta del joven monje repudiaba esa alternativa. La esperanza estaba en el diálogo con el adversario. La incomprensión, razonaba el joven monarca, crea discordia entre los hombres. Encontrarse, escucharse e intentar comprenderse era dar un primer paso hacia la paz. Tenzin Gyatso quería creer en ello. Decidió entonces esperar la llegada de la delegación china, y luego regresar a Lhasa, a reunirse con su pueblo.

El 16 de julio de 1951, un mensajero llevó al monasterio la noticia de la inminente llegada de los chinos. ¿A qué se parecerá un dirigente comunista?, se

preguntaba el monarca. Salió al balcón a escrutar el camino con su telescopio. Nubes de bruma ascendían del fondo del valle por efecto del sol. Pronto divisó a tres hombres vestidos con anodinos uniformes grises que contrastaban con los espléndidos hábitos de seda roja y dorada de los dignatarios tibetanos. El encuentro estuvo presidido por una glacial cordialidad. «El general fue amistoso, nada protocolario —recordaría el Dalai Lama—. Me entregó una carta de Mao Zedong que repetía la primera frase del “acuerdo” y en la que me daba la bienvenida a la madre patria, una frase que ya aborrecía. Al dármele, observé que llevaba un reloj de oro en la muñeca. Luego me preguntó si tenía intención de volver a Lhasa. Le dije que pronto. Estoy convencido de que quería que hiciésemos el viaje juntos para capitalizar políticamente nuestra entrada conjunta en la capital. Al final, conseguí no comprometerme y me fui a Lhasa dos días antes que él».

A su llegada a la capital, toda la población se echó a la calle. Pero la alegría de volver a ver al Preciado Protector se solapaba con el miedo de lo que iba a ocurrir. El pueblo tibetano esperaba un milagro de su Dios Rey.

Pero lo que llegó tres semanas después fue un contingente de tres mil soldados del Ejército de Liberación del Pueblo. Enmudecidos, veinte mil tibetanos se agolparon en las calles de la ciudad santa para ver pasar a aquellos hombres andrajosos que agitaban sus banderas rojas y las efigies de su dios, el presidente Mao. Las mujeres tenían lágrimas en los ojos. Algunos hombres escupían al suelo en señal de desprecio. O daban palmas, como se hace en el Tíbet para ahuyentar a los demonios; algunos niños se atrevieron a lanzar piedras. El redoble lento y obstinado de los tambores de guerra despertó al joven monarca mucho antes de que llegaran los soldados a la capital. Desde una de las azoteas del Pótala siguió, gracias a su viejo telescopio, la progresión de la interminable columna envuelta en una nube de polvo. Sintió un profundo malestar a la vista de las banderas rojas: ¿No era el rojo el color con el que la naturaleza expresa el peligro? Al observarlos de cerca, se dio cuenta de que los soldados estaban delgadísimos, parecían abatidos por el cansancio, las heridas, el mal de altura, y por primera vez sintió pena por sus enemigos. Pero también le impresionaron los pasos marciales, las miradas vacías fijas en el horizonte. Era como una marea, una maquinaria imparable. Las frases del testamento de su predecesor acudieron a su mente y entonces, con el corazón encogido y el telescopio bajo el brazo, se dio la vuelta y entró en el palacio.

Durante las semanas siguientes llegaron a Lhasa otros veinte mil hombres, que precisaban alimentos, ropa y alojamiento. Los chinos empezaron a requisar casas e invitaron al gobierno a «prestar» dos mil toneladas de cebada a los invasores. La gente no entendía cómo el precio de los cereales podía doblarse de un día para otro. Los chinos llegaban sin nada, y, al exigir de todo, quebraron la frágil economía del país de las nieves. Por primera vez en la historia, el pueblo de Lhasa sufrió una

hambruna. La hostilidad hacia los chinos se redobló. Los tibetanos escupían a los soldados, les tiraban piedras y hasta los monjes hacían una bola con los pliegues de sus hábitos para golpear a los que se acercaban demasiado. Pronto corrieron canciones que ridiculizaban al general Chian y su reloj de oro, y cuando los tibetanos descubrieron que bajo sus uniformes los oficiales chinos llevaban gruesos forros de piel, su desprecio creció aún más. Surgió entonces un movimiento de resistencia popular que exigió tanto al gobierno tibetano como a la comandancia china la retirada de todas las tropas. Las paredes de Lhasa amanecieron cubiertas de pasquines pidiendo la salida de los invasores. Una avalancha de quejas inundaba el despacho del impotente gobierno tibetano, a las que se añadían las de los oficiales chinos, indignados por la hostilidad de la capital ocupada. Poco a poco fue subiendo el tono de las protestas. Los generales chinos acusaban al gobierno tibetano de apoyar a los rebeldes. Las relaciones entre el general Chian y los dos primeros ministros del Dalai Lama se hicieron cada vez más tensas. Varias reuniones acabaron en insultos y puñetazos en la mesa. El tiempo de la distante cordialidad y de la diplomacia había pasado.

Las amenazas llegaron a tal punto que Tenzin Gyatso pensó en apartar a sus dos primeros ministros, pues sus vidas corrían peligro. Continuar oponiéndose e irritando a las autoridades chinas solo podía alimentar todavía más el círculo vicioso de represión y resentimiento popular. Al final, abocaría a explosiones de violencia física. Y la violencia, razonaba el joven monarca, era inútil. No era realista pensar en que podrían echar a los chinos a la fuerza. Los ocupantes saldrían victoriosos de cualquier enfrentamiento, y el pueblo, desarmado y desorganizado, sería la principal víctima. La no violencia era la única vía que, al final, quizá después de años de paciencia, les permitiría ganar cierto grado de libertad. Eso significaba resistir pasivamente, o al menos cooperar en la medida de lo posible.

Pero estaba abatido por la decisión de desprenderse de sus leales y honrados ministros, aunque ellos comprendiesen el punto de vista del monarca. Cuando, al despedirse, el Dios Rey les pasó las tradicionales bufandas sagradas alrededor del cuello, ninguno de los tres pudo reprimir las lágrimas. Tenzin Gyatso ni siquiera se tomó el trabajo de nombrar unos sucesores: ¿para qué ofrecer más chivos expiatorios que solo servían para canalizar la cólera de los chinos? A partir de entonces, el líder de los tibetanos se enfrentaría casi diariamente con los generales. El monarca del reino invadido no había cumplido todavía los diecisiete años. Se quedaba solo frente a los conquistadores.

Nunca Océano de Sabiduría había sentido tanto el peso de la soledad. Su familia se había exiliado, sus hermanos intentaban desesperadamente obtener algún tipo de ayuda desde el extranjero, echaba de menos a sus dos ministros y su experiencia política, y añoraba también la antigua rutina de estudios y oraciones acompañada por el gong del monasterio. A pesar de que aquellos días atormentados dejaban poco espacio a la vida religiosa, sus preceptores seguían prodigándole enseñanzas. Tenzin Gyatso hacía ejercicios mentales destinados a abrirse camino hacia la Iluminación, la liberación del entramado de ilusiones en que el hombre vive sin darse cuenta de ello. Uniéndole a los seres prisioneros del *samsara*, el ciclo de las existencias, aquellas prácticas esotéricas desarrollaban su compasión y forjaban su firmeza. Los bulliciosos oficiales chinos tuvieron constancia de ello: acababan irremediablemente chocando contra la tenaz voluntad sonriente del muchacho. Ellos, que habían creído que sería fácil manipularlo, descubrieron irritados que aquel joven de mirada cándida se les resistía siempre que podía, y que solo cedía a las presiones para evitar un mal mayor. Tenzin Gyatso era consciente de la importancia de su papel para que la invasión no se convirtiese en un baño de sangre. Pero era un papel cada día más difícil de interpretar. No solo la economía había quedado exangüe por las medidas que prohibían el nomadismo, que monopolizaban el comercio de aquel pueblo de comerciantes y que imponían cultivos que no se adaptaban a la altura; no solo la hambruna castigaba a sus compatriotas, sino que, poco a poco, el país de las nieves se estaba transformando en un enorme cuartel militar. En los programas de Radio Pekín, los jerifaltes del partido no escondían su intención de mandar a cuatro colonos por cada tibetano. Pero lo peor se había podido evitar: no se había vertido sangre.

En la segunda ciudad del Tíbet, en Shigatse, los chinos hacían preparativos para que el Panchen Lama, segunda autoridad espiritual del país, ocupara de nuevo su trono. Criado en un monasterio cerca de la frontera china, pronto cayó en manos de los invasores. De camino hacia su monasterio, pasó por Lhasa, justo el tiempo de entrevistarse con el Dios Rey en un breve acto oficial. Hijos de la misma región, reconocidos como altas reencarnaciones en su primera infancia, ambos representaban lo máspreciado en el país de las nieves: «el padre y el hijo», los dos mayores linajes de los maestros espirituales tibetanos. Antaño los panchen lamas habían sido preceptores de los dalai lamas. La historia les había separado a menudo. Ahora, en aquellos momentos trágicos, hubieran querido unir sus fuerzas y sus oraciones. Pero eran frágiles y jóvenes. El Panchen Lama, rebosante de encanto y de dulzura, tenía catorce años. Emocionados, los dos monjecillos avanzaron el uno hacia el otro, los ojos llenos de preguntas. Pero los agentes de seguridad chinos se cuidaron bien de que no intercambiasen confianza alguna. Pronto hicieron que el Panchen Lama se retirase. Al verle partir, Tenzin Gyatso supo que los chinos harían todo lo posible para convertir a su hijo espiritual en un enemigo. Sería un arma perfecta contra el Dalai

Lama: una figura alternativa, una marioneta bajo su control. Dos años más tarde, ignorando el hecho de que los panchen lamas nunca habían tenido autoridad política en el Tíbet, Mao organizó la entrada triunfal del muchacho en Shigatse, rodeado de una escolta impresionante con toda la parafernalia del poder. Los chinos pensaban utilizarlo para anular al Dalai Lama. Pero no tardaría en caer en desgracia, porque, pese a todo, procuró ser fiel a su pueblo. La tragedia de su vida sería uno de los símbolos más vivos del drama tibetano.

El cese de los primeros ministros sirvió para relajar un poco el ambiente en el Pótala. A ello se sumaron las promesas chinas de garantizar la libertad religiosa, de construir nuevos hospitales, escuelas y carreteras. Los panfletos propagandísticos no dejaban de ser curiosos. Que los chinos quisiesen ayudar a modernizar el Tíbet tenía sentido, pero que alegasen que había que «unirse para expulsar a las fuerzas imperialistas» era ridículo, ya que solo seis occidentales vivían en el país antes de la invasión y ahora todos se habían marchado. El hermano del Dalai Lama describía las promesas chinas como «miel en un cuchillo: si chupas, te cortas la lengua».

A finales de 1953, Pekín llegó a la conclusión de que sus intentos de crear un gobierno títere para controlar el país y acallar las críticas del extranjero habían fracasado. El partido comunista decidió pasar por alto el acuerdo de diecisiete puntos de Pekín e intervenir directamente en los asuntos del Tíbet. El Dalai Lama fue invitado a la capital china, donde el presidente Mao tenía la intención de imponer su decisión al joven líder. A pesar de una fuerte oposición interna, por miedo a que los chinos no lo dejaran regresar o atentasen contra su vida, Tenzin Gyatso aceptó la invitación. No quería perder la oportunidad de intentar convencer a las más altas autoridades del país invasor de que suavizasen la política de ocupación.

En la mañana del 11 de julio de 1954, decenas de miles de fieles se congregaron al borde del río para desearle buen viaje, y sobre todo un feliz retomo. Había bandas de música y estandartes flotando al viento entre brumas de incienso. El Dios Rey caminó sobre una alfombra blanca hasta la orilla del río y embarcó en una canoa de piel de yak. Una vez sentado, su rostro, protegido del sol por una sombrilla de seda amarilla sostenida por un monje, se dio la vuelta para saludar a su pueblo. Vio que muchos estaban llorando. Otros parecían querer tirarse al agua, convencidos de que no lo volverían a ver más. Pensó que esa desesperanza valía todas las pruebas de amor. Entonces Tenzin Gyatso volvió a sentir la misma tristeza que le había embargado cuatro años antes, cuando partió hacia la India. Tristeza de no poder hacer más para aliviar los sufrimientos de su país. Al desaparecer en el horizonte del río, pensó que necesitaría más de una vida para velar por su pueblo.

Era su primer gran viaje. Se subió al Dodge naranja, que también había sido transportado en canoa, seguido de una imponente comitiva. Como primera etapa, el

Dalai Lama escogió el monasterio de Ganden, situado a unos cuarenta kilómetros de la capital, el más bello e impresionante del Tíbet. Sobre un fondo de innumerables picos nevados, destacaban sus templos con tejados resplandecientes como el oro y sus edificios elegantes con muros encalados ribeteados de color púrpura. Ganden, cuyo nombre significa «paraíso de alegría», era la tercera universidad monástica del Tíbet. Sus tres mil trescientos monjes se encargaban de preservar la herencia literaria y artística del país, de asimilar los vastos conocimientos médicos de sus antepasados, de perfeccionarse en las artes plásticas y en la arquitectura. En los claustros de Ganden y de los demás grandes monasterios, habitados en ciertas épocas por un cuarto de la población masculina del país, había florecido la cultura del Tíbet. Los chicos ingresaban a la edad de siete años y solo los más brillantes eran admitidos para hacer estudios superiores que a algunos les permitirían convertirse en maestros, en lamas. Los demás se hacían constructores, artistas, artesanos, cocineros o sirvientes y un grupo de monjes se relevaba en las tareas administrativas. Todos trataban de alcanzar la Iluminación mediante una rigurosa disciplina mental cuyos métodos eran el ritual, la contemplación y la meditación diarias. Sus vidas estaban reguladas por la voluntad divina, cuyos intérpretes eran los laméis, monjes que habían accedido a la alta condición de maestros después de veinte o veinticinco años de estudio y meditación. En Ganden, que pertenecía a la escuela gelugpa, la de los gorros amarillos, la tradición budista del Dalai Lama, los estudiantes memorizaban y debatían los temas durante veinte años antes de enfrentarse a los exámenes finales de doctor de la divinidad. Su esfuerzo era solo superado por el de los ermitaños que, a veces durante toda una vida, se encerraban en cuevas o se aislaban en chozas en la montaña, atendidos por unos cuantos discípulos, para practicar una austeridad física y mental extrema. Los practicantes religiosos más preeminentes eran unos cuatro mil *tulkus*, encarnaciones de lamas capaces de elegir el tiempo y el lugar de su renacimiento. Reconocidos en la infancia por sus seguidores, eran devueltos a sus monasterios para, una vez más, asumir la gran tarea budista de llevar a todos los seres hasta el Despertar. En la cúspide de esa jerarquía espiritual estaban las altas emanaciones de Buda, entre las que destacaba la figura del Dalai Lama — encarnación viva de Chenresi, santo patrón del Tíbet— la más sagrada presencia sobre la tierra.

Acompañado por los abades de mirada grave y gesto pausado, Tenzin Gyatso se dirigió a orar ante la tumba de Tsongkhapa, fundador de la escuela gelugpa, situada en un templo de color marrón, en el centro de Ganden. Su atención se fijó en la estatua de una cabeza de búfalo que representaba la deidad protectora del Tíbet mirando hacia el suelo de manera sumisa. «No estaba preparado para el curioso fenómeno de que fui testigo —contaría más tarde el Dalai Lama—. Antes de irme de Ganden, tuve la sorpresa de constatar, sin duda alguna, que la estatua se había transformado. Su cabeza estaba vuelta hacia el este y expresaba una evidente ferocidad. Más tarde supe que, al marcharme al exilio, las paredes de una de las

capillas de Ganden se habían teñido de sangre». Al despedirse, los abades, inquietos por el viaje, le advirtieron de que los chinos intentarían lavarle el cerebro. «Eso es imposible —les respondió el Dalai Lama—, sería como arrancarle la memoria a un hombre».

Debido a la falta de carreteras en el Tíbet, el impresionante Dodge solo sirvió para unos kilómetros más. Luego, la comitiva tuvo que seguir viaje a lomos de mulas. Durante el interminable trayecto, la advertencia de los abades le volvió a la memoria. Entendía su intranquilidad, pero confiaba en sí mismo. Nada podía aniquilar lo que varias vidas habían sembrado en él: respeto por la sabiduría, desconfianza y comprensión por las emociones, siempre ciegas, violentas a veces, que gobiernan a los hombres, empezando por los chinos, guerreros fatuos llenos de bonitas palabras y acciones crueles. Era ya lo bastante sabio para saber que ningún régimen, y menos uno extranjero, puede imponer la felicidad. Esta se encuentra en uno mismo, en el silencio, donde se halla el espíritu infinito, en la paz interior, a la cual solo se llega cultivando el altruismo. La antigua civilización tibetana, venerando la sabiduría y la compasión como únicos bienes deseables, lo había entendido hacía siglos.

III

Días de luna y de viento

Para las prisioneras de la cárcel de Gutsa, reunirse con el Dalai Lama se convirtió en algo más que un sueño; se convirtió en el objetivo supremo, en la piedra angular que les permitía soportar una existencia de humillación y sufrimiento. Veinticinco meses en aquella cárcel les habían hecho ver la imposibilidad de seguir viviendo en el Tíbet cuando fueran liberadas. Si los tibetanos eran marginados en su propio país, ellas serían las marginadas entre los marginados. Sería como vivir en una cárcel sin barrotes, vigiladas de cerca por los comités populares de las aldeas y por los comisarios políticos, imposibilitadas para seguir practicando su fe, instruirse con un lama, avanzar por la senda de la realización interior. Evadirse de la cárcel resultaba totalmente imposible. Solo la tentadora idea del suicidio se presentaba de vez en cuando como la forma más dulce de escapar. Pero superada la crisis de desesperación, al punto la rechazaban.

Había que esperar al final de la condena. Lo primero era salir de Gutsa, y después pensar en evadirse de la otra gran cárcel que se extendía entre el cielo y la tierra; el Tíbet. El único rumbo posible, hacia el sur, intimidaba hasta a los más valientes. Pero era necesario huir, y a pie, por muy imposible que pareciese. Caminar, caminar, caminar..., otro sueño recurrente en la tétrica oscuridad de la celda. Caminar era símbolo de libertad y su simple evocación provocaba un efecto estimulante. Desde siempre, los tibetanos se habían desplazado por medio de sus piernas, ligeros de equipaje, sin aferrarse a nada, ni despreciar nada, con la tranquila aceptación de todo lo que acaecía. Bajo la bóveda celeste, rodeados de picos nevados, un sendero de peregrino bajo sus pies y muchas vidas por delante, los tibetanos recorren los lugares sagrados en viajes que son una metáfora, una réplica terrenal del único viaje que, de verdad, les importa, el viaje interior. El peregrino se dirige, más allá del último horizonte, hacia una meta que ya está presente en lo más profundo de su ser, aunque todavía permanezca oculta a su mirada. Y muchos lo hacen prosternándose, hasta tocar el suelo con la frente, y levantándose para recorrer así distancias de hasta dos mil kilómetros en viajes que duran tres, cuatro y cinco años.

Las rebeldes de Lhasa, las monjas encarceladas por haber osado lanzar un grito de libertad, se evadirían para ofrecer su testimonio, para hablar de la capital donde todo intento de protesta es tan duramente reprimido. Para denunciar las escuelas donde no se permite enseñar en tibetano, hablar del alcoholismo, convertido en una plaga, contar la prostitución de las tibetanas para poder sobrevivir, las esterilizaciones forzadas, el combate de un pueblo convertido en minoría en su propio territorio.

En 1993 había siete millones y medio de chinos por seis millones de tibetanos. Una invasión demográfica que resulta cada día más catastrófica para el Tíbet. Hordas de chinos inmigran al país de las nieves siguiendo las consignas de los jerifaltes del

partido comunista. Para que olviden los prejuicios de que el Tíbet es un desierto helado poblado de salvajes se les ofrecen jugosos incentivos: tres y cuatro veces el salario que ganan en China, créditos sin interés, alojamiento garantizado, abundantes permisos y vacaciones y hasta una especie de «subvención para respirar», un incentivo que compensa el hecho de que el Tíbet esté a cuatro mil metros de altura. Bosques enteros son talados para construir asentamientos chinos; bloques de cinco y seis pisos con luz y agua corriente surgen en todas las ciudades desfigurando el paisaje. Los barrios tibetanos disponen de electricidad solo durante tres o cuatro horas, y eso a condición de que haya barrios chinos en la proximidad. De no ser así, no hay luz. Los inmigrantes se quedan con los negocios tradicionalmente tibetanos, como los restaurantes, las sastrerías, la construcción y las carpinterías. Así crece el número de mendigos. Uno de los efectos más perniciosos de todo este proceso es que los tibetanos empiezan a dudar de su propia cultura, y en ocasiones hasta se avergüenzan de ella.

Esta invasión va acompañada de una política de genocidio sistemático. Nadie escapa a la inhumanidad de las medidas de control de la natalidad, reforzadas desde que un informe de la Academia de Ciencias Sociales de Shanghai en 1989 aconsejó crear una fuerza especial de policía para practicar abortos en mujeres pertenecientes a minorías nacionales con una población de más de quinientas mil personas. Equipos sanitarios recorren el país de las nieves para hacer cumplir la ley. A esos equipos se les ofrecen incentivos económicos para realizar el mayor número posible de esterilizaciones y abortos. Hay testigos de escenas atroces en las que grupos de mujeres, incluso niñas de trece y catorce años, son llevadas a la fuerza en camiones hacia una clínica. En las zonas más apartadas, donde no hay hospitales, equipos de médicos y enfermeras chinos circulan en *jeeps*, seguidos por una camioneta que transporta el material. Parten en viajes de tres a cuatro meses y van de pueblo en pueblo buscando mujeres embarazadas de un tercer o cuarto hijo, a veces de un segundo. Al final de cada viaje, llegan a asumir unos dos mil casos. Los informes que denunciaban la realización de abortos forzados en mujeres en gestación avanzada fueron confirmados cuando aparecieron fetos de tres, cuatro y cinco meses en cubos de basura del hospital de Chamdo. El proceso ha llegado aún más lejos, hasta el aniquilamiento de recién nacidos de familias que ya cuentan con dos hijos. La madre da a luz, oye el llanto de su bebé y, una vez relajada y despierta, se entera de que su vástago ha muerto durante el parto. Una doctora tibetana ha confirmado que bebés sanos, bien formados, son sumergidos en cubos de agua y ahogados nada más nacer. «Las madres pierden la cabeza», agregó. Un médico chino, entrevistado por un comité investigador de derechos humanos, admitió que se vio forzado a matar a recién nacidos para cumplir su cuota de abortos. De lo contrario, hubiera perdido el plus económico fijado por tal actividad y se hubiera visto relegado profesionalmente. Para los tibetanos, que viven intensamente su fe budista, en la que acabar con

cualquier tipo de vida constituye una terrible transgresión, el efecto de las medidas de control de la natalidad es traumático y devastador.

Entre aquellas paredes que parecían exudar todo el dolor del mundo, Kinsom, Yandol y sus amigas soñaban también con denunciar las cárceles, las torturas, las violaciones. Poco a poco, la huida, el exilio, se iban haciendo una necesidad imperiosa. Kinsom lo fue entendiendo a medida que se aproximaba al término de su condena de treinta meses. Obstinarle no le serviría de nada. Su condena le prohibía volver a su convento o ser admitida en cualquier otro. No podría estudiar como deseaba y participar así en el combate de su pueblo por sobrevivir. Tendría que marcharse a pie, sin papeles. Las autoridades chinas nunca le darían un pasaporte, temerosas de que denunciase las atrocidades de las que había sido víctima y testigo. Pero había oído hablar de las redes clandestinas. Sería cuestión de encontrar el contacto adecuado, y pagar un dinero para efectuar el viaje hasta la frontera de la India o del Nepal, atravesando pasos de montaña a más de cinco mil metros de altura. La joven Yandol, con sus mofletes rubicundos, cara de mujer y de niña a la vez, la tez cetrina propia de los tibetanos, también compartía ese sueño de libertad. Ya se veía en la India, en Dharamsala, viviendo en un convento de la comunidad tibetana, meditando, instruyéndose para un día regresar a un Tíbet independiente. Era una quimera, un sueño, y en sus momentos de lucidez se daba cuenta de ello, pero lo necesitaba como el respirar para sobrevivir en Gutsa.

Ambas prisioneras habían sido transferidas al pabellón n.º 4, destinado a los presos políticos, en su mayoría religiosos. Fue un alivio, pues por un momento temieron ser destinadas a las celdas de los prisioneros comunes. Pero los chinos querían ante todo evitar que la «enfermedad reaccionaria» se contagiase entre los detenidos laicos. Las encerraron en una celda con otras siete monjas, todas jóvenes. En aquel grupo estaba Dawa, cuya trágica historia se había hecho tristemente famosa en el interior de la cárcel y en los ambientes de la resistencia. Después de su detención en 1989, había sido brutalmente torturada en las dependencias policiales. Uno de los policías, blandiendo una cuchilla de afeitar, le había cortado el pezón izquierdo y luego los tendones de los dedos gordos del pie. Encerrada en una celda de castigo sin haber sido curada, perdió mucha sangre y sus heridas se infectaron. Cuando la metieron en la celda de Kinsom y Yandol, se quedó agazapada en una esquina, las manos sobre el pecho, como un animal acosado, temerosa de que entre las detenidas hubiera alguna espía. Poco a poco Kinsom fue ganando su confianza, ofreciéndole comida o cubriéndola con algo de ropa cuando le entraban temblores. La joven Yandol consiguió limpiarle las heridas, y lo hizo vertiendo té tibio sobre las llagas para despegar la piel de la ropa.

Exceptuando la visita mensual de los familiares y el vaciado del cubo que servía de retrete colectivo y que se realizaba por turnos, el primer año no hubo

absolutamente nada que hacer. Toda actividad física, cultural o recreativa, estaba prohibida. Ni siquiera les estaba permitido hablar en tibetano, por lo que debían hacerlo en murmullos, y siempre mirando de reojo la puerta de su celda. Cualquiera que hubiera sido sorprendido en flagrante delito de meditación se arriesgaba a ser colgado por los pies y molido a palos. Las horas, los días, las semanas, los meses discurrían con exasperante monotonía. Era como una película estática, cuya banda sonora estaba compuesta por la radio china, la risa burda de los guardianes, las toses, los cerrojazos y el chirrido de los goznes.

Pero quedaba la amistad. Aquel grupo de mujeres encerradas sin intimidad alguna se habían convertido en una familia. Todas velaban por todas. Contra el frío, se juntaban para calentarse. Contra el hambre, dividían los víveres que los familiares les hacían llegar. Contra la desesperanza, compartían su fe. Contra el miedo, los mismos sueños de libertad. La solidaridad se hizo tan fuerte que todas vivían como propio lo que a cada una de ellas le ocurría. Cuando les tocaba el turno de ser liberadas, las demás reían, mientras que la que se iba lloraba. Lloraba porque frente a su incierta libertad se quedaba sola, lejos de aquel reino sagrado, aislado del mundo profano, en que habían convertido su celda mugrienta. Ni Kinsom ni Yandol habían sentido jamás algo parecido. Ya no era una emoción de adolescente, apasionada y pasajera, como les había ocurrido cuando vivían en casa de sus padres. El sentimiento que las unía a las demás era algo muy intenso, auténtico, una unión forjada por la solidaridad ante el dolor. Una verdadera amistad, cimentada por una miríada de sufrimientos cotidianos. Una amistad de mujeres, imbuida de una tierna complicidad, de unas mismas convicciones. Con sus jirones de telas remendadas cubriéndoles el cuerpo, con sus pelos hirsutos, parecían delincuentes en vez de religiosas. Pero guardaban, muy dentro de sí, la pureza del espíritu, un desapego frente a la vida que les había tocado vivir y al mismo tiempo una férrea voluntad de lucha, una misma veneración por su agonizante país y por su símbolo supremo, el Dalai Lama.

El valor y la independencia de las mujeres tibetanas ha sorprendido siempre a los viajeros que a lo largo de los siglos se han aventurado en el alto país de las nieves. Una leyenda china habla de una tierra de mujeres, allende las montañas, en la región que correspondería al Tíbet actual. En aquel reino, los hombres eran soldados o sirvientes, nunca gobernantes. El poder estaba en manos de las mujeres, quienes celebraban además los sacrificios rituales. Marco Polo y otros descubridores describieron con detalle las costumbres deliciosamente salvajes de aquellas mujeres. Tenían a veces dos o tres esposos, y la gran sorpresa para los occidentales era que estos no mostraban celos al descubrir un extranjero en el lecho de su mujer. Esas historias se basaban en un hecho etnológico cierto: muchas tibetanas practicaban, y todavía lo hacen, la poliandria, debido a la escasez de mujeres en las zonas más remotas. Más allá de esa reputación de libertinas, se las describía como mujeres de carácter, mucho más independientes que el común de las asiáticas. Eran la inteligencia del hogar, mientras que el hombre era la fuerza. Su valor no tenía límite. Para la viajera francesa Alexandra David-Neel, que recorrió sola el Tíbet a principios del siglo xx, el sereno coraje de aquellas mujeres era sorprendente: «Pocas europeas o americanas se atreverían a vivir en plena meseta, en pequeños grupos de cuatro o cinco mujeres, y hasta completamente solas —escribió—. Pocas se atreverían a emprender en esas condiciones viajes de varios meses, en ocasiones de hasta varios años, por parajes de altas montañas solitarias donde merodean bandidos y animales salvajes». Y estos rasgos de carácter sobrevivieron a la invasión de los chinos. El ocupante tropezaba con un temperamento moldeado por siglos de lucha por la vida en medio de los rigores de una naturaleza que parecía de otro mundo. Más ligadas a la tradición que los hombres por la posición primordial que las mujeres ocupan en la familia y en la educación de las generaciones futuras, las jóvenes tibetanas han contraído la obligación ante sí mismas de defender lo que queda de su antigua cultura. Para muchas, la mejor manera de asegurar la pervivencia de ese legado es doblar sus votos religiosos con el compromiso político; un religioso puede comprometerse más fácilmente con la acción política que un civil, pues este debe velar por su familia.

Precisamente el único campo donde tradicionalmente la mujer no era considerada igual al hombre era en la religión. Las monjas, menos numerosas que los monjes, desde siempre han cumplido un papel marginal, cuando no menospreciado. En comparación con los monasterios, los conventos eran instituciones pobres, insignificantes, incapaces de dispensar las mismas enseñanzas. Las familias, aún las más pobres, tenían que atender las necesidades de sus hijas en el convento. Cuando faltaban los medios, ciertas religiosas se veían forzadas a mendigar o a ponerse al

servicio de ricas familias de la ciudad. ¿No dice un refrán popular. «Si quieres un maestro, haz de tu hijo un monje. Si quieres una sirvienta, haz de tu hija una monja»?

Varias eran las razones que empujaban a una joven tibetana a hacerse religiosa; por vocación, por deseo de sus padres o simplemente para evitar la dura vida de los laicos. Algunas ingresaban en un convento para vivir junto a un familiar. Para otras era un medio de progresión social. Llevar el hábito de Buda siempre confería un cierto estatus, aunque el auténtico respeto venía determinado por la entrega religiosa, el sincero cumplimiento de los votos. Para todas, vivir retiradas en el dédalo de pasillos y salas de un convento permitía acceder a la memoria colectiva del país, a las raíces de su espiritualidad. Además de la realización personal, muchas veían en ello la única posibilidad de recibir una educación conforme a la tradición.

En contraste con el número de maestros que han marcado la historia del Tíbet, muy pocas mujeres han gozado de renombre por sus enseñanzas. Sin embargo, existieron algunas *yoginis* cuyas vidas se han convertido en fuente de inspiración para las religiosas contemporáneas. Algunas de estas biografías cuentan la «liberación» de una persona santa, con descripciones de poderes mágicos y de manifestaciones milagrosas. Las vidas de estas grandes *yoginis*, muy conocidas entre los tibetanos, mezclaban acontecimientos legendarios e históricos de tal manera que resultaba difícil deslindarlos. Como la historia de la monja que meditaba en una cueva y que nunca lavaba su hábito, y a cuya muerte sus discípulos redujeron sus ropas a polvo y lo mezclaron con arena para fabricar píldoras que curaban las enfermedades más corrientes. O la de aquella que vivía aislada en una choza y que era capaz de contar a un individuo toda su vida pasada y adivinar la futura con prodigiosa exactitud. Otras eran capaces de vivir más de cien años practicando el *chuten*, que consistía en sustituir los alimentos ordinarios por el consumo de hierbas o de pequeñas piedras. La literatura biográfica habla también de varias monjas cuyos cuerpos se disiparon en el momento de la muerte y de otras cuyos cuerpos se conservaron durante días después de su fallecimiento. Para el budismo del Tíbet, la realización espiritual se manifiesta a menudo durante el momento de la muerte. El estado del espíritu, en ese preciso momento, puede decidir la calidad del futuro renacimiento porque, desde el punto de vista budista, la muerte es un espejo en el que se refleja todo el sentido de la vida. El instante de la muerte permite hacer un esfuerzo de meditación que hace posible alcanzar una cima sin igual. De hecho, la esperanza de todo buen budista es morir antes que su maestro, para ser guiado por él en el último momento por los senderos del *bardo*, el lapso de tiempo entre la agonía y la muerte, cuando se asume una nueva forma de vida en el ciclo de las existencias, si es que no se alcanza la Iluminación. El *bardo* viene a ser como el eco de la vida entera. Por eso, dicen los maestros, vivir bien es aprender a morir bien, para luego volver a vivir mejor. En la tradición tibetana, no se celebra la fecha de nacimiento de los maestros; se celebra su

muerte, su instante de Iluminación definitiva. Las cremaciones de grandes adeptos producen a veces signos sobrenaturales, como la aparición de arco iris, de una lluvia de flores, de sonidos, luces y partículas chispeantes entre las cenizas de los santos. En el momento de la muerte de Jetsunla, una religiosa muy devota, los presentes contaron después que el aire se impregnó de perfume y se oyó el tintineo de címbalos. Durante su cremación, el cielo se cubrió de arco iris. Otras monjas fueron capaces de desarrollar perfumes corporales. La santidad de estas mujeres suscitaba, y continúa haciéndolo, una enorme veneración por parte de todos los tibetanos.

Gracias a los méritos de estas santas la presencia de las mujeres se hizo sentir en el budismo tibetano. Como en casi todas las culturas, también en la jerarquía del país de las nieves los hombres se habían arrogado el derecho de ocupar todos los cargos públicos y eclesiásticos, dejando a las monjas sin posibilidad de acceder a ellos. Un monje podía conseguir educación, apoyo económico y una posición preeminente con mucha mayor facilidad que una religiosa. Es más, la autoridad última de un convento era siempre un monasterio cercano, y estaba en manos de un eclesiástico. Este rara vez lo visitaba, lo que, paradójicamente, permitía que las monjas tuviesen el control de los asuntos cotidianos de su propia institución.

Pero toda esta jerarquía secular se ha visto trastocada por la historia reciente. Desde que las novicias, medio mujeres medio niñas, salieron de la sombra para capitanear la resistencia, desfilar por las calles de Lhasa y reclamar la independencia, los tibetanos empezaron a sentir por ellas una admiración sin límites. Que esas mujeres, tradicionalmente relegadas, se colocasen en primera línea de fuego era símbolo de la desesperación del pueblo, pero también de su capacidad de resistencia y de la intensidad de su fe. En pocos años, se ganaron el respeto y el reconocimiento que siglos de sumisión les habían denegado. Cincuenta y cinco de las ciento veintiséis manifestaciones organizadas en Lhasa entre 1988 y 1994 lo fueron por iniciativa de monjas. Integrantes de una generación de insumisas, dispuesta a sacrificar su juventud, las actuales religiosas del Tíbet consideran el activismo político como complementario de la búsqueda de la Iluminación. Tienen el convencimiento de que, al sacrificar su propia vida por la causa, se reencarnarán bajo otra forma humana, lo que les permitirá proseguir el camino hacia el nirvana.

Esto explica la fuerza de su determinación. Para los budistas, a menos que se alcance la Iluminación, ninguna forma de vida escapa al ciclo del nacimiento y la muerte, ese océano de sufrimiento denominado *samsara*, un flujo de perpetuas formaciones y disoluciones donde se manifiesta la vida de la materia. Es una condición dolorosa porque obliga a hombres y mujeres a renacer en niveles que pueden ser peores que los conocidos anteriormente. A renacer como un animal, por ejemplo. Pero como el renacimiento viene determinado por el *karma* de cada cual (la suma de buenas o malas acciones acumuladas a lo largo de las vidas) y por el estado,

más o menos puro, de la mente en el momento de la muerte, la reencarnación, en cierto sentido, es una elección. Es el poder, desarrollado por ciertos individuos meritorios, de controlar su futuro nacimiento, como fue el caso de Buda, el príncipe que vivió como un mendigo. Al alcanzar cierto grado de perfección, lo que los budistas llaman la conciencia sutil, el espíritu humano no muere, en el sentido habitual del término. Se hace merecedor de renacer en otro cuerpo. Los budistas creen que esa conciencia primordial y pura, de una fuerza sin igual, es también el principio creador de la existencia, en última instancia, el espíritu de todo lo que existe. En cada individuo, esta conciencia sutil permanece desde el comienzo de los tiempos hasta el acceso a la Iluminación. Lo llaman el «ser», y toma formas diferentes de existencia: seres animales, seres humanos y budas. Esa es la base de la teoría del renacimiento. El espíritu sutil, a lo largo de los siglos, adoptando formas distintas, tiende siempre hacia la Iluminación, hacia el nirvana, un reposo tan infinito que simplemente pensar en ello o convertirlo en objeto de deseo es alejarse de él. Precisamente cuando el espíritu alcanza tal grado de perfección se olvida de sí mismo, pasa a ser uno con el mundo, sin reflexión, sin duda y sin distancia. Cuando un individuo alcanza una alta realización espiritual, su mente escoge su forma siguiente, un renacimiento humano, la única esperanza de conocer un día el Despertar. Eso es la reencarnación, a lo que aspiraban las monjas encarceladas, convencidas de que en su interior había algo que nada podía destruir ni alterar, y que no podía morir. Allí, en los confines entre lo efímero y lo eterno, residía su secreto, su fuerza, su voluntad de sacrificarlo todo por la causa.

Al cabo de quince meses, las autoridades decidieron que había llegado el momento de emprender una «reeducación» más activa. El tiempo del mero castigo había pasado; ahora se trataba de corregir por el trabajo y el adoctrinamiento las mentes desviadas de las reclusas. Una mañana Kinsom, Yandol, Dawa y cuatro compañeras más fueron llevadas a la sala de los interrogatorios. Volver a aquel lugar provocó escalofríos en Kinsom, que llegó a reprocharse el miedo que sentía. Había llegado a pensar que se había hecho más sabia, pero el terror le hizo darse cuenta de lo mucho que le faltaba para dominar sus emociones. Invocó a la diosa Tara, perfección de sabiduría emanada de las lágrimas del Buda de la Compasión, eterno protector del Tíbet. Tara protege de los miedos, del apego y ayuda a alejarse del *samsara*, el ciclo de la vida terrestre, de las emociones primarias, el océano de los sufrimientos.

Pero nada más empezar el interrogatorio, comprendió que no tenía que temer las descargas eléctricas o el suplicio del «aeroplano». A partir de entonces, según el oficial chino, serían consideradas como «estudiantes». ¿No les habían prometido la «reeducación por el trabajo»? Los chinos siempre cumplían. Hasta la comida mejoraría. Tendrían que alcanzar, eso sí, una estricta cuota de producción. Los chinos les ofrecían la redención por la productividad. Y como no había elección, las religiosas se limitaron a bajar la cabeza en signo de sumisión.

La pequeña Yandol fue asignada a las cocinas. Abandonaba la celda de madrugada para pasar trece horas entre enormes ollas y cacerolas, preparando té negro o haciendo cocer a fuego lento la sopa de verduras que su amiga Kinsom se había negado a comer durante los primeros días de cautiverio. Cuando no se sentía vigilada, añadía más grasa y verduras al guiso, hasta que un día le llamaron la atención. A partir de entonces tuvo más cuidado, pero siempre que podía echaba una cucharada de aceite al mejunje. Como tenía acceso a la despensa, aprovechaba para hurtar un poco de harina o de arroz. Sorprendida un día con las manos en la masa, la encerraron en una cámara frigorífica, donde se guardaban los víveres. De repente, se vio rodeada de piezas de carne colgando de ganchos, de manjares que en su vida había visto. Tenía apenas diecisiete años, y si durante los primeros minutos pensó que la relevarían de las cocinas, al cabo de un rato temió que se hubieran olvidado de ella. Se vio como una de aquellas piezas de carne inerte y, convencida de que la habían abandonado a su suerte y que iba a morir de frío y de inanición, empezó a golpear la puerta. No obtuvo respuesta alguna. Entonces le entró una angustia como en su vida había sentido. Incapaz de dominar la sensación de claustrofobia, quiso gritar, pero tenía la garganta agarrotada. Empezó a temblar hasta que la puerta se abrió de golpe y un guardia la hizo salir. Aquella eternidad había durado una hora. Le sorprendió que no la destinasen a otras tareas, que no la pegasen, que no la encerrasen en una celda

de aislamiento. Poco tiempo después, descubrió que el castigo que le tenían preparado era mucho más sutil. La forzaron a tomar parte en la matanza de cerdos y de patos junto a presos musulmanes. El budista, especialmente el monje, tiene prohibido acabar con cualquier forma de vida. La pobre Yandol lloraba de pena por la agonía de los animales y de rabia por verse obligada a romper sus votos religiosos. Su venganza consistió, a pesar del riesgo, en seguir robando comida para compartirla con sus compañeras y en verter aceite y grasa en la sopa. Era la forma de ayudar a todos los presos, tanto religiosos como laicos, a superar el calvario de Gutsa. A causa del frío, la falta de higiene y las heridas de las torturas muchos enfermaban, y no tenían derecho a cuidados médicos. La mayoría de los guardias, indiferentes a los lamentos, acusaban a los enfermos de ser unos mentirosos. Sin embargo, no mentían: la fiebre, los dolores en la espalda y las diarreas eran bien reales.

La vida de aquellas jóvenes religiosas se había organizado en perfecta complicidad. Cada una intentaba por todos los medios ayudar a las demás. Kinsom había sido asignada a los invernaderos, tarea mucho más dura que la de ayudar en la cocina. De regreso a la celda le faltaba tiempo para informar a sus compañeras sobre lo que había visto: camiones repletos de nuevos prisioneros, principalmente monjes y monjas. La represión en la calle crecía. Dawa, la monja mutilada en el pecho y destinada a limpiar los retretes de la oficialidad, conseguía de otras presas información sobre los cambios de política de los chinos en el país, sobre las actividades del Dalai Lama o sobre los últimos rumores de la resistencia. Quizá como reacción a lo mucho que había sufrido, Dawa estaba convencida de la pronta liberación del Tíbet, algo que las demás contemplaban con escepticismo. Sin embargo, las más jóvenes, al escucharla, sentían un redoble de esperanza.

Kinsom tenía que recoger las deyecciones todas las mañanas en una carretilla, mezclarlas con turba y extender la mezcla por el huerto. Los excrementos humanos siempre se han utilizado en China como abono, y el Tíbet no podía ser una excepción a la regla. Cuando terminaba, se dirigía al invernadero. Los detenidos cultivaban verduras para el consumo interno de la cárcel y también para los mercados locales. Todos tenían asignada una cuota mensual de producción y si no la alcanzaban recibían una dura reprimenda durante la sesión de educación política y, si se terciaba, un castigo. Por la noche, durante la infame sesión, los «estudiantes» debían comentar, oralmente o por escrito, lo que habían aprendido por la mañana. Los que no ponían convicción en sus palabras, o los simples remolones, fácilmente acababan con sus huesos en una celda de castigo. Los «profesores» eran chinos, miembros del partido, enviados al Tíbet para denigrar al antiguo régimen: «Hemos invitado al Dalai Lama a visitar Lhasa, pero se ha negado a venir», era una de las calumnias recurrentes. «En el Tíbet de antes, cortaban los pies y las manos de los prisioneros. Ahora eso no ocurre...», decían cínicamente a un auditorio compuesto de gente cuyos cuerpos

estaban estragados por la tortura. A pesar de su atención aparente, Kinsom y sus compañeras eran impermeables al adoctrinamiento. Al contrario, endurecidas por todo lo vivido, aquella delirante sarta de mentiras les infundía energía para resistir. El Tíbet de antaño no era un modelo de democracia, hasta el Dalai Lama estaba de acuerdo en ese punto, pero ¿cómo podían esos preceptores chinos reprochárselo, ellos, que servían a un Estado torturador?

Así fueron desgranándose las semanas y los meses, mientras el tiempo de las condenas se iba consumiendo como un lento tizón. Una a una, Kinsom vio marcharse a sus amigas. La primera en salir fue Dawa, la joven mutilada. Tenía esperanzas de reintegrarse en su convento, a pesar de su historial. Para ella, era la única posibilidad de sobrevivir porque no tenía dinero, ni siquiera para regresar al hogar de sus padres, situado en los confines del Tíbet. «Os esperaré y nos iremos juntas a ver a Su Santidad», les dijo al abandonar la celda. Como las demás, Dawa también había alimentado el sueño de la huida. A él se aferraba el día de su liberación, mientras, encorvada como un ave, la piel cenicienta, demacrada, cojeaba hacia la puerta. A sus veinticinco años, parecía una vieja que soportara sobre sus espaldas todas las desgracias del mundo. Y sin embargo, era optimista. Un optimismo que rayaba en lo irracional.

Después le llegó el turno a la joven Yandol, con quien Kinsom llevaba casi dos años compartiendo miserias y esperanzas. Al despedirse de la que ya consideraba su hermana, Kinsom no pudo reprimir su profunda tristeza y se le saltaron las lágrimas. Llorando la había conocido y llorando se despedía. ¡Cuánto camino recorrido entre aquellos dos momentos! Apretó entre sus manos la carita redonda de su amiga y la abrazó con todas sus fuerzas. «Nos veremos pronto», le dijo Yandol. Al cerrarse la puerta, Kinsom sintió un vacío enorme. Durante las noches y los días siguientes le parecía que Yandol todavía estaba en la celda; la sentía como un mutilado siente un miembro después de haberle sido amputado. Con los ojos entornados, un susurro en los labios, se refugiaba en la meditación para no dejarse arrastrar por la melancolía. Allí, en el fondo de su ser, una energía oculta, la misma que le había permitido sobrevivir al encarcelamiento, le proporcionaba fuerza y claridad. Pronto le tocaría a ella ser liberada.

Cuando ya parecía que lo peor había pasado, todas las presas de la celda de Kinsom fueron conducidas un día hacia el hospital. Era un barracón destartado, sucio, con un equipamiento escaso y anticuado. Unas treinta reclusas fueron encerradas en una habitación provista de varias sillas y estufas de carbón. Con sus mejores modales los guardias les ofrecieron tazones llenos de una bebida muy dulce. Kinsom no entendía por qué, de pronto, las trataban tan bien. No tardaría en averiguarlo. Entre el calor de las estufas y la bebida empezó a sudar copiosamente y su cara enrojeció. A las demás les ocurrió lo mismo. Al cabo de una hora entró un grupo de médicos chinos. Tomaron asiento, abrieron sus maletines y sacaron grandes jeringuillas que clavaron en las manos de las reclusas, y a continuación les extrajeron sangre. Llenaron botellas enteras. Ellas supieron entonces que les habían ofrecido aquella bebida para incrementar el flujo sanguíneo. Dado su estado físico, algunas, con el cuerpo hinchado, se desmayaron. Kinsom casi perdió el conocimiento al

regresar a la celda. Estuvo todo un día sin poder moverse, tumbada en su camastro. Cuando se levantó, las piernas le flaqueaban. Las otras presas le dijeron que su rostro parecía translúcido por la palidez.

Fue como un macabro regalo de despedida. Poco tiempo después, le anunciaron que saldría antes de fin de junio, pues se había reducido la condena tres meses. O bien sus carceleros pensaban que ya estaba reeducada, o bien había que desalojar las celdas para ingresar a nuevos detenidos. La verdadera razón era que Guisa iba a ser visitada por una delegación de observadores extranjeros; los chinos querían librarse de las que pudieran hablar demasiado o de las que mostraban signos externos de torturas. Kinsom no era más que una sombra de sí misma. El reeducador quiso darle una última lección: «Hacemos un gesto de buena voluntad al soltarte antes del término de tu condena. Pensamos que has cambiado, que no tienes la misma mentalidad». Luego añadió en tono entre dulzón y paternalista: «Todos somos seres humanos... los chinos y los tibetanos deberíamos ser capaces de vivir juntos».

Kinsom ardía en deseos de contestarle, pero consiguió calmarse y calló. La libertad bien valía un silencio.

La soltaron el 22 de junio de 1993. En el momento de rellenar los formularios de su excarcelación, le hicieron las cuentas: debía pagar una cantidad de dos yuanes al día en concepto de gastos de manutención, lo que sumaba 1.980 yuanes. Al alegar que no disponía de esa suma, le respondieron que se la pidiese a algún conocido. La amenazaron con retenerla hasta el pago de la cantidad requerida. Kinsom recordó entonces haber firmado, el día de su ingreso, un recibo de 600 yuanes, la cantidad que llevaba consigo el día de su detención. «Quédense con ese dinero», les dijo, prometiendo pagar el resto con lo que consiguiese mendigando en las calles de Lhasa. Al final, la autorizaron a irse, no sin advertirle que no debía hablar con nadie de los temas siguientes: la comida en la cárcel, la extracción forzosa de sangre, las palizas y las torturas. «Si vuelves a participar en otra manifestación —le avisaron al darle sus efectos personales—, te mataremos». Eso fue lo último que escuchó antes de oír el chirrido de una de las puertas metálicas al abrirse.

¡Libre al fin! Kinsom respiró a pleno pulmón el aire seco de la primavera. Se encontraba frente a la entrada de Gutsa con un miserable petate y sin un solo yuan. Pero se sentía feliz, como si volviese a nacer después del largo suplicio. Prácticamente todos los tibetanos que habían tenido la suerte de salir vivos de la cárcel arrastraban algún tipo de lesión física permanente: bien problemas de visión a causa de los golpes recibidos en la cara, una sordera parcial, una cojera, o un estado de debilidad crónica que nunca más les abandonaría. Kinsom sufría de incontinencia urinaria y, debido a la extracción forzosa de sangre, se encontraba sin fuerzas. Pero salía victoriosa. Los chinos no habían conseguido hacer de ella otra mujer. Había

sobrevivido al frío, a los golpes, a las sesiones de reeducación, al robo de su propia sangre. El resultado es que se sentía más tibetana y más budista que nunca.

¿Adónde dirigirse?... Hacia la India, claro, a cumplir el sueño de todos aquellos meses. El problema era que estaba demasiado agotada para emprender viaje alguno, ni siquiera para ir a la aldea de sus padres. Debía tomárselo con calma, saborear la nueva libertad, acostumbrarse a ella como quien recobra un placer olvidado hace tiempo. Decidió volver al convento de donde había salido hacía tres años para hacer unas compras. Aunque sabía que era muy improbable que la readmitieran, lo intentaría. Vestiría de nuevo el hábito, se afeitaría el cráneo y volvería a ser la de antes.

Después de que un camión la dejase en medio del bullicio de Lhasa, tuvo la impresión de estar en una ciudad desconocida. El centro había cambiado mucho. Tres mil casas de una sola planta habían sido arrasadas en el año 1990. El barrio tradicional que rodeaba el templo del Jokhang había cedido terreno frente a los embates de edificios de hormigón y acero y centros comerciales. El ruido atronador de las excavadoras y de las perforadoras se mezclaba con el del tráfico, caótico, en el que destacaba el color rojo de los nuevos taxis. Monumentos milenarios y lugares sagrados seguían cayendo, víctimas de los «planes de desarrollo urbano». Las callecitas que habían sido refugio de los manifestantes de 1989 estaban siendo reconvertidas en anchas arterias, para facilitar la rápida intervención de los policías antidisturbios. Bajo una aparente modernidad, Lhasa se volvía gris, triste, vulgar. Se vaciaba de su esencia. Continuaba habiendo turistas trotando detrás de algún guía chino, pero eso no suponía que hubiese una auténtica apertura al exterior. Visitaban lo que los chinos querían que visitasen y muchos salían con la idea de que, en efecto, el sistema político permitía la libertad de culto, y que los tibetanos eran una minoría exótica, unos simpáticos iluminados. ¡Si pudiesen visitar Gutsa!, pensó Kinsom al cruzarse con un grupo.

La joven religiosa tuvo la medida de su debilidad cuándo tuvo que ascender a pie los últimos kilómetros que la separaban del convento. Sentía las piernas como de algodón y se quedaba sin resuello nada más dar cuatro pasos. Ella, que antaño había sido capaz de llevar a sus espaldas bolsas cargadas de piedras, ahora no podía con su alma. Pero le sostenía la ilusión de volver a lo que consideraba su casa, con sus hermanas.

Hacía un alto cada poco tiempo. Sentada en una roca, contemplaba a lo lejos cómo los últimos rayos de sol producían destellos naranjas en los picos de las montañas, que parecían descansar sobre un lecho de mullidas nubes. Más cerca, las aguas de un riachuelo fluían como mercurio. Los albaricoqueros estaban en flor, olía a hierbas aromáticas y el canto de los pájaros ponía música al espectáculo de la primavera. Ebria de tanto espacio y tanta belleza, Kinsom prosiguió su ascenso a paso lento, dosificando sus fuerzas, empapándose de todo lo que vivía a su alrededor. Poco a poco la sombra de las montañas, como un manto oscuro, se fue extendiendo sobre el valle. Kinsom apresuró el paso, antes de que el frío se hiciese lacerante.

Al divisar las pizarras de plata del techo del convento se le iluminó el rostro. Allí seguía su morada, el fruto de su trabajo, el centro de su mundo. En aquel momento, no sentía fatiga alguna; al contrario, rodeada de trinos de pájaros y del dulce aroma de los enebros, le parecía estar descansando en el centro mismo del universo. Tuvo la sensación de formar parte de todo lo que la rodeaba, de que se había fundido con la vida primordial de la creación. Sí, era posible salir del campo de batalla que era la existencia humana, vencer el miedo a la muerte, el miedo al sufrimiento. Tuvo la certeza de ello en aquel instante de felicidad, eterno y fugaz, en el que su cuerpo, su mente y la naturaleza formaban un todo. El latido que oía no era el de su corazón fatigado, sino el del corazón del mundo. ¿No es la religión la aprehensión del infinito en cada momento? Aquella experiencia pura que hubiera querido suspender en el tiempo le produjo una exaltación que nunca había sentido antes. Como si la larga noche de Gutsa no hubiera existido. Como si todos los horrores, los llantos y el sufrimiento de su país fuesen un mal recuerdo, lejano y borroso. Como si el camino al paraíso fuese ya el paraíso.

Cuando Kinsom llegó al convento, era de noche. Golpeó la puerta. Le contestó el grito de un murciélago. Insistió hasta que oyó unos pasos acompañados de una respiración jadeante. Abrió una novicia, que pareció asustarse por el aspecto de aquella desconocida de rostro demacrado, harapos de mendiga y pelo desgredado. Kinsom se identificó. Pero la novicia seguía muy nerviosa.

—No puedes quedarte aquí —le dijo—. Es muy peligroso, estamos vigiladas constantemente...

Ambas sabían que los chinos, para evitar el «contagio», mantenían a aquellos que tenían antecedentes penales a distancia de las comunidades religiosas.

—No tengo dónde ir —acabó diciendo Kinsom con un soplo de voz.

La novicia se quedó mirándola en el quicio de la puerta.

—Está bien, pasa.

El convento era una sombra de lo que había llegado a ser; un edificio sin vida donde los pasos resonaban con un eco inquietante. No solo su construcción se había interrumpido, sino que parte de la techumbre se había venido abajo. Las monjas vivían apiñadas en tres habitaciones. Kinsom supo que, a raíz de las celebraciones del premio Nobel de la paz, la situación de los monasterios y los conventos se había agravado. Un grupo de diez funcionarios chinos se instaló allí durante cinco meses. Tomaban todas las decisiones, y les hicieron la vida tan imposible que muchas optaron por volver a sus aldeas. Otras habían sido expulsadas. Ahora los chinos aparecían en cualquier momento y lo inspeccionaban todo, controlaban hasta el menor de sus actos. De las doscientas religiosas de antaño, apenas quedaban veinte.

Kinsom preguntó por Ani Choki, su maestra. No la habían vuelto a ver desde el día de su detención, le dijeron, pero sabían que había sido internada en un campo de trabajo, cercano a Lhasa, y que, al salir, se había quedado en la ciudad y ahora vivía de manera clandestina. No había regresado al convento, ni una visita. Kinsom comprendió entonces lo imprudente que era haber vuelto allí. Su maestra, al abstenerse de hacerlo, había evitado comprometer a las que quedaban. Se había comportado sabiamente. Kinsom, por el contrario, lo había hecho de manera egoísta. Su apego por los recuerdos había podido más que la consideración hacia las demás. Ahora se arrepentía de su decisión.

Kinsom permaneció en el convento unos días, el tiempo justo para recobrar fuerzas. A pesar de que cada ruido del exterior le hacía temer que llegasen los chinos, fueron unos días muy dulces. La ex reclusa se encontraba como en casa aunque pronto tuviera que abandonarla, y esta vez para siempre. Tomó la decisión de no afeitarse el cráneo ni ponerse el hábito. Estaba claro que no podría permanecer en el Tíbet; su única salida era huir a la India. Y para conseguirlo, tenía que pasar inadvertida: vestida de chico, como ahora. También decidió volver a casa de sus padres antes del gran viaje. Para reponerse, pero también porque ardía en deseos de volver a verlos. De no ser por sus visitas, por los paquetes de comida, por su presencia constante, quizá no hubiera sobrevivido a Gutsa.

A diferencia de Lhasa, la aldea no había cambiado. Las mismas casas de piedra salpicaban la ladera, rodeadas de pastos y de bosques de cedros. También había algunas tiendas de campaña ocupadas por familiares de paso o por aquellos que no

tenían dinero para construirse una casa. Los banderines de oraciones flameaban al viento. Al principio, sus hermanos no reconocieron la enjuta silueta de Kinsom. Fue necesario que su madre gritase de júbilo para que todos, parientes y vecinos, acudiesen a recibir a la hija pródiga. A la que había osado gritar en nombre de todos. Nunca el hogar de aquellos campesinos medio nómadas conoció un desbordamiento de alegría y de solidaridad semejante. La hija había vuelto. Un poco maltrecha, cubierta de cicatrices, pero viva. Kinsom los abrazó a todos. Luego se acercó al altar, que no había cambiado, y encendió una lamparita de manteca de dri, la hembra del yak, que colocó junto a una figura de Buda.

A primera vista, parecía que la vida de la aldea seguía la misma cadencia de siempre, pero al cabo de unos días Kinsom notó que el ambiente era distinto. Los campesinos y pastores estaban crispados por la obligación que tenían de entregar parte de sus bienes a las autoridades chinas. Había que alimentar al número cada vez mayor de funcionarios encargados de vigilar a los nómadas. Las autoridades locales habían establecido un programa de caza intensiva, que consistía en repartir escopetas para que cada familia entregase a la administración una docena de animales salvajes al año, ya fuesen ciervos, gamos, antílopes o yaks. Las familias incapaces de cumplir la cuota debían pagar una multa de doscientos yuanes por cada animal que faltase. Asimismo, por cada animal doméstico debía satisfacerse un impuesto. El conjunto de estas cargas desangraba a los tibetanos. Para sobrevivir, los nómadas más pobres debían mendigar *tsampa* a los vecinos. Y se vivía en un clima de desconfianza: los chinos, en su afán de mantener a la población en el recto camino, se enteraban de todo.

Kinsom supo del arresto de otra de sus amigas de infancia, que también había ingresado en un convento. Los padres de la chica fueron a visitarla. Querían saber las posibles condiciones de Adda en el campo de trabajo de Chizom, donde estaba su hija, querían saber qué Adveres le podrían ser más necesarios, ya que tenían pensado viajar allí en cuanto les autorizasen a visitarla. Kinsom no les contó nada de las palizas, las violaciones, las torturas. Al contrario, los tranquilizó. ¿No estaba ella sana y salva? «... Pues Chizom es mucho menos duro que Gutsa», añadió mientras les ofrecía Aína taza de té hirviendo. Los padres se fueron con el corazón reconfortado. Kinsom, en cambio, se quedó vacía por dentro. ¿Quién sabía lo que le estarían haciendo a la hija de aquella pobre gente? La visita de aquella familia de pastores le hizo descubrir la profundidad de sus propias heridas. Le extrañó que los recuerdos, al aflorar, le causasen tanto dolor. Un dolor casi físico. ¿Era realmente la misma de antes, se preguntó, o estaba irremediabilmente marcada? Aquella visita le sirvió para darse cuenta de lo difícil que le era hablar de Gutsa, excepto con sus compañeras de celda o con las que hubieran pasado por lo mismo. Esos recuerdos no se comparten.

Forman parte del *karma* de cada cuál; más vale que permanezcan anclados en lo más profundo de la memoria.

Kinsom pasó el verano de 1993 con los suyos, reviviendo los placeres de su adolescencia, las veladas alrededor del fuego, las comidas en el campo, los largos días con los animales... El hecho de no poder reincorporarse a la vida monástica, el control cada vez mayor de los chinos sobre los nómadas, el encarcelamiento de la hija de los pastores, todo la empujaba a huir del Tíbet. Allí, en Dharamsala, podría seguir aprendiendo, estudiar textos antiguos, ayudar a los refugiados. Se sentiría útil, libre para ofrecer su testimonio, contar los cruentos pormenores de la ocupación de su país. El momento de tomar la decisión se acercaba inexorablemente. Pronto caería la barrera del invierno. O se marchaba entonces, o tendría que esperar hasta la próxima primavera.

Le hubiera gustado localizar a Yandol, su compañera de Gutsa, pero no sabía ni por dónde empezar. Lo fundamental era bajar a la capital y trabar relación con algún guía, algún montañero dispuesto a llevar fugitivos hasta el Nepal. Una amiga, confidente de su proyecto, le comentó lo difícil que era dar con una persona honrada. Había oído hablar de un convento en Lhasa donde ponían a candidatos al exilio en contacto con guías de confianza. El problema era conseguir el dinero, unos dos mil yuanes, equivalentes a varios meses de sueldo de un funcionario. Kinsom no tenía otra solución que pedirselo a sus allegados. Tarea harto delicada, porque no quería hacer partícipes a sus padres de sus planes de fuga. Sabía que si algo se torcía, su familia acabaría sufriendo represalias. Además, estaba segura de que su padre se opondría a su decisión. Esta vez se jugaba el todo por el todo. El periplo que estaba a punto de emprender no tenía retomo. Sería la gran aventura de su vida. Pero debía organizarlo en secreto.

Kinsom no tuvo que explicar la necesidad y la razón del viaje a sus innumerables parientes. Todos la sabían socialmente estigmatizada, sin posibilidad de llevar una vida normal. Por eso, en cuanto corrió la voz, le llegaron pequeñas sumas de dinero. De sus tíos, de parientes lejanos, de padres de amigas encarceladas... La solidaridad en las montañas más altas del mundo era tan natural como el instinto de supervivencia. Kinsom sospechó que su madre participaba de manera indirecta en la colecta. Pero ni ella le preguntó nada, ni la buena campesina dio indicios de estar al corriente de sus planes. El padre nunca se enteró. Todos los que ayudaban secretamente a Kinsom sabían que era mejor así.

Una mañana de octubre, Kinsom anunció a sus padres que se iba a Lhasa y que no tardaría en volver. Apenas podía hablar de emoción. Aquella misma noche le asaltaron toda clase de dudas: «¿Y si me detienen?». Sabía que al ser reincidente los chinos se ensañarían con su familia. «¿Tengo derecho a ponerlos en peligro? —se

preguntaba—. ¿Es mi decisión conforme a los preceptos del *dharmā*?» Luego, al imaginar que cedía a la tentación de permanecer en el hogar de sus padres, se enfrentaba al mismo callejón sin salida. «¿Quedarme aquí, de pastora? ¿Dejar que la vida pase sin hacer nada para ayudar a los demás, para mejorar mi *karmā*?» Eso sí que carecía de sentido. Tenía que dar el salto, arriesgarse. La experiencia vivida la ayudaría a salir victoriosa del desafío. Quería marchar sin apenas despedirse, para evitar las lágrimas del adiós. Sin embargo, su madre insistió en acompañarla hasta el camino, fiel a su costumbre. No se dijeron nada, pero en la luminosa mirada de la mujer su hija creyó adivinar una mezcla de inquietud y de confianza. De angustia y de esperanza. Se abrazaron en silencio. Solo se oían los chasquidos de los banderines de rezo flameando al viento.

Una vez en Lhasa, Kinsom se dirigió a un convento cercano al templo de Jokhang, una isla de tranquilidad en medio del caos del centro. Su amiga le había asegurado que allí le proporcionarían un guía fiable, alguien que no la abandonaría ante la mínima señal de peligro. Una novicia le abrió la puerta y la llevó por un dédalo de estrechos corredores hasta una celda, sin más decoración que una colchoneta tirada en el suelo y una mesita con ofrendas y textos sagrados. Pronto llegó la encargada de organizar las fugas. Era mayor, ligeramente encorvada, enjuta, la cara tan arrugada que parecía tener más de cien años. Tenía labios finos, como de asceta, y todo en ella rezumaba austeridad. Vestía de paisana y tenía el pelo largo y recio. La penetrante mirada de sus ojillos negros y brillantes era inconfundible. Una mirada que Kinsom habría reconocido entre mil. Estaba frente a su maestra, frente a Ani Choki, la santa rebelde.

«Parecía tener buena salud —contaría Kinsom—, aunque yo la vi más delgada. Su cuerpo era como un junco después de una tormenta». La venerable Ani Choki era la misma de antes solo que más frágil, más pequeña si cabe. Únicamente la viveza de su mirada dejaba traslucir la intensidad de su fe, la fuerza de su carácter. Siempre parca, no se prodigó en demostraciones afectivas. Se limitó a apretar un instante las manos de Kinsom contra su pecho. Luego quemó unas barritas de incienso, placer refinado de las horas de meditación. El suave perfume llenó la minúscula habitación. Kinsom tuvo la ilusión de haber vuelto a los tiempos felices de la reconstrucción del convento. Se lanzó a hablar de Gutsa. Le atormentaba la idea de haber sido obligada a romper sus votos... ¡Y de qué manera! Por mucho que razonase, en su fuero interno estaba convencida de haber perdido la pureza. No conseguía quitarse esa idea de la mente. «Un acto es impuro únicamente si la intención es impura. Tú no podías hacer nada —le dijo Ani—. No pienses más en ello y sigue adelante... Lo importante es la felicidad, no el dolor». No había más tiempo para seguir hablando del pasado. Ani Choki estaba organizando una huida para dentro de cuatro días. Sería la última de la temporada, el invierno estaba al caer. Otras religiosas, que también habían pasado por

las cárceles de Lhasa, formarían parte de la expedición. Pero no era seguro. En realidad, nada era seguro en ese tipo de viajes.

Como disponía de unos días libres, Ani Choki le pidió que fuera lo más discreta posible en sus movimientos, que no comentase con nadie la fuga, que sobre todo no intentase localizar a sus compañeras de Gutsa. «Pueden estar vigiladas», le dijo. A continuación le pidió que visitara a una joven encarcelada en Drapchi, la prisión de las largas condenas. Había sido detenida a raíz de una manifestación pacífica y su comportamiento, a ojos de los tibetanos, era ejemplar. Su nombre era Sandrol y tenía veintiún años. Ella y trece reclusas más habían conseguido hacerse con un magnetófono donde habían grabado canciones patrióticas y mensajes dirigidos a sus padres. Cuando los chinos se dieron cuenta de ello, ya era demasiado tarde. La cinta, sacada de Drapchi gracias a misteriosos cómplices, circulaba por la ciudad. Cada una de las catorce religiosas daba su nombre y dedicaba una canción a los suyos. Eran voces vibrantes de esperanza que parecían emerger del fondo de un abismo. Una de ellas decía: «Todos vosotros, en el exterior, os agradecemos profundamente cuanto hacéis para ayudarnos. Nunca lo olvidaremos. Os ofrecemos esta canción...»

Kinsom la escuchó con el corazón en un puño. Aquellas canciones contaban también su propia historia:

Da igual que nos peguen.

No separarán nuestros brazos.

La hora llegará cuando el sol aparezca...

Ani Choki había hecho llegar esa cinta a la India, y desde allí fue difundida por toda Europa. Las catorce religiosas habían pagado cara su iniciativa.

Las autoridades triplicaron sus condenas. La movilización internacional no sirvió para nada. El caso de las «cantantes de Drapchi», como se las conoce popularmente, se ha convertido en otro símbolo más del drama tibetano.

Kinsom tuvo que vencer su miedo a penetrar otra vez en el recinto de una prisión. No por ser irracional dejaba de ser bien real. Bastaba con que oyera el chirrido metálico de una puerta para que los peores recuerdos la asaltasen de nuevo. Pero supo controlarse. Las horas de meditación no habían pasado en balde. En la sala de visitas, los guardias eran tan numerosos que en seguida supo que no podría intercambiar mucha información. Sandrol llegó, esposada y con grilletes, esquelética. Sonreía como una niña. No había rastro de odio en sus palabras, solo la feroz determinación de resistir. La prisionera tuvo el tiempo justo de decirle que acababa de pasar cuatro meses en una celda de aislamiento. Había tenido un altercado con un guardia, y había sido suficientemente valiente, o suficientemente loca, para gritar: «¡Libertad para el Tíbet!» Acababa de enterarse de que su condena había pasado de nueve a dieciocho

años. «Cuando salga, será el año 2010», le dijo riéndose. Le rogó que hiciese llegar a su familia la noticia del alargamiento de su condena. La joven no pudo seguir porque el guardia que las espiaba puso fin a la entrevista.

¡Dieciocho años por gritar consignas políticas! De cumplir la condena entera, Sandrol pasaría la mitad de su vida entre rejas. Kinsom estaba asustada; nadie mejor que ella podía hacerse cargo del padecimiento de la joven. Ahora se daba cuenta de la suerte que había tenido al poder salir de Gutsa... también ella se había rebelado contra los guardias.

Al abandonar la prisión de Drapchi, se dijo que no solo cumpliría el encargo de la joven, sino que también haría todo lo posible para difundir su historia en Nepal y en la India. «Te sacaremos de aquí», le prometió al terminar la entrevista. Sandrol le contestó con un cariñoso mohín, similar al saludo tradicional de los tibetanos, que se frotan la nariz en signo de afecto.

«Te marchas el miércoles —le dijo Ani Choki—. Irá otra novicia, un niño y una familia kampa, que yo sepa. Quizá vaya más gente. Con los guías nunca se sabe».

La discreción es imprescindible en el arriesgado negocio de conducir prófugos al Nepal. Más de una vez, algún topo se ha infiltrado entre los prófugos y por eso los guías no se fían de nadie. Cuanto menos sepan aquellos que participan en la fuga, mejor para todos.

Kinsom estaba feliz. Aunque era mala época para emprender semejante viaje a través del Himalaya, dentro de un mes vería realizado su sueño. Siempre que supieran evitar las patrullas militares y no les sorprendiera una tormenta. Como hija de las montañas, sabía que lo importante era cruzar los puertos más altos antes de las primeras nieves. De lo contrario, podrían verse bloqueados. Pero tenía confianza, conocía las montañas, era consciente de sus limitaciones frente a los embates del viento, frente al frío o la falta de oxígeno.

Preparó cuidadosamente el equipaje. En una mochila metió dos pantalones, una camiseta, un jersey, calcetines de lana y un gorro. Añadió una gruesa manta y tres pares de zapatillas de deporte compradas en un centro comercial chino. Luego se hizo con los víveres: *tsampa*, carne seca, mantequilla y té. Le hubiera gustado llevarse algún recuerdo de su familia, pero solo cabía lo esencial. Ya tendría tiempo de pedirles unas fotos por correo, una vez a salvo en la India.

El primer miércoles de noviembre, Kinsom se despidió de su maestra y amiga.

—¿Nos volveremos a ver?

—Si no es en esta vida, seguro que en la próxima... —le respondió la anciana con una sonrisa. Permaneció un rato en el quicio de la puerta, viendo alejarse a su discípula por la calle. Luego volvió a meterse en el convento para seguir con su labor de ayudar a jóvenes como Kinsom a pasar al otro lado de la frontera. Cada enviado al exilio era una semilla del Tíbet que perpetuaría la cultura y la tradición. Los chinos podían destruir su país en lo físico, pero nunca su espíritu. Eso pensaba Ani Choki en aquella gélida noche de otoño.

Mochila al hombro, Kinsom caminaba inquieta hacia el lugar de la cita. Por la noche Lhasa se abandona a la diversión. En tugurios repletos de humo, jóvenes tibetanos se emborrachan con *whisky* y vino chinos, más fuertes que el chang, la cerveza tradicional. Los numerosos bares de karaoke se llenan de mujeres de la vida que desgranán cantinelas ante un público de militares. Las peleas estallan por cualquier pretexto, por una ronda de alcohol sin pagar, por una partida de billar perdida, por una chica demasiado coqueta... Lhasa tiene algo de ciudad pionera, como los poblachos del Oeste norteamericano o de la Amazonia, con calles reventadas, gentes del lugar y colonos, enfrentados, prostitutas y buscavidas,

violencia y desesperanza. La joven religiosa temió que la molestaran, a pesar de ir vestida como un chico. Le parecía que todo el mundo la espiaba, que todos sabían que estaba a punto de emprender la huida. Temía que un borracho o un guardia de servicio en la puerta de un restaurante de lujo o de un casino la señalaran con el dedo y dieran la voz de alarma. ¿No se decía que en el Tíbet hasta las sombras estaban al servicio de los chinos? Pero nadie se fijó en aquella silueta que caminaba deprisa y ensimismada, cubierta con una cazadora y tocada con una gorra de lana. Si ya resultaba difícil descubrir que era una mujer, más lo era adivinar que se trataba de una monja.

En la penumbra de una calle poco transitada, vio un camión aparcado. Era gris, sin parachoques, lo que le daba un aspecto de animal feroz. Un grupo discutía en voz baja frente a la puerta de la cabina. Había un anciano, tan demacrado que parecía carecer de peso y de sustancia. Un hombre más joven que debía de ser el guía, aunque no acertaba a ver su rostro. Parecía no tener una edad determinada. La cabeza hundida entre los hombros, las gafas de sol amarillas a pesar de la oscuridad, las manos metidas en los bolsillos de su anorak, hablaba de manera cortante, y miraba de reojo a su alrededor, como si temiese la súbita aparición de la policía.

—¿Tienes el dinero? —le preguntó el guía abruptamente.

Kinsom dudó y apretó en sus manos el fajo de billetes. El hombre no le inspiraba confianza. Y en aquellos papeles arrugados estaba el esfuerzo de sus parientes y amigos, todo su futuro, todas sus esperanzas.

—Venga, dámelo ya.

Kinsom intentaba escrutar su mirada. Tenía el rostro salpicado de granos. Debía de ser un kampa, un hijo de las montañas, de las altas mesetas, uno de esos hombres de las alturas de los que resultaba imposible saber si son héroes o forajidos. Kinsom no tuvo más remedio que confiar en él. Más le valía olvidar la pelambreira desordenada, el rostro adusto, el ademán brusco. Al fin y al cabo, los kampas nunca habían aceptado la dominación china. Habían sido los únicos en resistir. Además, no había otro guía. Con gesto rápido, Kinsom le entregó toda su fortuna. Apenéis le quedaba para sobrevivir unos días en el Nepal.

—Sube.

Kinsom tiró primero la mochila, luego trepó a la caja. Las mudas figuras que encontró allí estaban apretujadas las unas contra las otras. Estaban vestidas miserablemente, y los temerosos rostros cobrizos movían a conmiseración. Kinsom, saltando por encima de la gente, se sentó al fondo. Nada más colocar la mochila sobre sus piernas, levantó el rostro. Enfrente estaba sentado un muchacho. Sus facciones le resultaron familiares.

—¿Kinsom? —susurró el muchacho.

La mujer no daba crédito a lo que sus ojos atisbaban en la oscuridad: no era el rostro de un muchacho, era la cara de Yandol, su compañera de celda, que también

iba vestida de hombre, enfundada en una chaqueta de piel de antílope que le había dado su madre para el viaje. Su sonrisa era inconfundible. Los ojos almendrados, al reírse, le marcaban unas arrugas características en las comisuras de los párpados. Estupefactas, se tomaron las manos apretándolas con fuerza y se echaron a reír. Una risa ahogada, para no llamar la atención. Una risa que era como una celebración de la magia de la vida. Los demás las miraron con desconfianza; no era precisamente un ambiente propicio a tales efusiones, parecían pensar. ¿Pero cómo podrían adivinar lo que las unía y les provocaba aquella risa incontrolada? ¿Cómo podrían conocer el insondable abismo de dolor de dónde habían salido? Eran amigas pero se sentían hermanas. ¿No son los vínculos del sufrimiento aún más fuertes que los de la sangre? Los peligros del viaje, el inquietante rostro del guía, las patrullas chinas, las tormentas de nieve... todo eso era bien poca cosa comparado con la alegría del reencuentro. Al reunir las sin decirles nada, Ani Choki les había ofrecido a ambas el más inesperado y entrañable regalo. El viaje ya no sería una aventura árida y solitaria; ahora se presentaba como una prueba compartida de resistencia y determinación, una etapa más en el camino hacia la liberación. En un segundo, todo había cambiado.

—¿Y Dawa? —preguntó Kinsom. La monja atrocemente mutilada en el pecho no había sido autorizada a volver a su convento. Después de errar pidiendo limosna, encontró trabajo de niñera en una acomodada familia de Lhasa. De Gutsa había heredado una mala salud crónica que se traducía en una persistente anemia. A pesar de su ardiente deseo de acompañarlas, tuvo que renunciar a *cruzar* el Himalaya.

El motor empezó a ronronear. La hora de la partida había llegado. El guía ayudó a subir al último pasajero: un niño de unos diez años, los mofletes encarnados, moqueando, vestido con una chaqueta a la que le faltaban casi todos los botones. Lloraba porque no quería separarse de su padre, cuya silueta desapareció por una callejuela. El hombre había entregado una fortuna al guía para que su hijo pudiera refugiarse en la India y estudiar en Dharamsala.

—Si nos paran, vamos de peregrinación —dijo el guía—. Sobre todo no digáis que me conocéis. Y esconded bien al niño, que puede dar lugar a sospechas.

Oyeron un portazo, y luego un rugido al meter la primera. Al avanzar, el viento se iba haciendo glacial. Los pasajeros se juntaron aún más para calentarse. El camión pasó delante del Norbulingka, el antiguo palacio de verano del Dalai Lama, antes de enfilarse en la «carretera de la amistad», que une Lhasa con Katmandú. Solo está asfaltada en sus primeros kilómetros, en los bordes se ven de cuando en cuando mojones con unas cifras que parecen indicar la altura sobre el nivel del mar, pero que en realidad indican la distancia desde Pekín.

Yandol miró al niño con inquietud preguntándose cómo podría resistir los rigores del viaje con aquella indumentaria. No iba preparado para la odisea que le esperaba.

Llevaba una americana sobre un grueso jersey y unas zapatillas deportivas, medio gastadas. A la joven religiosa le daba pena aquel niño porque adivinaba las razones que habrían empujado a sus padres a meterlo en el camión. De todos los dramas del país de las nieves, el éxodo de los niños es el más desgarrador. Cientos de familias deciden, cada año, enviar a sus hijos al extranjero para que reciban una educación en tibetano y no en chino. La separación es a veces definitiva y los jóvenes refugiados, huérfanos de hecho, acaban a cargo de la comunidad en el exilio. La huida de los niños ha tomado tal amplitud en los años noventa que las autoridades han dispuesto que los menores huidos a la India no puedan obtener un empleo si deciden regresar al acabar sus estudios. Los chinos no quieren una elite capaz de hacerles frente. Los padres del niño habían tomado, sin duda, la decisión más terrible de su vida confiándolo a un extraño para llevarlo a Nepal. Pero el porvenir del pequeño y, aún más, el del Tíbet, estaba en juego. Yandol conocía la educación «a la china» y entendía que unos padres hiciesen todo lo posible para proteger a sus hijos del adoctrinamiento de los colegios. Los chinos quieren alumnos a medida, camisa blanca y pañuelo rojo alrededor del cuello, como en Pekín o en Shanghai. A sabiendas de que liquidar el idioma es el primer paso para acabar con la cultura, en las escuelas solo se enseña tibetano hora y media a la semana. El idioma principal es el mandarín. La historia tibetana es obviada o deformada. Incapaces de entender la lengua de sus antepasados, los niños acaban ignorando sus raíces, sin memoria. Para evitar eso, los padres de aquella criatura habían decidido, como tantos otros, enviarlo a la India.

El camión cruzó el cauce del Tsang Po, río que en las tierras bajas de la India se convierte en el caudaloso Brahmaputra. Los pasajeros casi no hablaban. Las historias, las bromas, los cuentos y las risas de un pueblo lleno de vida y de buen humor habían enmudecido. De vez en cuando algún viajero suspiraba o rezaba. Pero hasta esas voces se apagaron. Hablarse no servía ya de protección. Solo el calor de los cuerpos podía hacerlo. Cada viajero intentaba imbricar su osamenta en la del vecino. En silencio.

El anciano, encaramado sobre los demás, no sentía ni ansiedad ni tristeza. Más allá del paisaje lunar, su mirada interior parecía descubrir valles encantados, ciudades bulliciosas, estepas inmensas. Era el Tíbet. Conocía todos sus caminos y senderos. Siempre que quisiera podría recobrar esas imágenes de su memoria. Vivir, para él, era recordar.

Kinsom iba imaginando la noche en las aldeas que el vehículo atravesaba: el vaho que los animales exhalan mientras duermen; las toses de los niños; los quejidos de los ancianos; el ladrido de algún perro en la distancia; el olor a humo, a paja y a mantequilla rancia; la llama vacilante de la lamparita iluminando los altares

escondidos; la luna trepando hasta el corazón del cielo. Pensó en su familia, en su padre. ¿Habría entendido su decisión? Él, que tanto deseaba que su hija permaneciese en la aldea, llevando una vida simple pero tranquila, ¿qué pensaría si la viese junto a esos cuerpos helados, en un camión rodando de noche? Separarse de los padres es ley de vida; al fin y al cabo, cada cuál tiene su *karma*. Pero aun así, cada kilómetro recorrido es un desgarró. ¿Volvería a verlos? ¿Volvería a pasearse por las calles de Lhasa? ¿Volvería al Tíbet?

Por un momento le pasó por la mente la idea de que la huida era un acto de cobardía, de que dejaba a sus compatriotas solos frente al invasor. Pero era tarde para plantearse dudas: un control policial obligó al camión a detenerse. Los pasajeros aguantaron la respiración mientras oían al guía explicar que se dirigían al monte Kailash, el lugar sagrado del hinduismo y del budismo. El haz de los faros iluminó al guía mostrando a los soldados un papel arrugado: la autorización para la peregrinación. Había pagado caro la obtención de aquel visado interior. Para asegurarse el éxito del viaje, había tenido que sobornar a un alto funcionario y ofrecerle cantidades ingentes de cerveza, todo lo cual repercutió en el coste que habían tenido que pagar los pasajeros.

El camión prosiguió su ruta. Yandol se quedó dormida sobre los hombros de su amiga. Kinsom distinguió las siluetas de tres hombres sentados en la cabina. Aparte del guía, los otros dos, visibles a través del cristal, debían de ser fugitivos para los que no había sitio en la caja. En los puertos de montaña, el vehículo se convertía de monstruo rugiente en cacharro quejumbroso que a duras penas podía ascender por la pista serpenteante. La carrocería crujía, la transmisión rechinaba, el tubo de escape dejaba escapar un rosario de detonaciones. La carretera a veces se hacía tan estrecha que las ruedas giraban en el vacío. Una torpeza, una distracción del conductor, un fallo del motor o de los frenos podían mandarlos a todos al abismo.

De madrugada, cuando los trémulos rayos del sol despuntaron allende los picos montañosos, el camión estaba ya cerca de Shigatse, segunda ciudad del país, dominada por el grandioso monasterio de Tashilumpo, sede histórica del Panchen Lama, segunda autoridad espiritual del Tíbet. Saqueado por las huestes del Ejército Rojo, era un símbolo más de la tragedia del Tíbet. El guía les anunció que era mejor esperar en el campo que en la ciudad, cuyos albergues, tiendas y restaurantes estaban llenos de informadores. Siguieron camino hasta detenerse detrás de una hilera de sauces entre dos campos de cebada.

Los pasajeros se apearon y se observaron por primera vez a la luz del día. Una luz absoluta, intensa, pura. Los tibetanos dicen que la luz es el Ojo de Buda, capaz de penetrar a través de las máscaras y revelar la verdadera naturaleza de las cosas. El guía aún tenía más aspecto de rufián. Los demás parecían sorprendidos de

encontrarse allí, tan dispares y, sin embargo, con una meta común, todos dispuestos a vivir una aventura extraordinaria. Eran un puñado de personas, muy ligeras de equipaje, de edades diversas. Las mujeres se pusieron a preparar el té mientras el niño correteaba alrededor del camión, antes de caer exhausto. Kinsom infundía seguridad en los demás, quizá por su aspecto de robusta montañera. Yandol era de apariencia mucho más frágil, aunque valiente y de carácter fuerte. El hecho de que supiera leer y escribir chino y tibetano causaba la admiración de los demás. El anciano se mantenía siempre un poco apartado del grupo. Parecía un sabio de los tiempos antiguos, capaz de redimirlo todo con la pureza misma de su voz. Se pasaba el tiempo canturreando, y su aire, que iba y venía con el viento, subyugaba a los demás.

Nada más caer la noche, el camión arrancó de nuevo. Los pasajeros no habían conseguido descansar. Estaban demasiado impacientes, demasiado nerviosos ante la magnitud del periplo que les esperaba. El guía había decidido llegar hasta los alrededores de Tingri, última población antes de la frontera, y desde allí seguir a pie. Aquella etapa nocturna resultaba muy pesada. Durante la ascensión a un puerto de 5.200 metros, el camión iba tan despacio que una persona a pie le hubiera adelantado. El frío era lacerante. Los pasajeros apelotonados en la caja temieron en varias ocasiones caer al vacío, sobre todo cuando otro vehículo les salía al paso y el camión se veía obligado a bordear el precipicio. Como la víspera frente al monasterio de Tashilumpo, el guía creyó más prudente pasar la noche en el campo que en la ciudad, donde soldados, comerciantes y camioneros solían pararse a repostar y a comer. Ya no estaban dentro de la ruta autorizada por el visado interior. A partir de ese momento cualquier encuentro con una patrulla china significaría el final de viaje.

Era todavía de noche cuando cruzaron la destartada ciudad de Tingri. Al amanecer, los picos montañosos se dibujaron en el horizonte como una sucesión de dientes acerados, destacando el Everest y su vecino, el Cho Oyu. Allí donde faltaba un diente se veía el azul del cielo del Nepal. Era el paso de Nangpa, a 5.716 metros de altura. La vía hacia la libertad.

El camión dio un largo rodeo para evitar un campamento militar y siguió circulando hasta detenerse en medio del campo. Un viento fresco barría la meseta y las blancas crestas parecían más imponentes que nunca. El guía hizo bajar a los pasajeros detrás de una colina e inmediatamente después anunció que iba a la ciudad a dejar el camión y que volvería al anochecer.

—¿Nos va a dejar solos? —protestó Kinsom.

—Hay que devolver el camión. Quédense tranquilos —zanjó el guía.

—Si nos devuelve nuestro dinero, nos quedaremos más tranquilos.

El guía la miró con indiferencia y no respondió. Colocó sus gafas de sol amarillas sobre su prominente nariz y se metió en la cabina del camión. Arrancó, y el vehículo desapareció por la pista dejando tras de sí una nube de humo. Los pasajeros, perplejos, procuraban disimular su inquietud. Aquello olía a estafa. Pero ¿qué podían hacer? Estaban en medio de un yermo, rodeados de rocas y de hierba, a merced de cualquier patrulla.

Improvisaron un campamento. Apoyadas en sus bolsas, las monjas cavilaban. El niño parecía compartir la angustia general. No jugaba, no reía. Estaba, como los demás, a la espera del regreso del guía o de algún otro acontecimiento que nadie quería imaginar. El anciano meditaba. Más abajo, cerca de un riachuelo, un grupo de buitres de color amarillo y marrón sobrevolaba un cadáver, espectáculo habitual en

esta región del mundo. La tierra, demasiado dura, no permite a los tibetanos enterrar a sus muertos; el cuerpo del difunto se coloca en un risco inhóspito, para ser despedazado y devorado por las bestias salvajes; los huesos que quedan se rompen y se machacan hasta reducirlos a polvo, que se ofrece después a los pájaros, para que se los coman. De esa manera todo vuelve a los elementos, y la muerte retoma a la vida. Quizá las aves de rapiña pensaban que aquellos extraños bultos en el paisaje eran difuntos, porque un águila joven, con su resplandeciente plumaje de color negro y bronce, se acercó lanzando agudos gritos, y pasó tan cerca de la cabeza de Kinsom que esta sintió el batir de las alas. Esa premonición de la muerte la sobresaltó, y el repentino estremecimiento de la joven encolerizó al ave oscura, que se alejó rápidamente.

Pasaron las horas con una lentitud exasperante. El guía no daba señales de vida. El menor movimiento sospechoso en aquel paisaje lunar conmocionaba la aparente tranquilidad del grupo. De pronto todos, excepto el anciano, saltaban para protegerse detrás de unos montículos de tierra, únicos escondites posibles. Pero siempre se trataba de algún pastor o de un pequeño rebaño de yaks. Por la tarde Kinsom había dejado de creer que el guía volvería. ¿Se habría estropeado el camión? ¿Habría sido arrestado? ¿O se trataba de una estafa pura y simple? Las religiosas veían desvanecerse todos sus sueños: la India, el Dalai Lama, los conventos libres... ¿Qué hacer? Les quedaba una ínfima cantidad de dinero, insuficiente para pagar a otro guía. En esas condiciones, solo quedaba seguir adelante, solos, o regresar como fuese a Lhasa y volver a intentarlo a la primera ocasión. Pero necesitarían meses para volver a reunir tanto dinero. Se verían en la obligación de dar explicaciones a sus padres, de justificar la huida... Y el invierno asomaba detrás de las montañas, retrasando una temporada más todo proyecto de fuga. Kinsom, todavía turbada por el vuelo agorero del águila sobre su cabeza, sugirió seguir, solos. El anciano se echó a reír, como si hubiera oído una locura. Era verdad, era una locura; sin embargo estaba segura de conseguirlo. Intentó convencer a Yandol para que la acompañara, pero esta no cedió a la tentación. «No es prudente», dijo. Se acomodaron como pudieron para pasar la noche, en medio de la desolada desnudez de aquellas piedras barridas por el eterno soplo helado de las cimas del mundo. Apenas conciliaron el sueño. Cuando el nuevo día despuntó, Kinsom anunció que se marchaba. Yandol estaba desgarrada entre las ganas de acompañar a su amiga y su instinto de supervivencia. Procuró calmar la impaciencia de Kinsom, pero esta ya había tomado la decisión.

—Me voy.

—*Tashi delek* (buena suerte) —le dijo Yandol a su amiga.

El anciano sonreía, como si no creyese nada de lo que estaba ocurriendo. Yandol se sentía frustrada por no haber podido hacerla cambiar de opinión, pero su amiga era testaruda como un yak. Kinsom se echó el petate al hombro y emprendió camino. No había recorrido cien metros cuando tiró su petate al suelo. Oteó el horizonte, recogió

su bolsa y dio media vuelta. Volvía hacia el grupo, no porque le asustasen los peligros del viaje en solitario, sino porque no se sentía con fuerza moral para abandonar a sus compañeros. Yandol la recibió con su inconfundible sonrisa que formaba hoyuelos. El anciano reía.

Pasaron la mañana mudos de temor. Cuando el sol estuvo en lo alto de la bóveda celeste, un resplandor lejano les llamó la atención. Era el camión del guía. Los fugitivos recogieron sus pertenencias a toda prisa. Pero una vez mitigada la euforia inicial, surgieron las sospechas: ¿y si no fuese el guía? ¿Y si fuese una camioneta cargada de soldados chinos que venían a detenerlos? Movidos por un súbito pánico, se dispersaron en todas las direcciones. Unos se escondieron detrás de unos matorrales, otros tras una roca o en concavidades del terreno. El anciano se mantuvo inmóvil, en pie, altivo. Aquel hombre sin músculos ni carne parecía saberlo todo. Vivía desde hacía tanto tiempo y las raíces de sus recuerdos eran tan profundas que nada parecía sorprenderlo o inquietarlo.

Así esperaron hasta que pudieron distinguir el vehículo, una camioneta atestada de gente y conducida por el guía, que llevaba sus enormes gafas de sol amarillas. No eran chinos. Eran kampas, fugitivos como ellos, ataviados con los trajes tradicionales, largas melenas al viento, en las que habían engarzado turquesas, gruesos anillos de huesos de yak, cintas de color rojo y monedas de plata antigua con un agujero en el centro. Kinsom y los demás salieron de sus escondites, ante la mirada atónita del guía que no entendía qué mosca había picado a sus clientes. La religiosa optó por callarse y no protestar por el retraso. Tanta frustrante espera, tanta angustia y tanto miedo... y todo porque el guía había aprovechado la última etapa para recoger a más gente y sacar así mayor rentabilidad a la expedición. El grupo tendría ahora más dificultades en pasar desapercibido, pensaron las religiosas. Pero como estaban obsesionadas con alcanzar lo antes posible la falda nepalí del Himalaya, prefirieron confiar en su buena suerte y en la experiencia del guía.

—¡Nos vamos! —anunció el hombre mientras la camioneta regresaba por donde había venido.

Empezó a caminar sin esperar a que los demás estuviesen listos. Aquel hijo de las montañas era tan rudo y seco que cabía preguntarse si tenía corazón o solo un bolsillo donde guardar dinero. No era ni joven ni viejo, pero parecía saber leer en las nubes. Temía los gruesos cúmulos que se amontonaban hacia el sur. Nubes de nieve. Sobre las colinas azotadas por los vientos de noviembre, caminaba erguido, indiferente a lo que pudiera ocurrirles a los miembros del grupo, maldiciendo su «asqueroso oficio». Se dirigía a los pobres fugitivos únicamente para decirles lo de siempre, que si los chinos les daban el alto, dijeran que eran peregrinos... «¡Sobre todo no digáis que me habéis contratado!», insistía. Claro que había que ser raro o un poco loco para llevar a

tamaño grupo de gente a través del Himalaya. Cada vez que echaba un vistazo hacia atrás, se le retorcían las entrañas de inquietud. «¿Serán capaces estos pobres diablos de aguantar quince días de marcha?», se preguntaba. Sabía que llevaba un cortejo demasiado dispar como para esperar avanzar rápidamente. Una fuerte ventisca y la mayoría, tal como estaban equipados, perecería. Por eso no podía permitirse sentimentalismo alguno. Por eso caminaba deprisa, como un autómatas, la cabeza gacha contra un fuerte viento de frente, a sabiendas de que le seguían con dificultad.

Enfrente, el Himalaya erguía sus murallas, horizonte de crestas y montañas. Al filo de la mañana, los fugitivos fueron perdiendo su aire alegre. Sin detenerse, intentaban embadurnarse el rostro con manteca de yak para evitar las quemaduras del sol. Siempre había alguien para frotar el rostro del niño con grasa o para ofrecerle agua. El chiquillo, provisto de unas gafas de sol demasiado grandes para su carita, había sido adoptado por el grupo. De sus menudos labios no salía ni una queja ni un lamento.

A los kampas tampoco parecía afectarles la marcha. Su reputación de feroces guerreros había constituido el terror de las caravanas de mercaderes. Siempre fueron los mejores jinetes, los mejores cazadores, los mejores combatientes. Físicamente, eran más altos y robustos que los demás tibetanos. Originarios de una región en el este del Tíbet del tamaño de España, inaccesible durante siglos a cualquier extranjero, los kampas habían conseguido repeler todos los intentos de conquista a lo largo de la historia. Ni siquiera Gengis Kan había podido con ellos. Fueron los primeros en rebelarse contra las tropas de Mao Zedong. Los chinos los llamaban «perros falderos del imperialismo». Ellos, los kampas, solo creen en lo que les repiten desde que nacen: «Somos una raza de reyes».

El guía y la mayoría de los kampas eran demasiado jóvenes para haber vivido la lucha armada contra los chinos. Pero viendo la autoridad con que mandaba su tropa, Kinsom y Yandol intuyeron que el guía era un digno heredero de los rebeldes de antaño. Además, Yandol se había enterado de que aquellos kampas eran de la misma aldea que el guía y que este se había comprometido a llevarlos gratis al otro lado de la frontera. Quizá no fuera solo un ave rapaz, motivada por mero afán de lucro. Quizá anidaba en su corazón la nobleza de su raza, pensaron las amigas.

El caso es que les inspiraba tanto respeto que no se atrevían a dirigirse a él. De todos modos, caminaba muy lejos de ellas, a un ritmo que impedía sostener una conversación. La mirada clavada a lo lejos, avanzaba siempre a buen paso, sin tropezar, como si conociese cada agujero entre aquellas rocas donde ni siquiera los árboles se atrevían a crecer. Como si de una romería se tratase, el cortejo de prófugos se desgranaba a lo largo de un centenar de metros. Aquellos fugitivos poco tenían que envidiar a los viajeros que durante siglos habían recorrido esa misma ruta, trayendo y

llevando mercancías diversas. Antaño disponían de algún animal y hasta de escolta para repeler los ataques de los bandidos. Ahora ni siquiera poseían armas para enfrentarse a los nuevos salteadores de caminos, los soldados chinos.

Los caminantes se levantaron al alba y a pesar de los kilómetros recorridos, de cruzar ríos a pie, de descender cuevas pedregosas, las montañas del Himalaya les parecían cada vez más inalcanzables. Las cimas no llegaban nunca. Después de cada montaña surgía otra, todavía más alta, todavía más imponente que la anterior. Era desesperante, sobre todo porque el ritmo impuesto por el guía resultaba agotador. Después de quince horas de marcha, acamparon cerca de un manantial o de un riachuelo. A tales alturas, era preciso beber, por lo menos, seis litros de agua al día para evitar la deshidratación. Las mujeres aprovechaban la más mínima parada para preparar té. Mezclado con harina de cebada, constituía su principal alimento.

Dormían al aire libre, acurrucados bajo las mantas. A Kinsom le recordaba la vida en la aldea, cuando tenía que tumbarse bajo las estrellas junto a su rebaño. El frío no la asustaba. Comparado con las gélidas celdas de Gutsa, el clima de aquellos parajes tenía el incomparable sabor de la libertad. Yandol lo llevaba peor. En cuanto llegaba el momento de descansar, se arropaba con todo lo que tenía disponible y se acercaba tanto al fuego que en varias ocasiones los bordes de su chaqueta de piel de antílope, regalo de su madre antes de partir, acabaron chamuscados. No había madera, pero en el camino recogieron suficientes boñigas de yak para mantener encendidas las reconfortantes llamas. Los kamps, medio desnudos, se apelotonaban ante el fuego, amasando *tsampa* y tarareando canciones. El anciano contaba historias con una voz muy dulce, dando la impresión de que en una u otra vida había estado en todos los rincones de la tierra. Su voz parecía encantar a los kamps, pese a que desconfiaban de él y mantenían las distancias, porque no sabían si se trataba de un vagabundo, un monje, un santo o un brujo. Fuera quien fuera, parecía disfrutar de lo que los tibetanos llaman «sabiduría loca». Aquel hombre respiraba libertad.

En realidad, aquel anciano iba a cumplir el sueño de muchos años, el de conocer a su nieto, monje en un monasterio de refugiados tibetanos en el sur de la India. Su hijo había huido del Tíbet hacía veinticinco años. El viejo no quería morir sin verlo de nuevo y sin conocer al descendiente que había emprendido el noble camino del *dharma*. Estaba tan orgulloso al hablar de su nieto que parecía que su sonrisa se ensanchaba y se hacía mayor que su propio rostro.

Por las mañanas, el guía no tenía problemas para despertar a todo el mundo. El frío era tan intenso que los viajeros, a pesar de las ampollas y las agujetas, se veían en la obligación de moverse sin parar, de saltar, de correr, para no quedarse helados. Esos diez minutos de guardar los enseres y levantar el campamento eran los más peligrosos de la jornada. Después, todo era cuestión de resistencia y de suerte.

Por haber efectuado varias veces aquel trayecto, el guía sabía que aquella etapa del viaje no era más que un entrenamiento antes de la prueba de las cumbres. En las alturas, el invierno del Himalaya es como una red que aprisiona a los audaces y solo deja pasar a los más fuertes. Todos sabían que los accidentes o las enfermedades serían muy graves, que el riesgo se acrecentaba con cada día transcurrido. Y no podían esperar ayuda por aquellas sendas.

Las monjas eran conscientes de ello. Habían oído historias de fugitivos a quienes les tuvieron que amputar un pie congelado; de otros, muertos de agotamiento en una noche blanca. En su interior, todos parecían hacerse la misma pregunta: ¿y el niño? ¿Sería capaz de cruzar los pasos? ¿Aguantaría durmiendo bajo las estrellas durante tanto tiempo? El muchacho a duras penas lograba mantener el ritmo del guía. Caminaba de manera resignada, con una mueca de dolor en el rostro. Aunque era muy valiente y sufrido, empezaba ya a debilitarse. Cuando el sendero se hacía demasiado abrupto, los adultos se turnaban para llevarlo a hombros o sobre las espaldas. Al poco lo dejaban en el suelo, no porque estuviesen cansados, sino porque era importante que el niño se mantuviese en movimiento. La inmovilidad de los miembros podía acarrear la congelación. En las cuestas abajo, el muchachito corría como una cabra. Si al principio había estado retraído, poco a poco empezó a abrirse a los adultos, a hablarles, a sonreír, hasta convertirse en la mascota del grupo. Hasta el guía, pese a su rudeza, se había encariñado con él. A cada parada, preguntaba cómo le iba. La respuesta nunca era muy entusiasta.

A medida que iban ascendiendo, el frío se hacía más intenso, el tiempo más inestable. De repente podían surgir vientos que hacían que la temperatura descendiera quince o veinte grados. A 4.000 metros, las nubes se espesaron tanto que apenas se veían los unos a los otros. Segundos más tarde se desencadenó una ventisca acompañada de aguanieve. Abajo, en la garganta, al retumbar de los deslizamientos de rocas seguía una honda pausa. Bruma, nieve y completo silencio. De pronto, las nubes se apartaron para dejar al descubierto las vastas cumbres del Everest. Más cerca, las alas de un grajo recogían la luz plateada del Himalaya. Al cruzar un torrente, Yandol, tratando de coger la mochila que Kinsom le arrojaba desde el otro lado, la dejó caer tontamente al agua. Sin embargo, Kinsom se echó a reír, y los demás le hicieron coro, aunque lo sucedido significaba que tendría que llevar ropa mojada y alimentarse de comida reblandecida. Ese espíritu despreocupado es un rasgo fundamental en las tibetanas; una aceptación que no implica fatalismo, sino una profunda confianza en la vida.

Siguieron caminando todo el día, hasta que el guía se detuvo, como si hubiera presentido un peligro cercano. Nadie veía nada; sin embargo, el hombre, nervioso, ordenó que rompiesen la fila, que cada uno se escondiese donde pudiera y guardaran un silencio absoluto. Todos se hicieron invisibles entre piedras y rocas. «¿Qué pasa?», susurró Yandol, asustada. Kinsom, acostumbrada a los ruidos de la montaña,

había oído un lejano ronroneo. Ver al guía tan alarmado le producía una profunda desazón. El peligro acechaba... ¿pero cuál? Podía tratarse de un alud, pensó Kinsom. Solían empezar así, como un lejano rumor, para acabar con un estruendo.

Fue Yandol quien primero vio el helicóptero. Volaba a media altura y venía del fondo del valle, hacia ellos. Llevaba una estrella roja pintada en la carlinga. «¡No os mováis!», gritó el guía. El anciano, los niños, los kampas, las monjas... todos se quedaron petrificados, reteniendo la respiración, los latidos del corazón retumbando en el pecho, el miedo en las entrañas y agazapados en el suelo. Nunca pensaron que un aparato tan pequeño pudiese hacer tanto ruido: era como si la tierra temblase. El monstruo desapareció al otro lado del valle, dejando una estela de ansiedad. Las dos amigas sabían que si las arrestaban de nuevo, les impondrían una larga condena. Los verdugos de Gutsa se complacerían en castigarlas por haber querido unirse al Dalai Lama. Estaban aterradas porque allí, lejos de todo, habían llegado a olvidarse de los males que asolaban el mundo. Aquel pájaro de mal agüero vino a recordarles su condición de fugitivas. ¿Cuánto tiempo pasaría hasta que una patrulla les diese caza?

Siguiendo la orden del guía, salieron de los escondites, colocaron las mochilas sobre sus espaldas, se limpiaron la ropa y se ajustaron los gorros.

—Hay más de veinte rutas para llegar al Nepal —dijo el guía—. Es imposible que las patrullas lo vigilen todo. Vamos a cambiar de itinerario. Nos esconderemos parte del día y viajaremos parte de la noche.

La columna se puso de nuevo en marcha a un ritmo aún más endiablado. Hubo que dejar el sendero y caminar varias horas campo a través hasta que encontraron otro camino. Una alondra, un vencejo y algunos buitres pasaron a la altura de los ojos con lúgubre batir de alas. En un paso entre montes de poca altura, encontraron un *chorten*, pequeño montón de piedras coronado de palos y trapos y una abertura para colocar ofrendas: las tiras de tela agitadas por el viento dan buena suerte a los viajeros que cruzan un paso por primera vez. Las piedras de esos santuarios tienen grabadas inscripciones sagradas y parece que están allí desde los tiempos en que las caravanas temían más a los bandoleros kampas que a los soldados chinos. Siempre que podían, las monjas se quitaban las mochilas y oraban unos minutos cerca de los banderines de rezo, quizá plantados allí por otros fugitivos deseosos de abandonar el Tíbet con el alma en paz. Esas banderas multicolores estampadas con plegarias son un signo distintivo de los países budistas del Himalaya. Están en todas partes, en las casas, en los templos, en las grutas remotas, en los pasos de montaña... La creencia dice que el viento, al hacerlas flamear, se encarga de llevar las bendiciones de los rezos a los cuatro costados del universo. Los tibetanos los llaman «caballos del viento», porque recuerdan las crines de corceles al galope.

Durante el día, los viajeros apenas se hablaban. A esa altura, el aire constituye un bien preciado. Lo que se decían debía ser necesario; si no, más valía callarse. En la

curva de un desfiladero, el guía señaló unas paredes rocosas al otro lado de un torrente, por donde subían cinco animales plateados, azules y grises. Se quedaron todos contemplándolos mientras trepaban hasta que, en el límite de la nieve, desaparecieron, engullidos por las nubes que cabalgaban valle arriba. Eran *bharales*, corderos azules del Himalaya. Hacia el este, una de las cumbres del Everest brillaba envuelta en un halo de rayos de sol, y el mismo astro rey estallaba incandescente en aquel cielo sin una sola nube, un azul que al sur, sobre la India, era pálido y tibio, y allí, sobre el Tíbet, frío y oscuro.



1. Thubten Gyatso, decimotercer Dalai Lama, ha pasado a la historia como el Gran XIII. Supo hacer frente a las apetencias anexionistas de China e impulsó una incipiente modernización. En una profecía hecha poco antes de morir, anunció con increíble precisión el desastre que acabaría abatiéndose sobre su país © Department of Information/Dharamsala.



2. 1954: El Gran Timonel, con su aire digno y sus ropas raídas, impresiona al Dalai Lama. Una corriente de simpatía se establece entre ambos. Mao manifiesta su interés por el budismo y su intención de ayudar al «pueblo hermano» del Tíbet. El Dalai Lama lo cree. Tres meses más tarde, al regresar al Tíbet, se da cuenta de que las promesas de Mao no eran más que frases huera. El hermano mayor del Dalai Lama las definiría como «miel en un cuchillo; si chupas, te cortas la lengua». © *Department of Information/Dharamsala*.

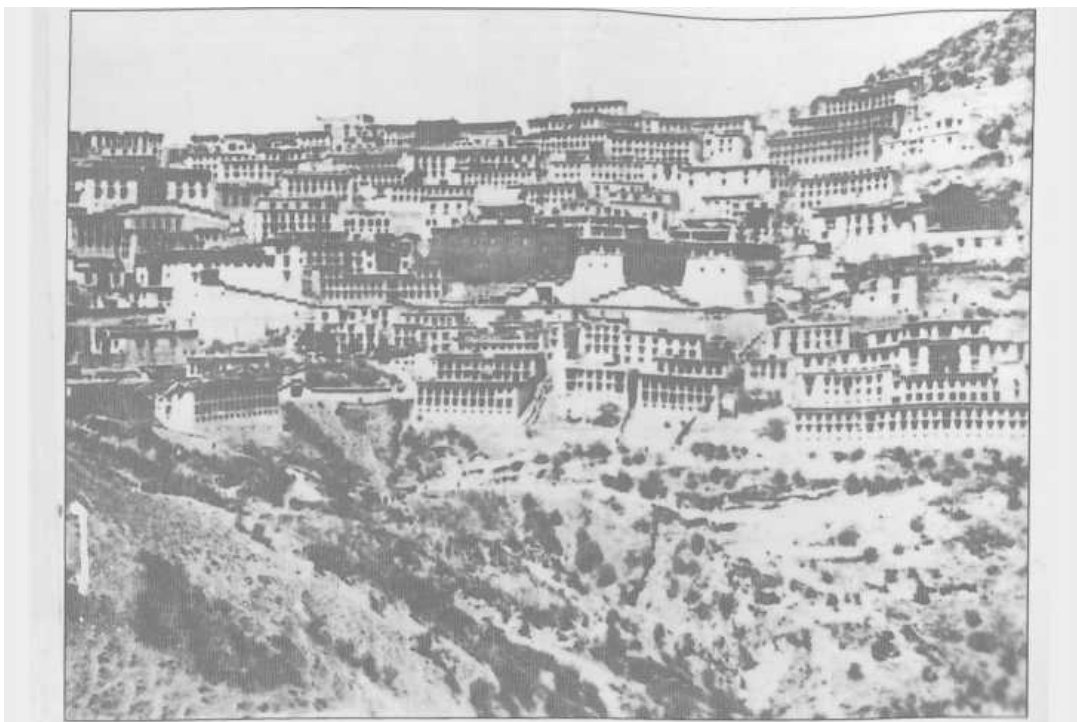


3. 1956: El Dalai Lama, seguido del Panchen Lama, van camino de la India para participar en la celebración del dos mil quinientos aniversario del nacimiento de Buda. Las autoridades chinas quisieron impedir el viaje, pero acabaron cediendo ante las presiones de los lamas de los grandes monasterios, del pueblo de Lhasa y del propio Nehru, a la sazón primer ministro indio. Antes de partir, los chinos entregaron al Dalai Lama los textos de los discursos que

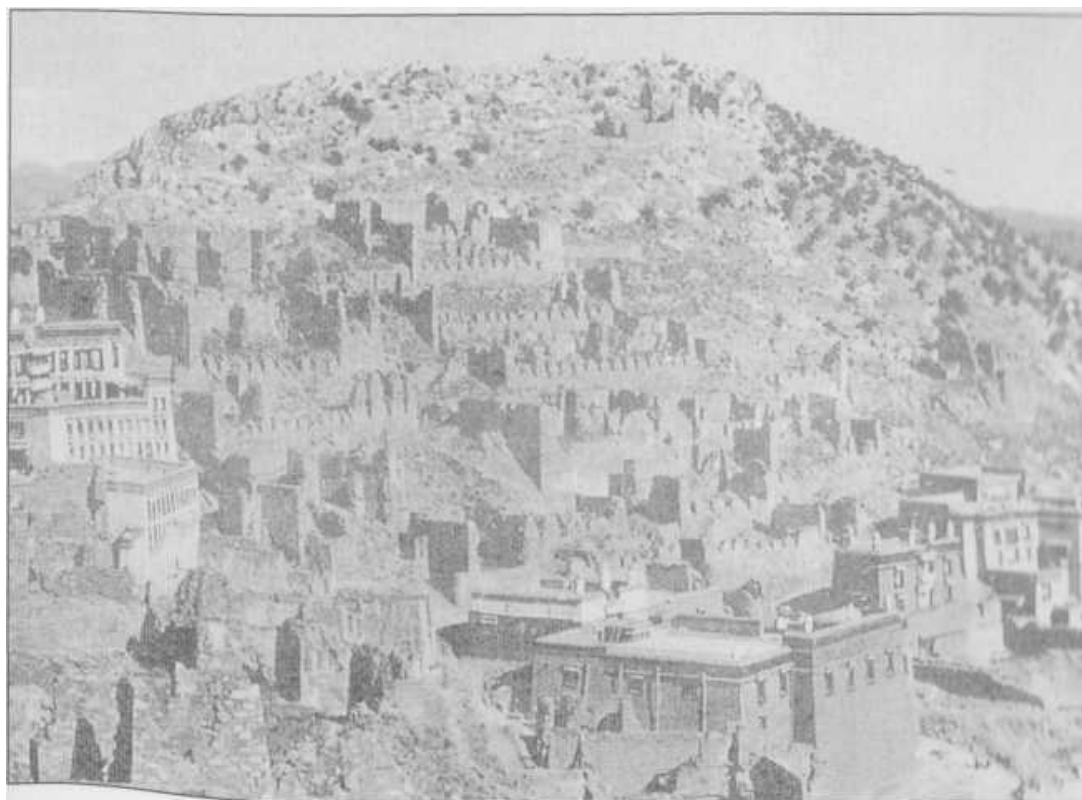
debería pronunciar y lo instruyeron sobre las respuestas que tendría que dar a las preguntas de los periodistas. © *Department of Information/Dharamsala*.



4. La mayoría de los monasterios fueron destruidos entre 1959 y 1961 de forma sistemática. Durante años, convoyes de camiones partieron hacia China cargados con los tesoros del Tíbet. Estatuas e imágenes en oro y plata de más de mil años de antigüedad acabaron fundidas en lingotes. © *Department of Information/Dharamsala*.

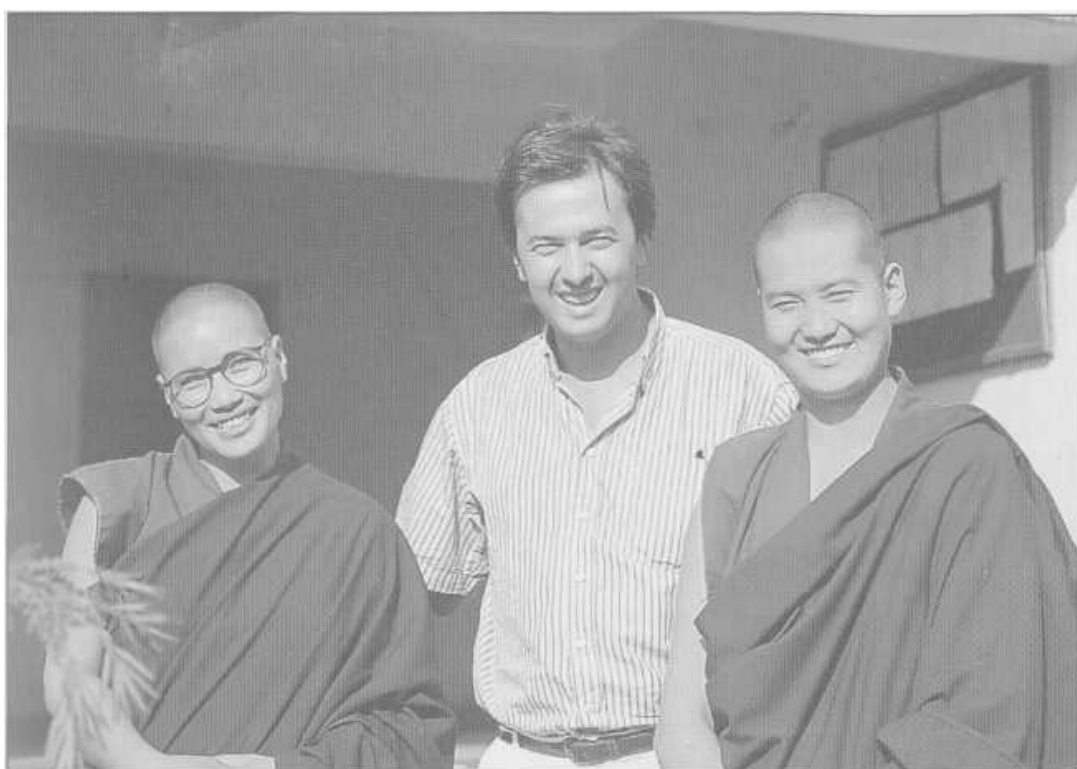


5. Arriba, la universidad monástica de Ganden antes de su destrucción (abajo) por los chinos. Ganden, que significa «paraíso de alegría», albergaba a unos 3.300 monjes encargados de preservar la herencia cultural del país. Descrito por el tibetólogo italiano Giuseppe Tucci como «un lugar fuera de este mundo». Ganden tenía la reputación de ser el monasterio más bello e impresionante del Tíbet. © *Department of Information/Dharamsala*.





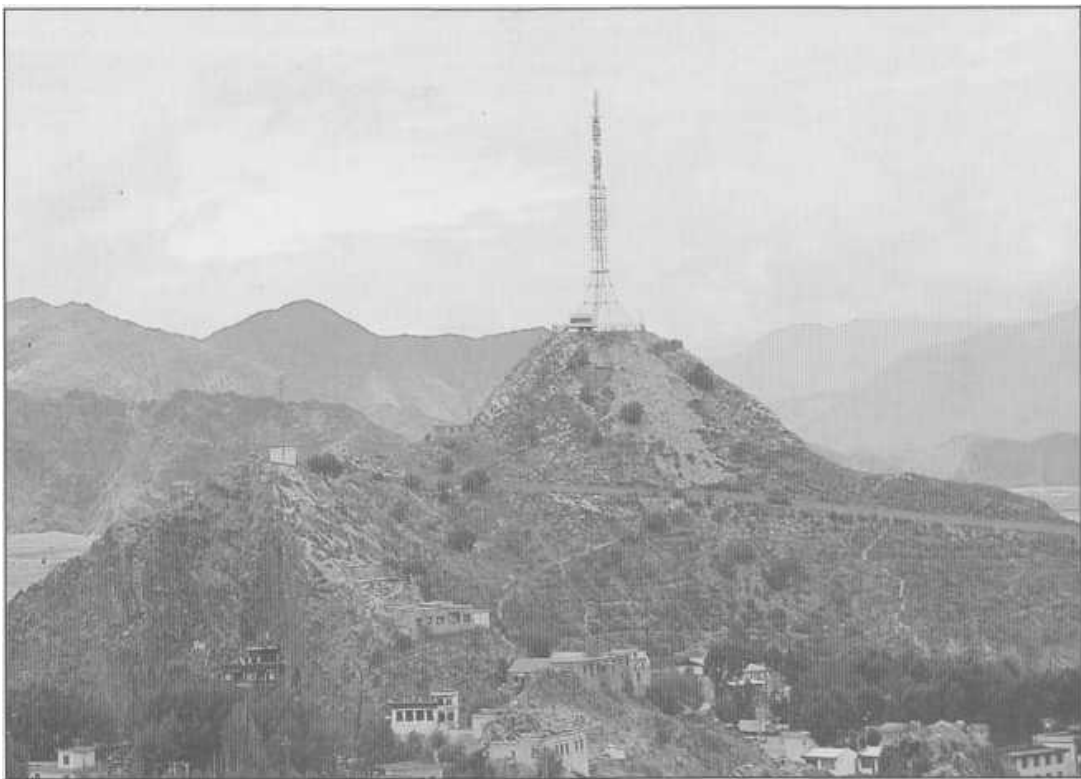
9. El arrojo del venerable Jampa Tenzin le valió la fama y el respeto en su país. Durante la manifestación del Primero de octubre de 1987, este monje de cuarenta y nueve años se adentró en una comisaría en llamas y rescató a varios de sus compañeros detenidos. En cuanto salió de allí, con graves quemaduras por todo el cuerpo, la multitud le llevó a hombros por las calles de Lhasa. Fue detenido, encarcelado y posteriormente liberado a petición expresa del Panchen Lama. En febrero de 1992, apareció muerto en su habitación del templo de Jokhang con una fina cuerda alrededor del cuello. Según las autoridades, fue un suicidio. Otras fuentes sostienen que Jampa Tenzin fue asesinado por la policía. © J. Ackerly/Int'l Campaign for Tibet (ambas fotos).



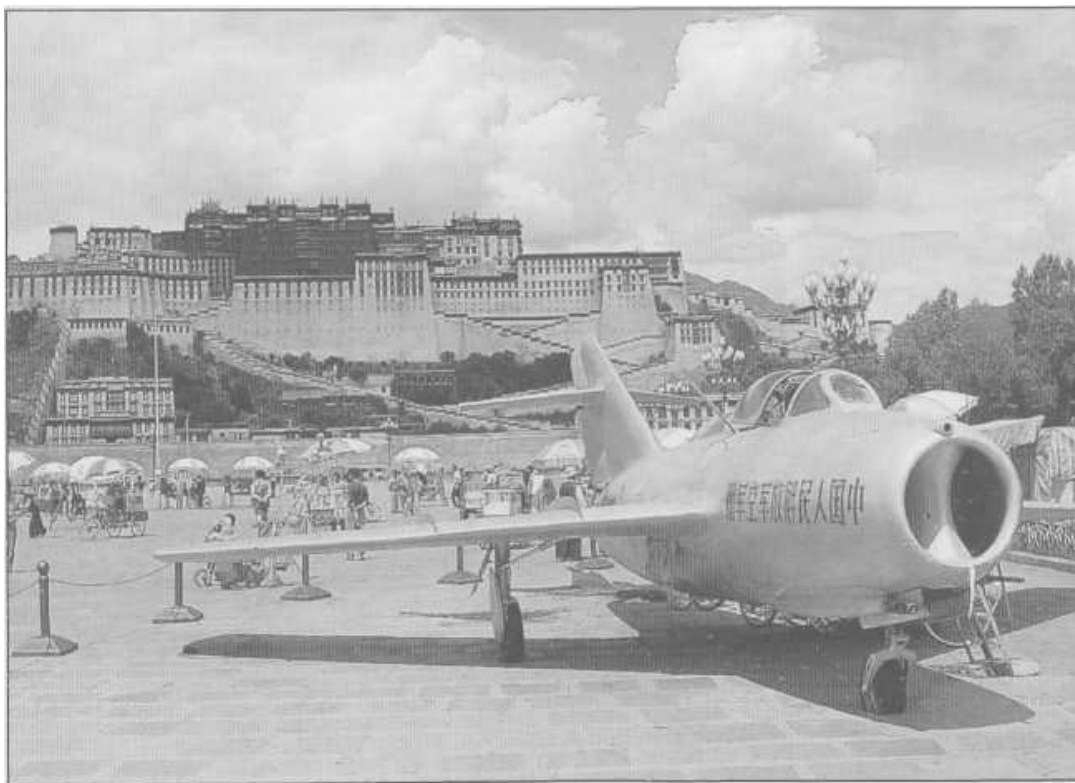
10. El autor del libro entre Yandol (con gafas) y Kinsom. *Foto: Laura Alien.*



11. El templo del Jokhang, en Lhasa, una gran estructura religiosa con multitud de capillas y altares que albergan los objetos de culto más antiguos del Himalaya, es el centro espiritual del Tíbet. La plaza congrega a centenares de peregrinos y de turistas, y ha sido escenario de numerosas manifestaciones de protesta. © *Javier Moro*.



12. Sobre las colinas de Chakpori, frente al edificio del Pótala, se alzaban los edificios de la Facultad de Medicina. Totalmente arrasados durante el aplastamiento de la rebelión de 1959, en su lugar se erigen hoy las antenas de Radio Lhasa. La colina más alta ha sido rebautizada «Pico de la Victoria». © *Javier Moro*.



13. El Palacio del Pótala en una foto tomada en 1997. © Javier Moro.

Vieron águilas, zorros, gamos y gacelas... pero el rey de las montañas era sin duda el peludo bóvido negro de cuernos acerados al que se conoce con el nombre de yak, siempre precedido por un frío y débil tañido de cencerros. Aquel sonido les advirtió de una presencia humana. Muy pronto, un hombre y su mujer descendieron por la senda con el traje tibetano completo: manta, túnica ceñida y pantalones abolsados remetidos en botas rojas de lana, atadas a la pantorrilla; la mujer llevaba un delantal a rayas y ropa negra. El guía tranquilizó a su tropa: aquellos pastores no estaban en contacto con los chinos. Solían aportar indicaciones muy valiosas sobre el tiempo. Era más favorable del otro lado del puerto, le informaron. Los fugitivos todavía no habían llegado al paso de Nangpa, que desde Tingri parecía cercano.

El niño, la cara casi quemada por el sol y las ropas medio rotas, bebió con ansiedad la leche de dri que los pastores le ofrecieron. Con sus morros chatos, los yaks y las dri resultan atractivos, pero son bestias hirsutas que pesan más de media tonelada. A pesar de su mal genio y proverbial testarudez, tienen muchas cualidades, la más importante de ellas, quizá, su adaptabilidad a la altura. Los yaks viven a partir de los 3.500 metros; por debajo, la presión atmosférica y el calor acaban con ellos. Es el animal providencial de esa región del mundo. Su carne es muy rica, su leche es cremosa y su lana sirve para confeccionar ropa, mantas, cordajes. Con su cuero se fabrican bolsas, tiendas de campaña, canoas. Los yaks son tan fogosos que Kinsom recordaba que su padre les extraía algunos litros de sangre para calmar sus ardores. El anciano, por su parte, les contó que los tibetanos se divertían antaño ofreciendo a la gente que no les gustaba, a los chinos por ejemplo, yaks salvajes. Todos estallaron en

carcajadas cuando el anciano describió cómo un yak descabalgó a un chino de su montura.

Llegaron a un glaciar. El terreno era irregular, difícil. Hasta Kinsom, la más fuerte de todas, daba señales de agotamiento. Cada montículo la obligaba a cambiar de ritmo. Todas las articulaciones, todos los músculos estaban resentidos. Detrás, Yandol, mucho más debilitada, no abría la boca. Sus pies la hacían sufrir y pronto se vería obligada a cambiar de zapatos, pese a que había que apurarlos al límite. Los zapatos son el bien máspreciado en esas alturas. Andar se hace extremadamente penoso. Sostenerse en pie, una acrobacia. Los viajeros resbalaban, caían cada dos por tres. Volver a levantarse representaba un esfuerzo terrible. Rocas medio cubiertas de nieve y salpicadas de hielo dificultaban la ascensión. Para colmo de males, varios kampas se quejaron amargamente de la ceguera de las nieves, una quemadura muy desagradable de la córnea, que aparece prácticamente sin previo aviso y que no tiene otra cura que el paso del tiempo. La sensación es como si se tuviera arena en los ojos. Al acampar, los kampas, apiñados alrededor del fuego, se soplaban patéticamente unos a otros en los ojos. Yandol les puso unas cataplasmas de hojas de té que parecieron aliviarles un poco el dolor. Su entereza se iba debilitando. Los días siguientes, aquellos valerosos guerreros caminarían tropezando y gimiendo, los ojos cubiertos con trapos, con las monjas marcando el camino, y ellos siguiéndolas como una cadena de ciegos. El guía no les prestaba la menor atención, como si estuviese enojado por el hecho de que no hubieran tomado las debidas precauciones.

El viaje empezó a cobrarse sus víctimas. Cruzando aquel glaciar, Kinsom observó unas pequeñas gotas de sangre sobre la nieve. Luego comprobó que eran del niño: la suela de sus zapatillas deportivas estaba destrozada. En las plantas de los pies tenía cortes producidos por la costra helada de la nieve. A pesar del dolor y de su incipiente cojera, no decía nada. Quizá supiera, como buen tibetano, que el destino de una persona nunca puede ser un obstáculo para la salvación del grupo. No se puede pedir piedad a las montañas; solo cuenta el afán de supervivencia. El guía no quiso detenerse en aquel lugar tan abierto; lo hicieron en otra explanada que estaba al abrigo de unas rocas. Habían llegado al extremo sur de la meseta, donde empezaba otro mundo, todavía más hostil, el de los pasos de montaña, únicas vías de acceso a los valles nepalíes. Según el guía, les quedaba una semana de esfuerzo antes de llegar a la frontera.

Kinsom dudaba mucho de que el niño pudiera aguantar. Tarde o temprano, el problema les estallaría en las manos. Los kampas no se quejaban de tener que cargarlo sobre sus espaldas en los pasos difíciles, pero también ellos estaban agotados, medio ciegos y transidos de frío. A pesar de su inquebrantable optimismo, Kinsom presagiaba la tragedia. Solo quedaba implorar la piedad divina, rezar para que el invierno les concediera unos días de clemencia.

Aquella noche se ocuparon del niño, cuyos pies estaban completamente ensangrentados y con los dedos amoratados, señal de un principio de congelación. Al apoyarse sobre las espaldas de los kampakas, el niño parecía seguro, tranquilo, sin señales de agotamiento. En realidad, se estaba dejando vencer por el implacable enemigo de esos parajes: el frío. Yandol derretió un poco de nieve, calentándola en una cacerola. La temperatura era tan baja que el agua se congelaba de nuevo a los pocos segundos, lo que no permitía limpiar bien las heridas. Después de darle masajes en el pie, Kinsom le prestó una especie de envoltura de piel para recubrir las zapatillas, viejo recurso de pastor para no resbalar y protegerse de la humedad. Ni siquiera se le ocurrió que ella podría necesitarlo; aún le quedaban un par de zapatos de recambio. Sentados alrededor de un débil fuego, dando golpes con los pies en el suelo para calentarse, compartieron su ración de carne seca y bebieron té hirviendo. No quedaba ya ropa en sus mochilas; se habían puesto todo lo que traían. Se tumbaron sobre un lecho de piedras arrancadas al hielo. Acurrucada bajo las mantas, Yandol apretó fuertemente la mano de Kinsom con sus dedos violáceos. Pero en la alta montaña, el verdadero frío llegaba con el silencio. Al enmudecer el susurro de las conversaciones, empezó a soplar otra ventisca. La temperatura bajó varios grados y el aire helado se infiltró entre las mantas, impidiendo conciliar el sueño. Tiritando, acurrucándose los unos contra los otros, pasaron la noche mirando las crestas rocosas, escuchando el ulular del viento que se abatía desde las cimas.

A la mañana siguiente, el cielo estaba despejado. Era una buena noticia, podrían pasar el puerto. A partir de entonces, el temor principal del guía volvió a ser las patrullas chinas. Desde donde se encontraba el grupo hasta la frontera nepalí, debían seguir unas pistas que pasaban cerca de varios puestos fronterizos. El guía prefirió rodearlos de noche siguiendo los viejos senderos de los contrabandistas. La actitud de los chinos le parecía desconcertante. No había semana que los grupos de refugiados no intentaran abandonar el Tíbet, jugándose la vida en el empeño. El guía sabía que muy pocos eran detenidos o encarcelados. El mayor ejército del mundo parecía incapaz de controlar la frontera. Sin duda pensaban que el Himalaya haría el trabajo sucio. O quizá los chinos preferían dejar escapar a los opositores al régimen.

Después de un día de marcha, el grupo ascendió por una escarpada comisa. Era una noche negra como la tinta, ventosa, glacial como la anterior. El guía ordenó silencio. En la alta montaña, el mínimo rumor se convierte en ruido. Abajo, a medio kilómetro, había un puesto fronterizo. Desde la comisa, los fugitivos apenas distinguían las luces de los barracones, pero el eco les trajo un rumor de risas, portazos y música. Las monjas avanzaban a ciegas, palpando la pared de roca. El sendero se hizo aún más estrecho. De un lado, la pared; del otro, el vacío. El guía abrió la extraña comitiva dando la mano a un kampaká. Después seguía el niño, luego el anciano y las monjas cerraban la marcha, como dos adolescentes alucinadas. Del

fondo del precipicio seguían llegando ruidos de vajilla, voces y el sonido gangoso de una canción china, emitida por una radio mal sintonizada.

Entonces el anciano resbaló sobre una piedra. Tropezó y se encontró con las piernas suspendidas en el vacío, agarrado a su bolsa que había quedado bloqueada entre dos rocas. Kinsom se precipitó a levantarlo. El eco de las piedras al caer les paralizó de miedo. Nunca, desde el control del camión a la salida de Lhasa, habían sentido tan cercana la presencia de los chinos. Se quedaron durante largo rato quietos, sin atreverse a hacer un gesto, rezando para que los soldados no oyeran nada. El anciano parecía avergonzado a causa de su traspies. Miraba a los demás, agachando la cabeza, como pidiendo excusas. Sería imperdonable que, por su culpa, los chinos les descubrieran; solo pensar en ello le produjo un profundo malestar.

El implacable frío les obligó pronto a moverse. Todos sabían que más de un viajero extenuado ha pagado con su vida el precio de un descanso. La inmovilidad, allá arriba, es sinónimo de muerte. Aquella noche, el guía, viendo que su tropa estaba al límite de sus fuerzas, decidió acampar una vez pasado el puesto militar. Escogió un terraplén resguardado del viento. Les prohibió encender fuego a causa de la proximidad de los chinos. Para evitar los sabañones y atemperar el frío, las monjas no paraban de gesticular, de moverse: se mudaron de calcetines, comieron y prepararon el campamento en un santiamén. Obligaron al niño a mantenerse activo. Este no podía con su alma: parecía una marioneta desarticulada. También aquella noche la pasaron acurrucados bajo las mantas, mirando al cielo, oyendo rugir el viento. Ya ninguno sabía cuál de los peligros era más amenazador, si los soldados chinos o las inclemencias del tiempo. Poco importaba. Tan cerca de las estrellas, un grupo heterogéneo de fugitivos encomendó su suerte al Buda de la Compasión Infinita, eterno protector del Tíbet... ¿Qué otra cosa podían hacer?

IV

El año del Cerdo de Tierra

A principios de 1954, cuando los chinos quisieron desarmar y confiscar las tierras y rebaños de los kampakas, estos nómadas, que constituyen la mayor parte de la población del este del Tíbet, se replegaron hacia las montañas, dispuestos a luchar. Los rebeldes pidieron ayuda a Lhasa, pero en la capital la vida seguía su curso, presidida por el joven Dalai Lama, que se esforzaba por alcanzar un compromiso con los chinos para evitar un baño de sangre. A ojos de los kampakas, el Dios Rey perdía constantemente terreno frente al invasor. No solo acababa de ser obligado a prescindir de sus dos primeros ministros, sino que, al aceptar viajar a Pekín, Tenzin Gyatso, según los rebeldes, estaba haciéndole el juego a Mao. Como muchos tibetanos, pensaban que el Dios Rey iba a meterse en la boca del lobo y que acabaría siendo secuestrado por los chinos. Por eso, cuando supieron que el Dalai Lama pasaría por su territorio, proyectaron secuestrarlo ellos mismos y llevárselo a las montañas. Los chinos, enterados del plan, dispusieron una ingente cantidad de soldados en la carretera por la que tenía que pasar su preciado rehén.

Había sido precisamente la construcción de aquella carretera, que cruzaba la región de los kampakas, lo que había desencadenado un movimiento de resistencia tan feroz y duradero como ignorado por el resto del mundo. Las obras fueron un prodigio de la ingeniería china: mil trescientos kilómetros de carretera a una altura media de cuatro mil metros atravesando catorce cordilleras y siete grandes ríos. Los chinos lo habían calculado todo, excepto el número de kampakas. Entre esos hombres y ellos había un abismo que ninguna lógica conseguiría salvar. Esos nómadas vivían —y viven— según leyes tan antiguas y sabias como sencillas, leyes dictadas por la naturaleza y por la lucha por la supervivencia.

Hasta la construcción de la carretera, la invasión china no había cambiado las costumbres ancestrales de sus tribus, que vivían en pequeñas tiendas hechas de lana de yak. Continuaban como siempre, rebeldes, independientes y belicosos. ¿No decía el Dalai Lama que el bien más preciado de un kampakas era su fusil? Alzados sobre la grupa de un caballo nada más nacer, solo los más fuertes resistían, luchando contra el frío y los vientos, los lobos y los osos, con quienes compartían los pastos alrededor de lagos aislados nutridos por aguas glaciares. Para ellos, el fusil siempre había significado esperanza y supervivencia. No reconocían autoridad alguna; sus únicos vínculos políticos eran los de la sangre.

La presencia de los chinos en la región hizo que naciera un odio acérrimo contra los invasores. Las reuniones públicas, en las que los chinos pedían a los kampakas que denunciasen a los «propietarios de siervos», resultaron un rotundo fracaso. Los chinos descubrieron que, a pesar de la apariencia feudal de la sociedad tibetana, no había en el país ningún odio de clase, como el que existía en China. Al Tíbet le faltaba un campesinado y un proletariado descontentos, las dos piedras angulares que

hubieran permitido el desarrollo del comunismo. Con la salvedad de la región de los kampas, la sociedad sobre la que descansaba la poco remunerativa búsqueda de la Iluminación de tantos miles de monjes tenía aspectos propios de una sociedad feudal, aunque modulada por un espíritu esencialmente democrático, que la dureza del terreno y las virtudes contemporizadoras de la fe habían hecho brotar. La pena de muerte había sido abolida en el siglo VII. Un homicidio se castigaba con una compensación para la familia de la víctima y rara vez se encarcelaba a los reos, a menos que fuesen reincidentes. Ni siquiera Lhasa disponía de una prisión importante. Los monasterios eran dueños de vastas extensiones de tierra y vivían del trabajo de los campesinos que las hacían fructificar. Al igual que los kampas, esos hombres del campo creían en los espíritus, asistían a espectáculos de trance colectivo, estaban inmersos en el mundo de supersticiones heredadas del Bön, la religión primitiva. A veces estaban encadenados a la deuda que mantenían con los monasterios o con los *gyalpos*, señores locales y reyezuelos, que nunca cruzaban el umbral de la puerta de su casa sin un sirviente que les protegiera del sol con una sombrilla. Cuando un funcionario viajaba por el país, los campesinos solían alimentarle a él, a su séquito, a sus sirvientes y a sus animales. Pero a pesar de las desigualdades no había castas ni prejuicios sociales. País desprovisto de economía monetaria, las diferencias de fortuna eran pocas; los ricos eran solo un puñado de grandes señores y de priores de los conventos, y el pueblo aceptaba esa minoría en razón de lo acendrado de sus sentimientos religiosos. En el Tíbet, el cincuenta por ciento de la población que vivía de la tierra poseía bienes propios, un porcentaje mucho más elevado que en cualquier otro país de Asia. Esta mayoría privilegiada era la única que pagaba tributos al Estado. Como los impuestos estaban vinculados a la propiedad, y se pagaban en servicios más que en dinero, los chinos pretendieron que todos los campesinos tibetanos eran «siervos». En realidad, no se parecían en nada a los siervos de la Edad Media occidental. Eran libres de hacer lo que quisiesen con sus tierras, con su dinero, con su persona. Tampoco estaban dispuestos a aceptar una revolución marxista, sobre todo si venía impuesta por los chinos, enemigos tradicionales de su país.

Es imposible entender el Tíbet si no es desde la óptica del budismo, básicamente una filosofía de paz. La creencia en la ley del *karma* lleva a ricos y pobres a aceptar la vida con satisfacción y también con un cierto sentimiento de resignación. La movilidad social resulta difícil, pero no imposible. Un soldado podía recibir un título y tierras como reconocimiento a su valor, y ambos eran hereditarios. En los monasterios, los niños son admitidos independientemente de su clase social, y sus progresos en la jerarquía dependen, exclusivamente, de sus cualidades. Niños nacidos en los estratos más humildes de la sociedad alcanzan la posición más alta del mundo monástico y de la vida nacional, como le ocurrió al propio Dalai Lama.

Lo que quizás distingue al Tíbet de otros pueblos es que la religión budista ha empapado todos los aspectos de la vida, convirtiéndose en algo tan fundamental

como el respirar. Una religión que no se limita a celebrar ritos ciertos días de la semana o ceremonias de nacimiento, casamiento o muerte. Los tibetanos, socialmente conservadores e individualmente tolerantes, siempre han considerado los asuntos espirituales por encima de los materiales. Nunca el mero bienestar físico ha sido un ideal en la cultura tibetana. Si para los chinos el socialismo es la panacea que remedia todos los males, para los tibetanos la liberación significa romper las ataduras del inevitable ciclo de sufrimiento producido por el nacimiento, la vejez, la enfermedad y la muerte. Este desprendimiento ha sido el rasgo que más ha fascinado a los occidentales que han visitado el país, los cuales, por lo general, han coincidido en la opinión de que era un país pacífico y armonioso. Alexandra David-Neel, una de las escasas viajeras que recorrió el Tíbet a principios de siglo, contaba que era un lugar donde había muchos mendigos, pero donde nadie moría de hambre, un lugar donde hombres y mujeres estaban siempre dispuestos a fiestas y a celebraciones, a disfrutar de los placeres de la vida y donde se oía constantemente la risa de la gente. La diferencia con otros sistemas considerados feudales radicaba en que, en la cúspide, reinaba la encarnación de un buda, un ser que durante cientos de años todos reverenciaron. La gente sabía que, por encima de los funcionarios corruptos, existía la posibilidad de acceder a una fuente de justicia en la cual tenían absoluta confianza. Habría sido imposible que un dirigente con una formación religiosa tan exhaustiva como la de un Dalai Lama se convirtiese en un déspota o un tirano. «Éramos felices —contaría Tenzin Gyatso, el Dalai Lama—. El deseo engendra descontento; la felicidad nace de una mente en paz. Para muchos tibetanos, la vida material era dura, pero no eran víctimas del deseo. Y en la simplicidad y pobreza de nuestras montañas había más paz mental que en muchas ciudades del mundo».

Una paz mental que los chinos no tardaron en romper. Para despertar la conciencia de las masas, adoptaron tácticas contundentes. Sobornaron a mendigos para que acusaran a los ricos, bajo amenaza de ser fusilados por «reaccionarios» si se negaban a ello. Los soldados chinos empezaron a insultar públicamente a los propietarios de tierras, humillándolos frente a los demás aldeanos. Aquellas medidas algo pueriles fracasaron. Furiosos por la resistencia tibetana a los cambios, los chinos no tardaron en renunciar a toda apariencia de legalidad para imponer su voluntad. Detuvieron a todos los terratenientes y miembros de las «clases superiores» de la región del Kham y fusilaron a cuantos se oponían a las reformas, que incluían la colectivización y la redistribución de tierras. Fue el principio de la barbarie, el inicio de las increíbles atrocidades que marcarían su dominio: asesinatos en masa, deportación de niños y torturas públicas.

En agosto de 1954, mientras la rebelión armada estallaba en el país de los kampas, Tenzin Gyatso era objeto de un efusivo recibimiento en Pekín. La aprensión que el joven soberano había sentido por Mao Zedong se desvaneció nada más

conocerlo. «Físicamente era extraordinario —contaría el Dalai Lama—. Parecía un auténtico campesino. Llevaba una guerrera raída, así como los puños y el cuello de la camisa...» El joven tibetano causó buena impresión en el viejo revolucionario. Mao siempre quería tenerlo a su lado en los banquetes oficiales, y hasta insistía en servirle la comida. Durante largas cenas le prodigó consejos sobre el arte de gobernar y llegó hasta a admitir que el budismo era una buena religión, pues Buda se había preocupado sinceramente por el pueblo. El Gran Timonel le repetía que admiraba al pueblo tibetano, que quería ayudarlo a recuperar el retraso que varias décadas de aislamiento le habían impuesto. Tenzin Gyatso no tuvo reparos en reconocer que su país necesitaba progresar. «Sobre ese punto no era necesario discutir —diría el Dalai Lama—. Compartíamos un principio común».

El Dalai Lama estaba dispuesto a admitir que la corrupción carcomía todos los niveles de la jerarquía tibetana. Algunos monjes, en lugar de dedicarse a su realización espiritual, se preocupaban por acumular ganancias materiales y obtener influencias; otros efectuaban la búsqueda de una reencarnación de manera poco rigurosa para favorecer a alguna familia aristocrática o influyente. ¿Pero qué sociedad no conoce alguna forma de corrupción?, argumentaba el Dalai Lama, que, por otra parte, estaba convencido de la necesidad de introducir importantes reformas políticas para modernizar su país.

Un día, Mao le confesó que su intención, antes de conocerlo, había sido la de gobernar el Tíbet directamente desde Pekín. Pero la actitud conciliadora del Dios Rey le había hecho modificar su postura. Decidió que un nuevo comité, compuesto por cuatro grupos de tibetanos y uno de chinos, gobernaría el país de las nieves. Fue una buena noticia para el Dalai Lama, que lograba así el propósito de generar suficiente confianza en su persona como para limitar el gobierno absoluto de los chinos. Esa pequeña victoria le confirmó en la convicción de que era posible llegar a un arreglo con el invasor. Para alguien educado desde la más tierna infancia en los principios de la no violencia, su viaje a Pekín, que tantas críticas había suscitado en su país, quedaba plenamente justificado.

Pero en el camino de regreso a Lhasa, el Dalai Lama pudo comprobar que las promesas de Mao eran papel mojado. Las noticias que le llegaban del país de los kamps eran desastrosas. El jefe de una aldea había sido arrastrado como un perro con una cadena al cuello porque había intentado huir. En otra, cincuenta bebés fueron arrancados a sus madres y enviados a educarse en China; los padres que protestaron fueron lanzados al río, donde se ahogaron. Más lejos, una niña de doce años fue obligada a disparar contra su padre, acusado de ser antipatriota. Un puñado de seglares, en otra aldea, había sido fusilado por haber dado mal ejemplo al hacer ofrendas religiosas. Para el Dios Rey, las promesas de Mao tenían ahora el amargo sabor del engaño. En Takster, la aldea de su infancia, Tenzin Gyatso a duras penas pudo entrevistarse con una de sus primas. A la pregunta de si eran felices, su prima respondió con lágrimas en los ojos: «Somos muy felices y prósperos bajo la dirección del partido comunista y del presidente Mao Zedong». No se necesitaba más para adivinar la angustia y el miedo que escondían aquellas palabras.

Al término de aquel viaje, el Dalai Lama se sintió de repente muy viejo. Tenía veintidós años y, tras el embozo de las bellas palabras y las declaraciones de amor fraterno entre los pueblos, no había encontrado más que violencia, odio, miedo, mentira y sufrimiento. Se sentía frustrado e impotente, incapaz de ayudar a los suyos, incapaz de estar a la altura de la divina tarea que por su reencarnación tenía asignada. ¿No era su misión, como Dalai Lama, es decir como *bodhisattva*, literalmente «el que posee la sabiduría», quedarse y ayudar a los demás? Como en las tradiciones hebrea y cristiana, el mahayana, la doctrina budista que se ha implantado en el Tíbet, señala que el perfeccionamiento espiritual de quien busca la Iluminación solo para sí mismo será limitado. Así es como se ha desarrollado el ideal del *bodhisattva*, un ser que, en lugar de entrar definitivamente en la gloriosa paz infinita del nirvana, escoge deliberadamente retomar una forma humana y volver a la tierra para confortar y guiar a todos los seres sufrientes por la vía de la realización suprema. De esta manera, el budismo del Tíbet ha respondido a la necesidad humana de un guía divino, algo que no existe en el hinayana, el budismo temprano.

Desconcertado y todavía escéptico, Tenzin Gyatso tuvo en sus manos la primera prueba concreta de las atrocidades cometidas por los chinos cuando le entregaron una foto de un periódico que mostraba varias cabezas cortadas. Al pie, se podía leer que se trataba de «criminales reaccionarios». A partir de entonces no tuvo razón alguna para dudar de que todos los horrores que le contaban eran ciertos. Esta revelación, unida al hecho de que el nuevo comité de gobierno del Tíbet, aquella idea tan conciliadoramente autonomista de Mao, era una fantochada, le hicieron cuestionarse si en verdad quedaba alguna esperanza para el porvenir. Las noticias del este

hablaban de terror y muerte. Los kampas habían pasado de la rebelión a la guerra declarada. Vivían en la clandestinidad, hostigando al invasor, haciendo gala de un coraje inaudito. Se lanzaban al combate para defender su hogar, su fe, su raza. A caballo, blandiendo sables y fusiles, los guerreros arremetían furiosamente contra las largas columnas de camiones chinos. Todas las guarniciones que jalonaban la carretera que cruzaba su región fueron atacadas. Los «jinetes salvajes», como los llamaron siempre en el Tíbet, empujados por la desesperación, seguían la estela de sus más grandes antepasados. A esos nómadas se fueron uniendo los monjes del Kham. Muchos de estos religiosos de hábito granate fueron a desenterrar sus armas, conservadas desde los días antiguos, cuando los monasterios se peleaban entre sí. Junto a las armas, cogieron los relicarios sagrados, cuyo poder garantiza una vida larga y una santa inmunidad.

Después de abandonar los rebaños, a las mujeres y los niños, cincuenta mil nómadas fueron al encuentro del enemigo. Consiguieron reducir a la mayor parte de los destacamentos chinos y controlar la carretera. Para los invasores, la situación llegó a hacerse crítica. Semejante resistencia les hacía correr el riesgo de perder el control sobre sus nuevos territorios. A causa de la calma que reinaba en Lhasa, Occidente se quedó sin noticias de la guerra de los kampas. Una guerra desigual: por un lado, el rugido de los aviones volando en picado sobre los edificios, el estrépito de la madera estallando en mil pedazos, el estruendo de los muros derrumbándose; por el otro, el chasquido solitario de una escopeta apuntando a los pájaros de acero que llegaban del este para bombardear los monasterios del Kham.

En las escasas ciudades y aldeas, reconquistadas por los chinos a costa de grandes esfuerzos, los invasores torturaron y ejecutaron a las mujeres y a los hijos de los resistentes, así como a los monjes. Redoblaron la campaña para ridiculizar la religión. Priors y abades fueron atados a la cola de caballos y arrastrados frente a ancianos, niños y mujeres aterrados, que no habían podido unirse a los guerreros de las montañas. Tuvieron lugar ejecuciones en masa y horribles torturas fueron inventadas. Envolvían a los monjes en lana impregnada de gasolina y les prendían fuego, mientras los chinos se burlaban de aquellas teas humanéis y les gritaban que pidiesen a Buda que interviniera en su favor.

Al enterarse de la virulencia de la represión, Tenzin Gyatso mandó una carta de protesta a Mao, pero las semanas pasaron y no recibió respuesta. Envío otra, que también quedó sin contestación. El general chino destacado en Lhasa le prometió poner fin a esas prácticas, pero el tiempo pasó y todo continuó igual. La situación era desesperada, el Dalai Lama veía que el círculo vicioso de la represión y de la rebelión comenzaba a dar sus frutos, y estos eran del color de la sangre. Al difundirse las noticias de las atrocidades cometidas, se desencadenaron nuevas rebeliones. Después

de los kampakas, se alzaron en armas los goloks del Amdo y los *sherpas* del Kansu; los uigures musulmanes del Turkestán se sublevaron de nuevo contra la «madre patria».

Los dirigentes chinos veían amenazada su supremacía sobre las altas mesetas. Mao reconoció que el viejo sueño de dominar Asia Central podía derrumbarse de golpe. En Europa, la rebelión húngara de 1956 fue como un aviso del riesgo que corrían los chinos en los territorios anexionados. Los informes del Kham parecían probar que ni siquiera los ataques aéreos conseguían debilitar la resistencia de los guerrilleros. Cuando capturaban una aldea, los chinos solo encontraban viejos y niños; los demás estaban en las montañas. Ingenuamente, los kampakas creyeron que la victoria estaba al alcance de la mano y que podían liberar todo su país y reconstruir el Gran Tíbet de sus antepasados. Se volvieron hacia Lhasa, su capital, e hicieron un llamamiento al Dalai Lama, el epicentro de su mundo y de los valores en nombre de los cuales luchaban, para que el Tíbet central se sumara a su cruzada. Una sola palabra del Dalai Lama y el país entero se hubiera alzado en armas contra los chinos.

Tenzin Gyatso era consciente de ello. Una parte de él admiraba a los guerrilleros; otra le decía que era una locura atizar la violencia. Los chinos podían sufrir reveses, pero eran mucho más poderosos. Había estado en Pekín, había visitado China, había podido medir las fuerzas del adversario. Si una palabra suya podía sublevar el Tíbet, una palabra de Mao podía arrasarlo.

Fue entonces cuando llegó de la India una invitación para que el Dios Rey asistiese al dos mil quinientos aniversario del nacimiento de Buda. Para el Dalai Lama, fue como un soplo de alivio y comprensión que llegaba del mundo exterior; «No puedo exagerar la intensidad del sentimiento de soledad política que teníamos en el Tíbet», declararía. El primer ministro Nehru olvidó durante una tarde sus ocupaciones e hizo descubrir a su huésped, a lomos de elefante, la belleza de los jardines mongoles del palacio presidencial de Nueva Delhi. Fue también el momento de las confidencias. El Dalai Lama le contó los horrores que vivía su país y la encrucijada en la que se encontraba. Por una parte, los kampakas le pedían que se sumara a la rebelión; por otra, los chinos insistían para que lanzase sus soldados contra los insurgentes. Se había opuesto a ello, pero no había podido evitar condenar oficialmente a los rebeldes. De seguir así el curso de los acontecimientos, le parecía que pronto no tendría ya nada que ofrecer. Si no podía controlar el deseo de su pueblo de recurrir a la violencia y si reconocía que sus esfuerzos pacíficos habían sido un fracaso, se preguntaba si no sería mejor solicitar asilo político en la India. Desde allí, y con la ayuda del pueblo indio, tendría más posibilidades de conseguir la liberación de su país por medios pacíficos. Pero Nehru, que había ignorado la llamada de socorro del Tíbet, le aconsejó volver a su país e intentar la vía de la negociación para evitar lo peor. El mandatario indio no deseaba problemas con sus poderosos vecinos chinos, a los cuales se sentía estrechamente ligado. Al enterarse de la intención del Dalai Lama, Zhou Enlai, ministro de Asuntos Exteriores y amigo de Nehru, acudió a la capital india para persuadir a Tenzin Gyatso de que regresara a Lhasa. Los chinos no podían soportar la idea de perder la «encarnación sagrada», el hombre que se había revelado su mejor baza para el control del Tíbet central. A pesar de sus esfuerzos por glorificar al Panchen Lama, el Dalai era el único líder indiscutido por todos los tibetanos. Zhou Enlai repitió al Dalai Lama que estaban determinados a retirar sus ejércitos del Tíbet y que las reformas previstas quedaban pospuestas hasta 1962.

Tenzin Gyatso de nuevo se veía asaltado por la duda. Unánimemente, los miembros de su familia le aconsejaban el exilio. Y esta vez sus propios ministros, escépticos ante las promesas de Zhou Enlai, también. ¿Cuál era su sitio? ¿Cómo servir mejor a su pueblo?

Entonces fue a recogerse ante la tumba del hombre que quizá había sido el más grande de su época, el hombre que había luchado hasta la muerte para preservar el espíritu de la India y de la humanidad, un auténtico creyente en la paz y en la armonía entre los pueblos. «¡Cómo me hubiera gustado tener el privilegio de conocerle en esta vida!», pensó el tibetano. De pie, frente al mausoleo de mármol del Mahatma Gandhi, rodeado por una explanada de césped que descendía hasta el río Yamuna, Tenzin Gyatso se preguntó qué consejo le habría dado Gandhi de haber estado vivo. Estaba

seguro de que de no hubiese ahorrado esfuerzos en orquestar una campaña pacífica para la liberación del Tíbet. «En aquel lugar me sentí muy cerca de él, y sentí que su consejo habría sido siempre el de seguir el camino de la paz. Tenía —y sigo teniendo— una fe inquebrantable en la doctrina de no violencia que Gandhi predicó y practicó. En ese momento, tomé la firme decisión de seguir su ejemplo, a pesar de todas las dificultades con las que me encontraría. Estaba más convencido que nunca de que jamás alentaría o participaría en actos de violencia». Era una respuesta: volver con los suyos y, sin odio ni debilidad, enfrentarse al opresor chino. Esa era su misión, por muy desesperada que pareciese.

El Dios Rey siguió su ruta por la India. En Bodh Gaya, bajo el árbol donde Buda había alcanzado la Iluminación, sus ojos se llenaron de lágrimas. Había llegado a la fuente de su fe. El tumulto del mundo quedaba tan lejos que parecía un sueño. En aquel silencio de fervor, ya no había Dalai Lama, solamente un monje vestido de granate, muy joven, muy humilde, abstraído en sus oraciones. Tenía la sensación de no estar solo. A su alrededor murmuraban las almas de los que habían pasado por allí a dar las gracias, a suplicar valor, una sanación, o, simplemente, la paz. Todos se habían abandonado al dulce abrazo de la fe. Por primera vez en mucho tiempo, Tenzin Gyatso se sintió sereno. Nadie podía detener el destino, pensó. Nada acontecía sin causa. ¿Fatalidad? Él prefería pensar en el *karma*. Tras descubrir el budismo, su pueblo había vivido ensimismado, celoso de su sabiduría, desconfiando de los extranjeros, encerrado en una orgullosa soledad. Quizá ahora debían pagar por aquella ilusión. Quizás el *karma* de su pueblo exigiera esas horas aciagas.

De su peregrinación a Bodh Gaya sacó las fuerzas que desde hacía meses amenazaban con abandonarle. Decidió volver para afrontar la tormenta desencadenada sobre su país. ¿Qué remedio le quedaba, sino oponer a la guerra la paz interior de los budistas y de todos los hombres de buena voluntad? Ya no había razón política para justificar ese regreso; solo un deber espiritual hacia los suyos.

En 1957, los kampakas terminaron por darse cuenta de que, para arrastrar al pueblo a la revuelta general, debían forzar el santuario del Dalai Lama, reducir a los simpatizantes de los chinos de Lhasa y asegurarse el control del Dios Rey. Oponerse al Dalai Lama y su gabinete era un plan audaz y peligroso, pero lo veían como la única solución para liberar el Tíbet. Para conseguir sus fines necesitaban, a cualquier precio, el aval del soberano.

A causa de la inmensidad de la meseta y de lo escabroso del terreno, los kampakas fueron capaces de paralizar el avance de los militares chinos, mucho más numerosos y mejor equipados. Después de siete años de ocupación, los chinos no controlaban más que pequeñas zonas aisladas. Lo hacían desde sus fuertes rodeados de picos hundidos en la tierra, que se extendían ante la vista como un mar cruel. Los kampakas podían circular libremente por el territorio, sin otro temor que el de los ataques aéreos. Los chinos podían reducir un monasterio a escombros, pero se veían incapaces de aniquilar a aquellos jinetes en perpetuo movimiento. Además, los kampakas, mejor adaptados al clima, tenían en su haber una larga tradición guerrera. Para ellos, pelear era tan natural como comer. A finales de 1957, ochenta mil guerrilleros kampakas iniciaron la conquista de la región de Loka, desde donde pensaban acceder al Tíbet central. En poco tiempo consiguieron neutralizar todas las plazas fuertes en poder de los chinos. Y aunque parecía increíble, los kampakas consiguieron adueñarse de todo el sudeste del Tíbet.

Los comunistas tuvieron que admitir que la primera ofensiva para reprimir la rebelión había sido un fracaso. Ni la propaganda ni los bombardeos de más de trescientas ciudades y monasterios del Kham consiguieron intimidar a los hombres resueltos a liberar su país. Por tercera vez, los chinos pidieron al Dalai Lama que mandase tropas tibetanas contra los rebeldes. Tenzin Gyatso se negó rotundamente, alegando que probablemente las tropas tibetanas desertarían para unirse a la guerrilla.

A medida que la revuelta de los kampakas alcanzaba el Tíbet central, el Dalai Lama veía cómo la trampa se cerraba sobre él. Admiraba a los kampakas, porque entendía su sed de justicia y libertad. Pero pensaba que situarse abiertamente de su lado solo hubiera servido para provocar a los invasores y atizar el fuego de la represión. La otra solución, partir hacia el exilio, significaba dejar vía libre a los chinos para que descargasen su rabia contra el pueblo. Estaba atrapado.

En diciembre de 1958, los guerrilleros consiguieron controlar el acceso a Lhasa por el sudeste. Un número cada vez mayor de combatientes se infiltraron en la capital. Muchos de ellos se paseaban, a pleno día, armados hasta los dientes, arengando a los transeúntes.

La vida en Lhasa, después de siete años de ocupación, transcurría más o menos como antaño. Era una vida despreocupada, en la que confluían de manera contradictoria y sorprendente el refinamiento del mundo occidental y la tradicional pompa de una sociedad arcaica. Codo con codo, convivían en aparente armonía una teocracia feudal y los representantes del partido comunista más doctrinario del mundo, que se servía de la elite de Lhasa para controlar el país, manteniendo privilegios a cambio de lealtad al régimen.

Los que en Occidente veían a Lhasa como una ciudad mística se hubieran sorprendido al saber que el tenis era el deporte favorito de algunos capitostes. En las casas de los más pudientes se oían discos, comprados en Hong Kong, cuya música alegraba las veladas de jóvenes parejas que bailaban ataviadas con espléndidos trajes tradicionales. El cantante Dundu-La se había hecho famoso por su voz y por sus patillas en forma de pata de conejo. Lo llamaban el Elvis tibetano. Al contrario que en otros países de Oriente, no existían harenes ni tiranos arbitrarios, solo pequeños grupos de hombres y mujeres sonrientes entregados a la buena vida y a las intrigas amorosas. Dos mil cuatrocientos orfebres nepalíes, entre los más hábiles del mundo, vivían permanentemente en la capital tibetana para crear collares de piedras preciosas, petacas de tabaco y sables para desfiles, así como maravillosas lamparitas de aceite, en forma de cáliz, que se ofrecían a las divinidades. Muchos tibetanos seguían pensando que su país era un extraordinario territorio que escapaba a las leyes comunes y hasta al paso del tiempo. Todo pueblo que respetaba las leyes y que cumplía fielmente con los rituales debía necesariamente recibir algún tipo de protección sobrenatural. Esa creencia era una aberración, una obcecación total ante el destino, y lo más grave es que era compartida por miembros del gobierno y de la aristocracia de Lhasa. Esta última intentó, desde la entrada de los chinos, acercar sus antiguos modos de vida y los ideales del socialismo militante. Las mujeres se dedicaban a tareas humanitarias, como abrir colegios o trabajar voluntariamente en hospitales recién construidos. Toda la elite vivía con entusiasmo la aventura de introducir comodidades modernas en la vida cotidiana, una excitante novedad. Lhasa, el vaticano del Tíbet, también tenía sus cardenales, que seguían reinando en sus enormes monasterios. La mayoría eran hombres de gran virtud que ocupaban los apartamentos adornados de oro de los priores que les habían precedido, pero también estaban los que buscaban afanosamente sustraerse a las rigurosas exigencias del orden monástico.

Los miembros de la elite de Lhasa, capaces de apiadarse de los pobres soldados chinos que padecían el mal de altura, parecían no darse cuenta de la tragedia que se fraguaba en sus calles. A causa de la represión en el este, un número cada vez mayor de mujeres y de ancianos afluía a la capital. A principios de 1959, más de quince mil familias habían levantado sus tiendas alrededor de Lhasa, al pie del Pótala y en los suburbios, mientras miles de jóvenes monjes del Kham encontraron refugio en los

colegios de los grandes monasterios de Drepung, Sera y Ganden. Con la infiltración de guerrilleros kampakas, la tensión no cesó de crecer en la ciudad santa. Los chinos armaron a sus civiles y empezaron a levantar barricadas. El ejército practicaba redadas en las casas sospechosas de acoger a los rebeldes. Durante el día, los cuerpos de los guerrilleros capturados eran expuestos en las calles, para que todos pudiesen contemplarlos. Los chinos temían una revuelta general inminente. El palacio de Norbulingka era el escenario de una guerra de nervios constante. Diariamente acudían militares chinos, cada vez más furiosos, a los que el joven Dalai Lama hacía frente siguiendo las enseñanzas de sus maestros. Mientras los generales acusaban al gobierno tibetano de complicidad con los rebeldes kampakas, estos creían que el gobierno del Dalai Lama estaba en connivencia con los invasores. Tenzin Gyatso se encontraba en una situación desesperada.

Después de que un grupo de kampakas consiguiese desalojar a los tres mil soldados de una guarnición situada a cuarenta kilómetros de Lhasa, los rebeldes hicieron un llamamiento oficial al Dalai Lama, ofreciéndole una última oportunidad de unirse a ellos. Tenzin Gyatso la rechazó. Reiteró su repulsa a la violencia y pidió a todos los kampakas que volviesen a sus hogares e hiciesen las paces con los chinos. «Admiro el valor de los kampakas, pero sus acciones están causando gran perjuicio a todos los que intentan encontrar un modo de cohabitación con los chinos», fueron sus palabras textuales. Los kampakas, exasperados y convencidos de que los chinos habían conseguido lavarle el cerebro al Dios Rey, pasaron a la acción. Estaban decididos a tomar el poder.

El 1 de marzo del año del Cerdo de Tierra, es decir 1959, el Dalai Lama se hallaba en el Jokhang para asistir a la celebración del Festival Anual de la Oración, al término del cual iba a someterse a los exámenes finales de doctor en metafísica. En mitad de las ceremonias, dos oficiales chinos solicitaron verlo. Nerviosos, pidieron al Dalai Lama que fijase una fecha conveniente para asistir a un espectáculo de ópera china que el general del ejército invasor había decidido montar en su cuartel de las afueras de Lhasa. Tenzin Gyatso aceptó, pero se negó a fijar una fecha hasta que no finalizasen sus exámenes. Decepcionados, los dos hombres se marcharon.

Al día siguiente, un Océano de Sabiduría aparentemente sereno debatía sobre lógica, metafísica, epistemología y filosofía ante miles de monjes. Durante largas horas, se midió ante estudiantes de su nivel, y luego ante los lamas más eruditos. El joven monarca no dio signo alguno del esfuerzo que entrañaba semejante prueba. Al contrario, relajado, sorteaba las dificultades con una facilidad que dejó estupefacta a la audiencia. El jurado, por unanimidad, le concedió el título de doctor en estudios budistas.

El 5 de marzo, dejó el Jokhang para regresar al palacio de Norbulingka. Por última vez, más de mil años de civilización ininterrumpida desplegaron sus fastos. Los caballos iban erguidos como si fuesen conscientes del oro de sus bocados. Detrás

del palanquín del Dios Rey seguían los miembros del gobierno y la nobleza de Lhasa, vestidos con suntuosos trajes de seda. Luego, los más eminentes abades y ламas; los unos, dignos y ascéticos; los otros, escondiendo bajo el aspecto de prósperos mercaderes su alta realización espiritual. Miles de tibetanos cerraban la marcha.

Cinco días más tarde, recibió un nuevo mensaje de las autoridades chinas, urgiéndole para que fijase una fecha para asistir al espectáculo de ópera. El Dalai Lama escogió el 10 de marzo. Pero un día antes de la representación, el jefe de su guardia personal le transmitió una inquietante orden del general chino. Su Santidad debía ir al cuartel sin la escolta habitual. Solo se le autorizaba a llevar dos guardias desarmados. Además, la visita debía mantenerse en secreto. Todo aquello resultaba muy extraño. Como un reguero de pólvora, el rumor de que la función de ópera era una trampa para secuestrar al Preciado Protector se difundió por la agitada ciudad. Desde todas partes, miles de tibetanos marcharon hacia el Norbulingka. Una masa de hombres y mujeres furiosos empezó a congregarse a lo largo de los muros del palacio. Los habitantes de Lhasa deseaban proteger a su Dios Rey.

La mañana del 10 de marzo eran miles los que rodeaban el Parque de la Joya. Una marea humana con deseos de venganza. Los kamps pensaron que aquel estallido popular era una ocasión única para forzar al Dalai Lama y a sus ministros a entrar en oposición abierta a los chinos. Consecuentemente, los kamps tomaron el mando de la multitud enfervorizada.

Comprendiendo que nada aplacaría al pueblo que creía proteger, Tenzin Gyatso comunicó a los chinos que no podría asistir a la representación. Acto seguido, informó de su decisión a la multitud, que la recibió con expresiones de júbilo.

Pero nadie se retiraba. Tenzin Gyatso estaba entre dos fuegos, incapaz de adivinar cuál de los dos, su pueblo o la guarnición china, prendería la mecha. En caso de combate, pocas dudas albergaba sobre el trágico final. Para los habitantes de Lhasa, significaría una matanza. Para el Tíbet, la tiranía y su cortejo de persecuciones.

El decimocuarto Dalai Lama sentía acercarse el final. Estaba dispuesto a dar la vida con tal de acabar con aquella pesadilla. Pero su vida no valía gran cosa en aquella situación. La tragedia había comenzado y el desenlace no estaba en sus manos. Los chinos enviaron un ultimátum: o el gobierno tibetano conseguía dispersar al pueblo o este sería aplastado por las armas.

Solo cabía ganar tiempo. El Dalai Lama mandó cartas a los generales chinos, suplicándoles un poco de paciencia. También había que tranquilizar a los líderes surgidos de la multitud. Pero de nada sirvieron sus esfuerzos. De cada casa salían hombres armados con lo que habían podido encontrar, desde palos hasta cuchillos de cocina. Empezaron a levantarse barricadas en la mayoría de las calles. La efervescencia del primer día se había transformado en rebelión abierta. Un grupo de cabecillas, autodenominado Comité de Liberación del Tíbet, marchó a pie hacia el Pótala. Allí, sus miembros, considerándose los nuevos amos de Lhasa tras constituirse en gobierno, repudiaron el acuerdo de diecisiete puntos firmado en Pekín, ante una multitud de más de treinta mil personas. A continuación declararon la guerra a China e instaron a las fuerzas de ocupación a evacuar la capital. El Dalai Lama veía así esfumarse sus nueve años de esfuerzos por llegar a una convivencia con los invasores.

Decenas de camiones cargados de armas y soldados llegaron al cuartel del ejército chino. Los soldados colocaron cañones y ametralladoras pesadas en lugares estratégicos, apuntando al Norbulingka. Como siempre, en los momentos difíciles, Tenzin Gyatso sintió la necesidad de consultar con el Oráculo. «Quédate —le dijo—. Procura mantener el diálogo con los chinos». Por primera vez en su vida, el monarca dudó de que la respuesta del oráculo fuese la acertada. ¿No decían sus tutores que, cuando están desesperados, los dioses mienten?

Los días siguientes se sucedieron en una confusión total. La población vivió las horas de júbilo que llevaba mucho tiempo esperando. Después de siglos de banderías y disensiones, el Tíbet recobraba su unidad, como en tiempos del rey Songtsen Gampo, el unificador del país. Pero más que una revolución contra los privilegios de la aristocracia, era sobre todo una revolución contra la tiranía del imperialismo comunista chino.

Ni los chinos ni el Dalai Lama sabían qué hacer. El inevitable baño de sangre significaría, para el resto del mundo, el fracaso del comunismo de Mao en el Tíbet, así como el de la política de no violencia del Dalai Lama. Para alegría de los rebeldes y del pueblo de Lhasa, setenta funcionarios y oficiales de la guardia del Dalai Lama

se unieron públicamente al comité de liberación, declarando que, de ahora en adelante, no obedecerían ni a los oficiales chinos ni a los ministros tibetanos.

La mañana del 11 de marzo, un acuartelamiento del ejército tibetano abrió sus puertas y los soldados empezaron a distribuir armas a la multitud. Los rebeldes levantaron barricadas en el norte de la ciudad, bloqueando la carretera del aeropuerto donde los chinos habían juntado tanques y ametralladoras. El propio Dalai Lama convocó una reunión con los líderes de la rebelión, a la que acudieron setenta jefes y altos mandos. Les rogó que quitasen las barricadas y pusiesen fin a las actividades militares. Por primera vez en la historia del Tíbet, su autoridad se reveló impotente. Los jefes de la revuelta le respondieron que habían decidido no tener en cuenta sus consejos y renovaron la exigencia de que los chinos saliesen del país. «El curso de los acontecimientos me sumió en una gran desesperación —escribiría más tarde el Dalai Lama—. Tenía la impresión de que nos abocábamos al desastre».

En efecto, el 16 de marzo el general chino mandó una carta al Dalai Lama anunciando que estaban dispuestos a atacar el Norbulingka y pidiéndole que le hiciese saber el lugar exacto donde se encontraba para no bombardear ese edificio. ¿Para salvarle la vida, o para dar en el blanco con mayor exactitud? No podía imaginarse promesa de protección más ambigua. Los ministros y miembros del *kashag*, el gabinete de gobierno del Dalai Lama, unánimemente decidieron que la hora de poner a salvo al Soberano había llegado. El oráculo también había cambiado de parecer: «Vete —le dijo—. Vete esta misma noche». A continuación, garabateó en una cuartilla las instrucciones para la huida. Según revelaciones hechas cuarenta años más tarde, el verdadero oráculo en esa ocasión había sido la CIA. Sin que lo supiera el Dalai Lama, el servicio de espionaje norteamericano, que también apoyaba a los *kampas*, había transmitido al oráculo el plan de fuga, en una operación dirigida personalmente por el entonces director de la agencia, Allen Dulles. En el preciso momento en que el oráculo entregaba al Dios Rey sus instrucciones, y como para dar mayor peso a su consejo, dos obuses de mortero cayeron en uno de los estanques del Parque de la Joya. Ya no se trataba de ganar tiempo. Era cuestión de vida o muerte.

En el momento de abandonar todo lo que había conocido, Tenzin Gyatso se sentía extrañamente sereno. No temía a la muerte. Su formación religiosa le había preparado para ver como algo natural el paso de una vida a la otra. Si debía dejar su cuerpo, otro le acogería, y después otro, siempre que su gente lo necesitase. Pero sabía que su pueblo no lo entendía así. Para ellos, el Dalai Lama encarnaba el Tíbet. Era el Preciado Protector de los cuerpos, de las mentes, pero también del modo de vida, de los valores y de la fe tibetanos. La muerte de la Presencia, o su apresamiento a manos de los chinos, hubiera sido para el pueblo el signo de que el país de las nieves entraba en una decadencia mortal. No solo Tenzin Gyatso tenía que permanecer vivo, sino

también libre. Era el símbolo que debía mantener, costara lo que costara, la esperanza del Tíbet eterno.

Al caer la noche, el joven monarca se retiró a sus habitaciones. Se despojó del hábito de monje y se vistió con las ropas y el sombrero de piel típicos de un kampa. Ataviado de esa manera, insólita para un pacifista que se había opuesto durante tanto tiempo a las acciones violentas de aquellos guerreros, entró por última vez en su santuario. Algunos monjes salmodiaban oraciones, iluminados por la tenue luz de las lamparitas de manteca de yak. Aunque advirtieron su presencia, nadie alzó la vista. Ninguno se mostró sorprendido al ver que el Dalai Lama depositaba sobre el altar una bufanda de seda blanca, gesto tradicional en el momento de partir. Los monjes sabían callarse. Uno de ellos hizo sonar unos címbalos, otro sopló en un oboe. Surgió una nota grave, como un quejido. Las vibraciones que se propagaron en la habitación tuvieron un efecto tranquilizador sobre Tenzin Gyatso. Sentado en un cojín de meditación, abrió un libro sagrado y se detuvo en un pasaje en el que Buda exhorta a uno de sus discípulos a tener valor. Luego cerró el libro. Echó una última mirada al lugar que tanta paz le había proporcionado en aquellas horas inciertas, lo bendijo y se retiró lentamente.

Se ultimaron los preparativos en el mayor de los secretos. Ni los chinos ni los habitantes de Lhasa tenían conocimiento de la huida, organizada con mano maestra por los kampas, supuestamente asesorados por la CIA, y por el capitán amotinado de la guardia personal del Dios Rey, que acompañó al Dalai Lama hasta la puerta principal del Norbulingka. Con su fusil al hombro, el soberano parecía un joven soldado anónimo. Para disimular todavía más su identidad, se había quitado las gafas. A la multitud agolpada a las puertas del palacio, el capitán de su guardia les dijo que efectuaba una ronda de inspección. Así fue como la gente les dejó pasar.

La noche era clara, estrellada. A lo lejos se veían brillar las luces del cuartel chino. Algunos perros ladraban en la oscuridad. Siempre atentos para evitar las patrullas enemigas, el pequeño grupo emprendió la huida en el silencio de la noche, solo alterado por el crujir de las botas sobre el suelo arenoso. A las diez, después de cruzar el río Kyichu, el Dalai Lama se reunió con su madre, su hermano y su hermana, que le esperaban, también disfrazados, junto a los tres principales jefes militares kampas y un joven agente de la CIA. Durante una ceremonia breve y solemne, intercambiaron bufandas de seda. Era un encuentro lleno de significado para los rebeldes: por fin el Dios Rey se encontraba entre ellos. Luego prosiguieron la marcha a través de la montaña. Su cuerpo huía, pero su pensamiento se había quedado en Lhasa. «¿Qué será de mi gente? —se preguntaba—. ¿Podrán los jefes rebeldes disolver la multitud antes de que los chinos disparen? ¿Aceptarán los invasores, mañana, renunciar a las represalias si me entrego como rehén?».

En lo alto de un puerto de 4.800 metros, el Dios Rey se dio media vuelta. Sabía que era la última vez que podría contemplar Lhasa. La vieja ciudad se extendía en el valle, y parecía tan serena como de costumbre. Tuvo el tiempo justo para pronunciar una oración antes de proseguir viaje. Había que darse prisa. Esa misma noche, el agente del Servicio de Inteligencia de los Estados Unidos envió un mensaje radiofónico a Okinawa, comunicando que la operación estaba en marcha. El mensaje fue transmitido a Washington, donde Dulles informó de inmediato al presidente Eisenhower. El Tíbet estaba perdido, pero el Dalai Lama se encontraba a salvo.

A las tres de la madrugada del 19 de marzo de 1959, mientras la caravana del Dios Rey avanzaba lentamente por las montañas, las tropas de ocupación dispararon su artillería contra el palacio de Norbulingka. El rugido de los morteros y de los cañones, en medio de las tinieblas de la noche, hizo saltar a los habitantes de sus camas. Convencidos de que el Dalai Lama corría peligro, hombres y mujeres, jóvenes y viejos tomaron las armas y se lanzaron a la calle, sin pararse a pensar en el poderío militar de los chinos. Años de frustraciones habían resucitado el viejo espíritu guerrero de los habitantes de Lhasa, así como su tradicional odio hacia el invasor. Cuando la batalla estalló, muchos abrigaban la lejana e ingenua esperanza de que el mundo exterior iba a reaccionar por fin ante el triste destino del Tíbet. Pero no sería así, excepto por la ayuda que la CIA, en el máximo de los secretos, haría llegar a los kampas. Los norteamericanos no estaban dispuestos a meterse en otra guerra de Corea o en otro Vietnam. Las noticias del alzamiento en Lhasa fueron bloqueadas en Nueva Delhi por orden directa de Nehru, que no quería poner en peligro su política de amistad con Pekín. El gran partidario de la neutralidad del bloque asiático, el defensor de las naciones oprimidas, escogió ocultar la verdad y traicionar así al pueblo del Tíbet con el que su país había mantenido lazos culturales, comerciales y religiosos desde la Antigüedad.

Sin embargo, a pesar de los esfuerzos de Nehru para cegar a las naciones del mundo, la verdad se filtró poco a poco gracias al valor y a la obstinación de un antiguo misionero inglés llamado George Patterson. Desde la ciudad de Kalimpong, en la frontera india, este profundo conocedor del país de las nieves y amigo de los kampas mandaba artículos al *Daily Telegraph* de Londres contando la increíble resistencia de los jinetes de las montañas, sus éxitos, sus combates a las puertas de Lhasa. El viernes 21 de marzo, mientras las calles de la ciudad se cubrían de muertos, salieron en primera página sus artículos. En ellos contaba cómo los chinos habían bombardeado el palacio de verano y matado a centenares de civiles. Entre los escombros, los soldados removieron cadáver tras cadáver, impacientes por encontrar los despojos del Dalai Lama. Hasta el final, el alto mando se había negado a creer en su fuga; les era indispensable acabar con el símbolo vivo del país que pensaban borrar del mapa. En represalia por el ataque al palacio de verano, los guerrilleros kampas, refugiados en la facultad de medicina de la colina de Chakpori, dispararon contra los chinos. Estos respondieron arrasando el edificio. Ese mismo día, en el interior de la ciudad, ametrallaron a todos los civiles que se habían lanzado a la calle y, con particular saña, a los que se manifestaban frente al parque móvil. El sábado por la tarde se redoblaron los combates en el centro. Chinos y tibetanos intercambiaron disparos de mortero desde los tejados, por encima de una multitud enloquecida, que recorría las calles lanzando cócteles molotov a los edificios donde se habían hecho

fuertes los chinos. Por doquier columnas de humo se alzaban al cielo, los incendios devoraban las viviendas. Las enormes murallas de piedra del templo del Jokhang resistieron el constante cañoneo de la artillería china hasta que un obús reventó la cúpula dorada y explotó entre las mujeres y los niños refugiados en las capillas. En la noche del 21 al 22 de marzo, los tibetanos del valle, del palacio de verano y del Pótala sabían ya que su lucha era desesperada. Después de dos días de intensos bombardeos, los cadáveres se amontonaban contra los muros sagrados. Poco a poco, los combates cesaron en el centro de la ciudad mientras los monasterios de los alrededores, asediados por los tanques, capitulaban uno tras otro.

Situada a cuatro kilómetros de Lhasa, la Universidad monástica de Sera era como una ciudad amurallada que trepara por la ladera de una montaña, coronada por estatuas gigantescas de Buda esculpidas en la roca. Sus callejuelas formaban un laberinto de edificios de colores y formas distintas donde vivían unos cuatro mil monjes. En contraste con las celdas oscuras y ennegrecidas por el humo del incienso, las fachadas de los templos lucían colores deslumbrantes: granate, amarillo, verde esmeralda, azul marino, oro y plata. El arte tibetano había encontrado allí su más alta expresión en las maderas labradas, exquisitamente decoradas, en los bajorrelieves y en las esculturas de bronce. Las imágenes de Buda ocupaban paredes de veinte metros de altura, había que alzar los ojos para ver el rostro del Iluminado, sonriendo serenamente. En ese universo antiguo y reglado, imbuido de siglos de honda espiritualidad, lama Thubten Yeshe había pasado diecinueve de sus veinticinco años de vida. Una vez fuera del monasterio guardaría siempre un recuerdo muy feliz de sus años en Sera: «Era un lugar maravilloso. Tan sagrado... Era un centro de educación y estudiábamos mucho. Sobre todo puntos de la filosofía budista, como la naturaleza de la realidad, la vacuidad, la doctrina de evitar los extremos. Mis necesidades corrían a cargo de la comunidad religiosa. No deseaba nada en especial. Era una vida muy pacífica y estaba convencido de que la pasaría enteramente allí».

Pero las fuerzas del destino, o del *karma*, habían decidido otra cosa. Ante los ataques de mortero y las bombas que no cesaban de explotar a su alrededor, Thubten Yeshe se vio obligado a tomar la primera gran decisión de su vida de adulto: abandonar lo que había sido su hogar desde que sus padres le dejaron allí al cuidado de un tío monje. Como muchos otros religiosos, decidió huir con un grupo de compañeros. «Me di cuenta de que tenía que irme —contaría más tarde—. O me quedaba y renunciaba a una vida de estudio y oración, o me iba del Tíbet: no había alternativa. Sabía intuitivamente que Lhasa y el monasterio se habían acabado para siempre. Recuerdo que estaba muy desesperado en aquellos días; de hecho, me costaba reprimir las lágrimas. Mis amigos decían que volvería, pero yo sabía, en lo más profundo de mi corazón, que nunca regresaría. Decir adiós fue terrible. Tuve tiempo de ir a Tolung, la aldea cercana donde vivía mi familia. Eran campesinos, y

mi hermana me suplicó que me quedase, que podía esconderme en su casa hasta que amainase la tormenta. Pero sabía que no era posible. No me atreví a despedirme de mi madre. Le hubiera partido el corazón».

Así, lama Yeshe, acompañado de dos amigos, se quitó los hábitos, se vistió de campesino y emprendió la huida a través de las montañas del Himalaya siguiendo la ruta que pocos días antes había emprendido el Dalai Lama. Por primera vez en la vida, tuvo que mendigar para comer y enfrentarse a la adversidad. Con el exilio de los monjes, el hermetismo del Tíbet dejaría pronto de existir. A la fuerza terminaría abriéndose, y su mayor tesoro, las enseñanzas del budismo mayahana, empezaría a diseminarse por el mundo. Precisamente uno de los que más contribuirían al conocimiento del budismo tibetano sería este joven lama de Sera, cuya reencarnación, años más tarde, la encontrarían sus fieles en un pueblo de Andalucía.

Entre fuertes nevadas y ventiscas, la caravana del Dalai Lama proseguía su penosa marcha cuando supieron por sus transistores las noticias de la masacre. A Tenzin Gyatso se le encogió el corazón. Lo peor había ocurrido. Y no había podido evitarlo. En el lugar donde había esperado establecer su sede temporal solo permaneció unas horas. Justo el tiempo de formar solemnemente un nuevo gobierno. Mientras los monjes salmodiaban oraciones, el Dalai Lama firmaba copias que se enviarían a todos los rincones del Tíbet. Cuando la ceremonia terminó, volvieron a hacer el equipaje. De nuevo era preciso huir. Los batidores habían señalado la presencia de tropas chinas en marcha hacia la frontera. Un destacamento de kampas partió hacia la India para solicitar asilo político para su Dios Rey. De no conseguirlo, se verían obligados a esconderle en la región de Loka, o bien pedir refugio en Bhután.

Cuatro días más tarde, con las cejas congeladas por la altura y el rostro quemado por el sol. Océano de Sabiduría, tiritando de fiebre, llegó a la última aldea del Tíbet. Una lluvia torrencial lo recibió, acompañada de una noticia: el gobierno indio aceptaba la petición de asilo. Nehru, pese a la cautela que presidía sus relaciones con China, no había podido ignorar la ola de simpatía que los indios sentían por el Tíbet. Cuando anunció al Parlamento indio la llegada del Dalai Lama, vio levantarse, como un solo hombre, a la Cámara en pleno para prorrumper en una ovación espontánea.

La mañana del 31 de marzo de 1959, después de despedirse con lágrimas en los ojos de los oficiales kampas que le habían escoltado hasta la frontera y que regresaban para continuar la lucha, Tenzin Gyatso fue montado sobre la grupa de un *dzo* negro, mezcla de vaca y de yak. Sobre esa humilde montura y enfermo de disentería, de pena y de agotamiento, el Dios Rey abandonó su país natal. Tenía veinticuatro años y el exilio por delante.

Cuando Mao se enteró de que el Dalai Lama había huido, dijo una frase que dejaría perplejos a todos los tibetanos en el exilio durante muchos años: «En ese caso, hemos perdido la batalla». Para los otros dirigentes chinos, los acontecimientos de Lhasa fueron una humillación. No solo porque China se revelaba incapaz, después de nueve años, de dominar a la minúscula población de lo que se creía era «un país de débiles monjes», sino también por la enorme propaganda que se había hecho en Pekín a propósito de la inminente llegada del Dalai Lama para asistir al Congreso Nacional del Pueblo. Furiosos, los chinos decidieron someter al Tíbet bajo el más estricto control militar y adoptar una política de represión, sin cuartel. Exactamente lo que el Dalai Lama había predicho.

En Lhasa, unas diez mil personas, una cuarta parte de la población, fueron detenidas y encarceladas. Entre los prisioneros había pobres y ricos, mujeres,

hombres y niños. Unos fueron enviados a «campos de reeducación», otros humillados públicamente y ejecutados; otros, mantenidos cerca de Lhasa, como fuerza de trabajo esclavo. Se impuso el toque de queda. Las casas de los «rebeldes» o de sus simpatizantes fueron expropiadas y saqueadas; las posesiones, divididas en tres categorías: los objetos más valiosos, joyas, oro, plata e imágenes sagradas, marcados para ser enviados a China; los muebles y las alfombras, destinados al uso del personal militar y civil chino; objetos como relojes y ropa fueron vendidos a los trabajadores de la revolución. Después de esta distribución, unos altavoces convocaron a los pobres para que se reuniesen en los comités de barrio, a fin de recibir la riqueza de los que les habían explotado. Pero lo que encontraban los mendigos era un cúmulo de sillas rotas, de cajas vacías, de ropa usada y, con suerte, alguna que otra tetera. En el campo ocurrió más o menos lo mismo. Los chinos se quedaron con los animales, el dinero y los aperos de labranza. Los pobres acabaron con el mismo tipo de objetos que les habían tocado a los de la ciudad.

Aquel saqueo planificado señaló el principio de la destrucción deliberada de la práctica totalidad de los seis mil monasterios y templos del Tíbet. Más tarde, los chinos, al darse cuenta de que habían ido demasiado lejos, alegarían que el pillaje había sido obra de la «banda de los cuatro» y de la Revolución Cultural de finales de los años sesenta. Pero la realidad es que la mayoría de los monasterios fueron arrasados entre 1959 y 1961. Fue una destrucción sistemática. Los tesoros del enorme monasterio de Sera llenaron noventa y siete camiones, de tres toneladas cada uno, que emprendieron de noche, para evitar testigos, el camino hacia China. Bibliotecas monásticas de varios siglos de antigüedad fueron transformadas en almacenes y salas de reunión. Las escrituras sagradas se utilizaron como material de combustión, o se mezclaron con abono, o bien fueron utilizadas como papel de embalaje en las tiendas chinas.

Durante años, convoyes de camiones salieron hacia la «madre patria» cargados con los tesoros del Tíbet. Mientras, las tiendas de los anticuarios de Tokio y Hong Kong rebosaban de valiosos objetos tibetanos, y las estatuas e imágenes en oro y plata, de más de mil años de antigüedad, eran fundidas en lingotes en la fábrica de moneda de Pekín.

Las calles y los parques de Lhasa fueron despojados de los nombres que aludían a la cultura y a la religión tibetanas. Como una cruel ironía, las avenidas se convirtieron en calle del Gran Salto Adelante, Avenida de la Liberación, calle del Amanecer, calle de la Alegría. El monte sobre el que, antes de la rebelión, se alzaba la facultad de medicina más famosa de la región, pasó a llamarse el Pico de la Victoria. Y los jardines del Norbulingka se convirtieron en el Parque del Pueblo. Lhasa fue quedándose sin vida mientras los chinos orquestaban una vasta campaña de propaganda destinada a disminuir, a los ojos del mundo, las dimensiones de la rebelión y a culpar de todo «a los propietarios de siervos, a los miembros de las clases

superiores». Al acusar a la aristocracia de estar en el origen de la rebelión, los chinos conseguirían desviar la atención del mundo sobre el sistema opresivo que imponían al país de las nieves. De esta manera, Pekín justificaba su control militar presentándolo como una cruzada por la defensa de los pobres tibetanos oprimidos. Estos pobres, utilizados como peones en la estrategia de los chinos, fueron obligados a «hacer la revolución», es decir, a reconocer a los enemigos del pueblo y a aplicarles los castigos correspondientes. No tenían *más* remedio que tomar parte; de lo contrario, ellos mismos eran sometidos a procesos de «reeducación». La lucha de clases se llevó a cabo con una crueldad inimaginable, enfrentando a trabajadores contra patronos; campesinos contra terratenientes; monjes contra abades; estudiantes contra profesores, y niños contra sus padres. Se cometieron excesos que sobrepasaron en brutalidad todo lo que se había hecho contra los *kampas*: ahorcamientos, decapitaciones, evisceraciones, crucifixiones, desmembramientos y linchamientos coronaban las sesiones de reeducación, las tristemente famosas *tkamzing*.

Durante el primer año después de la rebelión, miles de tibetanos murieron al término de aquellas sesiones que no eran otra cosa sino juicios sumarísimos; otros muchos sufrieron amputaciones. Monjes seguidores del tantrismo se vieron obligados, a punta de fusil, a romper sus votos de castidad, copulando en público con monjas, frente a la entrada del Jokhang. Las sesiones de *thamzing* no solo inculcaron el terror ante los chinos, sino que incluso entre los propios tibetanos se creó una atmósfera de desconfianza. Los viejos amigos no podían ya intercambiar confesiones; los padres tenían cuidado de lo que decían frente a sus hijos.

Pero fue en los centros religiosos donde la ira de los chinos se desató con mayor crueldad. Dos años después de la rebelión, de los diez mil monjes del monasterio de Drepung, uno de los mayores del mundo, solo quedaban treinta. Conscientes de que el de los clérigos era el grupo más cohesionado y potencialmente peligroso de la sociedad tibetana, los chinos, además de desvalijar los monasterios, lanzaron una campaña de desprestigio contra los religiosos, acusándolos de cometer los peores crímenes. La ignorancia china de los muchos aspectos de la práctica del budismo proporcionó unas ilimitadas posibilidades de castigo. Los monjes que habían desarrollado técnicas esotéricas de canto, que les permitían entonar tres notas al mismo tiempo, fueron enviados a sesiones de *thamzing*, bajo la acusación de poseer «voces burguesas». Siete meses después de la rebelión de Lhasa, miles de monjes fueron confinados en el primer campo de trabajo del Tíbet, situado a unos kilómetros al este de la capital. Otros fueron destinados a las minas de bórax, en el extremo norte del país. Aunque los comunistas tenían interés en mantenerlos con vida, no consiguieron su propósito. Trabajando doce horas al día, con raciones insignificantes, sin cuidados médicos y con insuficiente ropa contra el frío, casi todos murieron durante los primeros años. En los pilares de la cultura tibetana, los monasterios de

Sera y Ganden, solo quedaban un puñado de viejos religiosos que cuidaban de las ruinas. Pero al atacar los monasterios, los chinos atacaban a cada familia del Tíbet, ya que existía la costumbre de enviar por lo menos un hijo al monasterio más cercano. Al atacar a los dioses, insultaban a todo el país.

Ni siquiera el Panchen Lama, el más destacado colaborador del régimen, encontraba fuerzas necesarias para seguir defendiendo la causa de la revolución. Poco a poco fue apartándose de la línea oficial y haciendo suyas las reivindicaciones de su pueblo. A las durísimas condiciones de vida impuestas por el Ejército de Liberación del Pueblo se unió una hambruna que azotó China entera, debida al fracaso de la política del «gran salto adelante», que había impuesto al campesinado enormes esfuerzos para modernizarse. Por si fuera poco, la ruptura con la Unión Soviética había supuesto el fin de los vitales envíos de trigo. Las razones de esa ruptura había que buscarlas en la actitud de China. Que en pleno siglo xx una nación grande y poderosa intentase aplastar a una raza entera, extirpar su religión y asesinar a sus habitantes, no había hecho ni pestañear al mundo. Pero cuando las reivindicaciones chinas sobre el Tíbet se extendieron a territorios de otras naciones entonces surgieron problemas. Los chinos decidieron que todas las regiones de Asia Central donde se hablaba tibetano eran parte integrante del Tíbet y que, en consecuencia, pertenecían a Pekín. De pronto, y en virtud de ese razonamiento, reclamaron 30.000 km² de suelo ruso y 40.000 km² de suelo indio y nepalí. La Unión Soviética reaccionó violentamente, cortando toda cooperación con el antiguo aliado, repatriando a todos sus técnicos, prohibiendo la exportación de piezas de recambio, de armas y, lo más grave, de alimentos. Entonces los chinos decidieron reemplazar el grano que les faltaba con las cosechas del Tíbet. Se lo llevaron todo, lo que redujo en dos tercios la dieta media de los tibetanos. Decenas de miles de tibetanos murieron durante esa hambruna. Circulaban historias de padres que alimentaban a sus hijos moribundos con su propia sangre, mezclada con agua y *tsampa*. Muchos tibetanos se acostumbraron a comer los desperdicios que los chinos lanzaban a los cerdos. Otros comían gatos, perros e insectos. La situación en las cárceles se hizo terrible. Decir que los cadáveres apilados en los carros que todos los días salían de las prisiones se debían al hambre, estaba terminantemente prohibido.

Mientras el Panchen Lama estaba en Pekín denunciando esta situación en su calidad de presidente del comité preparatorio para la autonomía del Tíbet, cargo que había aceptado al disolverse el gobierno tibetano partido hacia el exilio, el ejército chino rodeó su monasterio, Tashilumpo, el único que no había hollado hasta entonces, y detuvo a sus cuatro mil monjes. Acusados de complicidad en la revuelta de Lhasa, aunque sin pruebas, varias decenas de abades y priores fueron fusilados al término de crueles sesiones de *thamzing*. Temiendo un destino similar o peor, otros, entre los cuales se encontraban lamas encarnados y respetables eruditos, optaron por quitarse

la vida. Los demás fueron deportados a campos de trabajo. La destrucción de aquel monasterio y de sus monjes causó una profunda impresión en el Panchen Lama. Escribió a Mao denunciando lo que había pasado, así como el caos, el hambre, los abusos y pidiendo la restauración de todos los monumentos religiosos destruidos. Mao le aseguró que sus observaciones serían tenidas en cuenta, pero la realidad es que le obligaron a dimitir de su puesto y los viejos monjes que permanecían en Tashilumpo fueron maltratados públicamente. El Panchen Lama mantuvo su postura, ahora fiel a la tradición, declarando en numerosos discursos que el auténtico líder del Tíbet era el Dalai Lama. Solo le había visto en una ocasión, a su paso por Lhasa. Eran entonces dos adolescentes de catorce y dieciséis años, marionetas en manos de los chinos. El Dalai Lama había podido sustraerse a las garras de los invasores. El Panchen, no.

Hartos del súbito cambio de actitud por parte del que siempre había sido su colaborador, los chinos le ofrecieron una última oportunidad de rectificar su postura. Le instaron a que denunciase públicamente al Dalai Lama durante el gran Festival Anual de la Oración, autorizado ese año de manera excepcional para tal ocasión. Esta vez, en lugar de atenerse a las órdenes recibidas, el Panchen Lama, ante diez mil personas y desde un púlpito en la cara sur del templo del Jokhang, volvió a pedir libertad de culto para su pueblo. Luego, en el momento en que supuestamente tenía que denunciar al Dalai Lama como reaccionario, hizo una pausa y paseó su mirada por la multitud. «Quiero expresar mi profundo convencimiento de que el Tíbet recobrará pronto su independencia y que Su Santidad podrá sentarse de nuevo en el Trono del León... ¡Larga vida a Su Santidad el Dalai Lama!». El colaboracionista se había redimido a los ojos de su pueblo. A los ojos de los chinos, sin embargo, el aliado se había convertido en el más deleznable de los traidores. Estupefactos por la magnitud de su desafío, los chinos le arrestaron inmediatamente. Poco tiempo después fue sometido a juicio, acusado de «crímenes contra el pueblo». Cuadros del partido se levantaron de sus asientos, se acercaron al Panchen Lama, le obligaron a arrodillarse frente al tribunal y empezaron a darle puntapiés y puñetazos. El espectáculo de ver a uno de los más altos lamas del Tíbet siendo maltratado de esa manera perturbó a los delegados tibetanos. Por mucho que los chinos insistieron, se negaron a participar en aquella orgía de violencia. Después del juicio, el Panchen Lama, sus parientes y su séquito fueron encadenados y llevados en camiones hacia un destino desconocido. El Panchen Lama tenía entonces veintisiete años. No se oyó hablar más de él hasta catorce años después.

Del otro lado de las montañas, el Dalai Lama descubría el mundo libre, pero la realidad dejaba mucho que desear. Después de una larga conversación con Nehru, el joven monarca, desencantado, tuvo que hacerse a la idea de que la diplomacia india no apoyaría nunca al Tíbet contra China, pues era un vecino demasiado peligroso para provocarlo. El primer ministro condicionó su hospitalidad al hecho de que el Dalai Lama mantuviese únicamente sus funciones religiosas, pero que renunciase a su papel de líder político, así como a hacer propaganda en favor de la causa de la independencia tibetana. Por otra parte, Nehru le aseguró que estaba dispuesto a conceder toda la ayuda humanitaria que fuese posible.

Durante dos meses y por agradecimiento a Nehru, Océano de Sabiduría se mantuvo en silencio. Pero lo que contaban los miles de refugiados que cruzaban los altos pasos del Himalaya sobre la determinación de los invasores de destruir su país lo llevó a denunciar públicamente las acciones de los chinos. Hizo un llamamiento para que una comisión internacional de juristas investigase las atrocidades relatadas por los refugiados. Esta comisión, compuesta por respetables hombres de leyes, estudió también la cuestión de la independencia del Tíbet. El informe concluyó que China era culpable «de los crímenes más graves de los cuales persona o nación pueden ser acusados: el genocidio, esto es, el intento de destruir, en su totalidad o parcialmente, un grupo nacional, étnico, racial o religioso como tal». En cuanto al estatus jurídico, concluyó que el Tíbet había sido un estado soberano e independiente antes de la invasión. Animado por el informe de los juristas, el Dalai Lama intentó llevar la cuestión de su país ante las Naciones Unidas. Pero eran los tiempos de la Guerra Fría, y ningún miembro de peso quiso apadrinar la causa de aquel país perdido entre el cielo y la tierra. El Tíbet resultaba bien poca cosa en el concierto de la política mundial. Una vez más, fue abandonado por todos.

El Dalai Lama rápidamente se dio cuenta de que la política no estaba hecha de buenos sentimientos ni de idealismo; ni siquiera de justicia. Sabía que no renunciaría jamás a reivindicar la libertad de su pueblo. Pero comprendió que iba a llevar tiempo. Quizá, en lo que le quedaba de vida, la justicia y la verdad acabarían por imponerse. Pero el pensamiento de la trágica suerte que corría su pueblo le torturaba. Si no podía hacer nada por los tibetanos que vivían en el país de las nieves, sí podía ayudar a los refugiados. Primero llegaron hombres solos; después, familias enteras, que aparecían con trajes de lana y botas forradas, en un país donde la temperatura alcanzaba fácilmente los cuarenta grados. Llegaban agotados, enfermos, hambrientos, con algunas reliquias religiosas como único tesoro. Contaban el viaje a través del Himalaya: las tormentas, el hielo, los aludes, los bombardeos aéreos chinos sobre las columnas de fugitivos, los heridos. Contaban que muchos compañeros habían muerto

de frío; otros, de desesperanza. De un grupo de cuatro mil refugiados que emprendieron viaje en junio de 1959, solo llegaron a la India ciento veinticinco.

Para los supervivientes, la pesadilla no terminaba con la llegada al país amigo. Tomaba simplemente otro cariz. Los refugiados eran conducidos a dos campos: el de Missamari y el de Buxa Duar, este último una antigua cárcel británica situada cerca de Bhután y compuesta por treinta barracones enclavados entre tres colinas cubiertas por la selva. «Fue un gran choque —contaría lama Yeshe, que había salido de Sera hacía más de un mes y sobrevivido milagrosamente al frío de las montañas—, lo primero que pensé era que había llegado al mismo infierno».

Esos campos, a pesar de sus terribles condiciones, suponían un esfuerzo del gobierno indio, que se había puesto de acuerdo con los partidos de la oposición para crear un comité de salvación, organismo fundamental a la hora de obtener alimentos, medicinas y canalizar la ayuda internacional. Pero el calor sofocante, la falta de inmunidad frente a enfermedades desconocidas por sus organismos y la dieta, que nada tenía que ver con la tradicional a base de cebada, mantequilla y carne, causaban estragos entre los tibetanos. Lama Yeshe odiaba el arroz con lentejas al estilo indio. Su olor le daba asco y le provocaba unos trastornos digestivos que duraban meses. Muchos fueron los que murieron de disentería, otros de tuberculosis, gripe y malnutrición. Y de tristeza, porque añoraban su tierra y querían volver para continuar la lucha. El llanto era el sonido más común en los campos, seguido por el murmullo de un Sutra recitado por algún monje solitario vestido como los demás, con ropa donada por el gobierno indio. «Era nuestro deber informar a aquellos refugiados de que no iba a ser fácil regresar —contaría el Dalai Lama—. Les tuve que decir que nos tendríamos que quedar en la India un tiempo más largo del previsto, que era necesario establecemos allí mental y físicamente».

Desinfectados, interrogados y fichados por los servicios de seguridad indios, monjes, guerrilleros y familias enteras esperaban en los barracones a ser enviados a trabajar a las carreteras del norte de la India a cambio de un exiguo salario, un plan que el Dalai Lama y Nehru habían ideado para atajar el creciente número de muertes en los campos y el sentimiento de que los tibetanos vivían de la caridad de los indios. Pero cuando el Dios Rey fue a visitar las carreteras, se le cayó el alma a los pies. Sus compatriotas no estaban acostumbrados a trabajar en aquellas condiciones, en un aire fétido y cuajado de mosquitos. Y el trabajo era peligroso; había muchos accidentes. Tenzin Gyatso, a quien le costó reprimir la emoción, no cesó de repetirles que era vital no perder la moral, que un día volverían a su país.

Aquel viaje le hizo tomar conciencia del problema de los niños. Mantenerlos como fuerza de trabajo en las carreteras equivalía a condenarlos al embrutecimiento y la miseria. Era necesario cuidarlos, vestirlos, educarlos. Ellos eran el porvenir del Tíbet. Nehru entendió el problema y fue de gran ayuda. Preocupado tanto como su

huésped por la suerte de los pequeños, en menos de veinticuatro horas creó un departamento tibetano en el seno del Ministerio de Educación. Y acordó con el Dalai Lama que los niños dispusiesen de escuelas y que estudiaran en inglés, idioma oficial de la India y lengua internacional. Recibirían una formación completa: la del mundo moderno —su historia, su curiosa filosofía, sus técnicas y sus ciencias— pero también la educación tradicional tibetana. En 1966, siete mil niños fueron redimidos de los trabajos en las carreteras.

También fueron rescatados textos antiguos y escrituras sagradas de entre las escasas posesiones que los trabajadores de las carreteras, muchos de ellos monjes, habían traído consigo. Esos textos fueron a parar al campo de Buxa Duar, donde mil quinientos religiosos se dedicaban a preservar las enseñanzas del budismo tibetano. Esa comunidad de sabios había sido creada por iniciativa del Dalai Lama, quien, preocupado por la conservación de la religión y la cultura del Tíbet, convenció al Gobierno indio para que subvencionase a un grupo de eruditos. Estos empezaron a componer litografías con piedras y tinta de doscientos volúmenes de enseñanzas sagradas, una pequeña fracción del milenario acervo cultural del Tíbet. La disciplina monástica les sirvió para recuperar el hilo de sus existencias, seguir con los estudios y emprender la tarea de salvar del olvido lo que pudieran. Lama Yeshe se contaba entre ellos. Sus amigos recuerdan que llegaba siempre tarde al debate de la mañana. Sabían que se quedaba dormido, porque pasaba todas las noches estudiando algo cuya utilidad nadie comprendía. Lama Yeshe estudiaba inglés. Lo hacía con auténtico fervor, a pesar de que sus maestros y compañeros le repetían que era una pérdida de tiempo y que mejor sería que aprendiese hindi. Pero lama Yeshe no les hizo caso, y quizás por eso acabó siendo uno de los escasos puentes entre el budismo tibetano y la cultura occidental.

Pero las condiciones en Buxa Duar eran tan difíciles que los monjes morían como moscas. Tras las oraciones matutinas, entre doscientos y trescientos hombres guardaban cola para ser atendidos por el único asistente sanitario con que contaba el campo. La tuberculosis se ensañaba con una virulencia extraordinaria, debido a que los tibetanos no estaban inmunizados contra ese tipo de enfermedad. «Soportábamos todas esas penalidades porque sabíamos que la tradición religiosa del Tíbet dependía de nosotros», diría lama Yeshe.

La visión que el Dalai Lama tuvo de la sociedad tibetana en el exilio se fraguó en su nueva sede, un antiguo acantonamiento británico llamado Dharamsala, situado a un día de trayecto de Nueva Delhi, en las faldas del Himalaya. El 29 de abril de 1960, el Dalai Lama llegó al lugar que el Gobierno indio le había designado como residencia permanente, después de cruzar algunos de los parajes más bellos de la India, campos de un verde luminoso sembrados de árboles y flores. Una casa, el Kashmir Cottage, había sido rehabilitada para acoger a Su Santidad, a su madre, sus dos hermanas, su cuñado, su maestro de ceremonias, el canciller y un grupo de secretarías y traductores. Era una vida bien diferente a la del Tíbet. En los días de lluvia, junto a la cama del Dios Rey había cubos que se llenaban con el agua que caía por las goteras. Sus distracciones eran también más prosaicas: grandes paseos por las montañas, peleas con bolas de nieve en invierno, partidas de *ping-pong* y de badminton al atardecer. Un cervatillo y dos perros apsos de Lhasa del color del oro eran sus animales de compañía.

Océano de Sabiduría descubría la sencillez, y eso le gustaba. Se afanó en derogar casi todo el antiguo protocolo que le había rodeado desde la infancia. Había descubierto que odiaba los formalismos. Quería ser accesible, mostrarlo todo, no esconder nada detrás de la etiqueta. Se libró de la rigidez del pasado, ya se le podía hablar directamente. «Las nuevas circunstancias me permitieron cambiar las cosas. En ese sentido, convertirse en un refugiado fue algo útil. Me acercó mucho más a la realidad», contaría años más tarde.

Con el dinero que le proporcionó la venta del oro y la plata que en 1950 los miembros de su gobierno habían sacado del Pótala y llevado a buen recaudo a lomos de yak, Tenzin Gyatso creó el Fondo de Caridad del Dalai Lama para impulsar la reconstrucción cultural del universo tibetano. Él y sus consejeros estaban resueltos a mantener vivo todo lo que en la cultura tradicional podía ser beneficioso para la situación presente. Si los largos ceremoniales y la pompa fueron descartados de inmediato, el teatro, la ópera, la literatura, la medicina y la religión, así como los oficios que podían ayudar a los refugiados a ganarse la vida —pintura, trabajos en bronce, arquitectura, ebanistería y tejido de alfombras— fueron ampliamente fomentados. El primer ministro Nehru mantuvo su compromiso de aportar toda la asistencia humanitaria posible. Gracias a la generosidad del gobierno indio fueron creadas veinte colonias, que acabaron acomodando la nada despreciable cifra de cien mil refugiados. Las cooperativas agrícolas prosperaron y dieron pronto lugar al resurgir de varios monasterios. Uno de ellos revestía especial importancia para los tibetanos. Era la réplica del original, situado cerca de Lhasa. Rodeado de campos duramente arrancados a la selva, en lo alto de un promontorio se erigía el templo

central de la nueva Universidad monástica de Sera. Tres décadas más tarde, albergaría a casi cuatro mil monjes, que se dedicarían, como las llamas de las lamparillas de aceite que el viento no logra apagar, a mantener viva la memoria del budismo y del Tíbet.

Mientras, la mayoría de la población rural tibetana había tomado las armas, capitaneados por los kampas, que dirigían las emboscadas y los asaltos a los puestos militares y convoyes chinos. A finales de 1961, los jefes rebeldes decidieron trasladar sus cuarteles generales a la región de Mustang, donde les era más fácil recibir armas y municiones del extranjero. Esta región es como una cuña que parte del Nepal y que penetra en territorio del Tíbet ocupando una parte del oeste del país. De cultura y lengua tibetanas, este pequeño reino que oficialmente pertenecía al Nepal estaba administrado por un rey tibetano favorable a los rebeldes. Desde su nuevo cuartel general, los kampas podían planificar y coordinar mejor sus acciones de resistencia. Las calles de Katmandú, la capital del Nepal, empezaron a recibir visitas frecuentes de esos guerreros curiosamente vestidos. Allí se reunían con sus aliados, los agentes de Taiwan y de la CIA, que desde la ruptura de relaciones chino-soviéticas había vuelto a intervenir en los asuntos tibetanos, siempre en el máximo secreto.

En el reino de Mustang la presencia de los kampas se hizo permanente, tan convencidos estaban de que tarde o temprano las naciones extranjeras se comprometerían activamente con su guerra de liberación. No se daban cuenta de que las grandes potencias estaban lejos de aportarles el apoyo que necesitaban. El antiguo misionero Georges Patterson, que tan eficazmente había informado en la prensa inglesa de la lucha de los kampas cuando la rebelión de 1959, se adentró en el Tíbet con un equipo de cámaras para filmar un asalto guerrillero a un convoy chino. Quería que su película sirviese para recordar al mundo aquella lucha remota y prácticamente ignorada. Como premio a su labor, fue encarcelado por las autoridades nepalíes, que consideraron su filmación como «un crimen mayor». La película aportaba la prueba que nadie quería ver a la luz del día. En ella, se mostraba el auténtico rostro de los guerreros kampas. Era el rostro altivo, inteligente, de soldados que conocían perfectamente su misión; el rostro de los hombres que seguían enfrentándose a los soldados de Mao. Algunos de sus ataques tuvieron unos resultados inesperados. En 1966, un grupo de jinetes tendió una emboscada a un convoy chino. Los guerrilleros descubrieron que el general de la comandancia oeste del ejército chino se encontraba entre las víctimas, y que viajaba con todos sus documentos y archivos. Fue un tesoro, no solo para los tibetanos, sino también para la CIA. El botín incluía documentos chinos en los que se calculaba que unos 87.000 tibetanos habían perecido en la rebelión de 1959, un acontecimiento que Pekín insistía en presentar ante el mundo como una revuelta menor. También contenía valiosísima información sobre un movimiento que estaba gestándose en China y que conmocionaría la vida del país y del Tíbet. Determinado a acabar con la oposición interna, Mao acababa de proclamar La Gran Revolución Cultural Proletaria, desencadenante de una época de locura colectiva, de destrucción y asesinatos.

Si China entera vivió bajo el terror de la llamada Revolución Cultural, los sufrimientos infligidos al Tíbet no tuvieron parangón. El país de las nieves representaba un desafío irresistible para las hordas de jóvenes guardias rojos. En julio de 1966, un pequeño grupo de estos guardias llegó a Lhasa para prender la mecha de su revolución. Al cabo de un mes mostraron sus cruentas intenciones. Irrumpieron en el sacrosanto templo del Jokhang y se entregaron a una orgía de profanación, destrozando sus irremplazables tesoros. Durante varios días, aquellos fanáticos quemaron escrituras sagradas, decapitaron budas y descuartizaron cuadros. Acabaron por destruir parte del templo, por convertir las piezas restantes en un matadero de cerdos y por instalar su cuartel general en las capillas, que más tarde se convertirían en la «Pensión n.º 5». Siguió un asalto despiadado contra los escasos monasterios que todavía permanecían en pie. A los tres años del comienzo de la Revolución Cultural, el paisaje del Tíbet estaba constelado de ruinas. Las tragedias personales que los tibetanos habían soportado fueron como un primer acto de lo que ahora parecía el final de la civilización, tal como la habían conocido. El patrimonio cultural del Tíbet debía ser reemplazado por los pensamientos del presidente Mao. Durante una temporada, su pequeño *Libro Rojo* debía obligatoriamente verse en la mano de los transeúntes. Los guardias chinos detenían a cualquiera, en cualquier momento, y le obligaban a recitar los pensamientos del Gran Timonel. El que se equivocaba era llevado a comisaría. La furia de los guardias rojos se dirigió también contra una raza especial de perros, los apsos de Lhasa, tenidos como reliquias de la vieja sociedad. Los tibetanos, que habían pasado sus vidas protegiendo a todos los «seres sensibles», recibieron la orden de matarlos. Los dorados apsos de Lhasa fueron desapareciendo, unos matados a palos, otros linchados, otros envenenados, víctimas de la locura humana.

En el campo, procedieron a una colectivización forzada. Aunque en teoría ese igualitarismo parecía admirable, en la práctica resultó un desastre. Muchos de los antiguos campesinos que se habían alegrado por la abolición del antiguo orden sintieron que habían perdido todo lo que habían ganado. Todos los animales, herramientas y aperos debían ser entregados a las autoridades, a cambio de una compensación que nunca llegaba. La colectivización conmocionó la vida de los nómadas, a los que se les confiscó parte del ganado. Dentro de las comunas, cualquier movimiento fuera de la casa o del campo estaba prohibido; había que pedir permiso hasta para ir a recoger leña a los alrededores. Lo más grave quizá, para un pueblo como el tibetano, es que todas las referencias a la religión fueron proscritas, como si el budismo nunca hubiera existido. Los guardias rojos forzaron a la gente a mostrar su desprecio hacia la vieja sociedad y hacia «los monjes corruptos». Los más altos lamas y funcionarios del gobierno recibieron un castigo cruel: fueron obligados a

desfilan por Lhasa llevando sombreros imitando orejas de burro, mientras sus espaldas recibían los latigazos de los guardias rojos.

La Revolución Cultural duró siete años. La gente con un mínimo de educación simplemente desapareció. A medida que las luchas internas se intensificaron, también lo hicieron las atrocidades. Las sesiones de *thamzing* fueron a menudo seguidas por violaciones y palizas en público, como ocurrió en el invierno de 1967, cuando una banda de revolucionarios se llevó a las mujeres de un grupo de nómadas, las desnudaron, las maniataron y las dejaron seis horas sobre un lago de agua helada. Una ola de suicidios recorrió el país. Muchos tibetanos prefirieron morir tirándose desde lo alto de una peña o ahogándose en el río antes que a manos de los chinos. Y eso a pesar del estigma que para un budista conlleva el suicidio.

Deducir que el Tíbet ancestral había muerto hubiera sido perfectamente lógico si la víctima de la agresión china no hubiera sido una raza pertrechada de una fuerza que desbarataba toda lógica. La energía y el valor de aquellos hombres escapaba a toda razón. La locura de la revolución de Mao hizo que muchos tibetanos emprendiesen el camino de las montañas, unos para huir a la India, otros para unirse a los rebeldes. Salvo las ciudades y las comunas, todo el país estaba sublevado. En 1968, los «caballos del viento» flameaban en casi todo el Tíbet, y los rebeldes acechaban en las horas grises del alba para llevar a cabo sus emboscadas. Los actos de heroísmo anónimo de aquellos hombres —pequeños episodios de una larga y silenciosa epopeya—, y la figura del Dalai Lama representaban para aquel pueblo, duramente castigado, casi aniquilado, las dos caras de una misma moneda: la de la esperanza. A ella se aferraban allí donde los chinos no llegarían nunca, en el secreto de sus corazones.

V.
El reino de los dioses

Toda la generación nacida a principios de los setenta había crecido bajo la férula de la Revolución Cultural. Kinsom recordaba perfectamente el día en que su madre se vio obligada a entregar sus molinillos de rezo, sus bufandas sagradas y sus lamparillas de manteca de yak a unos adolescentes que lucían el uniforme de los guardias de Mao, para que estos los lanzasen a la hoguera. Su madre consiguió esconder algunas imágenes sagradas. Las enterró a los pies de un árbol. De vez en cuando, las sacaba para venerarlas y Kinsom, niña aún, no era consciente de que su madre arriesgaba la vida cada vez que lo hacía. También recordaba la desesperación de su padre cuando lo obligaron a entregar casi todo su ganado a las autoridades, en virtud de la colectivización que acometieron los comunistas. El fanatismo de las hordas maoístas llegó al absurdo de prohibir los refranes tradicionales y tararear las viejas canciones. Su padre se enteró de esta nueva orden el día en que fue arrestado por silbar inadvertidamente un estribillo. Los guardias rojos le hicieron saber a palos que todos debían hablar el nuevo idioma revolucionario. Hasta las expresiones «por favor» y «gracias» quedaron proscritas, así como la antigua costumbre tibetana de sacar la lengua y hacer un chasquido en señal de saludo cariñoso. Kinsom recordaba también que su padre, antes de acudir al mercado de ganado, tuvo que cortarse su tradicional melena para evitar que los cachorros de Mao lo rapasen en plena calle.

Cuanto mayores eran las poblaciones, mayor era la represión. Yandol había crecido en Tolung, un pueblo grande, situado a una hora de Lhasa. El recuerdo de la ejecución de dos de sus tíos, monjes, no la había abandonado desde su infancia. Sus padres, muy piadosos, habían sufrido, como los demás, las prohibiciones religiosas. Durante la peor época, el simple movimiento de los labios al rezar le valía a uno ser acusado de contrarrevolucionario, lo que implicaba crueles sesiones de *thamzing*. Quizá había sido la férrea prohibición de orar o de encender lamparitas de aceite lo que había empujado a Yandol hacia la religión. ¿No dicen que lo prohibido atrae a los niños? Lo cierto es que los hogares del Tíbet resistían al terror. Cuanto más despiadada se hacía la represión, mayor conciencia existía del deber de aferrarse a lo propio. Tanto los padres de Kinsom como los de Yandol, así como la mayoría de las familias, enseñaban a sus hijos a leer las escrituras y a meditar en secreto. Seguían en contacto con monjes, que no estaban autorizados a llevar el hábito pero que seguían cultivando la fe. Algunos aprendían de memoria textos sospechosos de acabar en la hoguera. En el alto país de las nieves, el espíritu luchaba desesperadamente por sobrevivir. Y el fruto de esa lucha había germinado en las nuevas generaciones.

Refugiarse en los recuerdos de la infancia era otra manera de luchar contra el frío de las altas cumbres. Por las mañanas, Kinsom y Yandol se despertaban sin saber si estaban vivas o muertas. Al abandonar el lugar de acampada, dejando tras de sí los lechos de piedras, aquellos viajeros del fin del mundo tenían la sensación de haber

franqueado una nueva etapa hacia la libertad. El nerviosismo del guía les servía de acicate, aunque su brusquedad llegaba a ser hiriente. El hombre no dudaba en dar empujones y hasta en insultar a los que se retrasaban o hacían demasiado ruido. Sabía que cualquier incidente, por pequeño que fuese, podía ser fatal. Los riesgos acechaban en cada esquina del camino y él, como máximo responsable, no podía permitirse un solo error. A pesar de su carácter autoritario, Kinsom y Yandol habían llegado a la conclusión de que era un buen hombre. Simplemente, tenía el mal genio de las personas de buen corazón, pensaban ellas.

Llevaban dos semanas de viaje, y, sin embargo, a todos les daba la impresión de que habían abandonado Lhasa hacía meses. Era una travesía inacabable. Cada día que pasaba traía su lote de miedos y angustias. Cuando no eran las tormentas, eran las patrullas fronterizas, y, si no, el frío. Un día sin nubes de pronto descargaba sobre ellos una tormenta de nieve o de granizo, sumiendo a los viajeros en la semioscuridad y tiritando de frío. Luego las nubes desaparecían como por encanto. Los pasos entre aquellas gigantescas montañas a menudo discurrían entre cañones y allí el frío era aún más acerado, como si sus escarpadas paredes mantuvieran todo el año encerrado el invierno entre sus muros de piedras negras.

Todos estaban preocupados por el niño. Todavía podía caminar, pero... ¿por cuánto tiempo? El muchacho guardaba silencio estoicamente, como si no fuera consciente de la gravedad del mal que le estaba corroyendo las extremidades. El anciano de mirada infinita seguía a buen ritmo; era tan ligero que a veces parecía volar, como si fuese inmune al cansancio. Tenía prisa. No temía a la muerte, temía no poder cumplir con su sueño. Recibir una bendición del nieto era la culminación de su vida, una vida truncada por los trágicos acontecimientos que se habían abatido sobre su país. Aquel viaje era la oportunidad de cerrar el ciclo, como si no hubieran existido las interferencias de la historia, como si no hubiera existido el dolor de la separación. Los kampas, una vez pasados los ardores de la ceguera de las nieves, se mostraban tan resistentes que parecían capaces de marchar a través de las cumbres durante meses. Estos kampas lógicamente no tenían caballos, pero iban armados con dagas envainadas en soberbias fundas de plata labrada. Ellos y los goloks de la región de Amdo eran los dos únicos pueblos autorizados por el gobierno chino a llevar armas. La razón esgrimida era que los nómadas tenían que defender sus rebaños y a sí mismos de los animales salvajes. Pero la verdad es que los chinos nunca consiguieron desarmarlos, aunque lo intentaron en más de una ocasión.

Para atravesar los arroyos helados que, como lenguas de hielo, surgían de entre las cumbres, siempre había un kampa dispuesto a coger al niño en brazos. El agua, en esas alturas, corre por todas partes. Parece surgir de las entrañas de la tierra, de las grietas, de la sombra de las rocas para alimentar los gigantescos ríos de Asia: el

Mekong, el Brahmaputra, el río Amarillo... La vida de miles de millones de campesinos del otro lado del Himalaya depende de esos torrentes que acaban irrigando sus tierras. El Tíbet, sobre cuyas mesetas dormitan dos mil lagos de aguas turquesas, es el gran aljibe de Asia.

El guía seguía con la vista el curso de los torrentes para descubrir gargantas y abras. El cauce de las aguas le mostraba el camino. Pero en ciertas partes había tantos riachuelos y eran tan anchos que convertían la marcha en una penosa carrera de obstáculos. Para cruzar sin mojarse los pies trataban de colocar a intervalos, en los sitios menos profundos, grandes piedras, pero estas se cubrían en seguida de una fina capa de hielo resbaladizo. Les arrojaban arena encima y saltaban. Kinsom estaba empapada de tanto resbalar sobre ellas. En cuanto entraban un poco en calor surgía otro riachuelo, torrencial y salvaje.

Por la noche, las monjas, cubiertas por las mantas, se quitaban sus calcetines y los ponían a secar junto a la hoguera, cada vez más pequeña, pues se estaban acabando las provisiones de boñigas de yak. Luego se daban largos masajes en los pies. Aquellas jóvenes sabían enfrentarse a la adversidad con la serenidad de mujeres maduras. Eran como sus antepasados, que hacían peregrinaciones de un lado a otro del país, sorteando las mismas dificultades y la mayoría de las veces en condiciones mucho más extremas que las suyas. Aquellos viajes que fácilmente duraban tres años suponían una ruptura completa con la familia y la aldea. No estaban seguros de regresar, pero el que moría en el camino se aseguraba una buena reencarnación. La diferencia era que aquellos viajaban con la intención de purificarse; estos, para huir del enemigo.

Al frío se sumaba el problema de la falta de comida. Las provisiones de las religiosas empezaban a escasear. Aunque no les quedaba ni mantequilla ni sal, el hambre no era tan acuciante como para justificar pedir algo a los demás. Las jóvenes tibetanas se jactan de ser independientes. Desde el principio del viaje, todos se habían mostrado muy atentos con ellas. Fieles a sí mismos, los tibetanos admiran y respetan a sus religiosos, hombres o mujeres. Ven en ellos el espíritu de su tierra, los guardianes de su memoria. Las mujeres lo sabían y, precisamente por ello, estaban dispuestas a aguantar los retortijones del hambre.

«Ya queda menos... ¡adelante!» La mañana en la que el guía pronunció aquellas palabras, Kinsom y Yandol tomaron la última ración de carne seca que les quedaba. Se miraban en silencio y masticaban con parsimonia, como para exprimir todo el jugo del alimento. Luego se levantaron, guardaron sus enseres y emprendieron camino sin decir nada, aunque les crujía el estómago.

Empezó como un día espléndido; el sol refulgía en aquella atmósfera helada y era tal el frescor del aire que las lágrimas acudían y refrescaban las mejillas quemadas. El anciano se secó con la manga del chaquetón; hacía más de sesenta años que no derramaba una lágrima. El paso al que se dirigían era el más alto, y el último. De lejos semejaba una V recortada contra el cielo. A medida que el camino se empinaba, empezó a soplar un fuerte viento del norte que levantaba polvo de nieve y no permitía ver. Avanzaban casi a cuatro patas, la cabeza gacha, el rostro cubierto por el pasamontañas, absortos en las pisadas del que iba delante para no perderse, y para asegurarse el terreno. Un paso en falso significaba bajar rodando más de medio kilómetro. Cada poco tenían que detenerse, jadeantes, con los pulmones a punto de estallar. Los efectos de la altura y de la falta de oxígeno se hacían notar ahora con redoblada intensidad. Hasta el guía tardaba en recuperar el aliento y había aminorado el ritmo. Los pasos eran cada vez más cortos, el recorrido más penoso. Un enorme cansancio, como un pesado manto que nublaba los sentidos y entorpecía los movimientos, se abatió sobre la columna de fugitivos. Cada obstáculo en el camino disparaba los síntomas del mal de altura. Sin apenas notarlo, sus corazones se ponían a latir frenéticamente para compensar la falta de aire. Kinsom, además, sentía un zumbido en los oídos; a Yandol le entraron náuseas y dolores de cabeza y llegó un momento en que pensó que no podía más. «Dejadme aquí —dijo—, ya os alcanzaré». Tenía los labios cortados, los ojos inyectados en sangre, abría la boca como un pez, pero su amiga Kinsom no dejó que la venciera el agotamiento. «No podemos pararnos», le decía mientras la levantaba por la cintura y la empujaba para ayudarla a subir. Sabían que la tempestad podía hacerse tan fuerte que uno podía morir ahogado por los cristales de nieve que se fundían en los pulmones.

De pronto notaron la ausencia del niño. Todos pensaban que iba acompañado de un adulto hasta que el guía, después de juntarlos a todos, se percató de su desaparición. Pidió a otro kampa que lo acompañase y regresaron por el camino que tan laboriosamente habían recorrido, extremando el cuidado para no caer y rodar por la pendiente. A pesar de la fuerte ventisca, no tardaron en descubrir la silueta agazapada del muchacho entre unas rocas. Tenía los labios azules, el pelo, las cejas y el borde del pasamontañas cubiertos de hielo. Estaba inmóvil, en posición fetal. Parecía resignado a quedarse allí, como si estuviera esperando la muerte. Había caído rodando y no había tenido fuerzas para ascender de nuevo por la empinada cuesta. Ni siquiera había llorado. Respiraba entrecortadamente; no sentía ni los pies ni las manos. El kampa lo cogió en brazos y el guía le ayudó a colocar al niño sobre sus espaldas. Echaron a andar, lentamente. El guía friccionó vigorosamente el cuerpo, los pies y las manos del niño para hacer que la sangre corriese de nuevo, para que la vida no abandonara a aquel cuerpo infantil. El niño se quedó adormilado, la cabeza

apoyada contra el cuello de su porteador. Sonreía beatíficamente, como si se encontrara en el nirvana en vez de en medio de una infernal tormenta de nieve y granizo. Cuando se reunieron con el resto del grupo, el kampa, agotado, dejó al niño en el suelo, pero este no pudo mantenerse en pie; no tenía fuerzas ni para conservar el equilibrio. Las monjas le ofrecieron té e insistieron en que se moviese, pero el muchacho las miraba con una expresión de impotencia, como pidiendo perdón por su debilidad. Todos sabían que continuar llevándole a hombros sería fatal: de no moverse, se congelaría. Pero no había otra solución. Así que un tercer kampa se lo cargó a las espaldas, y otro se ofreció para turnarse con él, mientras los demás aprovechaban cualquier pausa para masajearle los pies y las manos. El grupo no tuvo más remedio que reducir la marcha, procurando acompañar la respiración con los movimientos. El viento siguió soplando durante largas horas y por un momento pareció que Yandol también se desplomaría. Iba más despacio que los demás, y se sentía responsable por retrasar al grupo. Cuando por fin amainó el viento, quiso hacer una pausa, pero el guía no se lo permitió. Temía que las ráfagas volvieran a abatirse sobre ellos y que esta vez fueran más violentas. Más de una vez había tenido que quedarse tres y cuatro días esperando a que se calmara el viento. Por eso ordenó continuar la marcha. Yandol, cabizbaja, como una autómatas, jadeante, no tuvo más remedio que obedecer.

Al llegar al límite de sus fuerzas, los tibetanos son capaces de sacar una energía que parece sobrehumana. ¿Espíritu de supervivencia? ¿Capacidad de superación? ¿Fe? Si la fe mueve montañas, en el Tíbet sirve sobre todo para franquearlas.

Después de cruzar collados cubiertos de nieve, sobrecogedores en la inmensidad del silencio, llegaron al paso más alto, coronado por dos picos que semejaban centinelas de un palacio. Todo el grupo de exhaustos viajeros se detuvo. El niño se apeó de la espalda del kampa y consiguió mantenerse en pie y dar unos pasos. También él estaba mudo de emoción ante el efecto de la altura, el cansancio, la grandiosidad y la belleza. El ulular del viento, ahora más débil y lejano, ponía música al sublime paisaje. Los glaciares brillaban con la luz dorada de la tarde. Manchas de nieve eterna decoraban las vertientes de las montañas más próximas, colosales, majestuosas. Allá, a lo lejos, brotaban manantiales cuyas aguas discurrían como hilos de plata resplandecientes entre las laderas de los macizos. Las montañas descendían en el horizonte como una monumental escalera que llevase al Nepal. Mucho más abajo, tras la franja arbórea, empezaba el mundo de los hombres.

Pero todavía se encontraban en el reino de los dioses. Los rayos de sol iluminaban las altas cumbres mientras el valle abrazaba los últimos rubores del crepúsculo. Las estrellas se iban encendiendo en el firmamento y la luna se alzó sobre el Tíbet. Al rato descubrieron un pequeño cúmulo de piedras, coronado por un palo, en el que debía de haber ondeado un banderín de rezo, un caballo del viento. Los viajeros,

reunidos en silencio alrededor de aquel altar, colocaron bufandas de seda blanca, símbolo de buena suerte. El eco de sus plegarias se desvaneció hacia el Everest, el *Chomolugma*, la diosa madre del mundo.

Las mujeres avanzaron hasta el borde de la montaña. Se habían olvidado del hambre y la fatiga. El viento cesó. Abajo, entre la bruma del anochecer, se presentían valles recubiertos de una densa vegetación, pueblos donde vivían familias, donde los niños correteaban, donde los animales se apretujaban al calor de los establos. Allí abajo estaba la libertad.

Se quedaron largo tiempo disfrutando de aquel momento único, irrepetible. Vivir esos instantes, largamente esperados, había forjado la voluntad de Kinsom y Yandol de resistir en las mazmorras de Gutsa. A esa hora, las celdas de la cárcel se estarían abriendo para la prisionera encargada de vaciar el cubo. A esa hora... ¿cuántos estarían sufriendo las secuelas de las torturas del día? ¿Cuántos estarían gimiendo de dolor? Pensaron en sus amigas, en Ani Choki, en las mujeres de Drapchi, en sus aldeas. Kinsom se imaginó a su padre volviendo con el rebaño; a su madre preparando *tukpa*, sopa de tallarines con verdura; a sus hermanos, jugando a la última luz del día. Los demás viajeros parecían pensar en lo mismo, como si aquella belleza les hiciera verlo todo con los ojos del corazón. Llegados a ese hito en el camino, se imponía volver la vista atrás. Y para todos ellos recapacitar sobre el viaje era hacerlo sobre sus vidas. Lo peor quedaba atrás, o por lo menos eso parecía desde aquel balcón del mundo. La apuesta por la huida estaba casi ganada. Todos experimentaban una tranquila euforia, la sensación de ser unos privilegiados por haber llegado al lugar más alto, más remoto, más inalcanzable. La embriagadora sensación de ser libres e independientes.

El guía, sin embargo, les dijo que era demasiado pronto para echar las campanas al vuelo. Todavía les acechaban muchos peligros. Empezando por el viento, que en cualquier momento podía levantarse de nuevo y dejarlos clavados en lo alto de la montaña. Y el frío, y la deshidratación. Al no poder derretir la nieve, no había agua que beber. «Hay que bajar un poco y buscar un lugar para acampar», les indicó. Se acomodó la mochila y prosiguió por el sendero, solo, resollando y con paso decidido. El niño había recobrado las fuerzas y dijo que prefería caminar a ser llevado a hombros. Pero avanzaba despacio, y toda la columna se resentía.

Bajaron por un glaciar, entre morrenas, que parecían estatuas esculpidas por alguna divinidad. Mantenerse en pie seguía siendo una acrobacia. Resbalaban, tropezaban, volvían a caerse. El niño insistía en andar solo. Curiosamente, era el que mejor guardaba el equilibrio, quizá porque pesaba menos. En esa zona, a causa del fuerte viento reinante, el guía temía los aludes. Les ordenó caminar en silencio porque sabía muy bien que a veces bastaba un grito para desencadenarlos, tan precaria es la estabilidad de las masas de nieve. Una tarde, mientras estaban preparando la acampada, medio deshidratados y exhaustos, oyeron un ruido sordo que fue transformándose en un estruendo. El niño, aterrado, se agarró a la chaqueta del guía. El anciano escrutó el horizonte, de pronto señaló a lo lejos, cerca de la ruta que habían seguido la víspera, unos témpanos suspendidos en una gran pared de hielo que se inclinaban y oscilaban. Terminaron por hundirse en el vacío, originando una monstruosa cascada de bloques grandes como casas. Aquel terrorífico derrumbe de hielo parecía estar cayendo sobre ellos. Kinsom y Yandol estaban sobrecogidas por aquella visión del fin del mundo. El alud provocó una pequeña tormenta de nieve que llegó hasta el campamento. Luego el ruido atronador cesó, la nube de nieve levantada cayó lentamente, y la paz volvió.

Al susto siguió el hambre y la sed. A falta de madera o de boñigas de yak para derretir el hielo, chupaban la nieve, pero pronto se les helaba la boca. Casi nadie tenía ya víveres. Kinsom se mareaba y su compañera se encontraba tan débil que solo pensaba en dormir. No tuvieron más remedio que aceptar el poco de *tsampa* que les ofreció el anciano. El hombre sonrió, como si para él fuese un triunfo desprenderse de su última comida. Los tibetanos, cuanto más ligeros de equipaje, más felices se muestran.

El paisaje de hielo y las enormes extensiones pedregosas parecían no tener fin. El desnivel era tan pronunciado que tenían la esperanza de ver pronto los campos, los caminos, quizá una presencia humana. Estaban llegando al Solo Khumbu, el país de los *sherpas*, el pueblo más famoso del Himalaya.

Con cuarenta mil personas, es decir, una milésima parte de la población del Nepal, esta minoría se hizo célebre en el mundo entero cuando las expediciones occidentales empezaron a conquistar las cumbres en los años veinte y treinta. Valientes, robustos, buenos conocedores de la montaña, muchos campesinos *sherpas* se convirtieron en porteadores de la mayoría de las cordadas. Hasta el punto de que la palabra «*sherpa*» adquirió en Occidente el significado de guía o porteador. El más conocido de todos fue, sin duda, Tensing Norgay, que junto al neozelandés Edmund Hillary y tras cinco intentos fallidos coronaron por primera vez el Everest en 1953. Pero los *sherpas* constituyen un pueblo diferenciado, con sus propias costumbres, budista como el tibetano y no hindú como la mayoría de los nepalíes. Una de sus

creencias, la leyenda del Yeti, el abominable hombre de las nieves, se ha hecho popular en todo el mundo. Muchas expediciones han ido en su busca. Hasta ahora, lo único que se ha encontrado son algunas sorprendentes huellas de treinta centímetros de ancho por quince de largo, lo que ha dado lugar a la teoría de que a lo mejor se trata de una especie de humanoide primitivo, de la que quizá unos cuantos individuos hayan logrado sobrevivir. Su hábitat serían los brumosos e innumerables cañones del Himalaya, inhóspitos para el ser humano. Como la mayor parte de la región del Himalaya sigue siendo, desde el punto de vista biológico, *térria incógnita*, todavía subsiste la sospecha de que su existencia no sea una mera fábula. Desde luego, tibetanos y *sherpas* creen firmemente en la existencia del Yeti. Muchos aseguran haberlo visto durante la travesía de las montañas. Incluso llegan a aconsejar que, para escapar a sus garras, hay que correr en la dirección del viento, para que los largos pelos del Yeti le nublen la vista y se vea obligado a abandonar la persecución.

Llevaban más de tres horas caminando cuando el guía frunció el ceño, lo que inmediatamente inquietó a los demás. Señaló hacia abajo, hacia una especie de terraplén donde se veían puntitos: parecía un campamento. «Pueden ser contrabandistas o bandoleros», dijo. No todos los tibetanos huían de su país; había también los que regresaban. Eran la otra cara de la moneda. Solían ir bien equipados, bien alimentados y bien armados. Atacaban las columnas de refugiados para despojarlos de todas sus pertenencias. Sin embargo, el guía no se inquietó, porque llevaba una escolta de kamps.

Cuando a las cuatro de la tarde de aquel mismo día, el médico español Jordi Risa salió de su tienda de campaña en el campamento base de su expedición, situado a cinco mil metros de altura, para discutir con el guía *sherpa* la mejor manera de seguir ascendiendo, de repente vio una fila de puntitos que bajaban de las cumbres.

«Estábamos extrañados... —contaría Jordi, de mediana edad, aspecto deportista y pelo canoso—. También los *sherpas* estaban perplejos. Nadie entendía qué hacía allí aquel montón de gente. Se nos ocurrió que podían ser contrabandistas». Hacía varios días, un grupo de tibetanos, vestidos con gorros, botas de piel y zamarras de cuero se les había acercado. Iban borrachos de *chang*. Les habían pedido *whisky* y el médico les había ofrecido té. Luego habían exigido una tienda para dormir. Como iban armados de cuchillos y parecían bandidos medievales, el médico dio orden a los *sherpas* de montarles la tienda, pero en cuanto estuvo lista pidieron una para cada uno. Entonces, Jordi se plantó ante ellos, diciéndoles que no levantarían más. Hubo un tira y afloja, e imprecaciones mutuas que despertaron e hicieron salir a los demás expedicionarios de sus tiendas. Cuando los extraños se dieron cuenta de que los montañeros eran más numerosos de lo que en un principio habían calculado, decidieron irse. Al cabo de una hora, Jordi recibió una llamada por radio del otro campamento: «Oye, aquí hay un grupo de tibetanos que se están pasando...» «Vamos para allá», les respondió. Así que tuvieron que ir hasta allí para ahuyentar a los salteadores.

Era imposible distinguir a los que bajaban desde lo alto, aunque Ang Kami, el *sherpa* que dirigía la expedición, al observarlos con sus gemelos dedujo que eran refugiados. También era difícil predecir el tiempo que tardarían en llegar. La columna caminaba a orillas de un glaciar, subían por un montículo de piedras y luego bajaban, subían y bajaban... Al fondo, coronando la escena, la asamblea de los gigantes al completo: el Cho Oyu, el Everest, el Lhotse, tan enormes que parecían no pertenecer a esta tierra. Jordi y Ang Kami encendieron una pequeña hoguera para ayudar a los refugiados a orientarse. El médico pensaba que estarían allí al cabo de unas horas. Por la noche todavía no habían llegado. De nuevo comprobó lo fácil que es equivocarse con las distancias en el Himalaya: es el paisaje de la desmesura. A la mañana siguiente, el médico se despertó a las siete, como todos los días, para ver el tiempo que hacía. Tal como había predicho Ang Kami, el cielo estaba totalmente despejado. Una leve nevada nocturna había dejado tres dedos de nieve sobre las tiendas. No vio rastro de los refugiados. Cuando la luz inundó los glaciares, el médico escudriñó la montaña en su busca. Por fin los localizó: los puntitos eran ahora una mancha que avanzaba tenazmente. Los refugiados no llegaron hasta el mediodía. De cerca parecían mendigos. «Primero apareció una especie de guía —contaría Jordi—. Llevaba unas gafas de sol amarillas y unos zapatos normales y corrientes. Luego llegaron los demás... Algunos llevaban chaquetas, camisas y zapatillas deportivas.

Iban vestidos como si fuesen a pasear por las Ramblas de Barcelona». Ellos, los montañeros, llevaban botas de alta tecnología, hechas con materiales muy sofisticados, medias de seda, doble par de calcetines de lana, camisetas isotérmicas, jerseys, anoraks forrados de plumón... y aun así pasaban frío. «Los refugiados habían dormido al raso, con temperaturas bajo cero. Parecía increíble que hubieran sobrevivido en aquellas condiciones». El médico no sabía que llevaban así casi tres semanas, aunque pudo haberlo sospechado por el lamentable estado físico que mostraban. Casi todos estaban heridos. Los kampas tenían los ojos quemados. «Los que llevaban gafas de sol tenían las pestañas quemadas por la reverberación. Había un niño, que iba solo, y su estado era tremendo. Estaba mucho más agotado que los adultos. Todos parecían muertos de sed». Después de darles de beber, Jordi los examinó detenidamente: el niño tenía los pies ennegrecidos. El peligro de infección era alto, ya que el tejido necrosado carece de defensas. El médico trató de valorar si la parte congelada, los dedos del pie, podrían regenerarse. Su pronóstico fue pesimista. Por ahora, lo único que podía hacer era desinfectarlos con un antiséptico. Las mujeres también tenían los pies en un estado lamentable, hinchados, rojos, con ampollas y sabañones, pero no mostraban signo alguno de congelación.

Mientras el médico se dedicaba, con ayuda de los *sherpas*, a curarles, a darles arroz, té y algo de ropa, Yandol, siempre curiosa, se dio una vuelta por el campamento. Las tiendas albergaban a una docena de aficionados al montañismo que Ang Kami había reunido para organizar una expedición al Cho Oyu, la séptima cima más alta del mundo. Aparte del grupo de españoles, había italianos y franceses, todos locos por la montaña y, como comprobó Yandol, siempre dispuestos a hacer un buen negocio. Uno de ellos se encaprichó de su chaquetón de antílope. La mujer se lo quitó, un poco apenada por la idea de desprenderse del único recuerdo que se había llevado de su casa. Pero necesitaba dinero para su estancia en el Nepal y pensó que su libertad bien valía una prenda. El chaquetón resultó demasiado pequeño para el cuerpo del alpinista. Yandol se quedó sin dinero, pero feliz por conservar su segunda piel.

Ese encuentro con los *sherpas* y los extranjeros les devolvió a todos la moral: comieron, bebieron y descansaron un día entero. Descanso físico, pero sobre todo mental, ya que no tendrían que enfrentarse a situaciones límite o desconocidas. Al atardecer empezó a brotar de la garganta del anciano, como por sí misma, una cantinela que venía de los tiempos en los que todavía los pueblos y los valles no habían perdido su nombre. Era una canción de cuna que durante centenares de años había arrullado a los recién nacidos del Tíbet. Cada fibra de su cuerpo seguía suavemente la melodía. A pesar de su edad, no podía impedir que su viejo corazón se estremeciese al sentir de nuevo, como en una nebulosa, los instantes impregnados de la noche de los orígenes. Con aquella canción, que parecía concebida para apaciguar

el alma de la tierra asustada por la llegada de la noche, el viejo tibetano percibía su propia vida en la del universo. Y parecía preguntarse de qué servía una vida más larga que las otras si pronto se disolvería como las más cortas. ¿Para qué tanta sabiduría cuando lo único útil era —ahora lo veía muy claro— aceptar esa disolución? Arriba, las cumbres brillaban con color púrpura. Y el viejo confesó a Kinsom y a Yandol que su mayor deseo en el momento de morir sería escuchar aquella canción, que le recordaba a su madre. Así disiparía esa soledad tan antigua, su mejor amiga y su auténtica familia, y se dormiría, él, el viejo, el vagabundo, el sabio, como un niño. Las montañas, poco a poco, fueron adquiriendo el color de la ceniza.

Por primera vez desde la salida de Lhasa, el guía parecía feliz. El olor de la madera quemándose, el baile de las chispas, la presencia tranquilizadora de los extranjeros, las entrañas confortadas por un té salado y denso, la voz del anciano, cálida como la savia, que repetía aquel canto hasta las puertas del sueño, aquella plenitud le había cambiado el humor. A Kinsom le extrañó verlo bromear con los porteadores; a pesar de todo, seguía sin sonreír y la mujer había llegado a pensar que tenía una imposibilidad física para estirar los labios y mostrar los dientes. Pero el feroz guía se comportaba como uno más. A la generosidad de los *sherpas* respondía con el característico buen humor de los hombres de la montaña. Lo que demostraba, a ojos de las religiosas, que todos los hombres llevan dentro la semilla de un buda.

«Cuando las cosas se ponen difíciles, lo primero que hacen los *sherpas* es preocuparse de ti», decía el médico español. También lo habían hecho, y con más razón, con sus primos tibetanos. Esos hombres sencillos se comportan con una sabia serenidad y con sincero afán de ayudar a los demás. La montaña les ha enseñado que para sobrevivir en las alturas la solidaridad es fundamental. Cualquier resentimiento, cualquier conflicto puede adquirir una dimensión trágica en el aislamiento de las cumbres. Entre ellos no caben los sentimientos ocultos, la envidia, la codicia o el afán de lucro. Por eso, el comportamiento de algunos extranjeros les resulta incomprensible. Recientemente, una expedición de japoneses, en sus ansias por llegar a la cima, había pasado de largo sin auxiliar a un miembro de una expedición rival, lo que significó la muerte del alpinista. Para los *sherpas*, como buenos budistas, cumplir con su deber importa más que el éxito o la recompensa. Debido a su fe en el *horma*, son tolerantes y nada proclives a juzgar, sabedores de que las malas acciones recibirán su merecido.

El médico español sentía un profundo afecto por los *sherpas*, lo que, unido a su afición por la montaña, le hacía regresar con frecuencia al Nepal. Su amistad con Ang Kami, un hombre de aspecto juvenil, serio, suave en el trato, no había sido del todo fortuita. Se conocieron a través de sus respectivas mujeres, ambas originarias de Cataluña. En efecto, la mujer del *sherpa* era una maestra llamada Victoria Subirana. En principio, él se había casado únicamente para ayudarla a obtener un visado que le permitiese quedarse en el Nepal. A los veintinueve años, Victoria Subirana había plantado su trabajo, su novio, una vida cómoda y estable en un pueblo de Gerona para montar una escuela para los niños más pobres y marginados de Katmandú. Luchando contra la miseria del Nepal encontró un sentido a su vida. Cuando la escuela llevaba varios meses funcionando, la policía se presentó para decirle que había sido denunciada por trabajar con un visado de estudiante. Iban a deportarla. La mujer removió cielo y tierra para conseguir fondos; había involucrado a tanta gente para llegar a aquel punto que la idea de abandonarlo todo le resultó insoportable. Entonces aceptó la propuesta de un amigo suyo, un lama vinculado a la comunidad *sherpa*, para que se casase a fin de conseguir los papeles. La historia tenía que haber acabado all , pero ella y Ang Kami continuaron viéndose y, después de «casados», empezaron a salir juntos. De esa manera, lo que en un principio pareció un matrimonio de conveniencia se transformó en una historia de amor. Tuvieron un hijo, y más tarde adoptaron una niña de las montañas. Victoria Subirana se convirtió en Vicki *Sherpa*; su escuela, en una institución ejemplar, y su marido, Ang Kami, en dueño de una agencia de viajes que sigue organizando expediciones para europeos.

Antes de partir, Ang Kami aconsejó al guía dar un pequeño rodeo, en dirección este, para evitar los puestos fronterizos más importantes.

Los policías conocen las rutas de los refugiados y saben sacar provecho de ello, bien extorsionándoles o bien entregándoles a los chinos a cambio de una recompensa. La región es un hervidero de ladrones, de policías corruptos, de delincuentes de toda clase; recientemente hubo un tiroteo entre policías y un grupo de fugitivos que se negaron a pagar el soborno. Ang Kami sabía que todos los meses, entre treinta y ciento cincuenta emigrantes clandestinos eran devueltos al Tíbet, a pesar de las protestas de los miembros de ACNUR, Alto Comisariado de las Naciones Unidas para los Refugiados, que trabajaban en la zona.

Las monjas habían oído esas historias en Lhasa, pero prefirieron olvidarlas. Pensaban que era una cuestión de suerte y que, del mismo modo que habían sobrevivido al mal tiempo, tampoco caerían en las garras de la policía. Sin embargo, mientras estaban recogiendo sus enseres y despidiéndose de los *sherpas* y los montañeros, empezaron a tener miedo. Sabían que la rueda de la vida no se detiene: ¿No dice el refrán, «mañana o la próxima vida; nunca se sabe qué llegará primero»? No ignoraban que, en un abrir y cerrar de ojos, podían pasar de la seguridad, la camaradería y una cierta comodidad junto a las tiendas de los alpinistas, a los calabozos de cualquier comisaría nepalí. Y quizá luego los entregasen a los guardias chinos, quizá a aquellos mismos que escuchaban de noche la radio hacía apenas unos días. Y eso sería peor que morir. De pronto, a Yandol se le ocurrió que los chinos no los habían dejado pasar para que las montañas se encargaran de ellos, sino porque los guardias nepalíes, tarde o temprano, acabarían entregándolos.

Ang Kami les contó el incidente con los bandidos tibetanos, y les advirtió que habían marchado hacia el oeste. Si los blancos habían podido intimidar a los forajidos, muy difícil sería que los pobres refugiados lo consiguiesen; corrían el riesgo de perder hasta la ropa interior. El guía lo sabía perfectamente, y quizás por ello adoptó de nuevo la misma expresión huraña y sombría que le había acompañado durante todo el viaje. La despedida fue corta y poco efusiva, presidida por la congoja y el temor. Se saludaron juntando las manos en signo de respeto y agradecimiento, se colocaron las mochilas a las espaldas y se alejaron del campamento.

Mientras los veía marcharse, como hormiguitas en la inmensidad de las montañas, el médico español observó que el niño cojeaba a pesar del vendaje que ahora llevaba. La noche anterior, le había sorprendido llorando, apretando en sus manos un objeto. Creyó que eran lágrimas causadas por el dolor, pero ni los pies, ni las manos, ni el agotamiento bastan para hacer llorar a un niño tibetano. El médico llamó a Ang Kami para que hiciese de intérprete. El niño tenía nostalgia. Se acordaba de su familia, allá en el Tíbet; echaba de menos a sus padres. El objeto en sus manos era un cascabel, el

del collar de su caballo, relleno de papel para evitar que tintinease. El médico pensó entonces en lo inconcebible de aquel gesto de mandar a los hijos a vivir a un lugar desconocido, en un viaje tan arriesgado. Eso mostraba la honda desesperación de los padres. La herida abierta del Tíbet.

La imagen de aquellos refugiados, yendo hacia un destino incierto, le rondó por la cabeza durante varios días y permaneció para siempre grabada en su memoria. La montaña, pensaba el médico, era como un libro abierto que, en esa ocasión, le había mostrado lo que se niega a desaparecer del otro lado de la cordillera: el espíritu de resistencia, la fe, el alma errante del Tíbet. Había vislumbrado la belleza de un tipo de vida, quizá a punto de desaparecer para siempre. ¿Qué se podía hacer contra un enemigo que amenaza la identidad, la mera existencia de una gente protegida durante tanto tiempo del mundo moderno? Quizá los tibetanos no podrían sobrevivir como tales, quizá su destino era perder su cultura budista y aceptar la uniformización, la banalidad, la competitividad de una civilización impuesta. El médico desvió la mirada y se metió en su tienda.

Cuesta arriba y cuesta abajo por valles laberínticos, a medida que los refugiados proseguían el descenso, las laderas pedregosas se convirtieron en húmedas praderas. La hierba era tan mullida que tenían la sensación de caminar sobre una alfombra, lo que reducía el esfuerzo de los ligamentos de las rodillas al descender por los taludes. Más abajo, como peldaños perfectamente dibujados, los bancales primorosamente cultivados por los nepalíes seguían fielmente el contorno de las colinas. La suavidad de este paisaje en contraste con el anterior les encandilaba. El guía escrutaba el horizonte en busca de un paso hacia el interior cuando, de pronto, detuvo la marcha. Había divisado un grupo de gente. Se los veía claramente, atravesando un calvero en el bosque. ¿Contrabandistas tibetanos? ¿Policías nepalíes? ¿Chinos...? Estaban en tierra de nadie, en una zona donde la única ley era la del más fuerte. El guía condujo a su grupo detrás de unas rocas y decidió esperar a la caída de la noche para seguir camino.

Las estrellas inundaban el cielo cuando el guía dio la orden de continuar. Caminaron hasta llegar cerca de una aldea. A causa de su proximidad con la China, la región estaba muy vigilada.

Cada pueblo o simple aldea cuenta con su cuartel de policía. Suele ser una choza donde dormitan un par de agentes, para quienes las directrices del gobierno y de ACNUR sobre la protección de refugiados no significan nada. Los tibetanos, fácilmente identificables por su aspecto, son presa fácil. Los policías saben que muchos de ellos esconden dinero u objetos de valor entre sus pertenencias.

Todo esto explicaba el nerviosismo del guía, que decidió cambiar de dirección y dar un rodeo por el bosque. Les exigió que caminasen en fila y en el más absoluto silencio. Las religiosas cerraban la marcha.

El aire olía a pinos, rododendros y bérberos. De lejos, las casas de la aldea parecían sin vida. Solo se distinguía la luz de una bombilla solitaria en lo que debía de ser el cuartel de policía. Los refugiados se deslizaron entre los árboles. Cuando hubieron dejado la aldea bien atrás, se sintieron eufóricos, como si ya nada pudiese ocurrirles. Estaban en el Nepal, y caminaban por un verdadero camino, con socavones, subidas y bajadas, pero un auténtico sendero. Toda una novedad para esos fugitivos que llevaban casi tres semanas resbalando y tropezando entre piedras y barrancos. El miedo y el cansancio eran ahora un lejano recuerdo. Únicamente el guía se resistía a sonreír y a relajarse.

De las brumas del alba fue surgiendo un paisaje entre pardo y verde que olía a tierra y a hierba, que olía a vida. Sobre los bancales, esculpidos como gradas sobre la piel oscura de las montañas, los campesinos araban mientras sus mujeres, sus hijos y sus padres sembraban cebada a puñados. El canto de los gallos quebraba el aire

inmóvil. Más lejos, una campesina gritaba con voz enojada a su búfalo porque se había ido a rumiar entre los pinos. Cerca de otra aldea, el sonido de una trompeta gigante y varias hileras de «caballos del viento» multicolores les recordaron que se encontraban en un país de su misma religión, y casi de sus mismas costumbres. El viento que descendía de las cumbres hacia el valle llevaba las oraciones y las bendiciones de campo en campo, de montaña en montaña, y las repetía más lejos, una y otra vez, a lo largo de los torrentes, en las espigas de la cebada, en el pelo alborotado de los niños que jugaban, en la cornamenta de los bueyes, en las callejuelas vacías de los pueblos donde dormían los perros, en las cúpulas doradas de los templos. A los ojos de los refugiados, no existía una región más bella para descubrir la libertad.

Un día en que habían caminado mucho sin probar bocado, el guía dejó al grupo en un bosquecillo para ir a un pueblo en busca de comida y un lugar donde pernoctar. Era el atardecer: los hombres descendían de las terrazas con hatillos a las espaldas; las mujeres tomaban el fresco en la puerta de sus casas; niños harapientos, descalzos y con los mocos colgando corrían por senderos empinados. Entre dos casas, un mercader ambulante guardaba la fruta, los cigarrillos, las cerillas y las galletas de su puesto. La visión de aquellos manjares produjo a Kinsom y a Yandol una especie de vahído. Con ojos muy abiertos, el niño y los kampas miraban el puesto, una simple plancha de madera a la que se habían acoplado dos ruedas de bicicleta. Solo el anciano parecía ajeno a los zarpazos del hambre. Contemplaba el brillo de las rocas bajo la luz dorada, el centelleo de los riachuelos entre los árboles, escuchaba el arrullo de los pájaros. Parecía feliz y en paz.

Al caer la noche, el guía volvió con una noticia reconfortante. Había alquilado una casa para que todos pudiesen dormir y reponerse del esfuerzo de los últimos días. Era una casa un poco alejada, así que no debían perder tiempo. El grupo se puso en marcha. La prueba de las cumbres se leía en sus gestos, cada vez más lentos, y en sus rostros enrojecidos. Tenían los cabellos largos, las mejillas enjutas, los labios resecos y la piel quemada. El guía esperaba que una buena cena y un día de reposo les mejoraría el aspecto, cosa indispensable para poder subirse a un autocar que les llevara a Katmandú sin despertar sospechas.

La casa era una granja, bastante más grande que las casas de la aldea. Los recibió una mujer de mediana edad. Estaba sola, les explicó el guía, su marido y sus hijos habían ido a trabajar a los campos de un valle vecino. La mujer no pareció impresionada por el aspecto de los viajeros. Era algo habitual por aquellos parajes, aunque rara vez había visto un grupo tan nutrido.

El guía hizo una colecta para pagar el techo y la cena. Después de sentir una inmensa alegría por saberse a salvo, Kinsom y Yandol parecieron tomar conciencia

de los peligros a los que se habían expuesto durante los últimos días. Su viaje podía haberse acabado en cualquier momento, en cualquier aldea, en cualquier recodo del camino. Y ni siquiera habían topado con los bandidos. El aroma del guiso de verduras que la mujer cocinaba sobre un lecho de brasas ardientes les recordó sus hogares, sus familias. Aquella granja era un remanso de paz que les hizo pensar que por fin habían llegado a casa. Apoyadas contra las paredes de adobe, tumbadas sobre esterillas y envueltas en el humo espeso de la cocina, se quedaron profundamente dormidas. El niño y el anciano cabeceaban. El guía y los kampas estaban sentados fuera, a la entrada; sus susurros podían confundirse con el zumbido de un abejorro.

Cuando la comida estuvo lista, hasta el grupo que estaba fuera se había adormecido. A medida que la campesina les entregaba los cuencos de sopa fueron emergiendo de su sopor. Comieron en silencio, como en los monasterios budistas, concentrados, saboreando cada cucharada, ensimismados en aquellos alimentos que les proporcionaban calor y energía. La mujer les fue llenando los cuencos con renovada amabilidad hasta que no quedó nada en la olla. Entonces la mujer se despidió hasta la mañana siguiente y los refugiados volvieron a conciliar el sueño.

Les despertó un portazo tan violento como una explosión. Tan dormidos estaban que tardaron varios minutos en darse cuenta de lo que ocurría. Cuatro policías nepalíes habían entrado en la casa, dando voces, abriéndose paso a patadas. Los tibetanos habían sido denunciados por aquella mujer tan amable y servicial que les había acogido. Una idea descabellada se cruzó por la mente de Kinsom: ¿estaría el guía en connivencia con la mujer? Al fin y al cabo, era él quien los había llevado hasta la casa.

En un segundo, todo se vino abajo. El viaje, la libertad, la esperanza de empezar una vida nueva, todo se hizo añicos. La idea de que el guía estuviera compinchado con la mujer para robarles hasta la ropa les sumió en una aguda desesperación. ¿Es que no había salvación posible?

El anciano de mirada límpida parecía impasible. Seguía con su sonrisa eterna dibujada en los labios, pero ahora, en medio de aquella violencia, su tranquilidad era casi insultante. Uno de los kampas desenfundó su daga y se levantó, lo que provocó que los policías sacaran las pistolas del cinto. El guía lo hizo sentar e inició una larga conversación con los policías. Mal afeitados, con uniformes raídos, cada dos por tres hacían gestos para que el grupo les siguiese al cuartel. Pero el guía, que parecía menos nervioso que los prófugos, les indicaba a estos que no se movieran.

Yandol, que había oído contar casos de tibetanas violadas en los puestos fronterizos, estaba aterrada. Kinsom la tranquilizó: tal como iban vestidas, nadie podía adivinar que eran mujeres. Su temor era que las devolviesen al Tíbet. Era muy posible, porque apenas si tenían dinero para sobornar a los policías. Sabían que los chinos pagaban una buena suma a sus colegas nepalíes por cada refugiado.

El guía salió con los policías y ordenó a su grupo que permanecieran en la casa. «Voy a discutir con ellos, como si fuera uno más que hace de portavoz. Si os preguntan algo, sobre todo no digáis que soy el guía». El hombre sabía que, en caso de ser devuelto al Tíbet, no escaparía a una larga condena por haber ayudado a los demás a huir. Conocía la aversión que los chinos sienten por los cabecillas, ya fuese en las calles de Lhasa o en las estribaciones del Himalaya.

Empezó una ardua negociación. Por los cambios súbitos de humor, no parecía que fuese fácil llegar a un acuerdo. El hombre intentaba por todos los medios rebajar el precio de la libertad de los refugiados. De vez en cuando entraba en la oscura habitación, se sentaba entre el desorden de las mochilas, de las mantas y de los restos de comida, y preguntaba: «¿Tenéis alguna joya escondida? ¿Algo de valor que podamos darles?» Invariablemente la respuesta era negativa y el hombre volvía a salir para enfrentarse de nuevo a la codicia de los policías. Por fin, el guía entró con una sonrisa: «Seiscientos yuanes, quieren seiscientos yuanes. Eso incluye el viaje a Katmandú. Nos acompañarán hasta allí».

Los kampas protestaron por el precio. Furiosos, esgrimieron sus cuchillos con aire amenazador. «Es la ley de la frontera: si te pillan, tienes que pagar. ¿Qué preferís, entregar las armas y pagar o que os devuelvan al Tíbet?» Se hizo un silencio incómodo. El kampa de más edad tomó la palabra: «Quieren todo nuestro dinero... ¿quién nos asegura que luego no nos entregarán?»

—Os doy mi palabra de que eso no ocurrirá.

—¿Y si luego nos detienen otros policías, qué haremos sin dinero?

—No os detendrá nadie porque nos acompañarán hasta Katmandú. El trato es que nos acompañarán hasta estar en presencia de un representante de ACNUR o del gobierno de Su Santidad.

Cada refugiado tuvo que hurgar en sus pertenencias para encontrar los últimos billetes plegados entre sus ropas. Las monjas se quedaron sin nada. El guía entregó a los policías un grueso fajo de billetes. Cubiertos de polvo, exhaustos, sin dinero e indefensos, los refugiados emprendieron camino hacia el pueblo de Jiri, de donde salen autobuses diarios a la capital. Estaban muertos de miedo. No tenían nada con que sobrevivir, excepto la ropa. «¿Qué haremos si intentan sacarnos más dinero?», se preguntaba Kinsom. Todos sabían que su suerte estaba en manos del siempre cambiante humor de los policías. Al fondo apareció una pequeña ciudad, con casas de ladrillo y edificios destartalados. A las afueras estaba el cuartel.

Los refugiados fueron conducidos a una habitación sin muebles. Estaban de nuevo encerrados, como en el Tíbet. Ya no eran un grupo de hombres y mujeres más o menos independientes en busca de su destino. Se habían convertido en unos rehenes, en unos pobres diablos a los que unos policías habían puesto precio. Era deprimente. Habían tenido la meta al alcance de la mano. Mientras el guía charlaba con los policías, los refugiados pasaron su noche más larga. Ya no era como en la montaña, su suerte no dependía de ellos mismos, de su valor, de su astucia, de su fuerza. Su suerte estaba de nuevo en manos de «las autoridades».

A pesar del agotamiento, nadie conseguía conciliar el sueño entre aquellas cuatro paredes agrietadas, por cuyas ventanas enrejadas entraba la pálida luz de la lima. Veintitantos años de vida bajo la ocupación china les habían enseñado lo volubles y peligrosos que eran los hombres vestidos con uniforme. Tenían miedo de que, a pesar de haberse desprendido de todo, acabasen siendo entregados a los chinos. Aún abrigaban sospechas acerca del guía. Los kampas decían que emplearían sus navajas en caso de sentirse traicionados. ¡Flaco consuelo!

Mientras las horas pasaban entre la angustia y la desesperanza en aquella habitación que olía a sudor y a esfuerzo, los refugiados, por primera vez desde la salida de Lhasa, hablaron entre ellos. De sus vidas, de sus experiencias, de sus miedos. Kinsom y Yandol les relataron las manifestaciones, el infierno de Gutsa, la decisión de partir. El niño les contó que su familia rezaba todas las noches para que el Dalai Lama volviese a sembrar la paz, les habló de su colegio, donde estaba mal visto hablar tibetano; de la redada nocturna en la que se llevaron a su tío.

Un kampa joven, de ojos mansos y voz grave, contó que dos bombas habían estallado en el centro de Lhasa hacía pocos meses, habló de provincias enteras donde los chinos no se atrevían a aventurarse, habló de los Tigres Dragones, una organización que operaba en la clandestinidad. Según él, aún bullía en la sangre tibetana la misma voluntad de lucha contra el invasor. El kampa de más edad lo rebatió con firmeza. «Los jóvenes no piensan en hacer la guerra a los chinos —dijo—. Los jóvenes sueñan con reemplazar sus caballos por coches y motos». Para él, a pesar de los focos de resistencia que todavía existían contra los chinos, la lucha armada, la lucha heroica de los jinetes del Kham, había terminado definitivamente hacía veinte años.

Se acordaba perfectamente de aquel día de 1974 en el que diez mil soldados nepalíes llegaron a la base de Mustang para obligar a los kampas a entregar las armas. Habían sido enviados por el rey del Nepal, quien a su vez había sido amenazado por Mao con una acción armada si no se eliminaba aquella base de la guerrilla, la más

importante de todas, el punto neurálgico de la resistencia tibetana. Poco tiempo antes, otra tremenda noticia había asestado un golpe de muerte a los kampakas: la CIA retiraba toda su ayuda. Era parte del precio que los norteamericanos pagaron por reconciliarse con la China de Mao.

Al principio, los kampakas no hicieron caso al rey de Nepal y a sus tropas. «¿Cómo puedo rendirme ante los nepalíes si no lo he hecho ante los chinos?», dijo el líder guerrillero. Pero cambió de actitud cuando llegó un emisario del Dalai Lama con un mensaje grabado. No tenía sentido seguir una lucha tan desigual ahora que el Nepal y los Estados Unidos retiraban su ayuda, venía a decir el mensaje. Y menos sentido aún tenía combatir contra el Nepal, un país que les había ofrecido hospitalidad y apoyo. El combate por el Tíbet exigía un planteamiento a largo plazo. Entonces, el viejo kampa contó que el líder guerrillero se levantó y se dirigió a sus soldados: «... Nunca entregaré mi arma. Pero no puedo desobedecer las órdenes del Dalai Lama». Unos días más tarde, encontraron su cadáver: se había degollado con su daga. Dos oficiales más siguieron su ejemplo. Los cabecillas guerrilleros se quitaban la vida por no desobedecer al Dalai Lama; eso era incluso peor que el suicidio. Abandonados por todos, los kampakas no pudieron continuar la lucha, aunque en el interior del Tíbet se siguió manteniendo una actividad guerrillera esporádica, que dura hasta nuestros días.

Violencia o no violencia: el eterno debate en las filas de la resistencia tibetana volvía a surgir en el interior de aquel cuartel. Para el más joven de los kampakas, el Dalai Lama había sido siempre un ingenuo. Para el anciano tibetano, un sabio cuyos actos trascendían la historia inmediata. El viejo de sonrisa eterna había pasado varios años en un campo de trabajo, acusado de participar en una revuelta que en 1970 se extendió por sesenta de los setenta y un distritos del Tíbet. Había visto caer a sus compañeros como moscas y él mismo había sufrido unas torturas más crueles que las padecidas por las monjas. El anciano, que lo había perdido todo en la vida —el trabajo, la libertad y su mujer, muerta de inanición durante la hambruna que siguió a la Revolución Cultural—, estaba convencido de la inutilidad de enfrentarse por las armas a un enemigo mucho más poderoso. «Eso solo crea más sufrimiento», alegaba.

El viejo había sido liberado en 1972. Como la vida seguía siendo demasiado difícil e insegura, lo primero que hizo fue ayudar a su hijo a huir a la India. Lo mandó con unos refugiados, de la misma manera que entonces, más de veinte años después, el niño de su grupo había sido enviado por sus padres a los senderos del exilio. El anciano había emprendido el viaje del reencuentro.

El hombre contó el acontecimiento más sorprendente e increíble de aquellos años negros en el Tíbet: la visita que el hermano del Dalai Lama, acompañado de otros dignatarios del gobierno en el exilio, había efectuado a su pueblo. Aquella visita había sido el resultado del acercamiento entre el líder chino Deng Xiaoping —

preocupado por la deteriorada imagen internacional de su país y por las constantes revueltas en el Tíbet— y el único hombre capaz de unir y dirigir a los tibetanos, el hombre a quien más odiaban las autoridades de Pekín, el Dalai Lama. Como lo necesitaban para apaciguar un territorio que suponía una cuarta parte de la superficie total de China, Deng Xiaoping le ofreció regresar. Pragmático, Tenzin Gyatso sabía que la única esperanza para su país era alcanzar algún tipo de compromiso con China, así que no se opuso. Para descubrir cuáles eran las condiciones y restablecer el contacto entre los refugiados y sus compatriotas en el Tíbet, el Dalai Lama sugirió mandar varias misiones exploratorias, siempre y cuando sus representantes fuesen autorizados a hablar y a desplazarse con toda libertad. China, incomprensiblemente, accedió.

La delegación encabezada por el hermano del Dalai Lama recorrió multitud de aldeas en un viaje de cuatro meses. A pesar de que los chinos habían aconsejado a los tibetanos mostrarse discretos, el anciano contó que la gente, al enterarse del paso de la comitiva, sacó de sus escondites los molinillos de rezo, las bufandas sagradas, los rosarios y lloraba de emoción. En cada etapa, el recibimiento dispensado a los exiliados se hacía más delirante. Para horror de los chinos, miles de niños y jóvenes engrosaban las multitudes que pedían bendiciones y fotos del Dalai Lama. Algunas escenas fueron tan emotivas que hasta los guías oficiales chinos dejaron escapar las lágrimas. En Lhasa, decenas de miles de personas se agolparon en la calle para saludar a los enviados de su líder espiritual, desobedeciendo las órdenes de no formar grupos. La delegación regresó a la India con centenares de metros de película filmada, miles de horas de grabaciones y una ingente cantidad de información. Sobre todo, llevaba siete mil cartas, escritas por tibetanos para sus familias en el exilio, el primer correo que salía del Tíbet desde hacía más de veinte años. Una de ellas era una carta del anciano de sonrisa eterna para su hijo instalado en la India. «No sabía dónde mandarla —contó el anciano a las monjas y a los kampas, que le escuchaban embelesados—. Pedí al escribano que solo pusiese su nombre, la India y punto. A los pocos meses recibí una respuesta: era una carta de mi hijo. Me decía que vivía con su familia en una colonia agrícola del sur de la India. Me anunciaba el nacimiento de mi nieto».

A pesar de que a principios de los ochenta la situación había mejorado con respecto a los años anteriores —la prohibición de llevar la vestimenta tradicional había sido levantada y se había concedido cierta libertad de culto y de comercio—, los delegados del Dalai Lama pudieron constatar la casi total destrucción de su cultura. Todavía peor, se enteraron de los años de hambruna, de las ejecuciones públicas, del encarcelamiento de inocentes, de la muerte de miles de monjes y monjas en campos de concentración. Era una letanía horrible cuya demostración gráfica estaba en las fotos de monasterios y conventos reducidos a escombros. Los chinos culpaban de todo a la «banda de los cuatro», en alusión a la viuda de Mao y a los extremistas que habían desencadenado la Revolución Cultural. Hablaban de progreso, pero los delegados habían comprobado que en las fábricas de nueva planta los tibetanos tenían los trabajos más sucios y peor pagados. Había electricidad, pero para los sectores chinos. Las carreteras, vehículos y camiones eran solo para el ejército y los funcionarios chinos. Y los bienes de consumo eran inalcanzables para los tibetanos. Había algunos hospitales modernos, pero practicaban una política inhumana: si un chino necesitaba una transfusión de sangre, llamaban a un «voluntario» tibetano. Los aldeanos vivían una situación peor que la anterior, sin las hierbas medicinales que constituían la base de su medicina. La Revolución Cultural lo había barrido todo, y nada lo había remplazado.

Al recorrer el país, los visitantes se fijaron en que gran parte de la tierra se había convertido en desierto. Ya no existían los osos, las águilas, las ocas y los yaks salvajes, los ciervos y las gacelas de antaño. En cuatro meses de viaje, solo vieron un conejo y algunas marmotas. Los tibetanos les contaron el método favorito de caza de los chinos: conducir una moto con sidecar hacia una manada de ciervos, dispararles con una ametralladora y recoger los animales muertos en un *jeep*. Cuando el grupo de delegados entró en la región del Kham, el paisaje de colinas que antes habían estado recubiertas de densos bosques les pareció irreconocible. Durante treinta años, los chinos habían talado árboles las veinticuatro horas al día, y no habían tomado ninguna medida para su repoblación. No solo habían destruido la cultura del Tíbet: también expoliaban, con salvaje determinación, sus riquezas naturales.

El Dalai Lama, para evitar represalias contra su pueblo, no publicó los demoledores informes de la delegación. Quería esperar los resultados de una segunda, y luego de una tercera. Los chinos, para estos nuevos viajes, impusieron reglas estrictas a la población: se prohibió sonreír, llorar, dar apretones de manos, ofrecer bufandas o invitar a los visitantes a sus casas. Distribuyeron unos panfletos donde se indicaban las respuestas a dar a preguntas precisas.

Los tibetanos no hicieron caso. A pesar de las amenazas, las mismas escenas que había vivido la delegación anterior, más emotivas si cabe, se repitieron. Las multitudes se postraban en la carretera para detener el paso de la comitiva. Niños de diez y doce años les ofrecían flores diciendo: «Para que el sol de las enseñanzas de Buda se levante de nuevo». Cuando los delegados de este segundo viaje fueron a visitar lo que quedaba del monasterio de Ganden —descrito treinta y dos años antes por el tibetólogo italiano Giuseppe Tucci como «un lugar fuera de este mundo» y cuyo nombre significa Paraíso de Alegría—, la emoción alcanzó su clímax. Siete mil personas, conducidas allí por camioneros tibetanos que después sufrirían represalias, ocupaban las colinas de los alrededores. Los delegados no estaban preparados para lo que vieron sus ojos: el enorme monasterio donde el Dalai Lama había pasado una noche antes de viajar a China y donde había sido testigo de visiones premonitorias, simplemente había desaparecido de la faz de la tierra. Solo quedaban en pie algunos muros fantasmales, como un recordatorio de lo que había llegado a ser. Inmediatamente fueron rodeados por jóvenes y viejos que se agarraban a sus chaquetas con lágrimas en los ojos, preguntando cuándo iba a regresar el Dios Rey. Los que, por detrás, les pedían que no llorasen tanto acababan también sollozando, apuntando a la colina y diciendo: «Mirad, ahí está nuestro Ganden. ¡Mirad lo que han hecho con él!» Entre los restos, apenas visibles, de aquellas ruinas, los enviados de Tenzin Gyatso pronunciaron un discurso y miles de gargantas de los tibetanos allí presentes gritaron consignas por la libertad. Al día siguiente, frente al templo del Jokhang, una multitud les recibió al grito de «¡Larga vida al Dalai Lama!».

Era demasiado para los chinos. Las autoridades dieron rápidamente marcha atrás. Prohibieron a los delegados salir de sus habitaciones. Estos no tuvieron más opción que regresar.

En Pekín, pudieron encontrarse con el Panchen Lama, a quien muchos daban por muerto. Gracias a las declaraciones de Wei Jinsheng, uno de los disidentes más conspicuos de China, que había sido encarcelado con el líder religioso, se sabía que aún estaba con vida. El Panchen Lama había intentado suicidarse varias veces para escapar del horror de aquella prisión. Fue liberado después de ser obligado a declarar públicamente su lealtad al régimen chino. Eso significaba que estaba dispuesto a colaborar de nuevo con la dirección del partido, aunque nadie sabía hasta dónde. A los miembros de la delegación les mostró las marcas de las sevicias padecidas. Luego les repitió que su auténtica lealtad estaba con su pueblo y que estaba dispuesto a ejercer de mediador entre los chinos y los tibetanos en el exilio, algo a lo que se dedicó hasta la muerte.

La tercera delegación, a cuyo frente estaba la hermana del Dalai Lama, tenía la misión de informar sobre la educación en el Tíbet. Aunque tuvieron que reconocer una ligera mejora del nivel educativo, todavía había más de un setenta por ciento de

analfabetos. El idioma tibetano era considerado una rémora del pasado y pocos niños lo hablaban correctamente. A cambio, se les imponía una ideología foránea que impregnaba todos los niveles de la enseñanza.

Juntas, las tres delegaciones hicieron un resumen de la herencia de treinta años de invasión china: un millón doscientos mil tibetanos, una quinta parte de la población, habían muerto de inanición o a causa de malos tratos; seis mil doscientos cincuenta y cuatro monasterios y conventos fueron destruidos, sus tesoros vendidos o fundidos en lingotes o moneda; el sesenta por ciento del patrimonio literario había acabado en la hoguera; la provincia de Amdo se había convertido en el mayor gulag del mundo, con una capacidad para albergar a diez millones de presos; uno de cada diez tibetanos había pasado por la cárcel, cien mil estaban en campos de trabajo.

Una civilización de dos mil años había sido empujada al borde de la extinción. El propio Hu Yaobang, entonces previsible sucesor de Deng Xiaoping, después de un viaje por el Tíbet, declaró a un periódico de Hong Kong una frase que resumía bien la situación: «Esto es mero colonialismo». Indignado por cómo la izquierda radical había convertido a los tibetanos en ciudadanos de segunda en su propia patria, Hu, secretario general del partido, reemplazó a los cuadros más ortodoxos por gente más moderada y pragmática, e introdujo un plan para mejorar el nivel de vida, las condiciones sociales y conceder mayores márgenes de libertad para los tibetanos. Hu prometió que la economía tibetana recuperaría sus niveles de antes de 1959 en un plazo de tres años. Eran promesas demasiado buenas para ser ciertas.

El primer efecto de esas medidas liberalizadoras fue que centenares de miles de tibetanos, jóvenes y viejos, del campo y de la ciudad, obreros e intelectuales, nómadas y campesinos, volvieron a sus prácticas religiosas. Para los hijos nacidos y criados en la larga noche de la Revolución Cultural —como Kinsom y Yandol— las medidas promovidas por Hu Yaobang representaban un auténtico amanecer. Empezaron a verse de nuevo fieles postrándose alrededor de los lugares sagrados que todavía permanecían en pie, y, si no, alrededor de sus ruinas. Lo hacían inclinándose hasta tocar el polvo del suelo con la frente, las dos rodillas y las manos, símbolo de los cinco venenos que se quiere purificar: el odio, el deseo, la ignorancia, el orgullo y la envidia, transformándolos en sus cinco virtudes opuestas. Monjes y monjas de hábitos de color granate se dejaban ver de nuevo alrededor de los templos. Las lamparillas de manteca de yak volvieron a arder frente a estatuas de deidades budistas, desempolvadas después de haber sido sacadas de sus escondites. El Jokhang fue reabierto y se autorizó la reconstrucción de algunos monasterios. Los conventos volvieron a tener novicios, aunque su número estaba limitado por cuotas. Drepung, el mayor monasterio del mundo, allí donde más de diez mil monjes habían hecho un recibimiento fastuoso al niño Tenzin Gyatso en su viaje de entronización a Lhasa, fue

autorizado a tener cuatrocientos cincuenta novicios. De todas maneras, esas instituciones ya no podían funcionar como los centros de enseñanza que en su día habían sido. Las promesas de Hu Yaobang sirvieron para que la represión disminuyese y la vida cotidiana se hiciera más fácil. Sobre todo, dieron rienda suelta a un sentimiento religioso y nacionalista que ya nunca se podría volver a contener. El sector inmovilista del régimen culpó de la situación a Hu Yaobang, declarando que había ido demasiado lejos al permitir la emergencia del sentimiento religioso. Hu fue obligado a dimitir, en parte por ser «blando» con el Tíbet.

1983 fue el año en que los tibetanos dejaron de creer del todo en las promesas chinas. Fue el año en que Pekín dio una vuelta más de tuerca a su política, abriendo las fronteras del Tíbet a una inmigración masiva. Era un método que ya había dado resultado en otras regiones para acabar con la oposición de las minorías. En Manchuria, de dos a tres millones de manchúes viven en una tierra colonizada por setenta y cinco millones de chinos. En Turkestán (llamado Xinjiang por los chinos) más de la mitad de la población es descendiente de colonos chinos, y en Mongolia interior hay nueve millones de chinos frente a dos millones de mongoles. Al Tíbet le aguardaba el mismo destino. La inmigración y el control de la natalidad de los tibetanos formaban parte de la solución final. «Dentro de poco, mis compatriotas no serán más que una atracción para turistas en su propio país», declaró el Dalai Lama al enterarse de esta medida.

Las delegaciones que visitaron el Tíbet no devolvieron al Dios Rey a su patria. Las condiciones impuestas por Pekín resultaron inaceptables: la administración del territorio no era negociable y el Dalai Lama tendría que vivir en Pekín, no en el Tíbet. El líder de los tibetanos tenía una perspectiva diferente: lo importante no eran los aspectos relativos a su persona, sino las condiciones de vida de sus seis millones de compatriotas. Desde entonces, el Dios Rey de los tibetanos sigue intentado mantener el diálogo abierto, pero las autoridades de Pekín se cierran en banda. Cuarenta años después de la «pacífica liberación» del Tíbet, la meta de los dirigentes chinos más ortodoxos no ha cambiado: siguen decididos a eliminar lo que queda de las tradiciones y de la cultura del alto país de las nieves.

Acurrucados los unos junto a los otros en un cuartucho del cuartel de policía de Jiri, los adormecidos refugiados se encontraban como en el camión que les había sacado de Lhasa. Allí seguían, sin saber si estaban libres o detenidos, sin confiar del todo en el guía, que les aseguraba que ya no tenían nada que temer. Obsesionadas por no disponer de una sola rupia en el bolsillo, Kinsom y Yandol pidieron permiso para salir a la calle. El autobús para Katmandú no tenía la salida hasta el mediodía, así que el guía se lo comunicó a los agentes, que no pusieron impedimento alguno; al fin y al cabo, ya habían cobrado. Las monjas se calaron sus gorros, levantaron el cuello de sus chaquetones y caminaron hacia el centro del pueblo con la cabeza gacha, para ocultar su condición de mujeres.

Era día de mercado, y después de la desnudez de las montañas y del cansancio de la mala noche pasada tanto bullicio las desorientó. Entre los puestos que vendían desde patatas hasta medicinas, los talleres al aire libre y el olor del humo de las motos se ajetreaba una multitud de aldeanos. Era como una explosión de vida.

Las mujeres se acercaron a un puesto de ropa atendido por un joven *sherpa*. Mediante señas, Yandol le indicó que quería vender su chaqueta de piel de antílope. Ya no la iba a necesitar, pensaba. El frío nocturno era mucho más soportable que en las alturas. El *sherpa* se probó la prenda. Ambas estallaron de risa cuando le vieron así ataviado. Las mangas le estaban un poco cortas, pero por lo demás le sentaba bien. Después de una rápida negociación, cerraron el trato. Con cuatrocientas rupias en el bolsillo, las amigas compraron plátanos, naranjas, galletas y té, que, de vuelta al cuartel, compartieron con sus compañeros de viaje.

A las doce del mediodía, un bocinazo anunció la salida del autobús hacia Katmandú. Tenía las ruedas muy altas y la carrocería pintada de colorines. Las puertas estaban abolladas y cerraban mal. Los cristales de las ventanas estaban sucios cuando no rotos y no se podían abrir ni cerrar. Por detrás, una escalera permitía acceder hasta el techo, donde bolsas, animales y pasajeros se disputaban el espacio. El ronquido del motor, puntuado de gritos y discusiones, resonaba por toda la plaza.

Los refugiados tibetanos fueron los primeros en subir al autobús, escoltados por los policías, que se sentaron al fondo. Estos se quedaron dormidos en seguida, los unos sobre los otros, con los uniformes arrugados y las botellas de alcohol compradas con el dinero de los tibetanos asomando de sus bolsillos. Ni siquiera los despertó el rugido atronador del motor al arrancar, ni el espeso humo negro que entró por las ventanillas. Cada curva de la serpenteante carretera revelaba todo el esplendor del Nepal. Era una tarde gloriosa. Kinsom y Yandol, los brazos apoyados en las ventanas, disfrutaban del espectáculo del país de los *sherpas*. Bandadas de pájaros de color

bermellón revoloteaban alrededor de las copas de los abetos. Sauces y lirios surgían a ambos lados de la carretera, demasiado estrecha para el paso de dos vehículos a la vez. En los campos, de surcos tan perfectamente trazados que parecían haber sido esculpidos por un artista, mujeres y cabras se cruzaban con hombres a caballo y con porteadores. Las montañas quedaban lejos, pero parecían muy cercanas. Los pasajeros distinguían de vez en cuando algunas pasarelas de madera y cuerda suspendidas en equilibrio inestable por encima de precipicios. Al interior del autobús llegaba el olor de la madera húmeda, de las boñigas, de la tierra y de los árboles. Olor a humedad entreverado de delicadas fragancias de flores silvestres. Pero este se alternaba con el fétido hedor del humo de los tubos de escape de los vehículos que venían en dirección contraria, como si alguien quisiera recordar a los viajeros que circulaban entre dos mundos.

El chófer llevaba su rugiente máquina por el centro de la calzada, insensible al tráfico de vehículos más pequeños que invariablemente se metían en la cuneta para dejar pasar al rey de la carretera. Solo se detenía cuando enfrente venía otro autobús o camión de parecido tamaño, y únicamente en el último momento, pegando un frenazo, clavando las ruedas en la cuneta y haciendo sonar el claxon. Los tibetanos, poco acostumbrados a ese tipo de conducción, estaban aterrorizados. Los policías ni se inmutaban: seguían durmiendo la mona.

Las curvas terminaron por hacer su efecto: las mujeres empezaron a marearse. Al mirar hacia atrás, Kinsom y Yandol se dieron cuenta de que no eran las únicas. La cara del niño había pasado del rojo a un color verduzco. Varios kampas estaban agolpados alrededor de una ventanilla, intentando hacerse un hueco para vomitar. Los valientes refugiados, capaces de soportar la altura, el frío, la nieve y el viento, estaban derrotados por un chófer enloquecido. Yandol, sintiendo un agudo malestar, se hizo un hueco por el pasillo, entre paquetes atados con cuerdas y bolsas con gallinas vivas, para rogar al conductor que se detuviera. Este asintió con la cabeza, pero no se paró. Siguió hasta una pequeña ciudad donde había multitud de comercios y una especie de bar que vendía dulces y refrescos. Los tibetanos salieron a trompicones del autocar y siguieron las señas del dueño para llegar hasta el aseo y vaciar sus revueltos estómagos. Kinsom y Yandol se olvidaron de que iban vestidas de hombre y se metieron en el lavabo de mujeres, lo que no pasó desapercibido entre los pasajeros.

Cuando salieron, se encontraron frente a varios individuos que les bloquearon la puerta y entre los que se encontraba uno de los policías. Un hombre fornido y con la tez cobriza, sin mediar palabra, se acercó a Yandol y de un gesto brusco le puso la mano en el pecho. La mujer empezó a forcejear, a gritar, a dar patadas y puñetazos. La robusta Kinsom entró en la pelea, empujó a uno de los policías y repartió golpes a diestro y siniestro. En ese momento, el niño salió del aseo, medio mareado. Al ver lo

que estaba ocurriendo, empezó a gritar pidiendo ayuda y se puso a tirar de la ropa de los hombres y a pelear con una fuerza y determinación inauditas. «¡Dejadlas, dejadlas!», gritaba el niño, que parecía insensible a los golpes. Nunca las monjas le hubieran creído capaz de algo semejante, él, que era tan solitario, tan pequeño, tan frágil... Los hombres, furiosos, lo apartaron a manotazos hasta que, por fin, el guía llegó acompañado del jefe de los agentes. Restablecieron el orden, y el jaleo de gritos e insultos fue cesando. Con un tono de reproche, el jefe de los agentes espetó al guía: «No nos dijiste que había mujeres entre vosotros». El guía le miró fijamente y le respondió: «Han pagado ¿no?... ¿Qué más da que sean mujeres?» Pero no las tenía todas consigo. Aquel incidente podía significar el fin del viaje.

En efecto, a la hora de volver a subir al autobús, el policía negó la entrada a las monjas. Les pidió más dinero, alegando que la «protección» de mujeres se pagaba más cara. «Aquellos policías eran unos auténticos crápulas», recordaría Kinsom. El guía fue categórico y las defendió a ultranza. El chófer, harto de esperar, se atrevió a dar un bocinazo, lo que le valió una reprimenda de los policías. Al final, Yandol sacó cien rupias de su bolsillo y se las entregó al jefe de los agentes. El viaje prosiguió.

Pero el incidente mermó su confianza. Ahora tenían miedo como no lo habían tenido desde la salida de Lhasa. El comportamiento de aquellos policías medio borrachos era tan arbitrario que podían esperarse cualquier cosa. Si en la cárcel estaban mentalmente preparadas para los malos tratos, la sorpresa de verse agredidas cuando menos se lo esperaban las hizo sentirse tan vulnerables que se deprimieron. La contemplación del paisaje les devolvió algo de serenidad. Las flores que surgían de las hendiduras de las grandes rocas que lindaban con la carretera, el reflejo de las aguas de un río, el súbito vislumbre de un barranco iluminado por la luz de las montañas o la visión de las cumbres, a veces en la sombra, a veces refulgentes, toda esa magnificencia les hizo olvidar el mundo de los hombres.

—Si hubiéramos sido monjes, no nos hubiera pasado esto —dijo Yandol al cabo de un largo silencio—. No se hubieran metido con nosotras, ni siquiera hubiéramos tenido que defendemos... —Kinsom se rio y asintió con la cabeza—. En una próxima vida, me gustaría reencarnarme en hombre —confesó Yandol.

—A mí también, pero en monje... —añadió su amiga.

A la mañana del día siguiente llegaron a la populosa, ruidosa, sucia y maravillosa ciudad de Katmandú. Pegadas a las ventanillas del autobús, las tibetanas contemplaban el espectáculo que permanentemente ofrecía esa ciudad de un millón de habitantes, donde la gente escupía, se lavaba, hacía sus abluciones, rezaba y dormía en la calle; donde las mujeres cosían y tejían en los umbrales de las puertas o vendían verduras y herramientas en la escalinata de los templos. Vieron templos extraordinarios, con cúpulas doradas junto a depósitos de basura, balcones de madera labrada sobre callejuelas minúsculas atravesadas por cloacas sin soterrar; plazas flanqueadas de soberbios monumentos; mercados rebosantes de frutas multicolores; y, por doquier, una humanidad compacta y hormigueante que se debatía entre el humo de los tubos de escape y el polvo de la calle. Parecía que en aquella ciudad, acostumbrada desde tiempos inmemoriales a dar la bienvenida a pobres y a ricos, a sabios y a locos, uno podía pasar la vida solo sin sentir la soledad.

Katmandú está llena de turistas, cuya mentalidad es bien diferente de la de sus predecesores de los años setenta. Aunque en las calles siga siendo fácil comprar heroína y cocaína, los jóvenes occidentales ya no se sienten tan atraídos por las drogas como por la naturaleza y la religión. Los *hippies* de los setenta han mutado, en los noventa, en ecologistas y místicos. Más de un centenar de agencias de viajes, gestionadas principalmente por *sherpas*, proponen expediciones y circuitos de senderismo. Pocos turistas andarines sospechan de la existencia de estos otros caminantes, que llegan del techo del mundo buscando la libertad. ¿Podían llegar a entender los turistas la mirada confusa de Kinsom al bajar del autobús? ¿El rictus de miedo de Yandol? ¿Los gestos atemorizados del niño, la expresión derrotada de los *kampas*?

Los tibetanos fueron llevados por los policías a la comisaría de Durbar Square, un edificio colonial blanco en el centro del viejo Katmandú, flanqueado por los más bellos templos hindúes y budistas. Junto a la entrada, un santón cubierto de ceniza enrollaba su pene alrededor de un palo que hacía girar, ante la mirada estupefacta de un grupo de turistas que, entre risitas, lanzaban monedas a su escudilla.

Los tibetanos otra vez se encontraron encerrados en una gran sala, frente a policías vestidos de gris que se dispusieron a interrogarlos. Era un procedimiento normal, pero para quienes habían conocido otro tipo de interrogatorios, siempre resultaba inquietante. Tenían un miedo cerval de que ahora, tan cerca ya de la meta, les robasen para siempre la libertad. No andaban muy descaminados, porque, desde ese edificio, más de un refugiado había sido conducido a un puesto fronterizo chino, pese a las enérgicas protestas de las legaciones diplomáticas y de las organizaciones

humanitarias. Si algo habían aprendido los refugiados era que todo podía dar un vuelco en cualquier momento.

No consiguieron quitarse el temor de encima hasta que, unas horas más tarde, dos representantes de ACNUR (*protection officers* como se les llama) fueron a buscarles. Al saber que estaban a salvo, les entró una embriagadora sensación de júbilo.

En Durbar Square, frente al antiguo Palacio Real, llegó el momento de las despedidas. El niño, las religiosas y el anciano iban a ser trasladados al centro oficial de acogida. Los kampakas proseguirían viaje hasta Mustang, donde una parte de sus familiares se había instalado después de la rendición. Querían emprender una nueva vida, dedicándose a lo que mejor sabían hacer, el comercio de ganado, y quizá de armas. Hicieron una reverencia ante las monjas, como agradeciéndolas que hubieran sido durante todo el viaje un modelo de perseverancia y de fe. Luego abrazaron al niño, y este se quedó mirándolos, los ojos brillantes de emoción, mientras se iban en silencio, cabizbajos, hacia su incierto destino.

A Kinsom y Yandol les costó reprimir las lágrimas al despedirse del guía. Con ese hombre, del que desconfiaron hasta el último momento, habían compartido todas las emociones, el miedo, la decepción, la alegría. Si ahora se encontraban allí, tan cerca de sus dioses, era gracias a él. Si la llama del Tíbet iba a seguir brillando en el mundo, era gracias a gente de su estirpe. A la altura de sus corazones encogidos unieron sus manos, en un gesto que contenía todo el agradecimiento que eran capaces de sentir. Entonces, bajo el peso de invencibles fuerzas interiores, el duro material con el que estaba hecha la máscara del guía se resquebrajó. Sus párpados se entornaron, los gruesos labios se relajaron y unos surcos aparecieron en sus mejillas. El guía les ofrecía por fin el regalo de su sonrisa.

Luego se puso sus gafas amarillas y, antes de desaparecer entre la multitud, con toda humildad, se disculpó por lo brusco que había sido durante el camino.

La enfermera Tsering Lhamo, hija de tibetanos, estaba acostumbrada a ver llegar a los refugiados en unas condiciones terribles. Cuanto más cerca del invierno, peor era su estado.

A sus cuarenta años, esta mujer de mirada inteligente, que habla con fluidez varios idiomas, es la responsable de la enfermería del centro de refugiados tibetanos. Toda su vida ha querido ser útil a su gente, precisamente porque ella misma llegó a Nepal de la mano de sus padres, en 1959, con la ropa que llevaba y nada más. No ha querido olvidar. Desde que acude al centro, ha visto refugiados desnutridos, aquejados de graves problemas gástricos, otros quemados por el sol o con espantosas heridas por causa de accidentes ocurridos durante el viaje; ha atendido compatriotas con clavículas partidas por las palizas de los policías nepalíes, otros con fracturas abiertas y purulentas, ha examinado a monjas violadas por los guías y a niñas medio congeladas. Todas las mañanas acude al campo de acogida, situado detrás del templo

budista de Swayambu, uno de los símbolos más reconocibles del Nepal donde se dice que Buda predicó entre los monos y los pinos. Ausculta, limpia, corta, desinfecta, cura miles de heridas que son la historia viva y sangrante de un exilio que dura ya desde hace casi cuarenta años.

Kinsom, Yandol, el anciano y el niño fueron examinados y vacunados por la enfermera, después les curó las heridas con yodo y les dio pastillas de vitaminas. Un sanitario les cortó las greñas y las uñas.

La enfermera retuvo al niño. Nada más quitar el vendaje que en su día le había hecho el médico español, le asaltó un hedor insoportable. El pie estaba infectado. Había que operar. Quizá en el hospital pudiesen atajar la infección, le dijo al muchacho, pero añadió que seguramente perdería los dedos del pie derecho. Se lo dijo para prepararlo, para que el niño no despertase de la anestesia y se encontrara con la sorpresa más desagradable de su corta vida.

Las monjas se despidieron de aquel pequeño héroe que había soportado el frío y las calamidades sin rechistar, que las había defendido con coraje, y que se había mostrado siempre tan discreto como valiente. «Nos veremos en Dharamsala», le dijo Yandol al despedirse. El muchacho se quedó solo, con una expresión de honda tristeza en la mirada. Aunque solo fuese por unos días, se veía privado del último nexo que le unía a Lhasa, al recuerdo de su familia. Eso parecía dolerle más que el sufrimiento de sus pies.

Las monjas se alojaron en un barracón de ladrillo donde había varios camastros. Las ventanas estaban tapadas con plásticos y el mobiliario se reducía a unos clavos en la pared para colgar la ropa y las mochilas. Había otros refugiados, familias, monjes, niños, llegados por otras rutas inverosímiles. Todos sacaban del bolsillo y miraban con orgullo un papel con su foto. Lo hacían varias veces al día, como para asegurarse de que era cierto. Era el único documento que daba fe de su identidad. Estaba estampado con el sello del León, símbolo de un Tíbet que no habían conocido y que ahora les acogía. Y venía firmado por el «Gobierno de Su Santidad el Dalai Lama». Parecía un sueño.

Tumbadas junto a una de las puertas abiertas, por donde se podía ver la verde colina y el templo de Swayambu, las monjas se dejaron empapar por una sensación de seguridad tan reconfortante que les parecía estar viviendo algo irreal. Los malos recuerdos del viaje se difuminaban frente a la felicidad de haber superado la prueba de cruzar el Himalaya. Poco a poco fueron tomando conciencia de su libertad. Eran libres de descansar, de subir los cuatrocientos peldaños del templo, y hasta de ir al centro de la ciudad, aunque aquel abigarrado hervidero las intimidaba. También les

daba miedo ser detenidas por cualquier motivo y no poder acudir a la última cita de su viaje.

Sin embargo, un día decidieron ir al mercado. Con el dinero del chaquetón vendido al comerciante *sherpa*, compraron seis metros de tela granate y dos chales de lana del mismo color. Volvieron apresuradamente al centro de acogida, se despojaron de sus pantalones, de sus camisas y de sus jerseys y se pusieron, de nuevo, los hábitos. Ahora sí tenían la impresión de haber llegado a casa.

VI
***«Cuando los caballos
galopen sobre ruedas»***

1

A dos mil kilómetros de Katmandú, en la parte alta de la ciudad de Dharamsala, donde el Tíbet tradicional ha plantado sus raíces, un monje solitario, el rosario de gruesas cuentas de madera en la mano, pasea alrededor de los jardines de su residencia. Son las cinco de la madrugada. Mientras los halcones, los cuervos y los buitres vuelan sobre las copas de los árboles, el monje sigue caminando, como todos las mañanas, desde aquel día de 1960 en que le asignaron este lugar para vivir. El paseo facilita el recogimiento. Para Tenzin Gyatso, decimocuarto Dalai Lama, este tiempo de meditación en la naturaleza es el mejor momento del día.

Una hora antes, en el silencio del alba, ha rezado en su oratorio por la paz del mundo. Al ritmo de las campanillas sagradas, su oración no se ha elevado hacia dios alguno. Era pura meditación, escalada hacia la luz, cambio de nivel de conciencia. Había pensado de nuevo en su misión como *bodhisattva*, la de dedicar su vida, esta y las próximas, a aliviar el sufrimiento y ayudar, con la acción y la meditación, al Despertar de todos. Pero ahora que la naturaleza se despereza a su alrededor y los verderones y las abubillas saltan de un arbusto a otro, los pensamientos parecen perderse, como si estuviera recordando el camino recorrido.

Este hombre, que a los quince años conoció la fuerza brutal de la política, el imperialismo despiadado y la ley de las armas, se ha convertido en un símbolo vivo de su tiempo. El siglo xx, el de las grandes invenciones, el del triunfo de la ciencia, ha sido también el siglo del genocidio y del exilio. Decenas de millones de individuos, europeos, indios, chinos, rusos, africanos... han tenido que cortar el vínculo que les unía a sus orígenes. Nunca un siglo ha arrancado tantas raíces.

Él mismo ha perdido su tierra y le toca asistir, casi impotente, a la lenta agonía de su pueblo. Ha visto morir a los seres más queridos, un hermano, una hermana, su madre, sus tutores; sabe que otros amigos y religiosos han perecido en el Tíbet en circunstancias atroces. La reciente muerte del Panchen Lama le ha causado una fuerte impresión. En los últimos tiempos, habían hablado varias veces por teléfono y esas conversaciones bastaron para convencerlo de que, en su corazón, el Panchen Lama había seguido fiel a su religión y a su país. Aunque los chinos lo utilizaron como una marioneta, después de excarcelarlo, había continuado oponiéndose a ellos hasta el final. En uno de sus últimos discursos, en Pekín, denunció valientemente que el coste del progreso aportado por los chinos al Tíbet había sido terrible. Dos días más tarde, en el monasterio de Tashilumpo, le había sorprendido la muerte de un ataque al corazón. Tenía cincuenta y tres años. Muchos compatriotas estaban convencidos de que había sido envenenado por los chinos. Otros, sin embargo, preferían creer que la suya fue una muerte simbólica, el acto deliberado de un verdadero maestro espiritual.

«Si yo hubiese caído en manos chinas, creo que no habría sido tan valiente como él», declaró Tenzin Gyatso, despejando así las dudas sobre la lealtad de su hijo espiritual.

Mil veces podía haber perdido la esperanza el Dalai Lama, mil veces podía haberse dejado arrastrar por el desaliento, por la tristeza, pero no ha sido así. Al contrario, todas sus experiencias le han servido para descubrir una energía oculta en su interior, una energía que utiliza sin tregua para conservar la memoria de su tierra.

Único faro capaz de guiar a su pueblo en la larga noche impuesta por los chinos, Tenzin Gyatso ha acogido a ciento treinta mil refugiados en la India, de los cuales el diez por ciento está en monasterios, estudiando, velando por la tradición. El orfelinato, construido para salvar a los hijos de los primeros refugiados, se ha convertido en una serie de aldeas infantiles esparcidas por toda la India que albergan a más de treinta mil niños. La diáspora, a pesar de haber crecido, transmite la fe, la escritura y las leyendas del Tíbet, y las historias de sus dalai y sus panchen lamas, de sus nómadas guerreros, de sus monjes políticos y de sus sabios ermitaños. Tenzin Gyatso ha sabido inculcar a sus compañeros en el exilio la misión de proteger el alma de su país, a la espera de un hipotético regreso, sabedor de que si un pueblo lucha por su existencia, solo puede vencer; que el sentimiento de amor a la libertad, inherente al ser humano, acaba por imponerse. Solo es cuestión de tiempo. Los chinos no vivirán eternamente apartados de la libertad.

Pero ahora, siguen martirizando a su pueblo y Tenzin Gyatso no se cansa de denunciarlo. En esa labor, le ha ayudado mucho la concesión del premio Nobel. No es que le interesen los honores, pero ha sido una tribuna para hacerse escuchar. Un Nobel, en este mundo, es más importante que un simple monje o que el máximo dirigente en el exilio de un país que nadie se atreve a reconocer. Tampoco se cansa de intentar llegar a un compromiso con los invasores, pero cada vez que inicia el diálogo con Pekín sobre el futuro del Tíbet inmediatamente es acusado de querer el restablecimiento del sistema feudal. Al principio, había subestimado la campaña de propaganda del gobierno chino, empeñada en mostrar la invasión como un acto de liberación de una sociedad esclavizada. Hubo que esperar a la Revolución Cultural y a la masacre de la plaza de Tiananmen para que el mundo admitiese la hipocresía y la crueldad de los comunistas chinos.

Uno de los más recientes actos de barbarie del régimen de Pekín lo está sufriendo un niño de seis años llamado Gendun Chockyi Nyima, a quien el propio Tenzin Gyatso ha reconocido como la reencarnación del difunto Panchen Lama. El anuncio de su descubrimiento por parte de los lamas enfureció a las autoridades chinas, deseosas como estaban de encontrar ellos al reencarnado para adoctrinarlo y convertirlo con el tiempo en una figura política alternativa al Dalai Lama. Un día, el niño y sus padres, un pobre matrimonio dedicado a la cría de yaks, fueron sacados del

Tíbet a bordo de un avión bajo fuertes medidas de seguridad, por lo común reservadas para los prisioneros políticos considerados peligrosos. Desde entonces, y a pesar de una campaña internacional de protesta, nunca se ha vuelto a saber de ellos. En su lugar, el gobierno chino, sobornando e intimidando a un grupo de religiosos, eligió a otro niño como Panchen Lama, que fue entronizado en el templo del Jokhang. Al desaparecer de esa manera el auténtico reencarnado, los chinos lo han convertido en el prisionero político más joven del mundo.

A la seis de la mañana, el Dalai Lama deja su jardín y regresa a su residencia. Frente a su despacho, ha colocado una mesa para alimentar a los pájaros, provista de todo tipo de defensas para ahuyentar a las rapaces. Las aves se acercan piando a su protector, que esparce alpiste sobre la mesa. Pero este día las precauciones no bastan y el Dalai Lama tiene que servirse de un viejo fusil de aire comprimido para ahuyentar a los gatos. Luego se recoge en su oratorio y hace sus postraciones frente al altar. Sobre el cojín, ocre y amarillo, entra en meditación: «Cuando descendemos lentamente en nosotros mismos, llegamos al sentimiento de paz que existe en nuestro interior. Todos tenemos ese deseo profundo, aunque esté a menudo escondido, enmascarado». No se cansa de repetirlo.

La muerte también está presente en la esencia de la meditación budista. Cada día, Tenzin Gyatso se prepara para recibirla. Sabe que todo es transitorio, que nadie conoce la hora y el día de la cita final. Sabe que la condición ideal para morir es abandonarlo todo, interior y exteriormente, para que, en ese momento esencial, exista el mínimo deseo posible, el mínimo apego al que el espíritu pueda aferrarse. La meditación de la muerte le sirve de recordatorio, le ayuda a mantenerse consciente de la fragilidad de la existencia y le da un sentido a cada momento de la vida. Inmóvil, su rosario entre los dedos, la mirada errante bajo los párpados cerrados, Tenzin Gyatso se ausenta. Su cuerpo está allí, el tronco erguido, las piernas cruzadas en la posición del loto, la respiración ligera, casi inaudible. Pero una parte de él se ha ido. Flota en algún lugar, en un sitio que solo él conoce, lejos, en otros niveles de conciencia. Quizá en el nirvana, que no es un lugar como el cielo, sino un estado de la mente, aquí, en medio de la agitación de la vida.

¿Adónde van los hombres? En sus incontables viajes, los ve correr por el mundo, en coches, aviones, trenes ultrarrápidos... ¿pero saben realmente cuál es la meta a la que se dirigen? Los ve comprar en las tiendas, comer y beber en los restaurantes, vaciar grandes almacenes, y, sin embargo, tiene la impresión de que siguen hambrientos, insaciables. Incapaces de encontrar la paz bajo ningún techo, todos reclaman la libertad, pero a la vez están enamorados de las cadenas que ellos mismos se han inventado. Ve que viven en tensión, en competición y con un temor constante. Le parece que los hombres buscan sin reposo algo esencial; que echan de menos algo que vislumbraron y que han perdido. Algo olvidado, que dé sentido a su agitación. Quizá han perdido el contacto con su dimensión más profunda, la más agradable también, y la más fecunda. Se quedan en la superficie agitada del mar, sin conocer la calma en la que reposar. Han perdido la paz del espíritu. Si los hombres son incapaces de alcanzar la paz interior... ¿cómo soñar con la paz entre las naciones? Si el hombre se muestra incapaz de curarse a sí mismo... ¿cómo soñar con curar al mundo?

Con Thomas Merton, un monje trapense que fue a verle a Dharamsala, pudo comparar las virtudes de la fe cristiana y de la filosofía budista. Hermanos en la contemplación, ambos compartían una misma fuerza: la que el hombre obtiene de la oración, del olvido de sí mismo y de la entrega a los demás, del abandono en brazos de una divinidad que cada cual nombra a su manera. Fue la primera vez que encontró este tipo de espiritualidad en un representante del cristianismo. Más tarde conoció a un monje católico en España, cerca de Montserrat, que le produjo la misma sensación. Era un auténtico maestro espiritual, que vivía como un ermitaño, retirado del mundo como un sabio oriental, viviendo de pan y de agua. Solo pudieron intercambiar unas palabras de inglés, pero le bastaron a Tenzin Gyatso para saber que estaba en presencia de un ser excepcional, un ser verdaderamente religioso. Cuando le preguntó cuál era el tema de sus meditaciones, el monje le contestó simplemente: «el amor».

También esa es la base de las meditaciones de Océano de Sabiduría. Sin amor, sin compasión, no hay felicidad posible. Y el amor solo nace en la paz del espíritu. No basta con el desarrollo material para alcanzar la felicidad; debe ir acompañado de un desarrollo espiritual. Esa es su fe.

Con los sufíes del islam, Tenzin Gyatso vivió una experiencia similar. Lo sobrenatural allí se llama Alá. Pero por la voluntad de entrega y el silencio de la contemplación, de lo que se trata es de abismarse en la infinitud del espíritu. ¿Qué importa el nombre, Dios, Alá o Atman? Mientras los hombres recuerden su naturaleza esencial, mientras los hombres sigan maravillados ante el misterio de la vida, siempre existirá un camino para los que busquen la verdad. Quizá por eso a los occidentales atraídos por el budismo les aconseja no convertirse. Para él, si cada civilización ha dado lugar a su propia religión es porque esta conviene mejor que otra al carácter de cada pueblo.

Serenidad, amor, compasión, tolerancia... curioso vocabulario para un jefe de Estado, que encima tiene el aspecto y los modos de un sencillo lugareño. Lo lleva repitiendo en todos los pueblos, ciudades y países del mundo frente a alcaldes, reyes, presidentes y líderes religiosos. Es consciente de que muchos le tildan de ingenuo. Otros, sin embargo, quedan prendados del incansable peregrino, ese eterno exiliado que jamás ha pronunciado una palabra de odio contra sus enemigos. De su boca y de la de los grandes lamas y abades que lo han perdido todo en el exilio, y que en ocasiones han sido víctimas de una terrible violencia, nunca han salido palabras de resentimiento o de condena. El abad del monasterio de Namgyal, encarcelado en 1959 y luego encerrado en un campo de concentración donde permaneció veinte años, le contó que en la cárcel había corrido un gran riesgo. Intrigado, el Dalai Lama le preguntó cuál había sido ese gran peligro. Su respuesta fue extraordinaria: había

estado a punto de perder la compasión que sentía por los chinos. Hombres así son un ejemplo vivo de auténtica religión.

*El día en que él pájaro de hierro vuela,
cuando los caballos galopen sobre ruedas
el pueblo de Bod se diseminará por el mundo, como hormigas,
y el dharma arribará al continente del hombre rojo.*

Nadie había entendido esta predicción cuando fue formulada hace siglos. Ahora sí: los pájaros de hierro habían volado sobre el Tíbet, lanzando sus bombas; los caballos sobre ruedas fueron los camiones, los tanques, los coches de los soldados chinos. El pueblo de Bod se había dispersado por el mundo y el *dharma*, la ley budista, había llegado al extranjero.

La mayor parte de la predicción se había verificado; el resto se estaba cumpliendo. Tenzin Gyatso había podido comprobar en sus viajes el auge del budismo. En los años noventa, más de quinientos centros budistas florecían en Occidente. Significativamente, los ламas que más éxito tenían en la difusión del budismo en el mundo no eran los más eruditos, sino individuos con una fuerte personalidad, capaces de sintonizar mejor con los occidentales, más sensibles al carisma y al carácter del maestro que a su supuesta santidad. Uno de ellos fue un humilde lama de Sera que había acabado en el campo de refugiados de Buxa Duar y cuya insólita amistad con una princesa rusa fue el origen de una organización budista que se extendió por el mundo con fulgurante rapidez.

Lama Yeshe guardaría siempre un recuerdo extraordinario del día en que conoció a la deslumbrante princesa Zina Rachesvsky. «¿Cómo puedo recibir la paz y la Iluminación?», había preguntado la mujer nada más llamar a la puerta del monasterio de Daijeeling, donde el monje estaba efectuando un retiro. Nunca un extranjero le había pedido la Iluminación como quien pide una bombilla en una tienda.

Claro que Zina Rachesvsky no era una persona común. Su vida había sido mucho más atormentada que la del lama de Sera. Su padre fue un príncipe ruso, un Romanov huido de la revolución, y su madre una rica heredera norteamericana. Zina había sido educada en Hollywood y se convirtió en un típico producto de la meca del cine: mimada, precoz, insegura, profundamente infeliz. Cuando conoció a lama Yeshe estaba cansada de su vida. Las drogas, el alcohol, el dinero, las noches en blanco y demasiado sexo habían hecho mella en su cuerpo. Lama Yeshe y otros monjes le prodigaron las enseñanzas que ella tanto deseaba. «Estaba insatisfecha con todo —recordaría el lama tibetano—. Decía que su vida estaba vacía. En comparación, yo no tenía nada, ni país, ni hogar, ni dinero, ni posesiones, ni familia, y sin embargo lo

tenía todo, porque me sentía feliz. Con Zina, y más tarde con otros occidentales, me di cuenta de que les falta comprender su propia persona, su vida interior. Les falta entender y evaluar su propio potencial para ser feliz. Ella pensaba que la felicidad venía del exterior, pero no es así, viene del interior de uno mismo».

Zina encontró el sentido que le había faltado a su frenética y triste vida. Cuando acabaron sus nueve meses de enseñanzas, anunció a los lamas que estaba convencida de que su auténtica vocación era hacerse monja. Lama Yeshe lo pensó, y luego accedió, sin sospechar que el vínculo entre los lamas y Occidente se estaba forjando. Con el tiempo y parte de su herencia, Zina compró unos terrenos en lo alto de una colina cerca de Katmandú. Se llamaba Kopan. Poco a poco fue erigiéndose un monasterio, cuyo ambiente era lo más distinto que uno pueda imaginar de la rigurosa atmósfera de Sera. Los primeros discípulos eran *hippies* que habían probado todas las filosofías orientales, siempre tras el gran gurú. Algunos estaban ahitos de drogas, otros buscaban sinceramente una respuesta al misterio de la existencia, otros eran simples vagabundos en busca de experiencias. Lama Yeshe no tenía prejuicios. Se dedicó en cuerpo y alma a transmitir las sagradas enseñanzas a la más heterodoxa de las audiencias. No pedía que sus seguidores renunciasen a su propia cultura, al contrario. «Estaban intelectualmente bien preparados —diría lama Yeshe—, pero les faltaba una experiencia directa de las enseñanzas que solo se puede alcanzar con la meditación. Solo desde la experiencia interior se puede poner en práctica la capacidad intelectual en la vida cotidiana». Lama Yeshe y Zina Rachesvsky, dos personas que no tenían absolutamente nada en común, crearon, poco a poco, una fundación para la difusión del budismo en el mundo. «Estaba convencido de que el budismo tibetano tenía algo muy valioso que ofrecer a los occidentales —diría lama Yeshe—. Es la esencia del budismo la que tiene que ser llevada a Occidente, no la forma externa. Esa esencia es de interés para hombres y mujeres de cualquier época, porque trata de la naturaleza humana y de todo lo relativo al sufrimiento y a la felicidad. Y esa esencia debe vincularse con la ciencia, la psicología y la filosofía occidentales. De lo contrario, no hay conexión posible. Los occidentales no saben que pueden alcanzar cotas increíbles de felicidad a través de sus mentes». Lama Yeshe intentaba introducir a sus fieles en las posibilidades de su mundo interior. Lo hacía con un estilo inimitable, dejando de lado la forma seca, medieval y anacrónica del budismo tibetano en su interpretación estricta. De esa manera fue creciendo el número de los que acudían a escucharlo desde todo el mundo.

La niña mimada de Hollywood hizo algunas cosas increíbles para alguien de su condición, como vivir en una gruta del Himalaya, repitiendo, entre otros deberes espirituales, 3.600.000 mantras. Al principio encontraba insoportables la soledad y el aislamiento de las montañas. Asustada, pasaba gran parte del tiempo escribiendo su diario. Pero esos temores se fueron disipando gradualmente y terminó siendo feliz en

su retiro. Era capaz de pasar varias horas meditando, inmóvil. Tanto es así que acabó transformada. Cuando bajaba de las montañas sus amigos la encontraban radiante, el rostro sereno, tranquila como nunca lo había estado. Ella misma volvía a emprender el camino de las cumbres para encontrarse consigo, sin que ya nadie se lo sugiriese.

Pero su vida estaba marcada por la tragedia. La deslumbrante belleza norteamericana convertida en asceta murió repentinamente a los cuarenta y dos años. Unos dijeron que había muerto de hepatitis; otros, a causa de alimentos en mal estado. Murió en el mejor momento de su vida, con el fuego de las prácticas espirituales en su corazón, sin sospechar el alcance del movimiento que había contribuido a fundar.

Lama Yeshe siguió impartiendo enseñanzas a centenares de fieles occidentales, más tarde estableció un monasterio en el país de los *sherpas* y un centro internacional de retiro en las colinas de Dharamsala. Se convirtió en un viajero impenitente, porque sus estudiantes, de regreso a sus países, solicitaban su presencia para recibir orientación sobre la fundación de nuevos centros de enseñanza y de retiro.

Esta organización, llamada Fundación para la Preservación de la Tradición Mahayana, tiene centros tanto en las ciudades como en el campo, y están abiertos a todo el que quiera meditar, estudiar budismo, o simplemente alejarse del mundanal ruido. También es dueña de editoriales que publican textos básicos del budismo tibetano.

En uno de sus numerosos viajes, lama Yeshe recaló en Ibiza, a mediados de los setenta. Allí lo esperaba un grupo de gente, muchos de ellos *hippies*, todos cautivados por la llamada de Oriente, hombres y mujeres que buscaban un sentido a su vida. «Tenía una habilidad especial para extraer la esencia de la filosofía budista —lo que nos hace felices o infelices, el sentido de la vida, etc.— y hacerlo comprensible y atractivo a los occidentales», contaría Paco Hita, uno de sus primeros fieles españoles, un hombre tímido, amable, con ojos azules y mirada penetrante. «Conocerlo fue una revelación —contaría su compañera, María Torres, morena, atractiva e inteligente—. Por primera vez en mi vida recibía respuestas claras, precisas, a todas las preguntas que me hacía: ¿por qué nacemos?, ¿por qué morimos?, ¿por qué unos tenemos vidas agradables y otros infernales?... Además de ser un genio de la comunicación, lama Yeshe era buena persona, sabía ser tu cómplice, y era muy risueño, muy inteligente, muy sencillo. Era un monje, pero muy abierto. Además era un rebelde: nunca vestía túnicas de color granate».

Sus fieles españoles sugirieron a Lama Yeshe fundar un centro en España abierto a gente de todas las religiones. Después de una larga búsqueda, encontraron el lugar ideal, el pueblo de Bubión, en las Alpujarras, un sitio remoto donde el aire es puro, las vistas sensacionales, el ruido inexistente. Durante seis años, aquel grupo de amigos puso toda la energía y el dinero que se precisaba para construir un centro de

meditación y una carretera de acceso. Una tarea hercúlea, una creación inspirada por su devoción.

Los esfuerzos se vieron recompensados por la inesperada visita de lama Yeshe, quien anunció que iría acompañado del Dalai Lama en persona. Fue un acontecimiento para el grupo de amigos, que recibían así el espaldarazo más vigoroso que hubieran podido esperar. Al enterarse de que el gobierno español había cancelado su visita a Madrid a causa de las presiones diplomáticas chinas, el monarca había decidido aprovechar ese tiempo disponible para visitar el centro de las Alpujarras. El Dios Rey de los tibetanos y su lama llegaron a Bubión un domingo, y el pueblo entero les recibió con ramos de flores y música. Océano de Sabiduría recorrió las callejuelas andando, cogido de la mano de una niña, entre acordes de guitarras y bandurrias. El cura le había preparado un asiento de honor en la iglesia y aquella misa fue una de la más emotivas que jamás se ha celebrado en Bubión. Budistas y cristianos pudieron comprobar que, por encima de sus prejuicios culturales, el verdadero espíritu religioso unía a los hombres. En medio de cánticos, estrechando las manos de quienes se acercaban a él, se dirigió después al centro de retiro donde Paco Hita y María Torres, entre otros amigos, le estaban esperando. Océano de Sabiduría se rio al ver el estado tan precario del centro, la paella vegetariana que le habían preparado y la atmósfera campestre del recibimiento. La suya era una risa directa, espontánea. Parecía como si otro personaje viviera secretamente en su interior y de repente se manifestase. Después de la ceremonia de consagración, lama Yeshe, que lo miraba todo como un niño encantado, anunció que Su Santidad impartiría una enseñanza. Alrededor de una era y con el paisaje del Mulhacén asomando al fondo, una mezcla insólita de gente del pueblo, de turistas, de fieles budistas y de maestros tibetanos escucharon una pormenorizada descripción de la mente en sus distintos niveles. El Dalai Lama habló del estado de la luz clara, el nivel mental más profundo que se alcanza al morir. «En el budismo —explicó— la reencarnación del alma no es lo que explica el eterno ciclo de las muertes y los nacimientos. Lo importante es la fuerza viva, o energía vital, alimentada por las pasiones y los deseos de toda una vida, pues es ella la que genera, aun después de que haya expirado el cuerpo, que otra combinación de fuerzas y energías pueda volver a darse. En cada nueva existencia, esa combinación guarda la suma de los actos de las anteriores vidas de cada individuo. Por eso la verdadera espiritualidad —siguió explicando el Dalai Lama— consiste en ser conscientes de esa interdependencia de todo y de todos. Entonces, el pensamiento, la palabra o la acción más insignificantes tienen consecuencias en todo el universo, como cuando se lanza una piedra al agua y las ondas se van combinando unas con otras, hasta dar lugar a otras nuevas. Entonces se da uno cuenta de que es responsable de todo lo que hace, dice o piensa, responsable, en realidad, de sí mismo, de todas las personas y de todo lo que le rodea».

Al día siguiente, antes de partir, el Dalai Lama reunió a sus anfitriones:

—¿Tenéis un nombre para este lugar? —les preguntó.

A decir verdad, no habían tenido ni tiempo de pensar en ello.

—Os voy a sugerir uno... —dijo el Dalai Lama—. ¿Por qué no lo llamáis Osel-ling?

—¿Osel-ling?

—El lugar de la luz clara.

Pocos meses después de aquella visita, en parte debido a la incesante actividad que desplegaba por todo el mundo, lama Yeshe cayó gravemente enfermo. Llevaba años padeciendo una dolencia de corazón, contraída en el campo de Buxa Duar. Los médicos le habían aconsejado llevar una vida tranquila, sedentaria, pero él pensaba que no tenía derecho a ella, que era su obligación transmitir el *dharma* por todo el planeta. Murió el 3 de marzo de 1984, a los cuarenta y nueve años de edad, dejando una organización de setenta centros repartidos por más de quince países.

Menos de un año después de su óbito, nació en Granada el quinto hijo de Paco Hita y María Torres, los fundadores del centro de Bubión. Al entrar el padre en la habitación del hospital, cogió a su recién nacido en brazos y dijo: «Tiene la carita llena de luz. ¿Por qué no lo llamamos Osel, luz clara?» A María le gustó el nombre. A fin de cuentas, venía a ser un homenaje al tremendo esfuerzo que la construcción del centro les había exigido.

El 18 de abril de 1986, María Torres estaba preparando el desayuno para su numerosa familia cuando recibió una llamada desde la India: «¿Podrías venir a Nueva Delhi la semana que viene con Osel para hacerle algunas pruebas?» Su interlocutor era el discípulo de lama Yeshe, un monje con reputación de gran estudioso y con un tic al respirar que le obligaba a entrecortar sus frases. Se llamaba lama Zopa. El convencimiento de que su maestro había escogido una encarnación occidental para continuar sus enseñanzas por el mundo había sido confirmado por los oráculos. Pero lo más importante era que el propio Dalai Lama, atento a los signos sobre la reencarnación de lama Yeshe, había entrevisto respuestas en sus meditaciones. Un nombre volvía de manera recurrente, era el de Osel. «Todavía no estamos seguros, pero en el caso de que fuese él, ¿nos dejarías educarlo?» María se quedó anonadada. Ir a la India era un sueño que había acariciado toda su vida, pero nunca hubiera imaginado que el viaje se le presentaría así. Sintió como un inmenso honor el que su maestro hubiese escogido un hijo suyo para volver a esta vida. Era la prueba del sentido profundo que había tenido su amistad con lama Yeshe, era la validación de todos sus esfuerzos, de toda su devoción.

—Sí, claro que sí —le contestó a lama Zopa.

En la capital de la India, les estaba esperando Océano de Sabiduría en el hotel Ashoka, donde se hospedaba. Como siempre, llevaba su rosario en la mano y les obsequió con una sonrisa entre picara y bondadosa:

—¿Has visto algo especial en el niño? —le preguntó a María.

—No, no he visto nada, solo soñé con lama Yeshe una noche cuando estaba embarazada, nada más.

—En todas las investigaciones que hemos realizado aparece el nombre de Osel. De todos modos, la prueba más importante la dará él, cuando empiece a hablar.

María se tranquilizó. Las palabras del Dalai Lama le daban a entender que la cuestión se replantearía en verdad dentro de unos años, cuando el niño se supiera expresar. Pero lama Zopa no lo entendía así. Él tenía prisa, y lo mismo les ocurría a los demás discípulos. Al fin y al cabo, la función de la reencarnación es facilitar la prosecución de una obra. Quiso que María y su hijo lo acompañasen aquel mismo día a Dharamsala. Quería ofrecer a los seguidores y miembros de la fundación la prueba de que lama Yeshe seguía vivo entre ellos. Viajaron durante toda la noche. Entre los olores y los ruidos de la India, entre la emoción del viaje y el presentimiento del insólito destino de su hijo, María estaba como en una nube. En el templo del centro de Tushita, entre los bosques de cedros de la parte alta de la ciudad de Dharamsala, un nutrido grupo de fieles les estaba esperando. El pequeño Osel estaba bien despierto; nada más llegar tiró su biberón al suelo y cogió una campanilla (con la mano correcta, precisarían sus seguidores). Luego se sentó en un trono y la agitó como lo hubiera hecho un lama, y se rio. Hasta su madre se quedó impresionada: era exactamente el comportamiento de lama Yeshe. Varios discípulos se echaron a llorar. María no daba crédito a lo que estaba presenciando. ¿Era a su hijo o a su maestro a quien tenía delante?

Los días siguientes sometieron a Osel a las pruebas tradicionales. Entre un montón de objetos, el niño supo reconocer los que habían pertenecido a su supuesta anterior encarnación. Las pruebas se repitieron frente a varios grupos de discípulos. En todas ellas, el niño español reaccionó como si conociese los rosarios, las campanas y las *katas*, las bufandas de seda blanca. Al pasar todas las pruebas, fue reconocido como la legítima encarnación del difunto lama Yeshe. Los monjes, las monjas y los discípulos occidentales de Dharamsala, que tan íntimamente habían conocido a su maestro, no podían apartar su mirada de aquel bebé rubio y con mofletes encarnados que corría en pañales entre sus piernas. Allí estaba su gran gurú, pero en un cuerpo tan distinto... Osel pasó más pruebas, en Francia, frente a monjes budistas occidentales más escépticos que los tibetanos. Cuando cumplió catorce meses fue proclamado la «absoluta e irrefutable» reencarnación de lama Yeshe. El Dalai Lama confirmó el reconocimiento. Quizá porque recordaba la dureza de la soledad de su propia infancia, aconsejó no anunciarlo públicamente y que el niño creciese en su propia cultura. Pero no ocurrió así. Lama Zopa, que se encontraba al frente de toda una organización con miles de seguidores, tenía que mantener la esperanza viva en el profeta muerto. Pensó que no podía esperar y decidió anunciar la reencarnación, lo que provocó un aluvión de cartas, de invitaciones, de entrevistas y una atención mediática que ya no cesaría. A partir de ese momento, la vida de la familia de Bubián no volvió a ser la misma. El extraño fenómeno de un lamita español dio la vuelta al mundo. Para unos, se trataba de un asunto político; para otros,

un montaje publicitario, un cuento de hadas o un rapto. «Creo que nadie captó la sencillez y la belleza de todo aquello, pero es comprensible», diría María Torres.

Un año después, María y Paco volvieron a Dharamsala con su hijo. Un centenar de seguidores entre monjas, monjes, fieles y periodistas de los medios de comunicación más influyentes del mundo subieron a pie la empinada cuesta hacia el centro de Tushita para ser testigos de un acontecimiento único: la investidura del monje más insólito y más pequeño que jamás había existido. Osel Hita Torres estaba a punto de hacer su entrada oficial en el mundo. Tenía dos años y un mes. El templo había sido decorado para la ocasión con pinturas murales que describían varios aspectos de la vida de Buda. El trono, de tres metros de altura, estaba envuelto en brocados de oro. En el suelo, sentados en la posición del loto, había dos filas de lamas tibetanos, arropados con sus mejores ropas ceremoniales. El silbo de las trompetas y el sonido grave de los oboes retumbaba en el valle, seguido por el de los címbalos, los tambores y las caracolas, cuya función era dispersar las fuerzas del mal y apelar a la protección de los budas. Osel llegó en brazos de su padre. Iba vestido con las ropas ceremoniales y tocado con el sombrero amarillo con orejeras, característico de los monjes de la escuela gelugpa, a la que también pertenece el Dalai Lama. Durante tres horas, no se movió de su sitio. A veces grave, a veces travieso, su postura siempre fue muy digna para su edad. Se entregó al ritual como si de un juego se tratara. Aceptó las ofrendas con inusual paciencia, se comió unos dulces y jugó con un cochecito. Al final de la ceremonia, fue corriendo hacia su padre. A partir de ese momento, su destino estaba sellado.

Son las siete y media de la mañana cuando el monje jefe de Estado termina su meditación. Enciende la radio para oír las noticias del mundo. De fuera llegan las voces de los monjes salmodiando sus rezos. En su despacho, Tenzin Gyatso se acomoda sobre su cojín, al pie de una mesilla baja. A través de la ventana, echa un vistazo a sus flores naranjas y ocres. Abre antiguos textos sagrados, rescatados de la destrucción. Durante dos o tres horas, si los asuntos públicos se lo permiten, Océano de Sabiduría se dedica a estudiar los sutras más esotéricos. Sabe que una vida entera no basta para aprender, o, mejor dicho, reaprender los profundos conocimientos recopilados durante dos mil quinientos años de una tradición transmitida por los maestros y transcrita por los discípulos. Pero su ejercicio es la prueba de que la fuerza bruta no puede destruir el espíritu humano. El tañido de la trompeta monástica puntúa las horas. El canto de los ruiseñores le llega del jardín. En Dharamsala, la vida ha retomado un ritmo ancestral.

El presente está allí, en un mundo cada vez más pequeño, cada vez más relacionado entre sí y que ha hecho de la ciencia su único Dios. También Océano de Sabiduría está convencido del valor de la ciencia moderna. Desde que el montañero austríaco Heinrich Harrer le mostrase la primera cámara y el primer magnetófono, siempre le ha fascinado el funcionamiento de las máquinas. En cuanto le regalan algo, se apresura a desmontarlo para descubrir su funcionamiento. Lo ha hecho desde muy joven con los relojes, hasta el punto de que los miembros de su gobierno, amigos y familiares le mandan los suyos cuando se estropean.

Si la aparición de los relojes digitales ha acabado por mitigar su pasión, su interés por la ciencia nunca ha menguado. A pesar de la oposición de muchos compatriotas, ha dado su autorización para que científicos norteamericanos realicen investigaciones en ermitaños vivos. Su amigo el doctor Benson, de la Universidad de Harvard, estaba fascinado por el fenómeno del «calor interior», o «calor psíquico», que permite a los monjes secar sus hábitos previamente lavados con agua casi helada envolviéndose en ellos, y esto incluso con temperaturas bajo cero. El doctor Benson observó en los ermitaños un aumento de la temperatura del cuerpo de diez grados, una disminución del consumo de oxígeno y un ritmo respiratorio de siete inspiraciones por minuto. Los fenómenos psíquicos que se combinan en el proceso permiten que el meditante queme grasas de reserva, lo que hasta entonces se creía reservado a los animales en hibernación.

A Océano de Sabiduría no le importa tanto conocer los mecanismos fisiológicos como el hecho de que la ciencia moderna tiene un amplísimo campo de acción en la cultura tibetana. La relación entre los conocimientos teóricos de una y el saber experimental de la otra encierra la clave del «misterio» atribuido desde siempre al Tíbet. Desvelar ese misterio es una empresa tan laboriosa como fascinante. Algunos

de los últimos descubrimientos de la física cuántica parecen acercarse a las tesis budistas de no dualidad entre el espíritu y la materia. Se ha podido comprobar que al comprimir un espacio vacío, las partículas hacen su aparición de forma espontánea, como si la materia fuese inherente. Estos descubrimientos abren un terreno de convergencia entre la ciencia y la teoría budista que afirma que el espíritu y la materia son realidades a la vez separadas e interdependientes. También Tenzin Gyatso lleva tiempo acariciando el sueño de organizar investigaciones científicas sobre el fenómeno de los oráculos, que siguen jugando un papel importante en la vida de los tibetanos.

Pero no por ello está dispuesto a conceder a la ciencia un valor supremo. Solo cuando la ciencia es totalmente desinteresada se convierte en una especie de sabiduría. Los descubrimientos más útiles se han hecho cuando los investigadores no obedecían más que a su curiosidad intelectual. La panacea científica puede eclipsar la búsqueda de la sabiduría, como ha ocurrido a lo largo del siglo xx. La espiritualidad requiere una aproximación distinta porque abarca tanto el conocimiento y la ignorancia como la felicidad y la desgracia de los seres. La ciencia tiene tendencia a dispersarse en la inagotable complejidad de los fenómenos. Solo considera las pruebas tangibles, mientras que la espiritualidad reconoce la validez de la convicción íntima, nacida de la vida contemplativa. Lo cierto es que la sabiduría no descansa sobre ninguna certeza científica y la certeza científica no conduce a sabiduría alguna.

Además, aunque mucha gente se beneficie de los progresos de la ciencia, pocos son los que participan en ella. Solo una ínfima minoría sabe cómo funciona el universo, la materia, la vida. Y tampoco las religiones y las utopías parecen aportar a esa población el sosiego y la paz espiritual tan necesarias para la felicidad. No hay más que echar la vista atrás para comprobar el estrepitoso fracaso de las utopías sociales, que se suponía iban a transformar la sociedad para acabar haciendo un hombre mejor. Después de haber fracasado en el plano moral, en el de la libertad humana y en el material, han dejado a Occidente frente a un vacío. Quizá el vértigo ante ese vacío explique el actual resurgimiento de la búsqueda de la sabiduría personal. Tal vez por eso los occidentales se interesan ahora por el budismo, que habla del hombre y de la compasión y que, sobre todo, no pretende rehacer el mundo destruyéndolo, ni regenerar la humanidad asesinándola. Contra el desorden y la agitación de la vida, el budismo propone el silencio de la experiencia personal.

El gong anuncia las doce de la mañana en Dharamsala. Esta vez el Dalai Lama ha podido dedicar más de cinco horas al estudio y a la meditación, lo que no siempre es posible para alguien que vive a caballo entre la espiritualidad y la política, entre la reflexión personal y la acción altruista, entre la transcendencia y lo cotidiano.

Una bruma calurosa sube del valle. Los monos se pelean, las ardillas se deslizan por las ramas. Dos monjes entran en su residencia, llevando un cuenco de *tukpa*. Ha

desayunado té y *tsampa*, y esta es la última comida del día. La disciplina monástica prohíbe ingerir alimentos después del mediodía. Acabado el almuerzo, entra su secretario personal, con el horario de actividades de la tarde: entrevistas, visitas, audiencias. Océano de Sabiduría abandona sus habitaciones, echa un vistazo a los depósitos de granos y agua para los pájaros y se dirige hacia la sala de audiencias. Los asuntos del mundo reclaman ahora su atención.

Si Katmandú les había sorprendido, la capital de la India impresionó al pequeño grupo de refugiados tibetanos. No concebían que pudiese existir una ciudad tan enorme, dos veces más poblada que todo el Tíbet. Para aquellos viajeros acostumbrados a la soledad de las montañas, Nueva Delhi era como una máquina devoradora de hombres, terrible y atractiva a la vez. Las vacas paseaban en medio de un caos de motocicletas, taxis, autobuses desvencijados, coches y motocarros. Familias enteras vivían en chabolas bajo los puentes de las autopistas. El tráfico era tan denso y había tanta contaminación que les parecía imposible que la gente pudiese soportarlo, y durante toda su vida. También les deslumbró la amplitud de los parques y jardines, la majestuosidad de los edificios coloniales, la imponente solemnidad de las torres de acero y cristal. Les hubiera gustado dar un paseo, curiosear por los puestos de comida y de fruta, empaparse de toda aquella vitalidad; pero, como en Katmandú, no querían correr el riesgo de extraviarse o de tener algún problema. Optaron por quedarse en la oficina de la representación del Gobierno tibetano en el exilio, un pequeño edificio situado en un barrio residencial. Todavía les quedaba un día de viaje hasta Dharamsala.

El grupo se iba deshilachando poco a poco. El anciano, aquella misma noche, salía para el sur, para la ciudad de Bangalore, desde donde se dirigiría hacia el asentamiento de Bylakuppe, donde residía su hijo y estudiaba su nieto. Si su vástago había sabido echar raíces en el llano, él, hijo de las montañas, sin techo ni fuego, seguía siendo un nómada en cuerpo y alma. Haber hecho lo imposible, a su edad, le llenaba de satisfacción. Tenía el sentimiento de que no podría morirse mientras tanta energía circulara por su cuerpo. Todo eso le hacía estar más feliz que de costumbre. Cuando se despidió de sus compañeras de viaje, un estremecimiento recorrió su rostro, dibujando arruga tras arruga, llegó hasta los ojos y provocó un destello en su mirada: «Haré una ofrenda por vosotras cuando llegue al monasterio de mi nieto», les dijo. Yandol le regaló su pequeño rosario. El anciano no estaba acostumbrado a recibir regalos. Tímidamente, le dio dos vueltas y se lo puso en la muñeca. «No tengo nada para ofreceros», les dijo, como avergonzado. Ellas se echaron a reír. El anciano había sido el mejor presente que la providencia podía haberles hecho. Su comportamiento, sereno en todo momento, les había infundido seguridad. Sus historias las habían confortado durante las acampadas entre los glaciares. Sus canciones las habían hecho soñar y reír. Esperaban verlo de nuevo algún día, aunque solo fuese para escuchar otra vez aquel arrullo de cuna que su memoria había rescatado del olvido.

Las monjas siguieron rumbo a Dharamsala. Después de una noche de viaje, el traqueteante autobús que las transportaba abandonó la llanura y empezó a subir la

montaña. Mujeres vestidas de coloridos saris iban y venían de un pozo con cántaros de cobre sobre sus cabezas. Era un mundo de color y dulzura, muy distinto al de la ciudad. La gente y los animales parecían salidos de un cuento. El autobús no se detuvo en Dharamsala, sino que siguió por una estrecha carretera. Los senderos se poblaban ya de siluetas púrpuras de monjes salmodiando la letanía del alba. Pasaron ante la facultad de medicina, que sirve a la vez de clínica, de farmacia de medicamentos tradicionales, y de escuela para los estudiantes. Es una réplica, en miniatura, de la célebre facultad de Chakpori, en las afueras de Lhasa, arrasada por los chinos durante la revuelta de 1959. Cuando más arriba les indicaron la residencia del Dalai Lama, bien modesta y frente a un templo cuyo nombre recordaba las maravillas de Lhasa, las monjas se estremecieron. Les parecía increíble encontrarse tan cerca del hombre que encarnaba su fe y sus costumbres, el sufrimiento del exilio y la llama de la esperanza. Por él habían desafiado los pasos de montaña, las tormentas de nieve y los vientos, por él habían burlado la vigilancia de los chinos, por él lo habían dejado todo. Por él habían arriesgado sus vidas y por él estaban dispuestas a volverlo a hacer. Saberle tan próximo las turbaba. Era un milagro.

Llegaron por fin a McLeod Ganj, un pueblo que se ha convertido en un barrio de Dharamsala cuyo nombre es un homenaje al oficial inglés que decidió instalar allí un acantonamiento para que sus tropas no sufriesen los calores de la llanura. Situado en la cima de una colina rodeada de bosques, está compuesto por tres calles que parten de la plaza donde se encuentra la estación de autobuses. Justo al lado está la tienda de la familia Nowrojee, que vive allí desde hace generaciones. La iniciativa del quinto heredero de ese comercio ha permitido que la vida vuelva a este lugar que quedó prácticamente abandonado tras la independencia. Al saber que el gobierno indio buscaba un lugar para instalar al Dalai Lama, Nowrojee viajó a Delhi para abogar ante las autoridades por su aldea. Los funcionarios que inspeccionaron el lugar lo consideraron idóneo. Así nació «la pequeña Lhasa».

Las monjas estaban desorientadas. Era todo tan parecido al Tíbet, y al mismo tiempo tan distinto... Las calles, estrechas y sucias, estaban pobladas de lamas, de mochileros, de *hippies*, de escolares, de turistas, de monjas como ellas, pero también norteamericanas, suizas, alemanas y hasta una española, conocida en la región por su rigor y devoción. Se llamaba Eli Peláez, había nacido en Salamanca y recalado en el centro de Tushita, fundado por lama Yeshe. Actualmente se dedica a traducir textos del tibetano antiguo y todos los inviernos hace un retiro de cuatro meses en la soledad de su choza, situada al pie de un cedro centenario.

Kinsom y Yandol hicieron girar los molinillos de rezo del templo situado en el centro del pueblo. Los exiliados erigieron ese santuario en memoria de los que sufrían la ocupación del Tíbet. Luego pasaron ante las tiendecillas que vendían objetos de artesanía y ropa, y restaurantes cochambrosos que servían *tsampa* y té salado y cuyas paredes estaban decoradas con pósteres de Bruce Lee y de Arnold

Schwarzenegger, símbolos de una comunidad que vive a caballo de dos épocas, dos civilizaciones.

Al cabo de la calle principal se halla el centro de acogida para los refugiados, un edificio de ladrillo de tres pisos, el puerto de arribada para los náufragos del Himalaya. Se instalaron en la planta baja, que era un amplio espacio con varias hileras de camastros de hierro, donde familias enteras recuperaban fuerzas antes de ser encaminadas a otros lugares. Las paredes parecían impregnadas del sufrimiento de todos los que habían pasado por allí. Tumbado sobre una manta color caqui, un estudiante recordaba cómo le habían obligado a derramar un cubo de agua hirviendo sobre su propio cuerpo. Más lejos, una joven madre, con dos hijos, esperaba la improbable llegada del marido, detenido en la frontera. Otras mujeres, sentadas entre sus míseras pertenencias, revivían las violaciones, evocaban los abortos forzados. Un viejo monje meditaba, los ojos cerrados. Había huido de su pueblo después de disparar contra un policía que maltrataba a los vecinos. El segundo piso estaba reservado para los que precisaban una atención médica constante. Allí se encontraban unas monjas que habían conocido las prisiones de Drapchi y de Gutsa, heridas para siempre en cuerpo y alma. Mujeres que no conciliaban el sueño porque los recuerdos se habían convertido en tiranos que se negaban a abandonarlas. Adolescentes a la deriva entre el dolor y la vergüenza, incapaces de hablar, incapaces de olvidar, incapaces de vivir.

La única persona a la que todos se confiaban era una joven holandesa, rubia y siempre en vaqueros, que trabajaba para Amnistía Internacional. Pasaba los días recopilando testimonios en un bloc y una grabadora para la elaboración de un informe sobre la situación de los derechos humanos en el Tíbet. A esta mujer que había oído las historias más espeluznantes que uno pueda imaginarse, le seguía sorprendiendo que sus entrevistados nunca se quejaran. Les había visto romper en sollozos, temblar de emoción, hundir la cabeza entre los brazos para ahuyentar las imágenes del pasado, pero ninguno se compadecía de sí mismo. Al contrario, tenían la sensación de ser privilegiados en comparación con los que se habían quedado en su país.

Kinsom y Yandol contaron toda su historia a la joven holandesa. Le informaron sobre las cantantes de Drapchi, respondieron a preguntas sobre la presencia de soldados chinos en las calles, sobre la distribución interior de las cárceles, sobre los instrumentos de tortura, los nombres de los torturadores, la ayuda de Ani Choki, los puestos fronterizos, etc. Al revivir los momentos más espantosos de su vida, Kinsom sentía un enorme bochorno. Pero lo contó todo, de manera pormenorizada, como si cada detalle fuese capital. Era consciente de que sus palabras eran su única arma, de que la fidelidad de las descripciones constituía su pequeña gran revancha contra el poder opresor de los chinos. El sufrimiento que le causaban sus recuerdos era bien

poca cosa comparado con el dolor de todos los suyos. La desgracia del Tíbet era colectiva; a ella se debía y en ella pensaba mientras abría las heridas de su memoria.

Era de noche cuando acabó de hablar. Salió a la calle sola, como si el aire fresco pudiese cicatrizar el intenso dolor que había aflorado junto con sus recuerdos. Había conseguido contarlo todo sin llorar, pero no podía más. Se acababa de dar cuenta de que el sufrimiento infligido por sus torturadores nunca desaparecería y que era preciso aprender a convivir con él, como quien aprende a vivir con una enfermedad crónica. Así que volvió al centro y, en lugar de tumbarse en su camastro, se acercó a una madre de familia, que también había sido torturada en Gutsa y que desde entonces no podía dormir. Kinsom puso la cabeza en el regazo de la mujer y esta le acarició el pelo, como hubiera hecho con una hija suya. Kinsom quería llorar, quería desahogarse, pero no lo consiguió. Solo dejó escapar, casi inaudible, un gemido parecido al canto de un pájaro que se mezclara con los demás ruidos de la noche.

No habían pasado veinticuatro horas desde su llegada cuando fueron convocadas con urgencia por la dirección del centro de acogida. El corazón les latía aceleradamente mientras subían los peldaños. ¿Qué podía haber pasado?

—Nada grave —les contestó el director—. Su Santidad quiere daros la bienvenida.

Las mujeres no olvidarían nunca aquella tarde de 1993.

Bajaron la cuesta hacia la colina donde se erige la residencia del Dalai Lama. Enfrente se halla el templo de Tsuglakhang, el equivalente del Jokhang de Lhasa, pero muchísimo más humilde. En la plaza que allí se forma, Kinsom y Yandol se encontraron en medio de un grupo de refugiados, seglares y religiosos, todos con el corazón encogido por la inminencia de la entrevista. Antaño, las ocasiones en que los más comunes de los mortales tenían de acercarse al Dalai Lama eran escasísimas. Y el temor que inspiraba hallarse ante la divinidad exigía una preparación, o, por lo menos, algún tipo de protección sobrenatural. Acercarse a un maestro de sabiduría es como participar directamente, aunque solo sea un instante, de su mundo; es ponerse en consonancia con las influencias benéficas que irradia su presencia. Ni siquiera habían tenido tiempo de consultar con algún oráculo sobre la idoneidad de la fecha y del momento. Tampoco sabían si el antiguo protocolo seguía vigente: antiguamente estaba prohibido que el visitante diese la espalda a la Ilustre Presencia, por lo que uno debía abandonar la sala andando hacia atrás. Durante las procesiones públicas no se podía salir o permanecer en un balcón, porque nadie debía sobrepasar en altura el palanquín del soberano. Ahora, los refugiados no podían parapetarse detrás de aquellas fórmulas protocolarias tan estrictas. El Dios Rey, la personificación temporal de una emanación divina, se había convertido en un ser humano como ellos.

Se había convertido en un refugiado más que soñaba con retirarse de los asuntos del mundo para dedicarse de lleno al estudio y a la meditación. Soñaba en hacer como Gandhi, quien, una vez alcanzada la meta, se negó a participar en el gobierno. El Dalai Lama había recorrido el mundo entero abogando por la causa del Tíbet, había redactado una constitución democrática para el gran día del regreso y había organizado elecciones para el primer parlamento libre de su país. Repetidas veces había declarado que, una vez obtenido un acuerdo con los chinos, se retiraría de la vida pública para dedicarse a su auténtica vocación, la de simple monje. Quiso dejar clara su postura para contrarrestar las críticas de algunos de sus oponentes, uno de los cuales había vivido las últimas horas de la rebelión de los kampas y ahora residía a pocos metros de la morada del soberano. Según él, el gobierno en el exilio seguía inmerso en la Edad Media y la política de no violencia era un medio para la Iglesia tibetana de mantener el poder. ¿Qué poder?, se preguntaban perplejos los allegados al Dalai Lama. El único poder que existía era el derivado del respeto y del cariño que

Tenzin Gyatso inspiraba. Pero sus oponentes seguían viviendo delirios de grandeza: les gustaba recordar que el Tíbet, en los albores de su historia, había sido un imperio. El Dalai Lama seguía firme en sus convicciones: nadie iría a combatir por el Tíbet. Aquello no era otro Kuwait.

A los más jóvenes, que sueñan con armas y combates y que desprecian la política de no violencia que después de cuarenta años sigue sin dar sus frutos, el Dalai Lama les recuerda que, incluso en un Tíbet autónomo, la inmensa China seguirá siendo un potente vecino y que la sangre vertida será un obstáculo para la reconciliación. La mirada de Océano de Sabiduría llega lejos. Y actúa en consecuencia. Su deber, mientras dure la agonía impuesta por los chinos, sigue siendo estar lo más cerca posible de los suyos. Por eso insiste en compartir unos momentos con los refugiados recién llegados. Consciente de que el sentido del desarrollo espiritual es servir a los demás, desea transmitirles la llama de la esperanza.

Aquella tarde, después de recibir a visitantes ilustres, de conceder varias entrevistas a medios de comunicación europeos y americanos y de haber aceptado la propuesta de un viaje para recaudar fondos, bajó al templo para la audiencia pública, a sabiendas de que sería el momento más emotivo del día.

Nada más verlo llegar, Kinsom sintió que el corazón le daba un vuelco. El Dios Rey, envuelto en sus ropajes de color sangre y oro que dejaban asomar sus zapatones de colegial, caminaba hacia el grupo, campechano, sonriente y enérgico, rodeado por sus secretarios. Más que el aura de santidad, era su inequívoco porte de hombre íntegro, de campesino y erudito a la vez, lo que sorprendía a sus interlocutores. Desprendía algo felino también, como un leopardo de las nieves hecho de libertad y de soledad.

Los refugiados se pusieron en fila. Las monjas no podían creerlo: estaban cumpliendo el sueño de su vida, que era también el sueño de un país entero. En silencio, dedicaron aquel momento único a sus familias, a todos los que las habían ayudado, y también a los que no habían podido hacerlo; a las compañeras presas, y a las de los conventos; a la ciudad de Lhasa, a las aldeas, a los animales y a los bosques que las habían visto crecer. Porque nunca como en aquellos instantes habían sido conscientes de que ellas eran también todo eso.

A medida que daba su bendición a los refugiados, el Dalai Lama les colocaba una *kata* de seda blanca alrededor del cuello. Cuando Kinsom y Yandol llegaron a su altura, se prosternaron. Pero el Preciado Protector hizo caso omiso del protocolo. Cogió a Kinsom por el brazo, la levantó y se quedó mirándola con sus ojillos pequeños y redondos como cuentas de azabache, como si fuese capaz de adivinar todo el sufrimiento encerrado en aquel cuerpo de mujer.

—¿Cuándo habéis llegado? —le preguntó mientras levantaba a Yandol con el otro brazo para ponerla también a su altura.

Kinsom estaba demasiado impresionada para pronunciar palabra. Yandol contestó, con un hilo de voz:

—Ayer...

—¿Sois las que habéis estado detenidas en Gutsa?

Yandol hizo una señal afirmativa. El Dalai Lama se volvió hacia Kinsom.

—¿Qué edad tenéis?

—Veintitrés... —contestó Kinsom—, y ella diecinueve.

Océano de Sabiduría hizo un gesto casi imperceptible con los ojos, una mueca de crispación. Esa misma tarde, había estado leyendo el informe sobre los recién llegados. Ahora sabía a quiénes tenía enfrente.

—¿Estáis bien? ¿No estáis heridas?

Yandol negó con la cabeza. Kinsom no hizo gesto alguno. No se atrevía a mirar directamente al Preciado Protector. No se sentía digna de ello. Océano de Sabiduría insistió:

—Conviene que os vean en el hospital. Tenemos un médico especializado en tratar las secuelas de los malos tratos —no se atrevió a decir torturas—; puede ayudaros.

Hubo un silencio. El Preciado Protector las observaba con profunda atención.

—¿Vive alguien de vuestra familia en la India? —preguntó.

—No, nadie... —balbuceó Kinsom.

—¿Toda vuestra familia está en el Tíbet?

La mujer tuvo tiempo de asentir con la cabeza, justo antes de que unos lagrimones empezasen a brotar de sus ojos. Luego fue como un manantial, como un torrente del Himalaya, hecho de miles de millones de lágrimas que ningún dique hubiera podido retener. Yandol, al ver a su amiga así, tampoco pudo contener la emoción y rompió en sollozos.

El Dalai Lama estaba acostumbrado a ese tipo de reacción, muy común en sus compatriotas, que habían desafiado todos los peligros por tener el privilegio de encontrarse frente a su sagrada presencia. Pero no por ello dejaba de emocionarse.

—Ya no tenéis que preocuparos de nada —les dijo, dándoles unas palmadas en el hombro—. Ahora sois libres. No os preocupéis por el dinero; disponemos de un fondo para ayudaros. Cuidad de vuestra salud y haced lo posible por perfeccionar vuestro espíritu...

Dejó pasar unos instantes antes de preguntar con su voz de ogro bueno:

—¿Dónde estáis alojadas?

Kinsom se había tranquilizado un poco.

—Estamos en el centro de acogida...

—¿Sabéis a qué convento queréis ir?

Kinsom y Yandol negaron con la cabeza. Océano de Sabiduría les sonrió, la mirada constelada de estrellas.

—Creo que Dolma Ling os gustará... Mi gente se encargará de todo.

El convento de Dolma Ling, situado en el valle, se estaba construyendo gracias a la aportación económica del Partido Verde alemán y se esperaba que acabaría convirtiéndose en uno de los más importantes de la comunidad en el exilio.

—Allí podréis estudiar y ser felices. Y yo estaré aquí siempre que necesitéis algo.

Acto seguido, les puso una *kata* blanca y resplandeciente alrededor del cuello, y se dio la vuelta para intercambiar unas palabras con sus asistentes.

Al salir, las religiosas subieron lentamente la cuesta y se quedaron largo rato sentadas en una piedra, frente al valle que extendía a lo lejos sus campos verdes y ocres. Los pájaros cantaban en el aire cristalino. Los monos se balanceaban en las ramas de los cedros. Todo parecía impregnado de calma. Ellas estaban demasiado emocionadas para hablar. ¿Y de qué hubieran hablado? No había palabras para describir el sentimiento de plenitud que las embargaba.

Al caer la noche, el sonido de las trompetas y los oboes resonó por última vez en los monasterios y conventos de Dharamsala. Las tiendas fueron cerrando sus puertas, excepto los restaurantes, los hoteles y algún que otro puesto de artesanía. En las celdas y dormitorios, los religiosos iniciaron su descanso. En el centro de acogida, cerca de las literas de Kinsom y Yandol, una madre mecía a su bebé; más lejos, una anciana hacía girar su molinillo de rezos; enfrente, un monje murmuraba mantras.

A quinientos metros de allí, alrededor de la residencia del Dalai Lama, los ruidos del mundo también se iban diluyendo. Después de un último instante de recogimiento, Océano de Sabiduría se retiró a su habitación. Al acostarse, pasó revista a los acontecimientos de la jornada. Le volvió a la mente la imagen de las dos religiosas, tan jóvenes, sus rostros bañados en lágrimas, sus bufandas de seda brillando con los reflejos del sol. Era precisamente ese contacto privilegiado con los exiliados del Tíbet lo que lo autorizaba a hablar en su nombre, a alzarse contra las brumas del olvido o del desconocimiento que amenazaban con extenderse como un manto sobre el país de su infancia.

Entonces, en el silencio de su corazón, recordó su voto de *bodhisattva*:

*Mientras el espacio dure,
y mientras existan seres vivos,
que pueda permanecer yo también
para acabar con la miseria del mundo...*

Epílogo

En febrero de 1994 miles de peregrinos recorrieron caminos y carreteras en autobús, a pie, en camión y hasta en carros de bueyes para celebrar en Dharamsala el Gran Festival de la Oración. Algunos cruzaron los impresionantes pasos del Himalaya, con o sin autorización, para ir más allá de las grandes extensiones desiertas y de las altas mesetas del Tíbet, y así compartir un momento de intensa comunión con su guía espiritual. Desafiando la intemperie y las prohibiciones, los fieles no cesaban de llegar, de sumarse a la ferviente y abigarrada multitud, alegre y grave a la vez. Había que remontarse a tiempos ya muy lejanos para recordar semejante concentración. Cuando el festival se celebraba en Lhasa, la ciudad entera se convertía en un gigantesco monasterio donde miles de fieles oraban por el bienestar de todos los seres. En años recientes, en las escasas veces que los chinos lo permitieron, la celebración había derivado en manifestaciones a favor de la libertad.

En Dharamsala, la celebración del festival anual es como un instante que adquiere el brillo de la eternidad. La libertad que se respira en las montañas de la India permite que acuda gente de todo el planeta, unos en avión, desde continentes lejanos; otros en tren, desde las profundidades de Asia.

En un vagón del *Jammu Mail* llegó un niño español, cuya cabeza rubia destacaba sobre las demás en aquella mañana soleada de febrero. Como todos los años, desde su entronización, lama Osel acudía a esa cita anual desde el sur de la India, acompañado de su padre. Vivía en el monasterio de Sera, la réplica del original donde lama Yeshe, su anterior encarnación, había estudiado. El muchacho ocupaba una posición privilegiada en la vida monástica. No residía en los barracones de los demás monjes, sino en un chalet espacioso y cómodo, rodeado del afecto de su padre y de su hermano y de las atenciones de sus siete asistentes, tutores y profesores particulares. Dos universos, dos épocas, dos mundos chocaban en la persona de lama Osel, con quien se estaba llevando a cabo un experimento educativo único, del que era imposible predecir el resultado. El niño reaccionaba adaptándose a las circunstancias: seguía siendo un niño como cualquier otro, amante de los juegos y de los ordenadores, y al mismo tiempo era capaz de comportarse como un sabio oriental, meditando sin parpadear durante largo rato, traduciendo de corrido textos del tibetano antiguo o participando, en cuerpo y alma, en largas ceremonias como aquella Fiesta de la Oración. A la espera de convertirse en el gran maestro que iluminará un día los senderos del budismo en Occidente, por el momento es un niño sabio y travieso, que aquel día se fundió en una marea humana de granates y oros.

Cientos de cráneos tonsurados estaban vueltos hacia un pequeño estrado, el trono del Loto Blanco, cubierto por una gran sombrilla amarilla, símbolo de soberanía. Muchos monjes llevaban la cara enharinada con *tsampa*, otros lucían hábitos nuevos, como manda la tradición en tan señalada fecha. Kinsom y Yandol habían subido del convento de Dolma Ling, el Paraíso en la Tierra, como denominaban a su nuevo hogar, y donde llevaban la vida de estudiantes con la que habían soñado desde hacía años. Aprendían los textos antiguos, pero también inglés, ciencias y geografía. Rodeadas de amabilidad y de belleza natural, se habían adaptado en seguida a su nueva vida. Se sentían libres como no se habían sentido nunca. Libres de ir y venir, de hacer ofrendas al templo, de informarse sobre lo que pasaba en el Tíbet y en el resto del mundo. Libres hasta para manifestarse contra los chinos y denunciar públicamente los horrores de la ocupación. Se consideraban tan privilegiadas que, a veces, les invadía un sentimiento de culpabilidad, como si hubieran abandonado el verdadero combate. Por eso Kinsom acariciaba la idea de regresar un día al Tíbet para continuar la lucha. Una idea que siempre permanece en la mente de todos los refugiados.

También la compartía el niño de diez años que ese día las acompañaba, el compañero de viaje que había sido hospitalizado en Katmandú y que ahora vivía en la ladera de una montaña cercana, en el *Tibetan Children's Village*, una institución fundada por el Dalai Lama. Más de tres mil niños eran educados allí gracias a donativos de benefactores europeos. En una de las casas, junto a doce chicas y trece chicos reunidos alrededor de una «madre adoptiva», el pequeño héroe había encontrado el calor y el rigor de un hogar. Confesó a sus amigas que confiaba en prescindir de sus muletas en un futuro cercano porque quería volver a Lhasa para ver a sus padres. Un compañero suyo, de catorce años, lo había hecho a pie y acompañado de dos personas. Peregrinos en el alma, los niños tibetanos emprenden travesías que intimidarían a los montañeros más avezados. Todavía el pequeño no sabía que, sin los cuatro dedos del pie que le habían amputado, semejante hazaña le estaba vetada para siempre.

Entre la multitud congregada había otros niños. Uno de ellos era un lamita con cara de estudioso, los mofletes encarnados y gruesas gafas de montura negra. Le acompañaba su padre, su madre y su abuelo, un viejo tibetano de piel apergaminada y mirada inolvidable. Cuando Yandol lo reconoció entre el gentío, agarró la mano de Kinsom y juntas se abrieron paso hacia el anciano, el compañero de viaje, el entrañable amigo, que las recibió llorando de alegría y prostrándose, como si hubiera estado frente a la encarnación de unas deidades del panteón budista. Ahora, en compañía de su familia, con sus reencontradas compañeras de viaje y frente al Preciado Protector, vivía el momento cumbre de su existencia. No cabía mayor felicidad en su alma. Más tarde, el anciano les confesó que no regresaba al sur de la

India. Aunque su única familia viviese allí, aquello no era su tierra. Además, seguía con fuerzas y con ganas de seguir caminando.

—¿Es que nunca vas a parar de viajar? —le preguntó Yandol.

—No, nunca... Tengo miedo de que, al pararme, me muera —dijo el anciano riéndose.

Pese a saber que le podría sorprender la muerte en un paso de montaña, en un glaciar o en un sendero pedregoso, había decidido volver al Tíbet después del Gran Festival a pie, como en la Edad Media.

Un golpe de viento tensa los banderines de rezo, que se despliegan formando un sinfín de arco iris por encima de la plaza. Una campanilla tintinea a lo lejos, el trino de un pájaro le hace eco y luego el sonido de un oboe emite un mugido profundo y grave. Silenciosamente, cuatro grandes lamas toman asiento a ambos lados del trono. Precedida y seguida por media docena de músicos, la silueta familiar del decimocuarto Dalai Lama aparece. Océano de Sabiduría prodiga luminosas sonrisas a la multitud que le abre paso. Llegado frente al trono, se prosterna para honrar la enseñanza de Buda, y luego se instala en su sitio, con las piernas cruzadas, y alisa con un gesto los pliegues de su túnica. Se hace el más completo silencio.

Muy bajo, apenas audible, una nota se eleva alcanzando una formidable potencia. Es la voz de un monje, de pie, en medio del auditorio, una voz que crece, se hincha y sube, y a la que sigue, poco a poco, como en sordina, la voz del anciano de mirada límpida, que resuena por la plaza, la ciudad y el valle. Le responde un creciente murmullo de cientos de monjes y de monjas, se diría que sus voces surgen de la misma tierra. Otra voz, grave y modulada, se dirige ahora a la enfervorizada multitud. Es la voz del Preciado Protector. Durante horas, la larga ceremonia despliega sus fastos y sus rituales, sus cantos y sus letanías. La atención de los congregados solo se interrumpe para sorber una taza de té o un refresco, servidos por monjecillos risueños, encantados de poder estirar las piernas. Los extranjeros, con el oído pegado a sus transistores, siguen por radio la traducción simultánea de las oraciones. Al caer el sol, centenares de lamparillas de manteca de yak iluminan la plaza. El gran maestro de ceremonias saluda a la diosa Tara, protectora del Tíbet desde el albor de los tiempos, antes de desaparecer, sonriendo, camino de su residencia. La Gran Oración para la felicidad de todos los seres ha terminado. La plaza, poco a poco, se vacía. Solo quedan los caballos del viento, flameando, enviando sus bendiciones a todos los rincones del universo.

Nota final

En septiembre de 1997, realicé el último de los viajes al Tíbet, Nepal y la India para la preparación de este libro. En Lhasa, tuve la oportunidad de entrevistarme con la abadesa de un convento. Diez de sus monjas están encerradas en la cárcel de Drapchi. Esta mujer me contó que han variado las torturas. En lugar de las sevicias sexuales que tan mala prensa han tenido en el extranjero, ahora pinchan con alfileres la lengua de las que osan gritar «¡Tíbet libre!» o «¡Viva el Dalai Lama!». Además, se han ampliado las condenas por cualquier tipo de manifestación o protesta.

En el convento de Dolma Ling, en Dharamsala, supe de boca de Kinsom y Yandol que Dawa, la monja que compartió celda con ellas y que fue atrocemente torturada, está de nuevo detenida en Lhasa. Según parece, volvió a participar en una manifestación.

Visité de nuevo el centro de acogida de Katmandú y me sorprendió comprobar que estaba lleno de refugiados recién llegados. Me impresionó la numerosa presencia de niños, de ocho a catorce años. Todos habían cruzado el Himalaya sin sus padres; la mayoría parecía gozar de buena salud. La enfermera Tsering Lhamo me dijo que el número de refugiados ha aumentado sin cesar desde 1990 y que ciertos días no daba abasto para atender a los nuevos. En el centro de acogida de Dharamsala me confirmaron que la oleada de refugiados se ha triplicado en los últimos tres años.

Agradecimientos

He recibido la ayuda y la colaboración de muchas personas durante la investigación y la redacción de este libro. Quiero expresar mi profunda gratitud a Su Santidad el Dalai Lama, quien tuvo a bien buscar huecos en su apretadísima agenda para recibirme y responder pacientemente a mis preguntas; también a Kinsom y a Yandol, que nunca tuvieron reparos en contarme los pormenores de su detención y los detalles del calvario que vivieron con una naturalidad admirable. Los niños del *Tibetan Children's Village* me contaron el relato de sus huidas. Gracias y perdón por las lágrimas que mis preguntas hicieron brotar.

No hubiera sido posible este libro sin el apoyo, el estímulo y el ánimo que Dominique Lapierre siempre me ha transmitido. Gracias. También agradezco a mi editor, Mario Lacruz, la confianza y los esfuerzos realizados para que el libro saliese a tiempo.

Mi afectuosa gratitud se dirige a Michelle Parfait, compañera en algunos de los viajes a la India, Nepal y Tíbet. Esos viajes siempre permanecerán en el recuerdo por la extraordinaria hospitalidad de Vicki y Ang Kami *Sherpa*, en Katmandú, a quien damos las gracias. Lama Osel, su hermano Kunkyen y su padre Paco Hita nos recibieron con afecto y simpatía en el monasterio de Sera, en el sur de la India. Gracias también a todos los tibetanos que, en el Tíbet, me demostraron suficiente confianza como para responder a mis preguntas.

Quiero sinceramente expresar mi reconocimiento al señor Atuk, embajador de la India en España, bajo cuyos auspicios logré entrevistarme con el Dalai Lama. Gracias también a Kelsang Gyaltsen, secretario político de Su Santidad, por su paciencia y eficacia; a Tsering Tashi, encargado de Relaciones con la prensa; a Rinchen Khando Choegyal, cuñada del Dalai Lama, ministra de Educación del Gobierno en el exilio, responsable de más de 27.000 alumnos repartidos por toda la India, que no dudó en ofrecermelo su tiempo y en realizar las gestiones necesarias para ayudarme en la labor de documentación. Gracias de todo corazón a Philippa Russell, responsable de la ONG que se encarga de las monjas refugiadas, por su amabilidad y por haber facilitado siempre todas las entrevistas requeridas. Y, por supuesto, mi reconocimiento a la intérprete Lhamo Choeden.

Doy la gracias a todo el personal del Departamento de Información del Gobierno de Su Santidad, que me permitieron consultar sus archivos. Estoy muy reconocido a John Ackerly, director de la International Campaign for Tibet en Washington, por

haberme cedido gratuitamente los derechos de reproducción de sus fotos, tomadas durante las manifestaciones de Lhasa.

Igualmente, por sus buenos oficios en Dharamsala, quiero dar las gracias a Stéphanie Faber; a Bo; al reverendo Pema Dorjee y a Yonten Chodon, que me ayudaron a localizar a las personas que estaba buscando. Y a Laura Alien por su hospitalidad en Nueva Delhi.

Asimismo, quiero expresar mi reconocimiento a José Juan Ortiz por toda su colaboración. A Gloria Rognoni; a Jordi Risa, que tan apasionadamente me contó su historia de amor con las montañas y con Nepal. A Alán Cantos, cuyos consejos me han permitido descubrir historias que desconocía y cuyas correcciones del manuscrito han resultado esclarecedoras. A María Torres y François Camus, por las largas entrevistas concedidas en Bubión. A Kia Abitbol, por su aliento y entusiasmo a la hora de leer el libro. A Joan Carol también, por sus valiosas indicaciones. La redacción final no hubiera sido completa sin la generosa colaboración de Eugenio Suárez, que aceptó pasar largas horas dedicado a la corrección del manuscrito.

Por último, vaya mi más sincero reconocimiento a Manuel y Brigitte Mateos, a Bemadette Andréota y a Laura Garrido, en Madrid; a Carolo y a Carolina; a Eva Frommer, a Jean-François Périgot y Armelle Bemaudin, en París; a Riña y Takis Anoussi, en Nueva York; a Celia Vázquez, en Barcelona; y a Enrique Puerta y Luis Alaejos, en Alicante.

Y, por supuesto, mi eterna gratitud a *Morris*, fiel compañero de los días de escritura.

Dharamsala, diciembre de 1994
Finestrat, octubre de 1997.



JAVIER RAFAEL MORO LAPIÈRE nace en Madrid el 11 de febrero de 1955, hijo de padre español y madre francesa. Desde muy joven, viaja con su padre, ejecutivo de una compañía aérea, a países de África, Asia y América. Esos viajes en familia en los que descubre el mundo constituyen los mejores recuerdos de la infancia y dejan una huella que aparecerá más tarde en sus libros.

Tras graduarse en Historia y Antropología en la Universidad de Jussieu (Paris VII) empieza a colaborar con Dominique Lapierre (tío carnal) y Larry Collins. Pasa varios meses en Libia y en Egipto investigando para un libro que se llamará *El Quinto Jinete*. Esa colaboración se extenderá a lo largo de los años y culminará con *Era medianoche en Bhopal*, libro escrito al alimón entre tío y sobrino.

En 1980 empieza su andadura en el cine, participando como productor ejecutivo en la película *Valentina y 1919 – Crónica del Alba* (la adaptación de *Crónica del Alba*, de Ramón J. Sender). En Los Angeles, California, participa en multitud de proyectos de cine y TV como guionista o productor. Entre ellos la película sobre la vida de la Madre Teresa, protagonizada por Geraldine Chaplin.

En unos de los viajes para escribir los textos de varios documentales sobre temas medioambientales, el líder sindicalista y cauchero Chico Mendes es asesinado. Este hecho le hará interesarse por la situación y, a partir de entonces, pasa largas temporadas en Brasil investigando para el que será su primer libro *Senderos de libertad, la historia de Chico Mendes y del asesino contratado para eliminarle*.

Desde entonces alterna la escritura con las colaboraciones en radio y en prensa escrita sobre actualidad internacional, viajes y temas medioambientales. Coincidiendo con la publicación de *Era medianoche en Bhopal* escribe el guión del documental *Una nube sobre Bhopal* y participa en el de *El hambre en el mundo contada a mi hijo*. Ha realizado una serie de reportajes sobre el tráfico y la prostitución infantil en Nepal y la India que se publicaron en *Le Figaro Magazine*, *Panorama* y *The Facey*, y sigue colaborando en muchas publicaciones españolas en temas que tienen que ver con la situación en el Tibet.

La literatura es su principal ocupación, a la que se dedica desde el éxito de *Senderos de libertad*, novela ambientada en la selva del Amazonas. Su obra más conocida es *El imperio eres tú*, situada en América del Sur tras varias novelas dedicadas a la India, con la que se hizo con el prestigioso Premio Planeta de Novela en el año 2011. Con anterioridad ya había recibido el Premio Christopher gracias a *Era medianoche en Bhopal*.